PAIS PORTATIL

ADRIANO GONZALEZ LEON

PAIS PORTATIL



BIBLIOTECA BREVE

EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A.

BARCELONA, 1969

2.ª edición (del 8.° al 16.° millar), 1969

Depósito Legal: B. 10110 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

...pero fue tan desgraciada esta ciudad en sus principios, que sin hallar sus pobladores lugar que les agradase para su existencia, anduvo muchos años, como ciudad portátil, experimentando mil mudanzas...

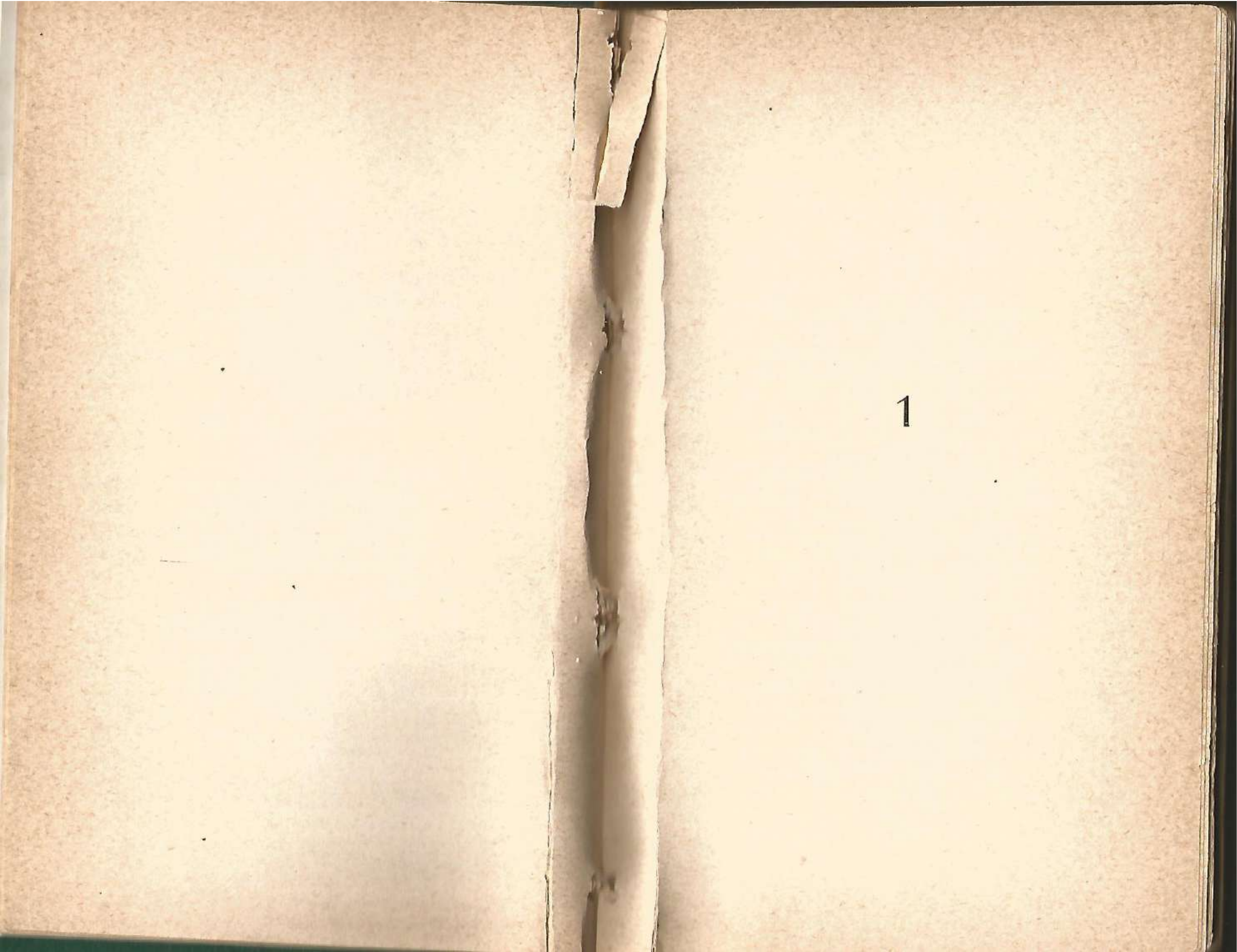
JOSÉ DE OVIEDO Y BAÑOS

Venezuela is rolling. And it's rolling in cars and trucks made in Venezuela. Chrysler is rolling along in step with the progress of a great democratic nation.

CHRYSLER CORPORATION

¡Este país es una vaina muy seria!

LOCUCIÓN POPULAR



1

La escalera cubre la cola del pájaro pintado. Se levantan las hojas. Se devuelven los tres muchachos a la salida del bar y suena un pito. Más allá van las caderas de las dos mujeres, las dos rayas, el movimiento en ondas verdes, ondas de tela verde: el movimiento que va de las nalgas al tacón. Los tacones, juntos, golpeando a un solo ritmo, cruzan la rejilla, la tapa de hierro que dice C.A.L.E.V. Las dos nalgas, los dos rabos, las dos colas, hacen sombra movida contra la pared o las rejas de metal. Las tres hileras de automóviles se mueven otra vez. Hay varios golpes, leña y herrumbre, cuando las palancas cambian la velocidad. Trassss... chan... y van todos a caer contra el parachoque de todos, haciéndose toques obscenos, baboseándose, con humo y aceite y olor. Ir detrás, en la cocina, resulta incómodo, grasoso. Todos los olores de todos los pies de todo el mundo se han adherido al cuero, se han mezclado a la mugre de los pasamanos, se aquietan, gomosos, densos, con pedazos de colillas y viejas ceras de chiclets, ferruginosos, húmedos, sofocantes en el asiento de atrás. Hay los rostros tensos de los que juegan a los desentendidos, a esconderse la nariz. Hay las cabezas sacudidas para hacer algo y olvidar. Se puede creer que se está de paso, que todo es apenas una dificultad y un sofoco de quince minutos y que en la próxima parada se ganará el

aire libre. Pero la nueva sacudida dispersa el olor. Ahora es un traqueteo de columpio viejo y un chillido apaciguado por la tapicería de plástico. La sensación de flotar que sube desde las gomas afincadas contra el asfalto, la débil oscilación de las correas-agarraderas que caen sobre los veintidós asientos y las treinta y cuatro cabezas —se incluyen los parados— pendientes del próximo frenazo. Se oye el arranque y ya el ronquido se hace prolongado, se sabe que algo ha mordido dentro del motor y las ruedas van, por fin, rodando sobre la calle. Es rápido. El olor se pierde definitivamente y las vitrinas comienzan a pasar. Las gentes comienzan a pasar. Vienen hombres. Vienen paquetes y tres vestidos de mujer. Después cuatro tacones sorteando las rejillas de los sótanos y un codo, más un no joda, más una maldición, contra el aviso que dice «prohibido estacionar». Se ven las nalgas reflejadas en la vitrina de cosas para damas. Nalgas para llenar los *blumers* acomodados como hojas caídas, en serie, en escamas, con el cartelito: 7,50 rebajas del mes. Más arriba están los sostenes prendidos con alfileres, las naranjas en la frutería de los chinos, los sostenes, las dos gomas para agrandar el bulto, los tirantes que caen resueltamente y los tacones, las caderas, que ya están lejos de la vitrina... la vitrina se queda escalonando pedazos íntimos de otras mujeres, los reflejos, de las mil, las diez mil y más que debieron haber cruzado la acera, que se imaginaron manoseadas frente a la exhibición, palpadas, rebuscadas por entre la goma del sostén, las que vieron colgando su sostén en el postigo de la habitación, en el mango de la puerta, junto a los *blumers*, pantaletas rosa rebajadas en el mes, en otro mes caídas a un costado de la cama, al lado de la camisa desabrochada del hombre. Gran rebaja, telas importadas, aproveche nuestra venta aniversaria y después se decía: «Te quiero, no te

vas a ir, ¿verdad?», o si no: «¿Qué va a pensar usted de mi?»... Eso. Qué va a pensar, mientras se ganaba tiempo y se recogían los *blumers* y los calzoncillos caídos, salpicados ya por el semen, cuando él fue al baño pero ni siquiera se fijó que los *blumers* o las pantaletas eran bikini de color negro. No está para eso. Nadie está para eso. Sólo se trata de bajarlos lo más rápidamente a pesar de que en la tienda pierden uno y dos días acomodándolos con gracia, muy coquetos por cierto, dice la empleadita que nunca se los ha bajado para otra cosa que orinar. Ella, que los sueña colgados en la ventana del hotel, en la playa, por temporada, cuando el señor del mechón blanco detenga su automóvil y diga: «Pase usted, cenaremos en el litoral. Vamos a regresar temprano y puede decir en su casa que debió arreglar la exposición de la vitrina hasta muy tarde». Pero al mover su mano ella sabe que no será así y advierte que debe terminar pronto el arreglo y su pobre cara se achata contra el vidrio cuando las gentes pasan sin mirar, mientras uno, dos nuevos tacones resuenan en la acera, nuevas caderas chocan contra la pared, el muchacho de los periódicos pasa gritando, los *pavos* del bar de enfrente, la vieja se alisa la falda, se frota la mancha de helado dejada por el muchachito al pasar sin saber dónde va ya él con su cara de pícaro, tapada por los sacos sports de los tres italianos que hablan sin parar y el vendedor de maromeros suelta su risa destemplada y luego el polvo, los papeles levantados, el olor a maní, el ruido de la moto que se clava en el asiento de atrás.

Te cansates, te envainates, como cualquier hijo de José de La Cruz Cegarra. Estás mojando el espaldar

con el sudor. Te estás mareando. Te estás meando como cualquier José Mercedes Briceño, estás majincho de miedo como cualquier Perucho Godoy, no tenés alma ni cojones ni podrías ser un biznieto de Epifanio Barazarte. No podías meterte en una loma, ni remover la tierra, ni siquiera llevar los animales al potrero. No hicites nada, ni siquiera medio día de camino a pie, por el camino de La Laja, para traer los remedios. Cuando volvites, con tu cara muy seca, con tu cara de busacas, el viejo se había muerto arrugado en su mecedora y hasta hediondo porque en la casa ni siquiera había alcohol para rociar. Estuvites un rato en la pata de un árbol mirando los burros. Nunca habías visto cómo era eso. Estabas bobo y afanado porque la burra se movía y los muchachos se resbalaban cuando iban a encaramársele con la bragueta abierta y la paloma afuera. Pensabas contarle a todo el mundo cómo era, pero no aguantates hasta lo último. Te dio miedo cuando el animal se fue de bruces y te acordates de los remedios. Pero allí mismo los volvites a olvidar. Te quedates a olvidar. Te quedates sentado en una piedra pensando en quién sabe qué vainas hasta que se te hizo de noche. Cuando el pájaro comenzó a cantar te vino de nuevo el temblor Y ya no sabías si devolverte o seguir. No sabías nada. Pero ese ruido que sentites era el viejo muriéndose que salió a desandar. Fue a reclamarte su medicina. Fue a pedirte cuentas y a verte por última vez, porque él había puesto en vos sus esperanzas y pensaba que los Barazarte podrían volver a ser lo que habían sido. Eso que sentites a tu lado, ese olor, esa agua que empezó a correrte desde el pescuezo, era él. Ese relincho era él. Te tocó la cabeza, te jaló por el saco. Y cuando oites que te decían Andrés, Andrés era la voz de él, porque allá en la casa dijeron que esas habían sido sus últimas palabras. Se murió quejándose de los duentes que no lo dejaban en

paz. Decía que le tiraban tierra y le sacaban la lengua. Y llamó a León Perfecto y a Víctor Rafael y se puso a nombrar las mil novecientas cuarenta y cinco hectáreas y dijo que él era ese que ensillaba lejos, en un caballo muy brioso y dijo que fueras, Andrés, que le ayudaras a montar, y se murió.

Ahora vienen los bocinazos. Nadie aguanta. La camioneta de la tintorería se mete entre el autobús y el ford que quiere salir. Va la punta del cadillac. Van los tres taxis con el radio a todo andar. Va la mierda. Va el portugués del abasto con la bicicleta de reparto. El autobús se estremece cuando el chofer arranca para ganar un metro. Chass. El maletín. Allí está, abajo, entre las piernas, apretado. Allí va, negro, con el cierre pasado. Lo tienta con prudencia. Allí va. Va seguro.

Un solo cornetazo largo, eléctrico y la fila de automóviles se comienza a mover. Pasa la venta de trajes. Trajes únicos. Con dos pantalones. Trajes de Dacron, por cuotas. Asegure su porvenir en las Academias Hispanoamericanas. Clases de dibujo y topografía. Bachillerato libre. Inscrito en el M.E. La garganta está seca y las manos recorren el maietín. Allí va. La patrulla de la Policía Municipal se parece a la patrulla de la Policía Judicial. La patrulla de la Policía Judicial, sin escudo, es la patrulla de la Digepol. Y el ford rojo, con esos tres, parece de allá, aunque no lleva antena. El carro negro con tres más, elegantes, no es de la Digepol. Un carro así se parece a un carro del Sifa. La mujer de la cara pintada y la mujer de la cara ocupada por la botella de refrescos. «Venga, goce conmigo», dicen las letras, pero la otra mujer, la de verdad, sólo ha dejado el trazo de su vestido violeta. Otra vez

la cola de automóviles quietos, echados, con el sol estallando en las capotas. Los automóviles bobos, ahogados, ahítos. Larga fila de tortugas o conchas al sol. Cestas boca abajo, alambre boca abajo, latones combados sobre el asfalto y el brillo que arde en los ojos y hay que cerrarlos mientras se resopla y se tira la cabeza hacia atrás. ¡Pasaron! Iban tres, pero es imposible saber de qué policía son. ¡Pasaron! Van rápido. No se ven más. El asiento está húmedo. La agarradera de adelante está grasosa. Las manos van de la agarradera al maletín. Está allí. Negro. Apretado entre las piernas, que otra vez se ponen a temblar.

Media hora para atravesar Sabana Grande. Media hora para un poco más de siete cuadras. Hace también media hora, quizás más, de haber abandonado el Volkswagen. Se jodió algo en el carburador, se negó a prender. Con empujones y el neutro lo orilló en la acera. Carro de mierda. ¿Cómo le iba a conocer las mañas si era la primera vez que lo manejaba? ¿A quién se lo quitarían? A cualquier bolsas: «Téngase la bondad, amigo, descienda del vehículo, no le va a ocurrir nada. Lo necesitamos para una acción. Díganos dónde podemos devolvérselo». El hombre accedía, por los buenos modales o porque estaba encañonado por una Luger. Se quedó allá estacionado, junto a los latones y el arbolito de la calle transversal. Después, tomar un taxi resultaba peligroso. El hombre podría comenzar a hacer preguntas. El maletín pesado, el temblor, las sospechas. Alguien dijo que todos los taxistas recibían plata de la Digepol. Exagerado. Pero de todos modos... sí, es mejor el autobús. Hay tiempo, todavía. Sin embargo se puede tropezar. Los líos del aparato contador de pasajeros. El palo de metal que a veces se tranca y la confusión y los gritos del chofer. Jodido. El taxi resultaba más fácil. Era verdad. Pero lo podían conocer. Ubicarlo desde cualquier sitio de la calle, seguirlo

con habilidad por barrios y avenidas. En el autobús, el grueso de los pasajeros servía para ocultarse. Mucha gente con paquetes y cajas por trasladar. Gente común. ¿Quién iba a alarmarse porque un hombre llevara un maletín? ¡Cualquiera que lo tropezara y sintiera aquello duro y pesado! ¿Por qué coño lo iba a tropezar? Si se buscaba una buena ubicación, no. Arrinconado para evitar los roces. ¿Y después, a la hora de bajar, si el bicho estaba repleto? Tonterías. Un *libre* es lo mejor. De todos modos debieron prever que el Volkswagen podría dañarse. ¡Qué vaina! Allí va ése, está bien, no, mejor no, uno más grande con chofer isleño! Ese otro tiene dañada la puerta trasera. Habría dificultades si se quiere salir rápido. Ese otro no, no vio la seña. Nada, entonces. Un rato largo sin decidirse al lado del depósito del aseo urbano. El maletín reclinado contra el poste. Su mano apoyada como quien descansa. Cualquiera hubiera advertido el temblor.

Repasó las indicaciones. Recordó la contraseña que debería llevar el otro. Buscó en sus bolsillos y encontró el croquis. Miró su ubicación, la de los compañeros, el objetivo, las vías de retirada. En el apartamento le darían los últimos detalles. Pasó otro taxi, dos, cuatro, y él no se decidió. Tenía fiebre y le golpeaba duro el corazón. Las gotas de sudor le empañaban los ojos, encandilados por un sol violento que caía sobre la Avenida Miranda.

Al fin, el autobús rojo de Petare. Estaba cerca la parada. Escuchó el resoplido de los frenos. Se apresuró un poco. Subió y todo fue simple y el aparato contador giró con facilidad. Vino la duda. La elección del asiento. Había varios vacíos. Se decidió por el fondo. Y comenzó el traqueteo, continuó el sudor, siguieron el miedo y las dudas en la elección. El exceso de precauciones ocultaba un vago deseo de no llegar, de retardar al menos el encuentro, de poner lo más

lejos posible el momento decisivo. El cuero es ahora más húmedo y molestan las junturas del pantalón, la entrepierna. Tiene ganas de rascarse. El parabrisas es un pedazo de sol vivo, un juego de cuchillos. El ruido es monótono, cansado. Un frenazo interrumpe la música de tornillos y los parados se convierten en un solo bloque, de bruces, hacia la puerta delantera. ¿Por qué lo habían designado, por qué no se negó? ¿Hasta dónde era cierta su voluntad, su pericia? ¿No funcionaba todo aquello como un acto desesperado y final? Allí, abajo, el maletín, muy apretado en las rodillas para que no escapara de pronto oprimido con toda la sangre y los huesos, pájaro de cuero y hebillas, el maletín negro, sudoroso, con los dedos formando *«hundidos»* en el forro allí donde va su vida ahora, con todo el terror de siempre, sin poderse mover, quieto, con el corazón subido hasta la lengua, el maletín y él una sola cosa grasienta y hedionda con toda la carrocería y los cierres de seguridad en el cerebro, con lo que iba dentro de los cueros del cerebro, con eso que puede tronar y oler y dejarlo boquiabierto y rajado para siempre.

Otra vez la música de hierros, el golpeteo lejano, de muerte, que comenzó hace tiempo, y en los vidrios se borran el sol y los avisos. El tembloteo de las ruedas es un chorro largo de sombras cayendo sobre el antiguo techo de tejas.

—Ya ni sabés si él tuvo la culpa o la tuvites vos. Si fueron los animales los que salieron espantados, dando tumbos, y aquel pedazo de noche, aquel cuero negro, tupido, por donde el viejo te quiso hacer pasar. «Aprendé a ser hombre, aprendé», te dijo, y dio un fuerte latigazo en el aire que quemó los zancudos. Había que ir por el solar, por entre la casa de tejas, atravesarla, mientras él agarraba el camino real y te decía que se encontraría del otro lado. Te quedates quieto, con unas terribles ganas de llorar, con los ojos grandotes, mirándolo. No dijo nada y lanzó un escupitajo que brilló entre las piedras. Después comenzó a caminar, sonando el rejo en sus pantalones y vos te quedates con toda tu boca abierta, llena de baba y sereno. Pero tenías que ir. Tenías que cruzar. Y poco a poco comenzates a meter tus cotizas en el barro, poco a poco se te fueron hundiendo en las matas y sonaban los bichos, se oían los grillos y las ranas. El matorral era húmedo, con olor a tela y a sangre y a pintura abandonada en los potes. El monte olía a tinaja y vos te ibas metiendo como quien no quiere la cosa por el caminito de ramas agachadas y las piernas se te hacían fleco y los brazos casi se te enrollaban y los dientes se te iban a saltar. Luego te vino el chorro caliente por entre los muslos y vos te limpiates con la mano y probates y sabía a salado. Te habías meado. Te habías meado de miedo, y sin embargo, tenías que atravesar y salir al otro lado donde tu abuelo te esperaba. Te habías chorreado de miedo y ni siquiera habías pasado al alero de la caballeriza vieja, ni te habías metido por entre los tablones, ni habías visto a los murciélagos salir chillando por detrás de las vigas ruinosas. Allá ibas, con un paso muy lento, todavía sin atreverte mucho, mientras te acomodabas el pantalón mojado y oloroso a meaos frescos. Junto a las tablas podridas comenzates a sentir: venía del fondo, levantando algún polvo, brillando entre los pedazos de espuelas regados por el corredor. De los palos de arriba colgaban costales manchados y pedazos de enjalmas y bojotes con maracas de arvejas. Para vos eran todos los muertos que se habían alzado para no dejarte pasar. Se descolgaban de las vigas, se

arrastraban, te ofrecían sus dientes brillantes, sus cascos y sus anillos. Venían con los otros muertos, los hombres que ellos habían matado por alambiques y mujeres, en la iglesia de Trujillo, por las montañas de Cabritas, los paperudos de José Eladio. Los traían en cajas de carne sangrante mezclada a la arena y las piedras. Muertos jineteando un palo. Muertos con un gancho en la nariz. Después las urnas y las mortajas y el cura Faustino echando bendiciones para que no se los llevara el diablo. Pero el diablo era el cura porque el cura iba vestido de rojo y los monaguillos eran dos monos como los del Libro Primario. Vos estabas ya en el portón grande, pero no te podías mover. Luego vino la gran luz desde el fondo, se partió en el centro del corredor, corrieron miles de lucecitas por la orilla de la tapia y se oyeron sonar grandes bolsas de dinero, después un griterío, y vos empapado, otra vez húmedo de la rodilla hacia arriba, voces más lentas, voces que se quedaban quietas y las luces volvían dando saltos sobre los ladrillos partidos. Del otro lado estaba el viejo y no era nada. Sólo te quiso hacer pasar para que aprendieras a ser hombre.

Los pasajeros han mejorado la posición de sus corbatas, doblan mejor la punta de los cuellos y los hombros se ensanchan como cuando alguien quiere triunfar. Ojos vivos, contra el vidrio delantero. Ojos altivos, ansiosos, recorren los pasamanos del techo. Él siente que se ha repuesto del frío sudoroso, y está más firme palpando su maletín. Allí va su alma en cueros y cierre relámpago. Y toda su masa estomacal. «Hay que tener riñones para esto», dijeron. ¿Tener riñones? ¿Hasta cuándo? ¿Quién había ordenado, de dónde venían tantas órdenes como nubes gruesas, cuál era el hilo que unía tantas disciplinas que lo jodían? Una pulida oficina donde se hacían textos y surveys y había que complacer al cliente que lanzaba el producto. Un jefe perfumado de lavanda y tinta carter había dicho comience. Un negro chaleco y unos lentes al aire tenía el profesor cuando dijo responda y realice esta operación y él tuvo que abandonar la clase. La chamarra de su abuelo era roja y peluda, esa tarde de frío, cuando le habló del camino a seguir. Todo un tiempo borroso. Y otro más claro después, recién llegado a la ciudad. Se piensa en un hueco de ventana y por él entran las cosas de un golpe.

Aquel asunto lleno de música y aplausos y risas. Era como el estr[illegible]o. Estaba metido en el cuarto con todos los olores que trae uno de la provincia, además de los olorcitos picantes que se cuelgan de las patas de la cama, hacia el lado de la caja de ropa, detrás de los libros, donde se escupe y se tiran colillas. Los de la pensión, ellos, los cinco o seis a quienes todavía no les había pasado palabra (cuando alguien se iba de la montaña pensaba que no había que hablar, se le ocurría que mirar con los ojos duros, sin mover los labios, era cosa de hombres y así había que dárselo a entender a cualquiera que uno tropezara en la ciudad), cinco o seis, porque entre ellos estaba la enfermerita metida a no sé qué vaina, con unos zarcillos de barca para colgárselos todas las tardes.

La enfermerita y los otros habían planeado la fiesta. Uno no tenía que ver con eso. Ni tenía porqué meterse y ni siquiera se imaginaba afuera, en la sala, saludando invitados, obligado a sacar pareja y tener que bailar a lo andino. Por el hueco de la ventana se veían las avenidas de pinos donde comenzaba el cerro, y más al fondo, rojo, de ladrillos, el hospital. Era cuestión de ver el hospital. Los enfermos uniformados de azul,

muertos de hastío, inflaban un globo de papel. Era su única respiración sana, con aquellos pulmones agujereados para siempre. El globo ascendía, los tuberculosos aplaudían, querían gritar, pero una ráfaga lo arrastraba contra las ramas de pino y se incendiaba. Había gran desánimo y todos comenzaban a regresar lentamente, porque había sonado la campana que indicaba el reposo. Otras tardes, la ambulancia bajaba por una carretera llena de curvas. Se metía en los montones de árboles como una cucaracha y volvía a salir en los sitios pelados. Después se detenía en el patio, cerca de la última hilera de matas. Era seguro. No fallaba. Al rato salían cuatro enfermeros llevando en sus hombros una urna. La metían. El cura del hospital decía su responso rápido. La ambulancia se la tragaba y volvía a arrancar. Otra vez estaba en la carretera del cerro, salía y se metía, hasta no verse más, rosnando, chillando con su sirena en quién sabe qué lado de la ciudad, dando alaridos con su muerto hacia el Cementerio General del Sur. Entonces llegaron ellos, con la enfermerita que cargaba un vaso de whisky en la mano, y abrieron la puerta de par en par.

—Vamos, amigo, alégrese. Venga para que eche una bailadita, hermanazo.

Y la enfermerita, volteando los ojos:

—Sí, anímese, no le dé pena, esta fiesta es para todos.

Bueno, ya voy, deben haber sido sus palabras y luego:

—Dejen que me ponga el saco porque así no estoy para fiestas. ¡Hay señoras!

Bien. Pero, pensando un poco, para comenzar, estaba el problema de la corbata. Hacerse el nudo. Y empezó lentamente a darle vueltas a aquella tela verde llena de pepas rojas. El nudo grande, de alfondoque, no se usaba. Nudo de andino. Hay que hacer el nudo

triángulo..., así..., exacto..., bueno, más o menos. Después venía el saco y el olor a naftalina y el pelito de caballo que se sale a veces por los hombros... aunque esa sea la señal de buen casimir. Ya era mucho estar, un rato más tarde, en pleno pasillo y caminar hacia la sala donde estaba el ruido de la gente y se oía *Guarachona... Guarachona,* a todo sonar. Ya estaba muy cerca y se agarraba los puños para estirarse las mangas. De pronto se vio en el centro de la sala. Y no sabía a quién saludar, mirando a todos lados, tan parado, con su flux azul marino. Trató de sonreír hacia un grupo y no le contestaron. Se volvió hacia el *picó* y estaban dos muchachos rebuscando discos de la Billo's y al frente la señora María Decena con el peinado grandote, el vestido de flores, las mil pulseras, los ojos pintados, y su querido, el militar. En el costado bailaban dos hembritas con Tito el de Benzo y Co., y el panameño. Él las miró de reojo y se pasó una mano por el pelo. De pronto, sintió ganas de volverse. Comenzó a caminar otra vez hacia el pasillo. Y fue cuando vino la carcajada general. Y él comenzó a tocarse cuando vio que todo el mundo lo miraba y unas cuantas viejas se reían cubriéndose con sus carteras. Él siguió tocándose, sin saber por qué y descubrió de pronto todo, se le hizo claro y oscuro y sudoroso y las siete mil regorgallas de todos los presentes: el pantalón estaba descosido. Se le veían los calzoncillos blancos y él tuvo que volverse corriendo, con la mano atrás, mientras oía: «El andino tiene el culo roto» y las enormes carcajadas de la enfermerita y el *picó* a todo sonar.

Las cabezas vibran a la señal de la luz roja. Hay otra vez el ruido de hipo, de hierro viejo, de lona rajada con cuchillo. Los bocinazos empiezan a crecer. Media hora durante siete cuadras, durante seiscientos veinte metros más o menos. Media hora gruesa, gelatinosa, estirada a muchos años. Ya él ni quiere saber

cuándo comenzó a correr el tiempo. ¿Desde qué lugar, quién había ordenado, desde qué lugar del cielo, por qué lado del camino pedregoso? Desde la mecedora de la casa, en pleno aguacero, con relámpagos muy finos azotando la imagen del Corazón de Jesús y el abuelo que tomaba su guarapo con leche y tosía estruendosamente antes de empezar a decir:

Fueron ellos..., ellos y nadie más que ellos... el cura Faustino y los demás... varias sementeras completas, la montura, la mula rucia, las gualdrapas, la faltriquera, el estribo dorado, los correajes con clavos de plata, los codazos, el arneador, las anteojeras, el freno, la cal, el pozo de piedra, el molino, el macho cojo, la rueda...

El abuelo era interminable, seguía sonando sus palabras, sus cuentas, sus hileras de cosas, revisando los folios amarillentos mientras el aguacero enviaba sus refusiles contra el vidrio de la imagen.

Media hora interminable de vitrinas y luces metálicas. «Hay que tener riñones», dijeron. Él estira de nuevo su mano, lentamente, cuidando de que nadie lo observe, estira su mano a ciegas, tiene la cabeza erguida mirando hacia la parte del chofer, su mano anda a tientas, rebuscando, hasta que siente el cuero, siente el abultarse desde adentro, casi le pasa el frío del metal, del acero, del hierro, quién sabe, él está solo pendiente de este goce del cuero sudado del saber que el maletín está allí abajo, que nadie ha advertido nada y otra vez vuelve su mano temblante para dejarla caer sobre la agarradera. Siente la cabeza más fresca porque el aire que acaba de entrar por la ventanilla le seca el sudor. Su cabeza está así, de este modo, a merced de los cornetazos que han vuelto y se los imagina todos para él. Ese zigzag de luz que lo persigue, el señor de la leontina que se ha dado vuelta con todo su cuello tieso especialmente para mirarlo a él, esa sirena aguda de la radiopatrulla otra vez agujereando por los lados de la Plaza Venezuela. Un grito y tres hombres que pasan con un enorme letrero y una lámina de cartón. Desde arriba, en aquel pent-house mohoso con matas campesinas, están dejando caer agua. Llueve lentamente, a gotas frescas, sobre los balcones de abajo. Apenas dos perros reciben el líquido con sobresaltos y aullidos y hasta la calle sólo llega un rocío fino disuelto en el toldo de la frutería.

Avanzan de nuevo, zarpan, mejor, y hasta corcovean, cuando se enciende la luz verde. Otra vez truena la caja de velocidades y las ruedas corren decididas y se extiende una estela de humo, sucio de mal olor, dejada por el escape. Él mira por el vidrio de atrás y sólo tiene esa mampara de gas sucio, con algunos reflejos, una vista acuosa y danzante donde las figuras se han perdido y es menester volverse, quedarse quieto en el rincón, presionando el maletín, al compás del ruido del motor.

Todos los cuellos de los pasajeros se disponen para el otro lado. Se puede pensar que es cuestión de cinco minutos para llegar a la parada de la Gran Avenida. Pero aunque falte sólo un minuto hay polvo y sol sobre los vidrios y eso molesta y hace mal a los ojos y jode hasta más no poder. A veces son pasables ciertos reflejos en los cristales del almacén o en la gran M de neón que cae del cielo en el tope del edificio de la General. Brilla sin luz propia como la antena de televisión que tiene un cuadrado de varillas alrededor y hace una jaula de metal. Se meten allí los rayos a falta de pájaros y pueden cantar o hacer bip-bip, al momento en que un solo pitazo del agente de tránsito devuelve una línea de cobre, atraviesa la cuadra, penetra el oído y las tripas, produce mil mentadas a la madre del agente y toda su generación.

Se respira, se chasquean los labios y hasta se tienen

ganas de silbar. Nadie lo hace. Él no lo hace porque podrían pensar que es un bolsas a todo correr. Realiza más bien los cálculos: la cara del viejo de la leontina no puede ser peor. Es fofa, manchada, con tic para el ojo derecho. No debe sentir calor o se hace el loco: para él es cuestión de estar erguido a la manera de otros tiempos en los sillones del Café Bolívar o muy señorialmente cruzado de piernas en el tranvía que iba a La Pastora. Si alguien silba, él volverá el rostro con dignidad sorprendida y no se acertará qué hacer ni qué decir ni dónde esconder la cara para evitar su leontina y su desprecio de otra edad.

«Hay que tener riñones», dijeron. Él va con los riñones hinchados, hediondos. Va que ya no puede más y transpira a cada golpe de rueda y tose a cada bocanada del tubo de escape. Otra vez los reflejos vidriosos. El mariquito del transistor en la nalga y la naranja que le suelta el jugo sobre la chaqueta de pana roja. El surf comienza a sonar pero no se está para movederes de marico y hay que tener riñones. Ahora todas las líneas de automóviles se estiran, a paso libre, y las vitrinas entran a pedazos por las ventanas de autobús.

«Tener riñones». O si no, buscar todos los depurativos posibles. Entrar en una farmacia y pedir. ¿Pedir qué? Bueno..., algo así como aquéllo. Como el almanaque viejo donde aparecía un enorme riñón, vino tinto y muchos hombrecitos rojos, con mangueras en las manos, subidos en andamios, observando, metiendo las escobas por entre los canales, lanzando chorros de agua sobre las venas, miles de hombrecitos-ratones dispersos por todo el cuerpo del riñón, un ejército de empleados del aseo urbano en pleno ejercicio a las tres de la madrugada, langostas subidas a la cosecha-riñón, con sus cepillos para que todo quedara lustroso y sobre ruedas, quizás mejor un riñón rodante, con doble

transmisión y sistema *power-glide*, de una cilindrada no menor a los 1.600, metido en los túneles de Mini-Max para el autolavado y los muchachos cayendo como abejas, con cepillos, trapos, mangueras, lustradores, quitando el agua y las manchas, hasta salir a la otra boca del túnel un flamante riñón niquelado-azul-coupé.

El ronquido del autobús hace despertar al hombre que dormía a su lado. Un reguero de humo cubre otra vez el asfalto y de nuevo las tiendas pasan con sus brillos y sus telas. Frenazo: todos los cuerpos de los parados cobran un balanceo y el viejo de la leontina se ajusta el botón de su chaleco. Hay resplandores en el parabrisas y los rayos chocan, se desprenden de los capacetes vecinos. Cuando se enciende la luz verde, las cien, doscientas, quién sabe cuántas ruedas, los mil neumáticos hinchados vuelven a triturar papeles, colillas, a levantar el polvo que invade la avenida y llega hasta el asiento de atrás. Y el maletín es un peso grasoso entre sus piernas cubiertas de sudor.

Las nubes de gas lacrimógeno habían tapado la esquina, el anuncio de la farmacia, el camión de Coca-Cola estacionado. Los curiosos que se habían aglomerado en los portales, con sus caras de idiotas, apenas tenían tiempo para sacar sus pañuelos. Tres mujeres pasaron medio histéricas por la puerta-vidriera. Todo

El Silencio estaba inundado con el ruido de las radiopatrullas y de vez en cuando se escuchaba el estallido de las bombas lanzadas con aparatos. Por la esquina de Aserradero aparecieron ellos, en formación, con sus máscaras anti-gases. Los manifestantes avanzaban con las pancartas desplegadas y tomados del brazo. Al frente iban algunas muchachas, con boinas azules y rojas.

—¡Garantías! ¡Garantías! —repetía el coro, y en la última pausa se alzaba la voz del agitador para cambiar la consigna:

—¡Liberación nacional...! ¡Liberación nacional!

Se estaba ya en plena plaza, rodeando la fuente. Los muchachos sudorosos, con los rostros alterados, decididos, parecían cobrar ánimo a medida que los gritos aumentaban. Marchar tomados de los brazos daba seguridad, dispersaba el miedo, hacía imposible, al parecer, cualquier riesgo. Marchar así era dar cuerpo a observar con admiración lo que en un principio sólo les atrajo por curiosidad. Algunos hasta movían los labios para sumarse a las consignas, sin comprometerse mucho. No alzaban la voz. Miraban hacia los lados. Podía de pronto lanzarse el grito agudo y disimular, caminar de nuevo con aire indiferente como quien va a sus negocios. Las ventanas de los bloques estaban repletas y las cornetas de los autos tronaban sobre los vidrios y las cornisas.

Comenzaron a sonar las sirenas. Explotaron nuevas bombas lacrimógenas y por un momento hubo una confusión de gritos, aullidos, empujones, puertas metálicas que bajaron con gran estrépito. El hombre del kiosko tropezó con la mampara y sobre el asfalto se abrieron los periódicos y las revistas. El portugués de las frutas no pudo retirar sus cajones y la acera se llenó de manzanas y ciruelas machacadas. Los manifestantes se volvieron a reunir en el ángulo del bloque seis.

—¡Garantías! ¡Garantías! ¡Garantías!

Y el coro iba subiendo de intensidad a la vez que imitaba la marcha acelerada de un motor...

—¡Vienen dos jaulas!

—¡Estamos cercados!... ¡nos jodimos!

Por la esquina del bloque dos se estaban bajando los policías. Esta vez no traían bombas lacrimógenas. Traían metralletas y apuntaban a todos lados. Muchos comercios habían cerrado sus puertas y los curiosos se apiñaban en los pasillos y detrás de las puertas batientes del bar. Ahora no había otra cosa que escapar por cualquier lado. En la esquina de Puerto Escondido con los que iban adelante, había empezado la planazón; un muchacho con el rostro ensangrentado fue introducido en una patrulla. Dos estudiantes pasaron corriendo. De vez en cuando volteaban la cabeza y se secaban el sudor.

—Agarraron a cinco —dijo el de la chaqueta marrón.

—¿Hay heridos? —preguntó el otro.

—No sé... Pero ese ruido no era de lacrimógenas... ¡Parecían disparos!

Los muchachos se unieron a un grupo que esperaba cerca de la cafetería. Estaban inquietos, indecisos. Apenas podía escucharse lo que hablaban. Luego alguien dijo:

—Cojamos hacia Angelitos... Todavía está libre la avenida.

Y avanzaron resueltos. En la esquina brotó la jaula llena de agentes. Todos saltaron, enarbolando los rolos o las metralletas. El grupo estaba cercado y no había ni un solo zaguán abierto. Los policías cayeron violentos y se escuchó el golpe de los rolos. Un muchacho tropezó en la acera con las manos en el pecho. El policía lo golpeó en el suelo y lo obligó a levantarse. Tres más eran introducidos en la jaula a culatazos.

En la avenida todavía flotaban los gases. Andrés

sacó el pañuelo para limpiar las lágrimas. «Hay que mojarlo», pensó. «El pañuelo húmedo evita la irritación». Pero el olor a podrido, a laboratorio, era insoportable. Nuevas patrullas estaban llegando a la esquina. Andrés vio las latas mal clavadas en la cerca del terreno baldío. Decidido, comenzó a hacer presión. Los dos únicos clavos saltaron y el boquete se abrió con dificultad mientras hizo fuerza con el codo. Se rajó el brazo, pero pudo pasar. Adentro era monte y latas. Un montón de tierra removida. Había que saltar. Al fondo estaba la pared del estacionamiento y más allá la parte trasera del edificio. Andrés se abrió paso por entre el matorral. Un lagarto saltó sobre una piedra y se perdió entre la hojarasca del lado. De pronto escuchó el grito:

—¡Hey!... ¡párate!

Al momento pensó que era un agente. Le dio miedo. Se le metió un frío por el cuerpo. No se atrevía a voltear. Trató de agacharse al pasar junto a las matas de tártago. «Van a disparar», pensó. «Ya van a disparar... coño... van a disparar». Y se quedó tieso, como esperando el golpe.

—¡Andrés! ¡Soy yo... aguántate!

Cuando escuchó su nombre el frío le comenzó a salir. Se atrevió a mirar. Por el matorral venía el tipo saltando, con la chaqueta al hombro. Era difícil ver su cara. Andrés todavía tenía miedo, a pesar de todo. Cuando estuvo cerca, el tipo dijo:

—¿Qué fue? ¿No me conoces? Soy Eduardo.

—¡Ah! —dijo Andrés.

—Pero ¿qué pasa? ¿No te acuerdas?

—Sí, claro que sí... Lo que pasa es que me diste un susto del carajo.

—¿Tú también estás en la vaina? —preguntó Eduardo.

—No... bueno... yo venía por la avenida y me aga-

rró la manifestación. Fue muy jodido. Cogieron a muchos y hubo plan en bruto. Yo simplemente me puse a ver. Pero pensé que podían confundirme esos policías de mierda.

Los dos buscaron abrirse paso entre la maleza. Resultaba difícil y había muchos cadillos. Al fin llegaron al otro lado del baldío.

—Salir de aquí va a ser difícil —dijo Eduardo—. Tienen ocupado desde Capuchinos.

—Lo mejor es que nos sentemos —dijo Andrés—. De pronto se asoman por las latas.

Los dos vieron el claro, en el rincón del terreno. Si se ponían detrás de la mata no había peligro. Entonces limpiaron un poco, con unas ramas. Eduardo puso su chaqueta sobre la arena y se acomodó encima.

—Quítate el saco —dijo—. Después de todo ya te lo rompió la cerca.

Andrés se pasó la mano por el codo. La manga estaba desgarrada y varias hilachas colgaban llenas de mugre.

—¡Qué vaina! —dijo.

Eduardo lo miró. Hacía tiempo no se veían. La última vez fue cuando él le ayudó a sacar sus cosas de la pensión de la vieja María Decena. ¡Cojonudo! Le debía a la dueña como 600 bolívares y no había modo de escapar. El cuarto de Andrés, en el segundo piso, daba a la calle. Eduardo cambió sus libros y sus fluxes para una caja grande de leche en polvo. A las dos de la mañana Andrés la dejó caer lentamente, desde la ventana de su cuarto, amarrada a una cabuya. Él esperaba abajo. Todo fue muy calculado. La maleta de Eduardo se quedó vacía, encima de la silla acostada, para disimular. Pablito venía a vigilar todos los días y regresaba para decirle a la vieja que no se había llevado nada. María Decena se sentía segura. Había un traje viejo sobre un cajón y una chancleta debajo de la ca-

ma. En el estante fueron dispuestas unas «Selecciones» y «periódicos viejos». «Allí tiene todavía los libros», decía Pablito a María Decena, mientras la vieja anotaba sus caballos en un formulario de 5 y 6. La vieja largaba una carcajada y decía: «Mucho ojo, Pablito, que esos 600 bolos los tengo yo que ver». «No se preocupe —respondía el muy mierda—, que yo lo estoy cazando». Pablito era servil. Lo explotaban hasta las 11 de la noche. Lavaba los excusados y barría todos los cuartos de la pensión. Tenía la llave del candado que le ponían a la nevera. Iba a contarle a María Decena todo lo que decían los pensionistas y pasaba las noches en el cuarto de cartón hojeando revistas y haciéndose la paja. Aquella vez Andrés fue a mirar por el roto y Pablito estaba roncando, con la porquería a su lado. No había problemas. Todo debió estar listo cuando Eduardo escuchó el silbido. Desde la ventana comenzó a deslizarse la caja, con cuidado, sin hacer ruido, evitando que se tambaleara y golpeara los vidrios de la sala. Eduardo esperó el descenso sin inquietarse. La cabeza de Andrés se veía en el postigo. Tenía los dientes apretados y las manos le sudaban. Al fin la caja estuvo como a dos metros del suelo. Eduardo se empinó para recibirla y la depositó suavemente en la acera. Cortó con una hojilla la cabuya y le hizo seña a Andrés para que halara. Después agitó el brazo y se alejó hacia la esquina.

—Estás preocupado —dijo Eduardo—. ¡Todavía tienes miedo!

—No... es que yo... —trató de responder Andrés.

—Siempre el mismo... cagado de dudas y de nervios —replicó Eduardo y se levantó, miró hacia la cerca, cogió aire. Luego dijo—: Yo creo que ya podemos salir.

—Estás loco —advirtió Andrés—. Afuera están rondando.

—Si no es por la cerca, pendejo. Es por aquí.

—¿Hay que saltar la pared? —preguntó Andrés.

—Claro, ¿qué quieres? ¿Que nos agarren como unos bolsas?

—No, pero es que...

—Déjate de vainas... vamos... pon las manos así... —y Eduardo entrelazó los dedos delante, haciendo un arco con los brazos.

—Ahora te aguantas duro, allí, cerca de la pared. Andrés hizo el arco con los brazos.

—Bájalos más —dijo Eduardo—. Así...

Colocó el pie derecho. Andrés estaba inclinado y fue haciendo fuerza hacia arriba. Una mano de Eduardo alcanzó el filo de la pared. Luego la otra. Presionó y se alzó a pulso. Del otro lado no había nada. Era un estacionamiento con manchas de aceite y alguna basura derramada cerca de las bombonas del gas. Eduardo pensó que podrían correrse unos dos metros. Sería más fácil apoyarse en las bombonas y dar el salto. Andrés, mientras tanto, pujaba.

—Córrete a la izquierda, con cuidado —dijo Eduardo desde arriba.

Andrés sostenía con firmeza aquellos pies, miraba los tacones comidos de los zapatos, medias de lana con las ligas vencidas. Desde la calle vino el aullido de una patrulla. Andrés vaciló. Comenzó a sudar a chorros. Sintió que los agentes estaban derribando las latas de la cerca.

—¡Córrete, pendejo! —volvió a decir Eduardo.

Andrés hizo un esfuerzo. Los dos se tenían que mover al mismo tiempo. La sirena de la policía volvió a sonar.

—Ya está —dijo Eduardo—. Ahora aguántate duro y me empujas. ¡Ahora!

Y el cuerpo de Eduardo se alzó sobre la pared. Cruzó una pierna, luego la otra y se mantuvo firme en el filo.

—Dame la mano —dijo— Pon los pies en la pared para que te ayudes.

Andrés tomó impulso y después de varios pujidos estuvo arriba. Luego fue fácil. Saltaron sobre las bombonas y de allí al suelo. El estacionamiento tenía dos salidas, vacilaron un instante y tomaron la derecha. Afuera sonaba la campana del heladero. Se asomaron desde el saliente del edificio con precaución. A cuadra y media, más allá de la esquina, estaban tres policías.

—Hay que arriesgarse —dijo Eduardo—. Caminemos hechos los bolsas y al cruzar corremos duro.

Andrés lo siguió sin decir una palabra. Le temblaban las piernas.

—Házte el loco y no mires... no mires... —le dijo Eduardo mascando las palabras.

Un policía estaba de espaldas y le pedía algo al heladero. Llegaron a la esquina y doblaron a la derecha. Allí apuraron el paso, casi corrieron, Luzón arriba.

—¿Dónde vamos? —atinó a decir Andrés.

—Conozco a alguien por aquí cerca —respondió Eduardo.

A cien metros estaba la casa de vecindad. Un portón destartalado. Unos muchachos mugrientos lamían caramelos de palito. Los cuartos alineados daban sobre el pasillo sombrío, lleno de conchas de cambures y periódicos rotos. Venía un olor picante, como a pantano, a ropa orinada, a herrumbre.

El anuncio de madera claveteada decía «Gabriel Jaramillo-SASTRE». Estaba al lado derecho de la puerta destartalada y por ella asomaban algunos paltós sin terminar, con agujas prendidas, con los forros basteados. Andrés y Eduardo entraron sin llamar. El sastre detuvo su enorme plancha sobre las cobijas templadas y el género lleno de quemaduras.

—¡Hola, hombre! ¡Qué hay de nuevo... tanto tiempo, qué es de tu vida, pasa adelante, siéntate, hombre, qué sorpresa!

—Un amigo —dijo Eduardo señalando a su compañero. Los dos lucían agitados sudorosos y un temblor frío les recorría el cuerpo. Andrés se secó la frente con el pañuelo y buscó abotonarse el saco. Luego dijo:

—¡Mucho gusto!

—Mucho gusto, hombre, tomen asiento.

Afuera volvieron a sonar las sirenas de las patrullas y se escuchó una descarga. Hubo un silencio y luego se repitieron los disparos. Los muchachos corrían jugando por el pasillo de la casa de vecindad. Se sentía un olor a cebolla frita y a meaos. Los tres estuvieron un rato a la espera de nuevos disparos. Al rato, el sastre dijo:

—¡Qué berraquera, ala! ¿Ustedes vienen de allí?

—Claro —respondió Eduardo—. ¡Nos salvamos de vaina!

—¿Muchos detenidos, ala?

—No se sabe. Todo el barrio está rodeado. Ha intervenido hasta el ejército.

Andrés se mordía los labios y dejaba caer su mirada sobre dos maniquíes de madera, comidos por la polilla. Vio las perchas colgando, en formación, en un armario que tenía descorrida la cortina. En la mesa del fondo estaban algunos libros y en lo alto de la pared, adornado con un lazo tricolor, el retrato de Jorge Eliécer Gaitán.

—¿Y éste? —preguntó Jaramillo, señalando a Andrés—. ¿También es de los nuestros, ala?

—Bueno, sí... —respondió vacilante Eduardo.

Andrés continuó mordiéndose los labios mientras se frotaba la mano y trataba de acomodarse mejor en la banqueta. El sastre volvió a tomar la plancha y la dejó correr sobre la línea del pantalón tendido en el potro.

—¿Tiene dudas o tiene miedo, ala? ¡Prepárese, hombre, porque las cosas apenas comienzan! Tres muertos es el saldo de un bautizo en Colombia. Este era una berraquera de hombre —señaló el retrato de Gaitán— y murió en su ley. Recuerden que el árbol de la libertad está regado con sangre de mártires o sangre de tiranos. Anímense, ala, que les preparo un tinto.

Eduardo buscó inquisidor los ojos de Andrés. No quiso decir que hacía años no se veían y que se encontraron por casualidad corriendo por el terreno baldío. El sastre era hombre cuidadoso y desconfiado. Tenía miedo también, a pesar de su valiente retórica. Siempre hablaba de los 300.000 muertos certificados por las Naciones Unidas, de los llanos de Casanare y los bombardeos humanos. Gaitán le resultaba un santo. El pueblo colombiano había perdido su más grande hombre. Después de eso parecía que no había nada que hacer. «Esos hijueputas oligarcas», decía el sastre con rencor. Pero todo se le iba en fantasmas, en recuerdos, en odios. Eduardo pensaba que Jaramillo era hombre extraordinario y lleno de fe. Pero no entendía que las cosas estaban cambiando y que había que buscar otra salida.

—Si Gaitán viviera otro gallo cantaría en mi tierra, ala —dijo con aire nostálgico.

El ruido de una ráfaga lejana interrumpió sus recuerdos. Tosió y dirigió la punta de la plancha hacia la línea del pantalón. Varios disparos aislados se escucharon más cerca. Después un grito y un escándalo de bocinas.

—Debe ser por el Guaratarο — se atrevió a decir Andrés.

Era la primera vez que abría la boca. Lucía más calmado. El sastre bajó la cafetera del reverbero y sirvió en unos pocillos de peltre.

—Sírvanse, ala, el tinto repone las fuerzas y aclara el pensamiento revolucionario.

Se oyeron ráfagas más seguidas. Una sirena de ambulancia recorrió el aire y vino de lejos hasta la casa de vecindad. Por el pasillo entró un hombre corriendo. El sastre se asomó a la puerta destartalada.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Hay una plomazón loca —dijo el hombre, deteniéndose—. Están allanando casa por casa.

Andrés y Eduardo escucharon desde adentro las palabras del hombre. Se miraron, sobresaltados. Cuando el sastre volvió, esperaron a que hablara.

—La cosa se pone fea, muchachos. No es que yo quiera echarlos. Pero no creo conveniente que se aguanten mucho tiempo aquí. Es por ustedes...

—Pero si salimos es también peligroso —intervino rápido Andrés—. El hombre dijo que hay policías por todos lados. ¿Qué hacemos, Eduardo?

Eduardo se pasó la mano por la cara, restregó sus ojos con fuerza y se alisó los cabellos. Esperó un rato para hablar.

—A lo mejor no entran aquí. Esta es una casa de vecindad.

—¿Y si nos vieron? —replicó Andrés.

—¡Qué coño nos iban a ver!

El sastre recogió el pantalón de la mesa de planchar y lo metió en un gancho. Con el plumero comenzó a limpiar las hilachas y los restos de tela. Un radio de transistores sonaba en el cuarto vecino. De pronto, como si le hubiesen preguntado algo, se volvió hacia ellos:

—Les aclaro que yo no tengo miedo, ala. No es la primera vez que me enfrento a chulavitas. ¡Pero hay que ser prudente... pienso yo!

—Todos pensamos —dijo resueltamente Eduardo—. Pero el problema no es ese.

—¿Y por qué no nos asomamos al portón de la casa? Si quieren, yo voy —propuso Andrés disimulando sus nervios, pero ya con suficiente ánimo para encarar la situación.

—Es peligroso —dijo Jaramillo.

—No hombre... yo voy —dijo Andres y salió al pasillo. Lo recorrió con cierta lentitud. De nuevo venían los olores a cebolla, a meaos, a lona húmeda. El radiecito continuaba sonando a todo meter. Tres muchachitos medio desnudos, los mismos que comían caramelos de palito, pasaron dando alaridos detrás de una pelota de trapo. Andrés tomó un aire de inocencia, despreocupado, de cliente normal que venía a encargar algo al colombiano. Estaba cerca del portón cuando oyó de nuevo los disparos lejanos. La calle, afuera, parecía estar en calma. Lentamente, asomó la cabeza. Algunos transeúntes cruzaban normalmente. Una vieja llevaba un balde de agua en la cabeza y por la puerta del aserradero salían virutas hacia la acera. En la esquina de arriba había un grupo de curiosos. Alguien señalaba hacia el cerro. Por ningún lado se veían policías.

Andrés regresó hasta la sastrería. Lucía más resuelto y tenía cara de confianza. Estaba satisfecho de su primera misión.

—No hay ni una patrulla y los tiros vienen del cerro —dijo.

—De todos modos es mejor esperar —dijo Eduardo.

—Es cierto —confirmó Jaramillo—. Por mí no se preocupen, podemos quedarnos aquí charlando, y si es necesario dormimos sobre los cortes.

Las palabras del sastre sonaron bien a Eduardo. Al principio creyó que tenía miedo. Pero Jaramillo no era hombre de miedo. Algunas de las cosas que contaba del bogotazo parecían verdad. Él estuvo en plena Carrera Séptima. Por la noche, desde un balcón, vio pasar los camiones llenos de cadáveres. Cruzó la frontera porque allá no había sitio para los liberales. Echeandía no supo qué hacer en Palacio y dijo que el poder para qué. Jaramillo había dejado dormir a Eduardo en la sastrería unas dos veces y por quince días había guardado varios paquetes de propaganda debajo de unos casimires azules. Jaramillo ayudaba sin creer mucho en lo que hacía, un poco maquinalmente, como para mantener el recuerdo de una acción política que se hacía ya lejana, apenas iluminada por las antorchas de la gran marcha por el centro de Bogotá para imponer la candidatura de Gaitán. Jaramillo no creía mucho, pero tenía siempre palabras, muchas palabras de estímulo. «Yo no sé cuándo retorne a la patria, ala, pero ustedes son el futuro de este país, son como una semilla luminosa vertida en el surco triste de la barbarie». Y sin tomar aliento continuaba: «Los derechos del pueblo son sagrados y el pueblo reclama contra los que se van a holgar a sus anchas en las alturas del poder. A la hora de la verdad también los prohombres liberales se recluyeron en sus casas y ocupaciones y también optaron por la circunspección, la moderación, las buenas maneras, la cabeza fría, los amistosos acercamientos. Aquellos 300 mil muertos no nos sirvieron de nada y hay todavía varios millones sin participar de los jugosos dividendos de la economía, salud y cultura, que sólo disfrutan unos pocos». Eduardo escuchaba, condescendiente, la desolada retórica de Jaramillo que decía no creer en nada, pero que ayudaba en lo posible y se sentía complacido cada vez que una acción le agitaba sus recuerdos. Jaramillo, aunque escéptico, era todavía leal a unos principios nebulosos, que él llamaba, en medio de su derrota moral, sagrados e inalienables.

Se le encendía el rostro al sentirse solidario de un movimiento al que no le otorgaba su adhesión total por-

que los principios de libertad y justicia podían correr riesgo en ciertos extremismos.

—Yo creo que es mejor salir —dijo Eduardo—. De un momento a otro pueden caer.

—Por mí no hay inconveniente, ala —advirtió el sastre.

—Vamos entonces —dijo Andrés.

Otra vez se escucharon las ráfagas.

—Esperen —dijo Jaramillo, y fue hasta las perchas—. Cada uno puede llevar dos vestidos, para simular que salimos del trabajo. Ustedes son mis ayudantes... ¿No les parece?

Eduardo no afirmó nada. Pensó que aquellos trajes serían estorbosos en caso de correr. Pero aceptó para no contradecir a Jaramillo. Los tres pasaron el portón destartalado de la casa de vecindad y avanzaron por el callejón. Todavía quedaban curiosos en la esquina. Algunos se metieron rápidamente en el negocio de abastos. Otra vez los disparos en cadena por los lados de San Martín.

—Yo creo, ala, que son balas de fogueo —dijo el sastre.

—Pero dan en el blanco —apuntó Eduardo con ironía.

—Ustedes exageran, si no, los muertos deben ser muchos.

Andrés caminaba sin decir una palabra. Le parecía increíble todo aquello. Hasta ahora sólo conocía los efectos de las bombas lacrimógenas. Jaramillo volvió entonces a sus principios.

—Seguramente habrá protestas en el Congreso. Debería pedirse una averiguación a fondo...

El ruido de las sirenas aumentó cuando llegaron al cruce de la avenida. El paso de vehículos se había interrumpido hacia la Plaza de Capuchinos y varias jau-

las estaban estacionadas, repletas de agentes con ametralladoras y «piñas».

—...hay o no hay libertad para manifestar, acaso? La democracia se vivifica con el clamor de la oposición. Es lo justo. Es lo legal, porque de lo contrario...

Caminar con los trajes al hombro resultaba ridículo. Sin embargo, los tres tenían un aire de idiotas que a lo mejor despistaba a la policía. Tomaron la acera opuesta por la que apenas marchaban dos viejas con paquetes. Una gallega venía del abasto con una bolsa de frutas. A lo lejos sonaron de nuevo los disparos.

—...el poder se hace unipersonal, unipartidista, no tiene filtros ni crítica y puede conducirse un país a la bancarrota...

Una ambulancia avanzaba en dirección contraria, a toda velocidad. La sirena se clavó aullante en las paredes vecinas. El aviso del cine Diana había sido roto a balazos y varias vitrinas lucían huecos estrellados.

—Una acción firme y coordinada puede obligar a los núcleos que detentan el poder a acatar las justas peticiones del pueblo.

Y Jaramillo ya casi no advertía la presencia de los agentes y los carros blindados. Flotaba en su retórica, casi jubiloso, gallardo, con toda la buena fe que Eduardo le había conocido desde siempre.

—...Y las voces del pueblo no pueden ser acalladas por los jerifaltes que traicionan el sagrado mandato que se les otorgó en la consulta electoral...

En una de las jaulas hubo un gran conmoción. Una bala se clavó en el aviso de refrescos. Un fusil había caído cerca de las ruedas y el agente se inclinó para recogerlo. Los otros no se dieron cuenta y se lanzaron veloces a la calle, apuntando a todos lados. Por el centro de la avenida venían los policías y unos civiles con sus metralletas en alto. Alguien gritó, cuando ellos llegaban al cruce. Luego vino la ráfaga.

—Por aquí —dijo Eduardo, y tiró los trajes a la calle.

Andrés lo siguió. Se escuchó una nueva descarga. A la media cuadra pudieron voltear.

—¿Y Jaramillo? —dijo Andrés.

El sastre no había podido correr. Estaba arriba, en la esquina, con la cabeza sangrante sobre la acera y los dos fluxes tirados a un lado, como dos muertos más.

Él estaba de seguro en su mecedora. Y si se oía el ruic... ruic... era porque se estaba meciendo. Y si se estaba meciendo era porque estaba pensando. De otro modo, sin ruic... ruic..., se hallaba dormido. ¿Qué muertos le salían entonces? Uno no sabe, de tantos, pues a él los finados lo visitaban despierto, porque nunca dijo que soñaba y hasta uno lo escuchaba hablar. Eudocia entonces se iba riendo para el patio sin que Hortensia la viera, porque a Papá Salvador se le debía respetar y para qué diablos tenía que reírse si se la pasaba con miedo, si yo muchas veces le vi abrir tamaños ojos cuando él empezaba a hablar solo y a decir sus cosas enmarañadas y a confundir los nombres. Eudocia miraba y remiraba porque después de todo a lo mejor era verdad. Y no le parecían cosas de viejo chocho, de puro fuerte y erguido que él se mostraba en la

mecedora, muy varón en la voz, muy palo de hombre. Pero como no entendía nada, Eudocia se cansaba y se iba a hacer sus cosas en la cocina y yo me quedaba quieto del lado afuera de la sala con las «Ciencias» de Valecillos que había llevado para repasar.

Entrá, Víctor Rafael, que en esta casa hace falta una mano fuerte y vos la tenés. Mírame así como estoy y no me tengás lástima, porque ya vos sabés. Qué carajo, no es culpa mía, qué carajo iba a hacer yo. Hace muchos días quería que conversáramos, pero vos no habías vuelto. Sí, volvites un lunes, no, el que vino fue León Perfecto, sí, ya sé, pero ahora vos me escuchás. Por esta santa cruz te juro que los hubiera echado a plomo limpio, pero Nicolasito dijo que él izque sabía y que ahora las cosas se arreglaban de otro modo. Además, estaba de por medio el reumatismo, estas piernas que ya no le sirven a uno pa un carajo, como vos podés ver. Acércate, acércate y tócame aquí para que veás la hinchazón.

Y él mismo se daba golpes en las rodillas con la palma de la mano y dejaba de mecerse. ¡Qué ojos y qué boca fruncida! De rabia. Porque no era dolor. Y miraba los ladrillos del piso como si León Perfecto no hubiera entrado y dicho: «Pero te las dejates robar». Él volvió a alzar la cara. No, a mí no me metás en eso. Ni me pidieron la firma, ni me pidieron nada, si yo hubiera sabido, si me dejaran hacer, vea, no joda, no vendo nada y uno hace lo que quiere con sus tierras y me importa un carajo lo de la iglesia y la casa parroquial, si quieren un templo nuevo se lo piden al gobierno, sí señor.

Papá Salvador quería levantarse y no podía, se le engarrotaban las piernas y se le venía la tos. «Pero se las dejaron coger, volvió a decir León Perfecto. No, no jodás, si yo pelié. Hice lo que pude y hasta me escondí. Dije: no me importa que sean baldíos porque a

mí me gusta ver la tierra pelada o que sea un chao. Pero Don Salva, me dijeron, si allí no hay sembrado nada y ya ni tienen valor. Pero son mías y hago lo que me da mi real gana. Hasta dije, por burlar, que me gustaba mear en los chaos y para eso los tenía, para ir a mearme.

León Perfecto, que ahora estaba a varios pasos de la mecedora porque el abuelo miraba muy de cerca, dijo: «Meao estás vos y bien meao y meao estuvites, porque se necesitaba estar meao de miedo para dejar que se las cogieran.» El abuelo volvía: Pero no hombre, si hasta dispuse ir a Trujillo para alegar allí y ya estaba ensillando cuando llegaron ellos, Nicolasito y las muchachas, y me dijeron que no podía montar así, sin embargo les dije que no importaba, que todavía tenía brío y les hice corcovear la bestia para que se apartaran y me fui.

Entonces él se mecía como si cabalgara, muy ufano, por todo el empedrado de la calle y se abrieron varias ventanas para verlo pasar. Decían: «Mírenme al Don Salva, va pa Trujillo a reclamar. Todavía tiene guarapo, que palo e'viejo». Y el caballo marcaba bien el paso, cuando agarró la curva. Atrás quedaba el pueblo y los ojos asombrados que lo vieron trotar. Me hubieras visto las riendas en la mano, me hubieras visto las espuelas amarillas. Centellaban con el sol. Qué porte de jinete y qué bestia fina, me hubieras visto, te lo digo yo.

Ya la mecedora comenzaba a traquear, tomaba vuelo, se iba por la sala y fue cuando Hortensia y Eudocia vinieron a ver y pasó lo que pasó. Antes León Perfecto había dicho: «Sí, pero te las dejates robar». Fue antes de que él contara lo del caballo, no sé bien, porque yo estaba solo, sí, claro, había cerrado las «Ciencias» de Valecillos y me puse a escuchar.

No me importa que las expropien, les dije, todo el

mundo sabe que los que mandan ahora son unos ladrones, eso es lo que son.

Papá Salva se quedaba quieto mirando las sombras y unas chorreras de hormigas cruzaban por la viga. En la sala ya casi no había luz, porque era de tarde y cuando lo llevaban hasta su mecedora cerraban la puerta de la calle. En la media sombra se quedaban parados todos los ruidos y apenas se oía el canto de la tuteca en el caballete, apenas aquel martilleo del animal como golpe de lata para cubrir el medio sueño del abuelo, tan arrugado allí, chasqueando su boca sin dientes. Qué tenían sus manos temblequeando en el soporte de la mecedora, yo no sé. Qué se le metía entre los sesos cuando se agarraba la cabeza, tampoco sé. Al abuelo se le veían los años en el pelo y en la tos, que era muy vieja, como si viniera de atrás. Casi no sé si estuvo alguna vez en otra parte que en su rincón de la sala, porque cuando yo andaba con mis carretos y mis carros de palo, ya la mecedora estaba allí y la mecedora se me vuelve muy grande, casi no hay puerta ni vigas ni cielo raso ni tuteca ni umbral ni imagen del Corazón de Jesús, ni espejo grandote ni mesa blanca con un coche de porcelana y flores sobre las ruedas. Sólo aquellas vueltas de bejuco recalentado y la esterilla un poco rota en el espaldar. Aquella mecedora y él allí muy tieso y muy blanco, con algunos colorados en la cara, las arrugas metiéndose en la boca sumida, todo él, con su cobija de hueco para sacar el cuello, las tardes en que hacía mucho frío y él y su mecedora me tapan los cuartos y las cortinas, los patios y el corredor, aquel bulto encobijado que hace ruic... ruic..., sólo eso es la casa, la mecedora y él nada más flotando en el aire y cubiertos de neblina.

En el aire debía estar cuando dijo: Hice lo que pude, León Perfecto, vos lo sabés, no me vengás ahora con reclamos, no me vengás. Agregó que era más bien

mucho haber salvado la casa y eso se lo tenían que reconocer. Eran las mismas paredes madres que mandó a echar Epifanio Barazarte en 1860 cuando fue Jefe Civil. Tenía un portón con aldaba de cobre y cuatro ventanas de balaustres azules y una cornisa de ramas. Un patio enorme con cíos y guayabos y hasta una pila de agua con la Virgen del Carmen. Más allá el jardín y hasta por las bardas se asomaban las flores. Por flores, materos de rosas y enredaderas se andaba en el largo corredor que para ese tiempo llegaba hasta lo que hoy es el solar de Clarisa y se pasaba a unos cuartos para guardar café que daban al otro lado de la manzana. Había, según dicen, 17 habitaciones, cinco patios, dos salas y un salón. Ahora no hay tanto, pero Papá Salvador dijo que él la había recibido así, aunque no fuera verdad, porque cuando su Tío Emigdio le pasó la escritura todavía no figuraba como lindero el solar de Fabián Montilla. ¿Qué se hicieron, de todos modos, los travesaños y las puertas de caoba, los ladrillos de Carora y las barandas de hierro que daban al jardín? No lo pudo explicar. Pero es mucho haber salvado esto, me lo deben agradecer. Esto, era aquella sala pintada de cal, las vigas del techo empolilladas, los cuartos abandonados, la huerta, la caballeriza y el corral. Todo comenzaba más acá, muy acá de Clarisa Balza, había cuatro casas antes de llegar al patio de los Montilla y sólo dos patios para asolear el café. Para qué tanto espacio como el que decían, pensaba yo, si aquello, si ya aquello me sobraba y parecía largo para seguir a Ernestina en sus viajes y sus encierros. Pero ellos no estaban tranquilos y les molestaba la polilla y las paredes vacías, porque antes izque hubo retratos, como los que yo vi arrugados en la troja, unos viejos con enormes cuellos y bigotes y casacas de fieltro y botón de rosa en el ojal. Cuando estaban en una sala, especial para ellos, izque se les veía muy limpios instala-

dos en su poltrona, de pie frente a una mesa de flores, jinete en un caballo moro, apoyado en su bastón, firmando un libro de actas, con la mano en el fusil. Eran León Perfecto, Víctor Rafael, Fabián, José Eladio, Tobías y Emiliano. Era también la Tía Georgiana con su vestido centelleante que compró en Madrid, su enorme peinado, el relicario en el pecho y el corsé que debió hacerla llorar. Ahora estaban todos manchados, con los ojos y los bigotes rotos por el comején, con una orla amarillenta en la solapa, los marcos desclavados, el cartón arrugado o comido por la humedad y los bichos. Todo eso era de reclamar y ya se había reclamado alguna vez, sólo que León Perfecto esa tarde había venido por lo de las tierras, ya que el abuelo únicamente estuvo hablando de eso y el abuelo insistía y León Perfecto volvía a repetir: «Pero te las dejates robar».

Claro, era verdad, él quiso ir a Trujillo para arreglar las cosas aunque sabía que ya era muy tarde, que no se ha debido dejar que las cosas llegaran hasta allí, pero él fue, él iba a Trujillo esa vez, muy orondo en su caballo, así lo dijo y lo dijeron después, para que vieran que todavía quedaba un hombre y que a Salvador Barazarte no le venían con trampas ni quisicosas.

Era ya tardecito cuando se supo. No había podido pasar de la casa de Eloína Tusa y enfrente lo recogieron cuando lo tiró al suelo el animal. Le dolían las costillas y se quejaba echando maldiciones, él, que trotaba tan ufano y se decía que montaba tan bien como León Perfecto y como Víctor Rafael y se sentía dispuesto como para presentar batalla. Igual que aquella vez, en las montañas de Cabritas. Eloína y sus hijos salieron a ayudarlo y él no quería que lo tocaran, quería pararse solo y se paró solo y a pie volvió hasta la casa. Me hubieras visto, León Perfecto, me hubieras visto, nadie me oyó quejarme.

Pero era triste cuando él regresó a pie y los hijos de Eloína le traían el caballo detrás. Se volvieron a abrir las ventanas para verlo pasar, todo enclenque. Él dijo que no, que se había venido solo, sin largar una sola lamentación. Y León Perfecto, frente a la mecedora, supongo yo, volvió a decir: «Sí, pero te las dejates robar».

Ese mediodía todo era muy reseco, dijo Papá Salvador, y llegó el cura Faustino Viloria con toda su pandilla. Así dijo, y yo sé que en ese momento estaba apretando los dientes o hubiera querido escupir. Había hecho mucho sol. Al cura lo seguía otro, el padre Silvestre, que apenas veía porque hasta le sudaban los ojos. El pícaro de Faustino se vistió con todas sus galas, estaba en pecado mortal porque no le correspondía ir de lustrina ni utilizar los ornamentos sagrados para robar. Porque eso fue lo que hubo y uno tan impotente y tan bolsas que no se dio cuenta. Dijo que venían a bendecir las tierras. Dos monaguillos que se limpiaban los mocos con las mangas de encaje traían el balde y el incensario. Cuando aparecieron en toda la loma, creíamos que era un entierro, de puro solemne que se veía el muy ladino y hasta estaban entonando un himno y uno qué carajo iba a entender si lo decían en latín.

Las cuatro vacas les pasaron por un lado junto a la talanquera. Detrás del cura y los monaguillos venían las autoridades, el secretario del Juez y otro güevón con blusa que nadie conocía. Luego cinco o diez mujeres, todo un mujererío, viejas más que todo, con los rosarios al aire. Estaba brillando mucho el sol, ya dije, y el oro y la plata en hilitos brillaban sobre la espalda y el pecho del padre Faustino. Los monaguillos venían arrastrando sus batas negras y sacaban polvo del matorral.

Cuatro caballos les pasaron por un lado y ellos no los vieron. Era así. De aquí pallá vacas y caballos y de allá pacá el cura, los monaguillos, las viejas, el secretario y ese hombrecito de la blusa que nadie conocía. ¿Que dónde estaba yo? Pues si ya dije. Estaba del lado de acá mirándolos llegar porque venían de lejos y los primeros en dar aviso fueron los perros que no estaban acostumbrados a olor semejante.

Por entre la primera fila de magueyes se vieron. Luego agarraron la cuestecita pelada hasta el mamón. Allí pararon y el cura cantó qué sé yo. Los monaguillos respondieron y las viejas, que no sabían nada, mascullaron algún ave maría. Después enfilaron derecho y allí si se les pudo ver la cara. El cura Faustino muy orondo como si tuviera a Dios agarrado por las cholas. Batía el aire con el hisopo y regaba agua bendita de un lado a otro y así lo venía haciendo, después supe, desde que entró en la posesión.

Cuando llegaron al tranquero el catire Florencio fue a abrirles la puerta y yo me quedé detrás. Me estaba preguntando qué coño sería aquello porque en casa no había ningún enfermo ni se había muerto nadie ni había ninguna ánima en pena. Además cantaban el gloria a Dios en las alturas y la estola era de lujo para las celebraciones y no para un funeral ni viático que se le pareciera. Había mucho sol. Todos estaban

sudando y parecían cansados, pero de puro bastos roncaban como cigarrones y hasta se atrevían a cantar a pesar de que el sudor ya les jedía en los vestidos, y en las bostas resecas se les enredaban los pies. Qué joda, aquella palabra de Dios en pleno campo y yo sé que a Florencio le dio miedo que lo vinieran a confesar y descubrieran que estaba amancebao. Porque a lo mejor era eso: una visita para que la gente se pusiera en regla con la Santa Madre Iglesia y viviera casada como Dios manda. Sin embargo, esos no eran trajes ni esas eran maneras ni nunca había habido tanta ceremonia para casar a unos cuantos pendejos que ya vivían bien así, y sus mujeres no les habían salido malucas.

El cura Faustino se me puso delante y dijo buenos días le de Dios y la Santísima Trinidad y yo dije, igualmente, padre, que se le ofrece un día tan caluroso. Entonces fue cuando dijo que no venía en procesión ni estaba casando a nadie ni traía la extremaunción. Dijo que venía para bendecir las tierras. Así era. Desde temprano se habían reunido en el pueblo, en la Casa Cural y el Juez entró y salió varias veces y al rato izque llegó el Secretario con unas escrituras y sobre el papel florete quedó estampada la firma de Faustino Viloria, cura párroco, con venia del Obispo, Monseñor Peña. Eso lo supe después. También supe que las mujeres llegaron para averiguar y le prepararon jugo de naranja a la concurrencia y cuando supieron que el cura iba a venir solo ellas dijeron que querían ayudarlo en las bendiciones y que iban a buscar sus velos y sus libros de oración. Todas eran unas alcahuetas y algunas hasta se debieron arrejuntar con él. Porque era un pícaro. Le hacían bollitos y le mataban pavos y le ponían parchos calientes cuando le dolía el pecho. Se daba maña para decirle a Dolores, hoy venís vos, porque ayer estuvo asistiéndome la Josefa y la pobre está muy cansada y para que vos descansés, decidle entonces a Ro-

salía que venga ella el miércoles, pero cumplan, ¡no me dejen morir!

Santo varón. Había que verlo los domingos cuando se subía al púlpito y casi se ponía a llorar. Después hablaba contra los que habían cometido el pecado de irrespetar la casa de Dios. No nombraba personas, pero yo sabía que el asunto era con nosotros, todo el mundo lo sabía y en los últimos meses había estado remachando eso de las llamas y la torre. Después me expliqué por qué. Y en los últimos sermones estuvo más fogoso y ya se atrevió a señalar fechas y lugares y a nombrar gente. Dijo Trujillo, y habló del heroico Manuel Durán, que descendió por las cabuyas de las campanas en medio del tiroteo, porque así defendían los hijos de Dios las cosas de Dios, y sus profanadores, que usaron llamas, serían condenados a las mismas llamas, un fuego más grande y poderoso, con más ponzoña que aquel que brilló en 1899.

Más claro no cantaba un gallo. Era con nosotros. Nos estaban cobrando las llamas. Cuando vinieron a contarme los primos que vivían en Loma Pancha y no pelaban misa, nunca pensé lo que el curita de mierda estaba preparando. Les estaba ablandando el corazón a los fieles para que después vieran el despojo como cosa natural. Hijo de puta, el muy ladino. Yo no he debido equivocarme y lo he debido echar a patadas cuando llegó esa vez, moviendo el hisopo de un lado a otro porque dizque venía a bendecir.

En eso tenés razón, León Perfecto. Pero quien iba a pensar que se atrevieran a tanto. Sí, ya me vas a decir que tenía que maliciar y que al cura Faustino no lo he debido admitir ni para ayudar a bien morir un cristiano. Claro que no. Acaso no te acordates, me dirás vos. Pues te juro que en ese momento no. Y eso que sus marramucias estaban en la cabeza de todos, pero se sentía apoyao. Eso fue lo que pasó. No fue que

se me olvidara. ¿Querés ver? Sí, sí, lo que pasó con los del Corozo. ¡Ah cura pícaro! Llegaron con sus mochilitas y sus gallinas vueltos un terrón. Se les veía el hambre en las quijadas y ni siquiera se atrevían a hablar. No se quisieron sentar cuando entraron al corredor de la Casa Cural y él les dijo que qué se les ofrecía. Al fin uno se adelantó y empezó a estrujar el sombrero de cogollo entre sus manos.

Venimos, padre, porque es que en El Corozo hace mucho que no llueve. ¿Y qué quieren ustedes que yo haga?, dijo él. Nadie respondió y todos bajaron los ojos y al rato el del sombrero volvió a decir. ¡Pero usted puede hacer algo, padre! ¿Quieren que les rece un rosario? ¿Quieren que les diga una misa? No, una misa nomás no, dijo el hombre. Es para que llueva, padre. ¡Ah!, ustedes lo que quieren es una rogativa, ¿no es verdad? Sí, eso es, padre. Bueno, hijos. Y ¿con cuánto cuentan? Bueno, nosotros le traíamos esto. Y mostraron sus gallinitas y sus mochilas con algarrobas y jumangues. Le trajimos esto. No, dijo él, supongo que este es un regalo por la visita, vayan poniéndomelo allí y que Dios se los pague. Pero padre... No, ya les dije, ¿con cuánto cuentan? Una rogativa para que llueva es algo grande, ustedes saben. Sí, padre. ¿Trajeron plata? Entonces todos se miraron y empezaron a registrar sus faltriqueras y sus nudos de pañuelo. El del sombrero los recogió y dijo: aquí tiene, padre, cinco pesos. Faustino torció la cara con disgusto y dijo: ¿Cinco pesos? ¡Con cinco pesos ni truena!

Así fue. El muy ladino. Hasta les ofrecí de beber. Y las mujeres me ensuciaron la tina de tanto meter las manos para refrescarse la frente. Él y el padre Silvestre se sentaron en el tronco y Florencio les trajo unas totumas de agua. Yo pensé que aquello de las bendiciones era una trampa para hacer casar a los medianeros que encontraran por el camino. Y que así lo

estaban haciendo en todas partes. Por eso fue que no entré en sospechas. Ni tampoco pensé qué coño hacían aquellos dos hombres con unos rollos de alambre y unas horquetas. Tenés razón, León Perfecto. Pero se fueron muy ligero, casi no se estuvieron nada. Yo les dije que no los acompañaba, porque todavía me estaba doliendo la pierna. Y los miré coger por entre el carrusal, el cura Faustino delante, moviendo el hisopo de un lado a otro y los acompañantes detrás haciéndole coro al gloria in excelsis deo. Cómo le brillaba la capa a ese cura de mierda. Cómo se lo comía el sol. Y sin embargo seguía cantando a todo pulmón. Las mujeres de seguro jedían, de puro sudadas. Y el secretario y los dos hombres también. El padre Silvestre no podía ya caminar y arrastraba unos alpargates marrones. Así, hasta que se perdieron en el zanjón, bendiciendo los matorrales y dando gracias al Señor. ¡Qué iba a saber yo!

Después, como un mes después de eso, cuando llegó el Juez y mostró los documentos, todo estaba alinderado. Aquellas tierras pertenecían al gobierno y yo dije que no, pero me pidieron las escrituras y ¿qué iba a hacer, León Perfecto, decime vos? ¿Por qué no le echás la culpa a Eladio que no volvió para dar razón? Sí, el gobierno le cedía las tierras a la iglesia y fue en ese momento cuando me vine a dar cuenta. Salimos para tratar de salvar algo y revisar los linderos. Pero ya todo estaba muy adentro. Aquel día de las bendiciones, el cura Faustino, el muy ladino, a medida que metía el hisopo en el balde, iba corriendo los botalones. ¡Y se cogió todo lo que regó de agua bendita!

Prolongación de la Avenida Los Manolos, esquina con la Transversal Quinta, a la izquierda dos cuadras, Residencias Unión, séptimo piso, apartamento 32, entrada «C».

Andrés repitió aquella retahíla increíble, según las observaciones de Eduardo.

—Acostúmbrate a ejercitar la memoria... No anotes nada... mucho menos direcciones y teléfonos.

Andrés siempre tuvo presente la advertencia y agarró casi un miedo salvaje a anotar cualquier dato. La precaución se le hizo mecánica y la advertencia de Eduardo giraba constantemente sobre su cabeza. Mucha gente había caído por esa bolsería. Toda la vida se ha dicho que no se debe anotar vainas comprometedoras y se ha seguido haciendo. Al Perro Linares le agarraron una colección. En la Digepol creyeron que llevaba el registro. Tenía sus debilidades sentimentales con las libreticas, los mapas, los consejos útiles enumerados al final, las señales de tránsito y las llamadas de emergencia. Eduardo había dicho eso, aunque no fuera verdad, porque adivinó en Andrés aquel culto pueril y ocioso por las agendas. Resultaba duro para él entrar en reacción contra algo que le era divertido y a veces hasta poético, por el doble juego de cálculo y azar que comprendía el caer de pronto en un nombre, en la «M», Maruja por ejemplo, y enlazar rápidamente, hojeando, con las Señales de Tránsito donde decía «Curvas fuertes» bajo unas flechas dobladas. En la misma hoja de la «M» decía Malavé y el salto a la hoja de las Señales de Tránsito decía, debajo de un rombo con una vaca en el centro, «Cuidado con los animales».

La libreta azul... Imposible desperdiciar aquella especie de enciclopedia menuda donde se podía hallar todo lo eficaz de la cultura universal. Mientras se esperaba en los cafés, con el enorme fastidio de los contactos y las citas, se podía conocer las ciudades más populosas del mundo, la hora exacta en 130 lugares a partir del meridiano de Greenwich, los factores de conversión que permiten transformar acres con hectáreas y bushels en hectolitros, a qué distancia quedan los principales aeropuertos de su respectiva capital, y saber que el escrúpulo es un peso farmacéutico equivalente a veinte gramos. La libretica azul... A pesar de las exigencias de Eduardo ¿quién iba a abandonarla? Además, para lo otro, para la vida normal. Andar sin libreta era como quedarse sin pantalones en plena calle. Imposibilitado... mudo... sin saber qué hacer... Sin embargo había cosas exclusivas para la memoria... séptimo piso, apartamento 32, entrada...

Andrés avanzaba por la avenida de álamos importados. Más allá, al cruzar, comienzan Los Manolos. Se supone que la prolongación debe empezar al final, donde las casas o los árboles cambian de color. O simplemente comienza a llamarse Prolongación porque le dio la gana a alguien. Habrá un terreno baldío, un pajonal, un edificio en construcción. Las quintas y los edificios se alternan, cortan absurdamente las perspectivas y Andrés piensa en los factores de conversión y el paso mágico que ha trocado de pronto lo que parecía una vieja casa con fantasmas y techos para nieve en pleno trópico, en un edificio de 12 pisos. Saber entonces ubicar exactamente el samán viejo y la farmacia que está más allá, porque al lado hay una casa amarilla y siguen tres locales de ferretería y un portón de zinc sobre el que está escrito Taller Mecánico Torino — Soldadura Autógena — Mecánica General. Previamente había, sin embargo, que realizar otra operación

obtener una difícil certidumbre: de qué lado, a la izquierda o a la derecha, quedan los números para empezar el conteo y saber que al menos se va en orden ascendente o descendente. No hay nada. Tres casas, con porches diferentes, jardines miserables y garages que han sido transformados en fruterías, se llaman «Coromoto». La cuestión es ligar que por pura casualidad la Prolongación comience allá donde se ve el aviso de Polar.

De pronto el viento removió algunas hojas en el suelo y el camión grande, cargado de tubos, ocultó el final. El sol mismo que vibraba en el asfalto y un olor a aceite quemado, quebraron la visión. Andrés se sintió aturdido y decidió regresar, porque a lo mejor la prolongación estaba del otro lado y había perdido doce cuadras. Al darse vuelta, cambió el punto de mira. Ya le dolían los pies. El cuello de la camisa comenzaba a picar.

Entonces, la otra perspectiva era una lona rosada en un pent-house. Allá en lo último, donde decía Chevrolet y había una pared oscura, de ladrillo, que se llevaba como 60 metros de vieja y borroneada propaganda electoral. Andrés apresuró el paso y encendió su veintidós cigarrillo de la tarde. Consultó su reloj: veinte para las cuatro. Tenía media hora de retraso y en estas cosas, ya lo sabes, no se puede fallar. ¡Buena vaina!, dijo. Preguntarle al portugués resultaba inútil y además la bicicleta ya iba lejos. De todos modos, el portugués anterior resultó un analfabeto oral. «Edificcciu Unión... Lu mas cerca es pur aquí mismu...» Otra vez Andrés tuvo la sensación enorme de estar solo en el pleno sol y el pleno calor de las cuatro. ¡Qué vaina!, dijo. Algunos muchachos se arrastraban en patines por la acera y daban gritos. La camioneta de los helados surgió en la esquina con su musiquita de nunca acabar. Tan tantan... tan... tanta... ta... tan... tantá...

No se veía el samán por ningún lado. Andrés pensó que podían haberlo tumbado para poner una venta de parrilla. Los árboles obstaculizan el progreso material de la ciudad y en la empresa de remodelación urbana es menester comportar pequeños sacrificios que se traducirán en efectivos beneficios de circulación y confort para la ciudadanía... La democracia se vivifica con el clamor de la oposición, porque de lo contrario el poder se hace unipersonal y puede conducirse un país a la bancarrota. O a la muerte del samán. A la de Jaramillo... Y Andrés sintió de pronto la calle cruzada por disparos y el ruido de la sirena y las carreras de la policía. En pleno asfalto estaba el sastre reventado con el cuerpo cosido a balas y palabras, al lado de aquellos dos trajes que parecían otros tantos muertos perforados.

—Nada —había dicho Eduardo—. Sólo los teléfonos fundamentales. Apréndete la técnica.

No era difícil. Sólo que daba pereza Aunque era divertido como los juegos de la libreta azul. Otros factores de conversión. En las últimas páginas, donde no hay línea y dice arriba *Notas*, podía escribirse los números en columna. Así: 715758 se disponía en sentido horizontal, en cifras, de a dos, y al final una raya: sumaba 186. Si quería podía agregar al lado el signo *más* y escribir la palabra *total*. Nadie iba a pensar que no era una cuenta. Arriba podría colocarse el nombre seguido de la indicación Compañía Anónima o Inmobiliaria Ferrer. Podría también ser una cuenta de lavandería y agregar al lado de los números: camisas, toallas, interiores. Escribir el número al revés resultaba muy simple y se podía comprender fácilmente que el 58 no era ninguna característica de zona.

—También puede utilizarse el índice alfabético —había dicho Delia—. Para uno o dos teléfonos fundamentales. En cada letra correspondiente al nombre

de la persona, a comienzo de página, colocas un número. Reconstruir la clave es después fácil. Escribes, por ejemplo Andrés y debajo pones las cifras correspondientes a la A, a la N, a la D, hasta llenar los seis números.

A esas alturas ya la calle no era calle sino un reguero de reflejos y ruidos. Las casas iguales, superpuestas y el calor que había subido en proporción indirecta a la caída del sol. Más allá no había árboles ni ningún edificio que llegara siquiera a los seis pisos. La lona rosada del pent-house era un aviso de Autoagro con un enorme tractor sobre un fondo de pajonal y mariposas. Andrés miró el poste con la flecha, buscando alguna indicación. No había letreros. Igual que en las diez cuadras anteriores. Rechinaban las paredes vecinas, las rejas de ventanas, las cercas metálicas de los garages. El pañuelo, de puro dar vueltas en la frente y el cuello, estaba humedecido. Andrés no había querido preguntar sino a portugueses o viejas. Evitaba cualquier posible sospecha. En su primer contacto serio, extremaba ingenuamente las precauciones. Ya le dolían las piernas y se sentía pegajoso. «Residencias Unión, entrada C», murmuró. Y de nuevo se dispuso a desandar el camino.

Habría que comenzar otra vez por el principio. Pero tampoco se sabía exactamente cuál era el principio, dónde terminaba una urbanización y dónde comenzaba otra, cuál era el truco, la clave o el milagro para saber dónde coño quedaban las cosas y cuándo se desembocaba, de buenas a primeras, en un callejón ciego. Eduardo había dicho que en este asunto se imponía un claro conocimiento de la ciudad. Por dónde correr, los cambios de autobús a carrito por puesto, ganar lo más rápidamente posible una vía principal para hundirse entre los negocios de abasto, panaderías, tiendas, ventas de repuestos y bares de isleños con puertas

batientes que ayudaban a caer en otra calle. Andrés fallaba entonces en su primer ejercicio de la memoria y de la orientación. Y con ello fallaba, eso era lo más grave, en la puntualidad. La militancia comportaba sus problemas. Y esto es apenas el principio, pensó. Y luego, en un gesto desesperante, se restregó los ojos, buscando en sus bolsillos los cigarros y comenzó a tantear por todos lados para encontrar los fósforos. Por supuesto, no había. Hace algún rato tiró la carterita de cartón, con el soporte de las cerillas desprendido. Se puso a caminar: el cigarro sin prender en la boca, un cierto afán por pedir fuego o pedir la dirección. Cruzó a la derecha y tomó la calle que entroncaba con una vía de más tráfico. Más abajo, al lado del cajón de los teléfonos, estaba la cafetería. Cuando entró, el gallego despachaba un sandwich de queso, y él dijo:

—Una caja de fósforos, por favor.

Mientras esperaba a que el hombre terminara de cortar las rebanadas, miró al fondo. Con una *colita* en la mano, estaba el tipo. Andrés pensó por primera vez en la camisa verde y en los dos bolígrafos. Los bolígrafos allí, bien visibles, en el bolsillo del saco, el saco que llevaba puesto el tipo catire y con un ojo apagado, como le habían dicho. El catire le hizo señas para que se acercara. Andrés volvió a mirar sus bolígrafos y su ojo apagado. Se miró su camisa verde. ¡Ah!, murmuró. Había olvidado también los detalles. Claro, este es el hombre, claro, me debe haber reconocido por la camisa, claro, tiene los bolígrafos, claro.

—¡Quiubo! —saludó el catire.

—¡Qué hubo! —dijo él.

—Tienes como una hora de retraso —dijo el de los bolígrafos.

—Una no, media... —contestó Andrés, excusándose.

—En este caso da lo mismo... ¡Vámonos!

—¿Y esto?

—No... ya se pagó —respondió el catire.

Rápido, abandonaron la cafetería. El muchacho se atragantaba con el sándwich de queso y dos mujeres pasaron cuchicheando por la acera. Avanzaron una cuadra y cayeron en una avenida grande. Al voltear, a la izquierda, estaba el samán. Robusto, nudoso, con su enorme ramaje. Detrás de él resplandecieron los 12 pisos del edificio Unión. El friso descascarado y alguna cornisa partida entre el quinto y el sexto, los vidrios de los apartamentos de par en par, con un poco de música y papeles brillantes hacia la calle. En alguna ventana, la ropa puesta a secar, colgando de un extraño aparato de alambres, se movía con el viento de las cinco. Andrés tuvo claro en su memoria: «Residencias Unión, entrada «C», séptimo piso, apartamento 32...» Miró al catire que tenía los labios fruncidos, aparentando un aire de seriedad. No se atrevió a preguntarle nada. No había dicho una palabra desde la cafetería.

—Hay que subir con naturalidad —dijo el catire, al fin.

Así, de este lado, estaba el gabinete, es decir, el cajón de los papeles, oloroso a ungüento, siempre trancado, con alas de cucaracha por las rendijas y a veces

traqueando los días de lluvia cuando la madera comenzaba a aflojarse y daba pequeños quejidos.

Así atravesaba ella la sala, con pasos muy livianos, acomodando la peineta sobre el moño y una cara de decir «ya no puedo más» y una boca de decir «malditos sean» y unos ojos para llorar largamente, en el cuarto de arriba, llorar de miseria, de odio, de soledad.

Volvía sobre sus pasos, otra vez por el largo corredor y cortaba alguna de las hojas de la orilla, así, con las uñas, un pedacito, mientras hacía rechinar los dientes y parecía que estuviera cortándole la cabeza a una culebra o haciéndole saltar los ojos a no sé quién.

Perderse después en las sombras del fondo, donde la pared estaba abombada y se decía que había escondido un tesoro, perderse así, con su sombra que era tan delgada porque era sombra de huesos, con sus viejas pantuflas de pana que no sonaban y parecía que anduviera por el aire. Perderse así era meterse con los muertos o qué sé yo y se podría pensar que andaba buscando su tesoro.

Se había ido para su viaje, decía yo. Al fin aquel baúl nunca abierto, nunca expuesto, jamás tocado, podría entrar en la camioneta de Silvio Cardozo, con sus misteriosas sábanas blancas que ella una vez descorrió en el cuarto de arriba y las llevó hasta el patio donde les diera el sol, pues ya los bichos estaban haciendo su oficio a pesar de la alcanforina y ella no iba a dejar que lo que llamaba su sudario, se desparramara así como así, vuelto polvo. Pero no se había ido nada. El baúl estaba donde mismo; con sus clavos dorados y sus correas de hebillas enormes ocultando lo que ella llamaba su sudario y otras cosas más, pero sobre todo el sudario, que había resuelto mantener allí, como llevarlo en vida, las sábanas bordadas a mano en alguna esquina, y probablemente las letras, las iniciales de

él allí, para perpetua memoria y odio perpetuo y perpetua soledad.

«No hablen nunca de él», dijo alguien en la casa, alguien que no era ella, no recuerdo bien, «porque su nombre está sucio de cal y de orines de caballo». No digan nada, ni se les ocurra, sobre todo delante de ella, que además no lo necesita porque lo tiene siempre presente y lo vive matraqueando en el oído y se le asoma a la punta de la lengua y se le ha subido a la cabeza. Dejen las cosas así, dejen las cosas... decían, ya ella tiene bastante con su sufrimiento aunque parezca haberse olvidado de todo.

¿Cómo era entonces que caminaba, cómo era entonces que vivía, cómo era? Bueno, vivía sola, sostenida por sus huesos, por sus huesos sólo, ya que el corazón no le sonaba.

Y entonces andaba por la casa o desandaba. Medio viva con sus trapitos, sus vidrios, sus estampas, sus prendedores y la peineta de carey. Medio muerta. Arriba de ella, por el lado izquierdo, después que salía de las sombras, estaba el cuadro grande, la fotografía grandota, con las parejas reclinadas en un puente y una bandada de palomas girando sobre un viejo y varios lacitos caídos y papeles y muchachos que comían dulces. El río no se veía, pero estaba allí, seguro, debajo, con agua que no era como el agua de siempre, y serviría para juntarla a un perfume de siempre, para recordarlo como lo recuerda ella, por largo tiempo, cada vez que cayeran las hojas o se pusiera la tarde color de uno de aquellos vestidos color música, o diente de viejo dándole granos a las palomas y una carreta inmensa, que pasaba, cargada de muchachas con sombreros de plumas.

Claro, se detenía a mirar. Y miraba como quitándose una nube o un viento de los ojos, porque hacía así,

varias veces, con su mano sarmentosa y aun larga para lucir el rubí. Miraba achicando sus ojos miopes y con un respirar muy hondo que podía oírse en el otro extremo de la casa y sacaba un pañuelito que no era por la congoja, no tenía nada que ver con sus ojos o el suspiro, sino para limpiar con cuidado las suciedades que dejaban las arañas y las taras. Después echaba el rostro atrás, muy atrás, como para apresar los años y las distancias, y entonces seguramente la nube o el viento crecían entre su rostro y el cuadro, porque ya estaba con las dos manos batiendo el aire con lentitud y el pañuelo desmayado sin ganas en una de ellas para decir seguramente adiós.

Después seguía. Se la llevaban. Se movía por el piso de ladrillos como si no caminara y sus pantuflas de pana se arrastraban sobre ruedas de reloj. Se iba. ¿Adónde? Donde se iba ella siempre. O donde estaba siempre, porque ella era como estar en todos lados sin irse a ninguno, de puro que me había acostumbrado a verla en todas partes, a sentirla hacer lo mismo durante noches y días, y que debió estar haciéndolo desde antes de yo nacer.

Cuando no estaba ella, estaban sus huellas. Quedaba su rastro: un trozo de crehuela, la peineta con varias hebras de su pelo amarillo canoso, las fotos desteñidas, el alfiletero, el lazo verde o la caja de carmín. Olor de ella mezclado con la humedad de los rincones, trazo de su larga batola sobre el polvo, cortina de la ventana dejada sin correr. Perfume. Ah... porque alguna vez, algún domingo o fiesta de Santa Rosa salía el frasquito que seguramente guardaba en un rincón del baúl. Un frasquito vacío, con una etiqueta muy borrada donde apenas se veían unos ramos de violetas, guardador del fantasma de un extracto ido hace tiempo, aunque para ella resultaba fácil revivir el olor cuando lo llenaba con el agua de la tina y comenzaba después, muy

coqueta, a untarse debajo de las orejas y en la punta huesosa de la barbilla.

Se inundaba de olor y se quedaba mucho rato frente al espejo y luego deshacía sus clinejas y comenzaba la peineta a pasar. Se quedaba de pronto muy tiesa, erguida en el cojín de la peinadora. Uno no sabía quién era más verdad, si su figura reflejada en la luna cubierta de grumos, o sus huesos y su piel sin ningún movimiento, por ratos en que ya no la podía mirar.

No le gustaba que uno estuviera allí. No decía nada. Pero cuando volvía del espejo, seguramente de su río y de su puente y su bandada de palomas, pienso ahora, se le notaba cierta inquietud. Había oído sin duda el ruido de mis carretos y se hacía la que no me había visto. Dejaba de pasar la peineta y con el pelo suelto, que le daba en la espalda, mata de maíz floreada, se iba entonces a su paseo silencioso por los cuartos del fondo. Puertas marrones y puertas sin pintar. Puertas con aldabas torcidas y argollas herrumbrosas.

Si uno se iba detrás podía verla tantear. Se detenía en cada cuarto y movía las gavetas de una cómoda arrumbada, palpaba los armarios con almohadas y fundas picadas, soplaba el polvo acumulado sobre los tres tomos de «El mártir del Gólgota», tomaba el palo de la escoba para empujar los paquetes de revistas muy viejas, abandonadas en lo alto del escaparate, tosía, se ahogaba, volvía a toser, se moría de pena, se atragantaba de nostalgia, sentía de seguro miedo, porque alguna vez debió sentirlo, de verse sola, en un alto de su caminata, en su largo viaje por la casa, repetido incansablemente todos los días desde quién sabe cuándo.

Una vez hizo un alto porque ella dijo que se echaba a morir. Todos volvieron a prestarle atención, porque ya ni la sentían de acostumbrados que estaban a no sentirla. Así fue lo del agua florida. Y lo de la malva

hervida. Y lo de la ponchera de agua caliente para los pies. Y lo de la fomentera, también. También fue que llamaron a Don Ulises y a mí me dijeron que no hiciera ruido con mis carros de palo. Y vino Don Ulises y las muchachas del servicio andaban muy preocupadas asando no sé qué hojas en el fogón.

Don Ulises se lavó las manos y le trajeron un paño blanco para secarse. Después sacó el termómetro de su chaleco listeado, y al rato, cuando estuvo mirando la rayita de azogue que yo nunca pude ver, dijo que tenía fiebre muy alta. Sacó un ungüento y unas píldoras del maletín. Ella estuvo toda la noche diciendo cosas muy raras hasta que me dio sueño y me dijeron que me fuera a acostar.

A la semana todavía olía a ungüento, a bebedizo, a nuez moscada. Y ella no se murió.

Sea notorio que en la solicitud por expropiación y ocupación previa está incurso José Eladio Barazarte Saavedra, natural y vecino de este municipio, mal hermano, botarata e irresponsable, según aparece en todas sus acciones respectivas, decía Papá Salvador. Con el objeto de salvar las tierras y de acuerdo con lo que conversamos, como un año antes de que se viniera lo que se iba a venir, porque en tanto en cuanto uno está

alerta de las tramposerías debe actuar de conformidad con la ley, José Eladio debió ir a una jurisdicción para buscar los papeles. Si León Perfecto y Víctor Rafael hubieran estado vivos, en ejercicio de sus plenos derechos, no habría sido necesario buscar las escrituras en Trujillo porque ellos hubieran hecho su solicitud e insertado sus revólveres en medio de tanto zángano aprovechador. Yo solo no podía hacer nada con aquella pierna como la tenía. Y con los dedos de las sendas manos previamente inhabilitados para apretar el gatillo o batir el rejo con intervalos regulares entre uno y otro disparo. Me confié, certifiqué y di fe al susodicho José Eladio para que en el término de la distancia se trasladara a la capital y trajera los recaudos e hiciera frente a cualquier ocupación, pero él tenía una pereza aproximada a la de las tierras y una sinvergüenzura de mil novecientos cuarenta y cinco hectáreas con cuatrocientos veintiocho metros cuadrados que se conocía con el nombre de «El Higuerón», ubicada en jurisdicción del Estado Trujillo, estando limitada de la siguiente manera: por el Norte...

Por el Norte se fue el muy zángano izque a hacer la diligencia pero agarró por los cerros de La Colorina a dar función con un muñeco y curar las paperas con quién sabe qué vaina. En dichas tierras puso el muñeco a bailar y cuando el monigote estiraba sus patas de palo jaladas por las cabuyas, los campesinos empezaban a tirar monedas en una ponchera y cuando no tenían monedas le pagaban con pollos, papas sancochadas y queso parameño, porque los muy zoquetes no podían comprender que un hombre de palo pudiera bailar. Si eran brutos los indios lo demuestra que cuando Eladio, el muy zángano, iba por los montes de la Quebrada de San Roque, llevaba ya dos ayudantes, cuatro vacas, dos burros cargados de maíz y ocho maruzas de harina. Delante iba él en un caballo moro y algunos muchachos de la serranía se le juntaron y hasta había un pecoso, ya mayorcito, que tocaba el violín. No existiendo, como no existe ya, ni siquiera su estera de plátano ni su mal olor y en vistas a su gran irresponsabilidad, quiero declarar que es en él sobre quien recae la mayor parte de culpa en la pérdida de las tierras, aunque desde luego, el infrascripto, lo reconozco, León Perfecto, lo reconozco, se apendejió en el negocio y le faltaron cojones, pero qué iba a hacer yo, León Perfecto, no me mirés así, no me mirés, vos sabés que yo nunca tuve el guarapo que tenían vos y Víctor Rafael y yo no maté a nadie y estoy limpio para cuando comparezca ante la muerte en cuestión. Limpio, porque soy cobarde, decís vos. Cobarde nó, sino que yo no fui nunca desalmado como vos, te acordás León Perfecto, aquella vez, cuando se te presentó un godo de los que andaban con el General Leopoldo y vos le estabas dando de beber al caballo en la Quebrada del Loro. Él llegó a lo mismo y le preguntates:

—¿Andás armao?

—No... no cargo ni una navaja.

Y entonces sacates el revólver y lo disparates, diciéndole:

—El que tiene enemigos no anda sin armas... ¡aprendé!

Yo no hubiera tirado sobre nadie así, de ese modo, pero de haber tenido revólver aquella vez, de haber sabido, le hubiera llenado de plomo la sotana al padre Faustino, de eso no te quepa la menor duda. Yo me fui por las vías legales, pero Eladio se fue a dar función y a curar las paperas y se llenó de real. Nadie sabe por qué los muchachos se aburrieron y dicen que al del violín lo mató un rayo, pero cuando andaban por El Empinado ya no le seguían los burros ni bailaba el muñeco. Dicen que a José Eladio se le acabó la gracia esa vez y ya no había quien cantara detrás de él, sino

que lo seguían, por esos caminos de tanta niebla, unos cuarenta paperudos con los ojos redondos, pensando que él, por sí o por medio de su ayudante, les podía sacar aquella pelota que se les abultaba en el cuello. El muñeco iba despatarrado con sus cabuyas enredadas en el anca del caballo moro y Eladio no sabía qué hacer porque de todas las casas salían enfermos que le hablaban para hacer el justiprecio total o parcial de su enfermedad y de pronto sintió que todos los paperudos del Estado Trujillo lloraban y se arrastraban detrás de él por esos páramos.

Allí fue cuando los reunió a todos en una sombrita y les dijo que iba a hacer unos ensalmos, pero que tenían que poner todo lo que llevaran de valor en esa petaca y después se acostaran boca arriba para que el rocío del cielo les diera en el pescuezo abultado. Él, mientras tanto, remitiríase, después de previa advertencia, a preparar el muñeco para hacerlo bailar y cada vez que sus patas tocaran la cabeza de un acostado, éste debería, por su interés directo, cerrar los ojos y quedarse quieto hasta que el aire les fuera alisando la garganta. No deberían pararse hasta que él avisara y en efecto allí se quedaron, boca arriba, con sus paperas más hinchadas que nunca, mientras él y el ayudante se perdían cuesta abajo con la petaca, el burro y el caballo moro.

Qué se iba a hacer con él, León Perfecto, si era así y yo sé que no era digno de un padre como Epifanio Barazarte o de un tío como su tío Emigdio, que arriesgaron el pellejo muchas veces para amasar las susodichas tierras. Pero es el caso que a su sangre le dio la ventolera y se burlaba de todo porque, como dijo una vez, él no iba a vivir así con tanto odio y se le daba un carajo todo y lo que quería era probar fortuna por esos mundos y vivir feliz.

En verdad todo debía importarle un carajo porque no regresó a tiempo con los documentos y en la Mesa de Esnujaque tendió una cuerda del campanario al palosanto y por allí bajó ante el gran aplauso y contento de la gente reunida en la plaza. Recogió muchas monedas y realizó algunas curas. En el mencionado pueblo estuvo dando función un día y una noche y aunque Don Saturnino Briceño le ofreció casa y comida no se quiso quedar. Él era así, León Perfecto. Vos no, porque vos eras copia exacta de tu antecesor y todas tus acciones lo certifican.

José Eladio, en contestación a mi solicitud, cuando yo lo hacía en Trujillo, estaba en Escuque y había organizado una banda llamada «Corazones Alegres». Allí por propia iniciativa y por voluntad de los demás, se puso a armar fiestas y en la celebración del Santo Niño recogió toda la paga en una busaca y se la dio a un tal Bernardo a cambio de un sombrero alón. En Betijoque andaba con una guitarra. Y dio veintisiete serenatas en una sola noche y una sola madrugada. Y dicen que también en una sola noche y una sola madrugada, se tiró a las veintisiete homenajeadas.

Puros chismes, porque ni burro que hubiera sido. Pero en algo raro debió meterse, ya que desde la entrada, donde le estaban pegando duro al ron, un hombre lo llevó pueblo abajo, durante veinte cuadras, retrocediendo, a machete limpio. Quienes lo vieron certifican que antes, en la pulpería, alguien le había dicho «pico de oro» y él dijo que sí, que con el pico y las cuerdas le bastaba para cogerse a una mujer. Entonces, en qué ventana te arrequintates de veras, pico de oro, dijeron. En la ventana de allá, que le faltan dos balaustres, dijo él. Y fue cuando alguien saltó para decir que esa ventana era de él y que ningún forastero venía al pueblo a joder, así tuviera el pico de oro o de mierda como el interfecto. Previa notificación al pulpero de lo que podía ocurrir, Eladio dijo, fíjese usted, señor, yo

a nadie he venido a ofender y las cosas que digo las digo por rochela y nada más. Dicho esto, al vencimiento del término de sus palabras, el otro se le abalanzó con el machete y Eladio paró el primer golpe con la guitarra. Cuando el hombre que estaba muy borracho, enarboló de nuevo el cola e gallo, Eladio ya estaba en la calle. Hubiera podido disparar, llenarle la barriga de guáimaros, hacerlo trizas a puñaladas aunque el machete fuera más grande, pues el hombre daba traspiés en el empedrado, cuando salió a perseguirlo. Pero Eladio había dicho que no iba a vivir así con tanto odio y se le daba un carajo nuestro viejo Epifanio y el tío Emigdio, y vos León Perfecto y Víctor Rafael y yo también. Estaba así como desnudo en pleno sereno betijoqueño, sólo armado de su guitarra que se volvió a levantar para aguantar el segundo cambombazo. Después el hombre arrebataba el aire, furioso, y Eladio se hacía a un lado para que pasara aquel torrente de insolencias y machetazos. A cada vuelta del hombre, Eladio charrangueaba las cuerdas y reía hasta que de nuevo venía el golpe muy cerca y había que volverlo a parar. Llevaban seis cuadras en ese tejemaneje y ya la guitarra tenía media caja destrozada, pero todavía quedaba una cuerda, a todo lo largo, la última que Eladio pulsó cuando el hombre se le vino con todo el cuerpo y él esquivó el golpe para que cayera de jeta sobre el pleno enlosado y ya no se paró. Nadie había intervenido en aquel duelo de machete y guitarra. A lo mejor todos los hombres esperaban que lo mataran y una actitud como esa es lo que explica que la historia de las veintisiete homenajeadas fuera admitida, sustanciada y declarada con lugar, con todos los demás pronunciamientos que la gente le ha ido agregando.

Después hizo a pie el camino de Sabana de Mendoza donde lo esperaba el ayudante con el caballo moro y el muñeco. Y le vino al pelo para sus marra-

muncias. Él no sabía lo que estaba pasando pero había mucha gente vestida de gala y muchos caballos de gente principal del Estado estaban alineados en los botalones de la plazoleta. Hombres y mujeres paseaban por las calles y había muchas bandas de música, más de lo necesario por lo que correspondía a aquel pueblo de arrieros y comerciantes, donde todo era trajín, no había posada y ni siquiera donde comer algo, a no ser las frituras que estaban vendiendo frente a una gran casa de zinc. Ya todos sabían que don Andrés Roncajolo había escrito hacía dos años una carta a Carrillo Guerra, que decía: «Mi querido Don Juan — Como los rieles están en El Horcón desearía que indicara con fijeza el día de su venida, a fin de pasar a ese punto con un wagon, para tener el gusto de traerlo hasta acá, evitándole de esa manera unas cuantas leguas a caballo». Todos esperaban en Sabana de Mendoza la primera locomotora que debía venir desde La Ceiba y a todas esas yo creía que el Eladio había tenido muchos problemas para sacar las escrituras y era por eso que se tardaba. A mí se me ocurrió mandarlo a buscar con alguien de confianza, pero ya no había nadie, te lo juro, León Perfecto, nadie de confianza para mezclarlo en un asunto tan delicado. De todos modos no hubiera dado con él, porque aunque sí había estado en Trujillo y retiró los papeles, en lugar de regresar a la casa fue en ese tiempo que se llegó hasta Escuque para las Fiestas del Niño Jesús.

Ya se había vencido hacía mucho el término concedido y la pierna cada vez se me hinchaba más. El muy sinvergüenza, el muy loco. Allí se puso a bailar. Porque en tanto en cuanto lo vieron unos conocidos, y mire que había gente que había ido para las fiestas, lo interpelaron y él contó esto que yo he dicho y según esas referencias pudo saberse de su vida, tan disparatada. Y es que a Eladio le había dado por no mo-

rirse en política sino buscarse el plomo en parranda y mal de amores, sin que lo protegiera ni el revólver ni la ley ni el prestigio de sus hermanos y su padre y su tío. Él decía que teníamos medio siglo ensangrentándonos únicamente por mandar y no por vivir felices y a él se le daba un carajo mandar. Pero lo que yo me digo es que si él tenía razón y nadie lo obligó nunca a un carajo, ni formó parte del escuadrón «Los Cívicos» para batir al General Hernández que había invadido a Trujillo, ni tuvo nada que ver en el combate con el General Rafael María Daboin, ni peleó cuando Venancio Pulgar vino con la División Zulia y hubo tanto muerto en el cerro de La Bichú, tampoco iba a ser tan desconsiderado en no ponerle cuidado a la tierra que, ensangrentada y todo, era lo único que nos había quedado, y tener alguito así de respeto por la familia, de la cual sólo quedábamos un loco como él y un tullido como yo. Vos lo sabés, León Perfecto y hasta se le puede ver clarito aquel día en plena fiesta de Sabana de Mendoza dándole a la contradanza donde las señoritas Viloria y después metido en cuanta aguardientada había, en el bolo y en los gallos, punteando la guitarra que alguien le prestó y poniendo a bailar el muñeco para contento de los parroquianos que tiraban monedas en el balde del ayudante. Lo contrataron en varias partes y desde esa vez se dijo que el único beneficiado con el ferrocarril había sido Eladio Barazarte, porque los que tenían mulas y burritos de carga se perjudicaron y los que se llenaron fueron Briceño Hermanos y Sinforiano González y los Urdaneta y todos los que tenían negocio con Braschi, Roncajolo y Carrillo Guerra. Eso tampoco hay que perdonárselo a Eladio, porque además de no traer las escrituras, estaba bailando su muñeco en una fiesta del gobierno y él sabía que estábamos en la oposición. Por eso es lo que lo odiaron tanto y le hicieron varios tiros,

ya que él parecía el más divertido y hasta le improvisó unos versos a la locomotora y eso no podía gustar a mucha gente que se pasó cinco años sacando a martillo los clavos de los rieles, y durmiente que ponían, durmiente que se llevaban para hacer leña, porque aquella máquina era cosa del infierno y los dueños de posadas, peones y caporales se verían arruinados, como se vieron, al no haber más paso de bestias ni escoteros.

Quiero dejar constancia, León Perfecto, de todas las circunstancias de hecho que debés tener en cuenta para el justiprecio total de mi culpa, porque en justicia, hay que repartirla, yo solo no voy a cargar con todo, ya te lo dije. A la hora en que vinieron a decir que las tierras pertenecían al gobierno y que éste a su vez las donaba a la iglesia y que con el beneficio de su explotación se construiría el templo, yo no encontré medios legales ni tenía documentos que mostrar. Claro que no se hubieran llevado tanto, si el cura Faustino no hubiese corrido los linderos cuando vino aquella vez, porque él ya estaba noticiado de lo que iba a ocurrir. ¡Si José Eladio hubiera regresado a tiempo!

¡Pero qué iba a regresar! Si después de aquel rialero que ganó en Sabana de Mendoza y La Ceiba ya tenía caliente la cabeza y olvidada la encomienda que le hice. De todos modos, con vista a los pedimentos que le había formulado, ha debido regresar. Por eso te hablo tanto de él, León Perfecto, no es que yo quiera disculparme ni tirale el muerto a otro. Pero es que ni siquiera ese año ni el otro lo volvimos a ver ni nadie nos dio referencias si había desaparecido o cambiado de situación o estado por el hecho de tener plata. Porque en una sola tarde, después supe, la perdió toda jugando al bolo y fue entonces cuando decidió venirse. Y ya estaba el muy zángano sobre su caballo moro por esos barriales dispuesto a atravesar la cordillera y hubiera llegado a tiempo, pero le salieron al paso unos

músicos que iban para Sabana Libre y le hicieron torcer el camino. En dicho pueblo habían engalanado la calle principal y mediante decisión de los vecinos más notables, se había tomado en cuenta todo lo relativo a la organización de una parranda. La profusión de fuegos artificiales y los sones del clarinete le alteraron la sangre a José Eladio, que se invitó solo para aquella fiesta, pues él allí no tenía arte ni parte, ni tampoco conocía al presunto propietario del objeto causa de la diversión. Secundino Olmos era el dueño. Y al objeto lo habían traído en procesión, como si fuera un santo o una hostia, en una bandeja con un paño blanco y todas las muchachas se remitieron a las ventanas para ver pasar la comitiva. Detrás de los músicos y los curiosos, iba José Eladio en su caballo repartiendo sonrisas. Se emborrachó y enamoró a unas cuantas y no llegó a tiempo con las escrituras, porque todavía en la noche andaba abrazado con Secundino Olmos, que ponía el trago, cantándole versos al primer reloj de bolsillo.

Unos ojos para llorar largamente. Decían que estuvo una semana, dos meses, varios meses, dale que dale a sus lágrimas. Eso yo no lo vi porque estaba ya muy atrás; sino que se lo oí una vez a la vieja Eudocia por-

que «la señorita siempre fue un mar de lágrimas». Los ojos huecos que yo le conocí no tenían ni un solo brillo, aunque sí le salían como ramitas mojadas por las patas de gallina. Si se los hubiera visto desde la cesta, si me hubiera dado cuenta, entonces podría contar hasta cuándo hubo echado llanto, pero allí metido, entre pañales, donde dicen que ella me miraba y me miraba, uno qué iba a prestar atención. Después, ella, que yo recuerde, no me miró más.

Se supo cuando se encerró en su habitación. Se oía de este lado. Se oía del otro. «En lo oscuro debía lanzar su pena», dijo Eudocia, porque ella cerró todas las ventanas, corrió los cerrojos, tapó la claraboya con un trapo morado. Eran suspiros entrecortados. Eso al principio. Luego iban cogiendo fuerza, se oía más alto, casi un grito y se desparramaba entonces en una sola queja. Todos los de la casa vinieron a decirle que abriera y hasta Sultán ladró dos veces por la puerta que daba al corral, pero fue inútil. Y estuvo así hasta que se deslagrimó.

Le quedaron los ojos vacíos, aún con ganas de llorar.

Hubo quien dijo que mucho después de eso había visto pocitos. Uno sobre la mesa del comedor, donde ella se sentó una tarde a mirar sus retratos. Otro a la orilla de un matero cuando cortó su único clavel después de muchos años. Y otros no sé dónde. Y otro más allá.

Pero eran puras mentiras. La gente de afuera, las Pimentel y las Contreras, el colorado Humberto que venía con las maderas, los Díaz y los Bolaños, Emeterio, Pedro Colmenares, el padre Monsalve, Julito, las Diente de Oro, Corina Bastidas y hasta Eloína, la de la casa de tejas, sabían que no lloraba. Sin embargo en los días de su santo, vivían regalándole pañuelos. Y ella los fue acomodando en la lata de bombones y también

fueron a parar al fondo del baúl. El abuelo dijo que esa gente era malvada, que no era que la recordaban para festejarla, sino que traían pañuelos porque querían verla llorar.

De todos modos yo no creo que fuera mala intención, sino porque con tanta pena, si no se desahogaba, podría reventar. Eso creyó Agustín Soto, telegrafista, a sus órdenes, como dijo el primer día de su visita. Después iba a la casa para escuchar los cuentos del viejo y fue así que de paso se enteró. En ese tiempo él parecía muy raro y se la pasaba diciéndole poesías a las muchachas. Como el asunto era de llorar porque si no reventaba de tanta pena, él, que era muy decente y no importaba que ella fuera una niña vieja, trajo un día un libro llamado «Incurables» porque eso le haría bien.

El libro anduvo dando tumbos sin que nadie lo abriera, pienso yo, porque cuando ya yo andaba entre trastos y cajones, jugando o buscando cosas por los armarios y ya sabía leer, me lo encontré todo arrugado y me puse a ver las palomas y el corazón que tenía dibujados y unas letras que decían «novela de Virginia Gil de Hermoso». Adentro había otros dibujos de manos entrelazadas y un muchacho y una muchacha debajo de un arbolito. No se podían ver mucho, porque las hojas estaban todavía pegadas, de modo que nadie lo leyó.

Pero era asunto de llorar. Tanto que muchos izque juraban por una lágrima de ella y hasta algunos decían, para afirmar un imposible, «ni con las lágrimas de la niña Ernestina». Otros dijeron que el llanto se le había ido al cielo y que la Virgen de los Dolores había hecho una taparita con sus manos y su velo, para juntarlo. Ya entonces debió ser asunto de rezar. Por la Virgen de los Dolores y las lágrimas de Ernestina que comenzaban a empaparle el manto azul y más se lo

mojaban cuando más se rezaba y si se llegaba a las cuarenta salves entonces de la mano caía un chorro de lágrimas.

Para ver a la Virgen de los Dolores se iba por el lado izquierdo de la iglesia, hasta el nicho que estaba junto a San Juan Bautista. Muchos ponían velas o lamparitas de aceite, pero otros ponían platos de peltre por si acaso de pronto les caía algún llanto. Cuando la esperma de las velas salpicaba algún plato, el devoto se conformaba porque entonces las lágrimas se habían endurecido por no haber venido a tiempo y se llevaba la esperma hecha una bolita, las lágrimas de Ernestina hechas una bolita, para curar el dolor de oído y las picaduras de jején.

Acá en la casa se sabía muy poco de eso y si alguien venía a contarlo se decía que eran puras habladurías y que dejaran a Ernestina en paz. Sin embargo la gente era muy entrometida, dijo Eudocia, ahora ya no es así, pero, antes, usted hubiera visto, todos unos averiguadores y pasándose los chismes por entre las cercas de las huertas y las agujadas de las cocinas. ¡Y que la iban a dejar en paz!

Amable, el del violín, y Vicente, el de la sinfonía, acompañados de otros, vinieron una noche por la huerta de las flores y se pararon en la cerca, debajo de la mata de cayena que tapaba la ventana, siempre trancada, del cuarto de Ernestina. Se pusieron a dar una serenata porque esa noche había luna y olían los azahares —dijeron, dijeron eso, con toda intención, mientras tocaban— y era bueno para los recuerdos y para ponerse a llorar. Entonces las cuerdas destempladas del violín dejaron oír una cosa muy triste, un lamento, hasta que le tocaba el turno a la sinfonía y entonces todo partía el alma y engarzaba la noche y los recuerdos y los vecinos comenzaban a asomarse a las ventajas y Sultán dejaba de ladrar y la gente estaba toda

ensueño porque aquellos músicos tocaban con el corazón.

El ascensor se detuvo en el siete. El Catire tocó el timbre con dos golpes rápidos. Abrieron. Eduardo estaba sentado en la alfombra de fibra, junto a un periódico desplegado.

—¡Qué puntualidad! Son una maravilla — dijo Eduardo, con sorna, incorporándose.

—Yo no tengo la culpa —respondió El Catire. Me tuve que tomar tres colitas mientras esperaba a tu amigo.

Eduardo ya estaba de pie y miró a Andrés.

—Bueno, ¿qué pasó? ¿Muy difícil la dirección?

—Sí — dijo Andrés, medio turbado.

[illegible]duardo sonrió. Había que suavizar el ambiente. Dij[illegible]nces que había como trescientos detenidos y q[illegible] la[illegible]lada se había extendido a todo el país.

—Supieron lo del Fermín Toro, ¿no? —preguntó luego.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó? —dijo desde la cocina una voz.

La muchacha apareció en el pasillo. Había servido dos tazas de café y algunas gotas cayeron al avanzar.

—Saquearon el Liceo. Los digepoles entraron al laboratorio de Física y se robaron dos microscopios y tres balanzas. Desde El Calvario y la esquina de Solis estuvieron disparando toda la mañana.

—¿Hay heridos?

—Dicen que seis.

—La manifestación comenzó como a las nueve y ahí mismo entraron las lacrimógenas —añadió alguien.

—¿Mucho preso?

—No sé. Pero hasta después de mediodía estaban los digepoles rondando el Liceo. Algunos muchachos se quedaron adentro.

Los cuatro habían rodeado a Eduardo. Los recién llegados sorbían el café traído por la muchacha. En el recibo había dos bancos y una mesa con una lámpara de trapo. Dos afiches del Teatro Universitario en la pared izquierda y la luz apenas entraba por las hendiduras de la persiana.

—Compañerito..., a ajustarse los pantalones porque lo que viene es enea —dijo el que había abierto la puerta, y golpeó, en broma, la espalda del Catire.

—¿A mí por qué me lo dices?... ¡No... jo! —protestó El Catire.

—No, lo digo por todos... A no chorrearse.

—Bueno, vamos a comenzar —dijo Eduardo—. ¿Estamos completos?

—No — contestó Pepe —. Faltan Milagros y Vicuña.

Eduardo hizo un gesto de desagrado. Recogió las piernas y encendió un cigarrillo.

Comencemos sin ellos —dijo—. ¡Ya ha pasado más de media hora! Antes de someter a discusión el orden del día, les voy a presentar al compañero Luis —y señaló a Andrés— invitado especial a esta reunión. No creo necesario abundar en el sentido de responsabi-

lidad del compañero, puesto que en la reunión anterior me referí largamente a sus cualidades.

—¡A pesar del retardo! —dijo con sorna El Catire.

—A pesar del retardo, compañero —añadió Eduardo, terminante. Es menester considerar que se trata de la primera vez y la dirección no es tan fácil que digamos.

Pepe y Ramón asintieron. Se acercaron un poco, afectando suma atención.

—Creo obligatorio además —continuó Eduardo— advertirle al compañero Luis que esta reunión no significa para él ningún compromiso con la organización ni con ninguno de sus miembros. El orden del día es el siguiente:

Propaganda.

Finanzas.

Caso Mariela.

Acción a desarrollar.

Andrés sintió, a pesar de todo, que en algo estaba comprometido. Era la primera vez que participaba seriamente en un organismo político. Antes, su labor no pasó de vender algunos bonos, colocar discretamente alguna propaganda entre conocidos de la oficina, deambular por los bares y los parques en interminables discusiones sobre la «realidad nacional». Aunque con carácter de invitado, Eduardo le ofrecía ahora la oportunidad de integrarse a un comité. Se daba cuenta que lo estaban captando para la militancia y él participa en el juego con curiosidad, por deseo de hacer algo concreto, a la espera de nuevas experiencias. Se había distraído un poco pensando en su situación, cuando se hicieron nítidas las palabras de Eduardo:

—Arriba opinan que debido a la situación política, no han tenido tiempo de realizar una discusión seria y profunda sobre los últimos acontecimientos y nuestra participación en ellos. Por eso plantean no hacer

discusión política, sino un minucioso balance sobre lo ocurrido en nuestra zona...

Andrés escuchó atento, pero le molestó un poco la afectada solemnidad que Eduardo daba a sus palabras.

—...es decir: ¿fueron justos los actos efectuados en El Silencio? ¿Cómo fue nuestro trabajo? ¿Logramos incorporar toda la militancia? ¿Cómo reaccionaron nuestros simpatizantes? Me permito recordar a los compañeros que deben participar activamente en estas discusiones.

Habían transcurrido dos horas. El caso Mariela ocupó la mayor parte del tiempo. Pepe dijo que el tema estaba suficientemente debatido y que además consideraba improcedente continuar discutiendo un asunto tan delicado y en cuya decisión deberían intervenir los organismos superiores. Todos estuvieron de acuerdo. Andrés no dijo una palabra. Se sentía ajeno. Pensó en los problemas de la disciplina, sintió un poco de fastidio, se le removió el piso individual que él juzgaba intocable. Carraspeó, se secó la frente y pensó en eso de Luis. Ahora se llamaba Luis. Claro... los seudónimos. Ni Pepe era Pepe, ni Ramón era Ramón, ni Delia era Delia. ¿Y El Catire? Para ellos, él era Luis. Luis a partir del día en que era invitado a un comité, después de muchos momentos de vacilación, de sacarle el cuerpo a Eduardo, de no llamar por teléfono, de hacerse el loco. Días también en que sintió la necesidad de correr en busca de Eduardo y decir que él quería integrarse, que las cosas no podían seguir así. Y en efecto, se resolvió una tarde, y Eduardo lo abrazó con satisfacción.

—Pasemos entonces a lo de la acción. Se trata de la toma del Guarataro. Participarán cinco brigadas, además de la gente de la zona.

—¿Para qué día? — preguntó Pepe.

—Para el jueves —respondió Eduardo—. ¡Un reparto con mítines relámpago!

Esta vez creció el entusiasmo en la reunión. Todos hicieron preguntas. Hasta Andrés se atrevió y dijo si él podía participar.

—¡Por supuesto! —respondió Eduardo—. Te vas a bautizar en El Guarataro.

Los compañeros rieron y miraron a Andrés con simpatía. Él se sintió más en familia, perdió las inhibiciones, siguió haciendo preguntas.

—¡Delia! —dijo Eduardo—. Busca los volantes.

La muchacha fue hasta la habitación, vino con dos paquetes, amarrados con cabuyas. Se distribuyeron las hojas en lotes pequeños. Eduardo miró a Andrés:

—Tú te llevas esto. Ve donde te es fácil guardar el material.

Andrés asintió y golpeó varias veces el paquete sobre la mesa, para alinear los volantes.

—Entonces, compañeros —dijo finalmente Eduardo—, el jueves, a las cinco y cuarenta y cinco, todos en la plaza de Palo Grande, ¿comprendido?

Las cucarachas habían hecho su oficio. Una tarea lenta, de años probablemente. Fueron comiendo poquito a poquito, para no atragantarse. Uno las piensa

acomodadas así, con sus alas barrosas, su cuerpo lleno de ceniza, dirigidas en formación contra el paquete sostenido por una cinta. Mordían de a bocaditos, como para que lo de adentro no se echara a perder. Y creo que así pasaron largo tiempo. Repartiéndose las puntas y las orillas. Las palabras de tinta vieja y pluma falcón lo atestiguan. *Amo* donde decía *Amor*. Y donde decía *para siempre* decía *para siem*. No se supo si era *la* o si era *lo* porque en la otra línea decía *olvidaron* y se prestaba para las dos cosas. Sí... las cucarachas mordieron con recelo, para que todo no se fuera al olvido, tan de golpe.

Así quedaron aquellas hojas y aquellos sobres carcomidos. Algunos, la mayoría, lucían sin estampillas. Eran los sobres mandados con alguien, a mano. Tres solamente llevaban el matasellos de Mérida, Boconó y Santa Bárbara del Zulia. La cinta roja también estaba comida y salpicada de porquería de cucarachas. Aquel lazo se deshacía en ciertas tardes neblinosas, cuando ella, después de un alto en la peinadora, después de haber untado su agua perfume y haber dejado extendidos a la espalda sus cabellos amarillentos, arrastraba el banco hasta la orilla del baúl y comenzaba a desplegar los sobres y los papeles ruñidos en las orillas.

No sé si será presunción mía o atrevimiento al dirigirle estas cortas líneas... Sí era. Porque ella no lo había mirado, ni siquiera lo había notado, aunque una vez estuvo en la esquina toda una noche a pesar del aguacero. *Pero es que la hermosura de sus ojos y la gracia de su andar...* Él sí la miraba. Arriba, por el atrio de la iglesia, con la mantilla blanca. Cuando iba al tute donde las Méndez. En el poyo de la ventana los días de fiesta. *Me han hecho su rendido admirador.* Rendido. Loco. Postrado. Todo un caballero. *Y le ruego disculpe otra vez mi osadía pero es que su belleza me ha impulsado a pedirle que escuche mi responso.* Sí.

Porque cuando ella sí lo notó por primera vez y le cruzó la mirada, estaban despidiendo a Doña Carlota y el padre y los monaguillos se detenían y se escuchaba «brille para ella la luz perpetua». La urna iba lejos, cubierta por las coronas, y él todavía estaba volteando para sorprender sus ojos en el postigo. *Mientras quedo de usted como un devoto admirador me atrevo a pedirle si puede contestar y si al menos puedo abrigar alguna esperanza.*

Aquella había sido la primera. Después vinieron otras más, que ella tampoco contestó. Decían casi lo mismo. Estaban como copiadas de las canciones y los libros. Algunas traían pétalos de «pensamientos» disecados. *Reciba esta flor como ofrenda de mi más grande amor.* Las otras no tenían sobre, eran papelitos, traídos por alguien o dejados en la ranura de la ventana. Y por la época de los papelitos parece que fue cuando ella se atrevió a escribir y rompió muchas hojas porque no le salía bien la letra y porque no le gustaba lo dicho. Por eso fue que puso, con letra repasadita, nada más: *Sí, pero no se lo diga a nadie.*

Las otras cartas, las del centro del paquete, por cierto donde las cucarachas habían insistido más, eran ya del pleno afecto y de la plena aceptación. Desde el 25 de febrero de 1925 ella le había dado el «sí» y después vinieron las palomitas y los corazones cruzados en respuesta a los trozos de cabellos que iban pegados con engrudo o cebolleta. *Ayer te vi en la puerta de las Méndez y no me mirastes. Yo no sé si es que te contaron algo. Dime qué te contaron, porque las gentes son muy envidiosas y se interponen entre los que se aman.* Ya se tuteaban, aunque de vez en cuando, por ser más cariñosos, se decían de usted. Nunca de vos. Los novios no se hablaban de vos en las cartas, aunque lo hicieran al conversar. Pero ellos conversaron poco. Durante nueve meses apenas si se dijeron «adiós» o «aquí está», mientras se entregaban, con maña para no ser vistos, los papelitos. Aquello era en el último reclinatorio de la izquierda, cuando él se acercaba, con riesgos, más allá del lugar que decía «hasta aquí los hombres». O metidos así, zas, por el postigo, después de haber calculado que de la casa no salía nadie y el abuelo estaba lanzándole maíz fresco a las gallinas.

Ya del final son las tres cartas con estampillas y marcas del correo. Son del año 27, después que él asistía a la visita de los miércoles y ella daba puntadas sobre el tambor de bordar y el abuelo tosía en el cuarto de al lado para que supieran que estaba allí. Había costado para que lo aceptaran. Pasaron como dos años de amores a escondidas. Y aprovechaban los juegos de baraja en casa de las Méndez o las reuniones de doña Corina de Bastidas, donde se descifraban charadas y se jugaba «los mosquitos ven». Fue allí que se rozaron las manos por primera vez y ella se puso coloradita.

—¿Los mosquitos ven?

—¡Sí, mi bien!

—¿Pican en la palma?

—¡Sí, mi alma!

—¿Pican en la flor?

—¡Sí, mi amor!

Él se había ido a no sé qué negocios. Los miércoles, de todos modos, ella se sentaba en la poltrona con el tambor de bordar, igual que si estuviera esperando la visita. El abuelo también tosía para no perder la costumbre. «Cayó otra vez el sol y Quintero no me ha escrito», decía. Porque ella lo llamaba por el apellido. Y así estuvo durante varios días viendo caer el sol hasta que al fin llegó. «Aquí hace mucho frío, más frío que allá y fabrican unas preciosidades de anime. Me haces mucha falta. Cuando regrese te llevaré unos pastores y unas ovejitas y también unos dulces abrillantados que son muy buenos».

La otra es de cuando fue al asunto de un ganado a Santa Bárbara y la otra de cuando los funerales del Padre Quintero que falleció en Boconó y se necesitaba un familiar para ocuparse de sus asuntos. Él volvió y ya no hubo más cartas. Ya no, porque se veían los miércoles y se hablaban de una esquina a otra de la sala, a veces sin tener qué decirse, sin decirse nada, sólo mirándose y riéndose como unos bobos y ella agachando los ojos sobre los puntos de cruz. El viejo tosía y ella bordaba y él no sabía qué hacer en aquella silla de esterilla tan tiesa y tan incómoda. Se hablaban entonces por señas para preparar lo de las Méndez, después de la misa del domingo. Pero sólo aquella vez, cuando el juego de los mosquitos donde Doña Corina, y nunca más, se rozaron las manos.

Un roce de manos, y las cartas con el lacito desteñido, comidas por las cucarachas, quedaron para el atardecer junto al baúl. Las miraba y las miraba, las leía y las leía, en orden o al revés, hasta que el sol había caído ya y entraba el viento frío por las ventanas, con las sombras, y sólo una línea le quedaba por mirar, aquella donde él decía si podía abrigar una esperanza.

2

El bocinazo otra vez. El ronquido largo. Ponen a freír algo en el motor. Es así. Pero ofrecen los aceites de mayor densidad: extra -X-100. Lubricación ideal. Batir de transmisión como el batir de alas celestiales. Los ángeles marchan, vuelan, manchados de aceite, con los huesos aceitados. La ramita de olivo que indica paz y bienestar. El de oliva, Olive Oil, medalla en la Feria de Bruselas, medalla en la Feria de Zurich, Premio de Honor en la Exposición Industrial de París. El mejor es el español. Antes venía uno, portugués, llamado *Bau.* Y los italianos siguen imponiendo su Berio. Sin embargo dicen que los españoles no se lubrican. Allá se va todo en la exportación. Y comen aceite de soja. Todo Madrid huele a aceite, dicen. Es un asco. Las propiedades purificadoras de los aceites tienen la particularidad de que, después de un tiempo de uso relativamente corto, toman un tono oscuro. No se preocupe por ello. Depende. ¿Un tono oscuro en la ensalada? El nivel de calidad de los aceites usuales hoy en el mercado permite la elección de la marca que creamos más conveniente. Siempre fue así. El mantel parecía un potrero al principio, antes de que fueran acomodando los cubiertos. Era bonito agacharse y mirar a nivel. Los pelitos sobresalían como pasto y alguna cáscara de pan del mediodía se había quedado enreda-

da. Después venían los platos, en formación y daban algunos bandazos antes de asentarse frente a los asientos asignados. Todavía la tía Hortensia no había ocupado su puesto al lado izquierdo de la mesa y ya se oían los ruidos que hacían los huesos y la mecedora del abuelo; mientras lo traían, porque ya le habían preparado sus huevos tibios. El abuelo los comía con una especie de asco lento y purificado. La servilleta la tenía amarrada al cuello, porque a cada rato caía aquella baba amarilla cuando él introducía la cucharita y pedía más sal. En eso estaba y uno lo miraba, también con asco purificado, cuando llegaba el convoy. Una formación de frasquitos, cristales rugosos y fuertes, instalados en sus soportes de lata y una manija para sujetar. La vinagrera, el salero y la aceitera. Era como los barcos de las revistas y del mar. Uno atrás del otro, custodiándose.

—Derramar el aceite es buena señal —dijo una vez—. Jacob lo hizo con la piedra que le sirvió de cabecera, después que descendió la escala de los ángeles.

Las propiedades purificadoras. Con razón. Todo motor tiene su antepasado en el Antiguo Testamento. Presencia de Dios que prueba y prepara la estirpe de su hijo. Bien aceitado, se viene después al mundo con la misión de redimir y evitar el roce molesto de los engranajes: se viene «For Service M. S.» Cordero de Dios que borra los pecados del mundo, qui toli pecata mundi, no emplear aditivos junto con el aceite hipoidal. Hipostático.

El abuelo pedía más sal. Los otros se servían la sopa y uno esperaba aburrido y temeroso que llegara la orden. No quiero sopa, ni carne, ni plátanos sanchochados. El aceite relucía, burbujeaba, se ponía denso en el convoy. Las ruedas de cambur maduro mojadas en aceite y sal eran como un milagro. Le gusta comer sólo eso, pero eso es de alimento, decían. Déjenlo, ya

aprenderá a comer otras cosas. Y había oído que el aceite era buena señal. X-100.

El mayor índice de viscosidad. Por viscosidad se entiende el grado de fluidez. Viscoso, es decir sucio. Y el aceite que comíamos debería ser puro, purísimo aceite de oliva que había ganado veinte medallas en las exposiciones mundiales, que las había ganado todas, a pesar de que otras marcas anunciaban en sus latas haberlas ganado también. ¿Qué aceite perdió o dejó de ganar en esa feria?

El cojo comienza a caminar con su ramillete de globos, bombas de a medio infladas de helio para que se mantengan hacia arriba. Muchacho se la pasó inflando bombas para que se elevaran, sostenidas por un cordel, como en las películas. Pero el aire sucio de uno, sabroso a trementina de mango, no servía para mantenerse arriba y uno veía que los globos se venían al suelo y daban bandazos contra la acera. Habría que ponerles una cola, como a los volantines, y halarlos con la cuerda en barboquejo desde acá, pero se movían de un lado a otro y rastrillaban las paredes y los cables de la luz con un ruido molestoso, de diente que muerde hule. Muerde... el mantel con los flequitos para hacerse el tonto y no tomar la sopa hasta que llegara el aceite y las ruedas de cambur. Derramar el aceite es buena señal sobre las ruedas que ruedan sin rodar. La enorme fila de automóviles es interminable. Se medio saca la cabeza, al aire libre, para que el viento aleje el mal olor. Todo el tablero está resumante de mal olor, con su virgen de plástico y su pescadito de concha marina. El mono de goma se quedó quieto y ya no salta, no salta desde hace rato, entre el parabrisas y el pelo blanco de la señora. Antes, en la esquina de la vieja estación, el mono estaba saltando. El hombre frenó con su cara de mono y dijo «Carmelitas», entonces la mano se posó sobre la manija y no funcionó.

Adentro se movieron las sombras, los medios cuerpos, sucios, manoseados, sin ojos. Él vio apenas la masa revuelta, un paltó, y la carraspeada de la señora que iba al lado del chofer se hizo sonora. La manija siguió haciendo su ruido oxidado. El brazo del chofer se extendió desde el lado opuesto para ayudar. «Dele hacia arriba, dijo, es mañosa» y la puerta al fin cedió. El italiano y el muchacho se corrieron y dejaron con desgana el puesto libre. Él se acomodó en el cuero húmedo y sintió los resortes debajo y un pedazo de estopa que se salía por el roto. Las manos palparon la moneda al fondo del bolsillo, se pusieron en guardia. Pagar ahora o pagar después. Pagar para salir de eso. No, mejor al final, por si el bicho se echa a perder. Duda, duda, duda, para no perder el real. Los labios humedecidos por la lengua, para hacer algo, hasta que el hombre decide arrancar.

Por los lados del parquecito, más allá, las ruinas de la vieja estación. Antes había un reloj. Ahora los muchachos jugaban en los columpios de recreación escolar. Al frente estaban, no hace muchos años, las ventas de madera y sillas de mimbre. No estaba ya el tren, pero estaba el reloj. Se piensa que todo había sido con cierta dignidad y que era bueno haber estado en los bancos, duros, cerca de la parada, para escuchar un altavoz, que debió haber dicho: ¡Santa Teresa! ¡Santa Lucía! Uno allí, con abrigo y paraguas y una maleta ligera, muy preocupado, viendo los rieles solitarios hasta que apareciera la máquina. Afuera el reloj. Y otros viajeros apresurados con su sombrero de pajilla entre las manos. Los muchachos vendían cabello de ángel, coquitos y pan de horno. Rica estampa de una ciudad a la cual no había llegado la piqueta demoledora del progreso y en los tímidos aleros de los alrededores se cobijaban las no menos tímidas bandadas de palomas. La vendedora con su azafate y el verdulero isleño. Ceferina con el mosquero remolineao como guía y luz todopoderosa de los encantos urbanos, y sus gritos, además de los gritos del isleño, el ocumo fresco lo llevo, las chayotas, las patatas y el culantro se acaba yaaaa... aa. Sí, eran tiempos buenos. ¡Ah, mi vale! ¿Se acuerda usted del Donzella? Eso era vida. Ahora con estos modernismos a uno no le dan ganas. ¿Ganas de qué? ¡coño! Viva tradición de huevonadas. Pero el tren sí: echaba humo y uno hubiera podido despedirse desde la ventanilla y hacer lo que se hace en otras ciudades. Mierda con Ceferina y el isleño. El paso lento, la despedida, los abrazos, el irse con el trán... trán... trán... aunque fuera allí mismo, a los Valles del Tuy, porque antes no estaban allí mismo y había lágrimas y se decía me escribes no dejes de escribir, y que la tía Berta me mande los canarios. Después la carta. Hemos estado muy bien, pero a Toñito le dio tosferina y cuando llegue el último pedido de Bloom Sucesores a La Guaira se te enviará la patineta. El tío Carlos... joda...

—Arrímese, mi llave —dijo el hombre perfumado de Bond Street que venía con un portafolios.

—¡Ah, perdone!

—¡Ay, vale! ¿tú como que estás ido? ¡Debe ser el calorón el que te tiene así!

Él no dijo nada y se corrió mientras el plástico que cubría el asiento se le pegaba y despegaba del pantalón. El hombre se acomodó y bajó el seguro. Hacía una cuadra que se había quedado atrás el reloj, todo seco, sin hora, con las paredes de madera de la vieja estación y los gritos de los escolares en el parque vecino. La calle estrecha, llena de huecos y el olor de la panadería andina. Acema que quiere levantar al caído. Paledonia, nombre de princesa o amante de la Edad Media. Olor a leño negro en el horno de María Eva Salas para que el amasijo no se arrebatara ni supiera a barro.

Afuera el malagueto con sus hojas al sol para condimentar y hacer los bebedizos. Paledonia quiere decir Cuca... Cuca es una grosería, Cuca no se dice en esta ciudad. Cuca no es una princesa ni una dueña en la Historia Universal de Frías Valenzuela, ni en los tomitos de Secco y Baridon. Acema que quiere levantar el caído, cordero de Dios que borra los pecados del mundo, qui toli pecata mundi... en tu más grande esfuerzo por recordar lo que debía decirse cuando dijeran turris eburnea y el cura Vegas preguntara si nunca habían escuchado las letanías, qué clase de enseñanza tuvieron en la casa, pero el Rosario de María Eva olía a pan fresco y uno apenas estuvo ante las Puertas del Horno que no eran propiamente las Puertas del Cielo... Janua Ceali... donde estaba el Sultán, el perro del infierno, el perro de mi abuelo que inauguró una dinastía de Sultanes ladrando y pudriéndose de garrapatas en la caballeriza cuando se ponían viejos y a los tres días aparecía de nuevo Sultán removiendo la cola y metiendo el hocico en el balde de los caballos y Eudocia relataba cómo había muerto, aunque Sultán estuviese otra vez vivo sin las peladuras por las que corría cal viva y azufre, porque el azufre estaba en los infiernos y Sultán era el que cuidaba la puerta de los que iban a robar gallinas al infierno a la casa a qué sé yo que joda porque a uno se le confunden las vainas y ya no sabe si Paledonia o la Cuca es el Virgo Praedicanda o la cuca llena de alabanzas.

Puesto de revistas. Deben ser las dos de la tarde. La hora del burro. El cojo ya va lejos con su ramillete de globos, nosotros decíamos bombas de a medio, por la acera que da al Colegio de los Salesianos. Allí está el semáforo con su ojo rojo como Manuel Frías que venía de La Laguneta diciendo insolencias detrás del caballo. ¡Caracas para hoy... suma trece! y el grito rebota en el parabrisas sin que ellos se den cuenta porque el italiano y el hombre que huele a Bond Street hablan por encima de mí, me tienen jodido, sin poder hacer movimiento ni mirar a los lados y cuidando que el maletín no se vea mucho porque ahora parece que el cierre comenzó a ceder.

—Mire amigo... Hay que estar alerta, porque este país es de vivos.

—Io comprende... Ma... lo sono un hombre honrato... No me piacen, como digo, no me gustan las cosas torcidas, ¿capisce?

—Bueno, capicho o no capicho, yo lo que fumo es Fortuna, musiú.

—Ma, cuesto es una sivergüenzura, usted sabe. Yo puse el dinero. Él dijo que tenía un amico en la Ingeniería Municipale, pero usted sabe, cuando se fueron a echar las fundaciones, niente, no apareció por ningún lado, comprende. Es lo que yo digo. Uno viene a este país a trabajar honradamente, ¿capisce?

—¿Y qué le dijo el Fiscal, musiú?

—Bueno, que donde estaba la autorizacione y no teníamos la autorizacione, ¿comprende?

¡Caracas para hoy, cuarenta y nueve ochenta y nueve, suma treinta! En el cartel de Montana el viejo abre sus bigotes de viejo. Hace calor. El reflejo en el parabrisas se junta con el reflejo del capot. El maletín y las manos han comenzado a sudar. Suda, suda, suda, petróleo venezolano. Ya se van los barcos yanquis, ¿cómo era? Ah, sí, en el Liceo, no, antes en el Colegio. Uno quería recitar eso en la velada y el cura Vegas decía que no. La palanca de velocidades truena por fin. ¡Ahí vamos! El semáforo me jode con su ojo colorado. Benditas sean todas las insolencias de Manuel Frías. Al fin se callaron. Se calló Bond Street. Dijo que la Inmobiliaria, que Seguros Ávila, que la maquinaria importada, que el asunto es de vivos, que la brega, que le firmó unas letras, que hay que pasar el

día quince, que la mujer, que la comida pa los muchachos, que las cervecitas, que la coalición y es mejor no hablar de eso porque yo vivo de mi trabajo sabe, allá los políticos que se la saben todas, es para desconfiar, sabe, que un ciudadano tiene derecho a eso, que es un abuso, que este país no lo compone nadie, que hace falta un Gómez, ¡ah, señora! ¿no le parece? Y la señora tose otra vez y lo mira por encima de los lentes porque piensa seguramente que antes no había tanta falta de respeto ni los caballeros eran tan salidos para dirigirse a una dama, pero no había nada que hacer y aguantarse que cualquiera le dirigiera la palabra aunque ella iba para el Hospital de Niños a visitar una criaturita caída de un quinto piso porque no es que él sea tremendo, sabe, lo que pasa es que con estas construcciones de ahora uno no sabe cuando puede caerse y la madre se lo decía, pero ella es una mujer muy ocupada, sabe, tiene a su cargo tres hijos y los sobrinos de Adelita que van a pasar allá el sábado y después no se quieren ir porque a ellos les encanta el quesillo y allá los consienten mucho aunque su padre quiere pegarles y dice que ha gastado mucha plata para que vayan a salir unos sinvergüenzas, y él no es así, tan acomodadito, tan cariñoso, porque la maestra tampoco lo comprende y le pone unas tareas que Dios me libre y si usted supiera el muchacho podría resolverlas pero no hay quien lo pare cuando dice a correr por el apartamento porque es insoportable si usted lo viera no le hace caso a nadie y siempre quiere que su abuelita le dé su chocolate y lo siente en las piernas para contarle el cuento del gallo pelón, aunque estos muchachos de ahora no hay quien los quite del televisor y cuando se les deja jugar solos ¡plasch! ocurre lo que ocurrió porque la baranda estaba floja y él fue a caer allá abajo todo hinchadito después, si usted lo hubiera visto, pero tenía los ojos como dos botoncitos y yo le

decía cuchi... cuchi... porque él se llama Jesús, pero ya no me oía y su madre era puro llorar hasta que un vecino llamó la ambulancia y se fueron al Puesto de Salas y yo también me puse a llorar...

Llorar, el hombre puja pero no llora, dijeron, parecían decir ellos, en sus retratos cubiertos por el moho y la humedad, aunque antes estuvieron en correcta formación, con sus grandes cuellos almidonados y chaquetas de gruesos botones. Todos en sus clavos, muy en línea, con un espacio exactamente igual entre marco y marco, miraban con iguales ojos y mantenían la boca apretada. La misma boca dura y apretada de la Tía Hortensia, con las cuentas de la camándula en la mano, después que ya habían sonado las campanas y se había rezado el Ángel Que Anunció a María y uno rechazaba la comida desde la alta silla para alcanzar la mesa y ella decía:

—El buen bocado no se ha hecho para la boca del asno.

Y seguía tan dura, tan implacable, sirviendo desde una bandeja plateada a todos ellos cuando colgaron en correcta formación. Se sentía, se olía el mismo aire de que hablaron siempre... a través de la hilera de retratos, a través de la hilera de bigotes, a través de los cuellos altos y almidonados, toda una línea oscura de labios fruncidos, poses marciales, ojos pícaros, ojos de culebra, acomodados debajo de la frente amplia, llamada voluntariosa, y al lado una nariz larga como un fusil o un cuchillo lucido en la espalda de la víctima con sólo una orden y unos cuantos reales dejados en el bolsillo del espaldero. Nadie en la casa había dicho nunca nada de eso porque «todos habían sido muy respetables y piadosos y nos legaron una herencia de dignidad», ya que la otra la habían dilapidado, Eladio, el botarata, y Víctor Rafael con sus campañas, sin contar la intervención del gobierno y las tierras donadas

a la iglesia, robadas malamente porque no hubo escrituras ni poder para reclamar, tierras buenas donde ahora se asienta medio pueblo, lo que hubiera significado millones y una vejez tranquila y hasta Nicolasito, tu padre, no hubiera quedado aislado y miserable, aturdido todos los meses por las cobranzas del alquiler y rogándole a los salesianos para que te recibieran gratis en el colegio porque tu abuela no estaba en condiciones de atenderte todo el día, estaba vieja, y tu padre andaba chorreando sudor en sus viajes a comisión, expuesto a vejaciones como ese día cuando el agente general le dijo cuáles eran las ganancias después del viaje a la zona petrolera y no era justo y Nicolás discutió, dijo que allí estaban sus talonarios y que se fuera a la mierda, pero el agente no respondió nada y arrancó la camioneta y Nicolás tuvo que mamarse treinta kilómetros a pie, bajo un aguacero, tratando de guardar debajo del saco las facturas para que no se mojaran y poder reclamar después en Valera. Llegó resfriado y pálido, pero no reclamó, tuvo miedo, le dijeron donde Briceño Hermanos que estaba equivocado y que lo más que podían hacer era darle una carta de recomendación, porque ya no podía seguir trabajando con ellos en vista de su pelea con el agente general. Nicolás salió con el papel miserable y no tenía ojos de culebra ni nariz de cuchillo ni frente voluntariosa y se dedicó a buscar cómo hacer unos negocios con otros comerciantes de la ciudad y fue y saludó gente del Gobierno y pidió un puesto en la Administración de Rentas y le dijeron que esperara, se ofreció de chofer en la A.R.C. y tampoco, le pidió prestado a Don Eleazar, y tampoco, y ya estaba a punto de volverse loco cuando se metió por fin en el negocio de los Seguros y volvió a trabajar a comisión. A misa los domingos, conmigo de la mano. Saludar muy cortésmente a todo el mundo, tirar el brazo con adulación. La retreta, porque

a veces no había ni para la vespertina del Cinelandia. Otras veces el domingo se viajaba hasta el pueblo, con algunos enlatados y paquetes de macarrones pedidos al fiado, porque algo había que llevar a la casa, aunque Hortensia no exigiera nada y el abuelo se conformara con sus bojotes de chimó. Todavía quedaba en ese tiempo alguna silla con respaldo de cuero y patas de león. Allí se sentó, decían, el doctor y general, allí escribió sus proclamas, allí pensaba Hortensia que se había sentado para siempre la dignidad, aunque lós comejenes se hubieran llevado medio brazo y el cuero con las letras de clavos dorados ya estuviera rajado.

Anticipe su pago y su parada, dice en el cartoncito pegado al quitasol. Ningún carro se mueve en la avenida, sólo roncan los motores para ahuyentar el fastidio o hacer fuerza, un empuje desesperado y sin sentido por abrirse paso en esta selva de animales metálicos que aúllan, ponen a reverberar su aceite, se les atraganta el combustible, hacen runnnn... runnn... para anunciar que están todavía vivos y que el calor no ha derretido sus huesos y tornillos. Al fin la señora ha dejado de hablar y Cuchi debe descansar tranquilo en el Hospital de Niños. Todos descansan tranquilos ahora, con un pomposo silencio dentro del *carro por puesto*: y él palpando su maletín otra vez, con temor de que se escape, con temor de que vuele porque a veces lo siente como un animal, con palpitaciones y gruñidos y todo animal de piel y pezuñas, animal de plumas, vuela, volando, según el plan «simpático» que ahora estrena PANAM en lo alto del edificio donde se ofrece confort y seguridad, la vida entera, goce de la vida, todo está en sus manos, no se arrepienta, viaje primero y pague después. Bond Street no ha vuelto a hablar. Da chupadas nerviosas a su cigarrillo y mira a todos lados buscando un punto de apoyo, un gesto, una señal, para derramar su palabrería. Irrumpe el chofer: son

unos abusadores, usted vio, casi me lleva un guardafango, no tienen consideración, yo soy un padre de familia, estoy levantando honradamente la moneda, el pan de mis hijos, y viene cualquiera y ¡zuás! le daña el vehículo, sí, señor, dice el italiano, io non capisce que sucede in questo pópolo, io sono honrato y usted ve lo que me face, cierto, no es cierto, falta de gobierno dice Bond Street pero hay que llevar las cosas con calma, al que no le guste este país que se vaya, ¿no cree usted, señor? Y él se hace el que no oye, presiona sus dedos sobre el maletín, se aguanta, respira hondo y se siente liberado cuando la señora comienza: que sí es verdad, que está en lo cierto, uno no se friega todos los días para que cualquiera venga y diga que si esto y aquello y el italiano dice que no ha querido decir eso ni el conductor tampoco pero Bond Street habla por toda la nación y la señora advierte que en la próxima esquina, junto al semáforo, ella se queda para ir al hospital. Las manos frías, las palabras repiqueteando, el olor a pies y caucho mojado, las ligaduras, el escozor del cuello, la cola gigantesca, los ruidos, el color quemado y violento de los edificios bajo el sol.

¡Ah rigor! ¡Adiós paloma turca que te marchates! Y se fue. Se fue volando. ¡Quién iba a pensar! Quedó

un polvito. Quedaron cuatro trancas. Un solar. El molinito para pilar café. Ese caballo lleno de gusanos y no hay quien traiga creolina. Esta muchacha, ¡Ernestina!, oíme vos. Dejáte de andar llorando por allí. Dejáte. Estáte quieta, Hortensia, que el correo no viene hoy. Lo vas a ver. Porque yo le dije a Nicolasito que no se metiera en eso. Pero él no hace caso. Que los tiempos se han ido yendo, se han ido yendo, y que ahora es distinto. ¡Pero a quién se le ocurre, hágame usted el favor! A quién se le ocurre andar detrás de unas mercancías como cualquier fulano. Ponerse detrás de un mostrador y hablar de legalidad, bajú. Él no fue a reclamar. No fue. Yo sé que algo quedaba y algo se hubiera salvado. Pero no tenía interés. Este Nicolasito me salió medio pendejo. Se le alebrestaron los humos con eso de vender a comisión. Ir de aquí para allá, de Motatán a Mendóza, de Pampanito a Boconó, con la representación de Briceño Hermanos, para ganarse unos cobres. Muy poco, muy poco, por batuquearse el alma por esos caminos. Yo sé. Yo sé. Uno está chocho, dicen, y no puede entender. No seré yo el que te diga, Nicolás, pero escuchá a tu abuelo que era un palo de hombre, sí, señor. Y querés que me conforme, no, no puede ser Nicolasito, no puede ser, eran mil novecientas cuarenta y cinco hectáreas con cuatrocientos veintiocho metros cuadrados y quedó esta mecedora, porque no me vengás a decir que ustedes ven por mí y que estamos aliviados y que con tal haya salud, a Dios gracias, no. Vayan muy largo al carajo con sus cuidados y déjenme morir. Me tienen en este cepo que se mece. ¿Por qué no le ponen máuseres para que empiece a apretar? A ver si me largan los ojos con el tortol. Uno está preso, preso por los propios hijos y no hay sino estos ladrillos y la ponchera para escupir el chimó. Se me hace lo mismo cuando amanece y lo mismo cuando cae el sol. Uno ya ni distingue entre la oscurana y la

luz. Pero aunque me dejen de un lado, yo veo, veo hasta de noche como el borococó, el hueso de esta pierna no me duele ni necesito parchos porosos porque no tengo opresión, yo voy allá, muy lejos, con ese que ensilla el castaño muy brioso, el general Epifanio Barazarte, al que saludan y en todas partes le dicen padrino y la tierra que pisan los cascos es tierra de él por mucho rato y por mucho rato le salen ahijados, bajan desde el cerro, se vienen por los chaos, lo miran pasar agarrados a las cercas, le piden la bendición, se encaraman en los caballetes, se suben a los horquetas de los guamos, le gritan padrino, le gritan general, y después, en la entrada del pueblo, aunque las tierras no sean de él, siguen saliendo ahijados ya mejor vestiditos y de otra raza, porque hasta se parecen a mí, ahijados de verdad, ya que él, Epifanio Barazarte, a caballo en el castaño muy erguido, con sus enormes barbas y sus ojos agudos decía: «Los que me temen y no pueden acabar conmigo, me hacen compadre». Por esos montes, sí, señor. Y cuando salíamos del pueblo volvían las tierras y andábamos medio día a caballo, porque yo iba en la grupa, y todavía no se acababan. Y estaban sembradas. Porque aquel indierío, aunque flojeara, sabía cumplir con la medianía y si no cumplía le podían venir cuarenta fuetazos y tres días de cárcel para que aprendiera a respetar, y además, quién demonios se iba a atrever a cogerse nada, porque además de ser honrados (la gente de antes era honrada y trabajadora, ahora no), sabían que al General Epifanio Barazarte ni en sueños se le podía engañar y lo mejor era manifestar el aprecio y el cariño que sentían trayéndole cestas de chirimoyas al Niño Salvador, el menorcito de sus hijos, que era yo.

Sí. ¡Ah, rigorito! Para ponerse triste. O no ponerse, mejor. No le quedan a uno ni cuatro churupos. Y uno se muere sin plata para enterrar. ¿Qué se hizo la de él,

la del viejo, doctor y general? Te la comites vos, Víctor Rafael, se la fuites entregando a tus querías. ¿Dónde diablos la pusites, Víctor Rafael? No, yo sé que la gastates en pertrechos, porque para vos no había otra cosa que guerrear. Cambiates la plata por balas y le metites plata en el pecho a los «ponchos» que te salieron en La Bichú. No sé si el viejo había regresado, porque había tenido que salir rápido para Barquisimeto, con el General Carvallo, a buscar recursos. León Perfecto y yo andábamos reuniendo gente por Isnotú, ya recuerdo, y vos tuvites que vértelas solo, al frente de los trujillanos, porque después de todo, aunque fueran liberales, no había que dejarle solo el terreno a los zulianos de Venancio Pulgar. Sí, fue duro Víctor Rafael, yo lo sé, combatieron del 5 de noviembre al 15 del mismo mes. La gente dijo que andabas disparando morocotas y se corrió el cuento de que andabas haciendo entierros y que en lugar de botijas usabas la barriga reventada de tanto godo maula que se te puso por delante. Antes de que cayera el siglo, hicieron unas excavaciones en los campos y dizque encontraron huesos y monedas, yo no sé. No había a quién preguntarle para saber la verdad. La plata no importaba nada si la tierra estaba así, tan anchota y embrollada como sus barbas, doctor y general Epifanio Barazarte, padre de nosotros cuatro, porque a Georgiana hay que nombrarla, y a Eladio, aunque no se nos parezca y fuese un zángano y un vividor. Usted echa por delante en el camino y yo voy detrás, recogiendo hojas gruesas para taparme el sol y sacándole el cuerpo a los barriales y cuando usted voltea para gritar que me apure yo estoy muy detrás, todo pequeñito, vuelto una insoria y entonces ya no veo sino su boca tan dura y sus pantalones de kaki y su cuello alzado y esa gran barba que se mece con el viento, al lado de los árboles y hasta tapa el cielo, usted, papá, es como el barro y los bejucos y de la frente le

sale un chorrerón de luz y yo no sé qué decirle porque me siento cansado y me parece que tengo que atravesar todo ese matorral para llegarle cerca, atravesar toda la tierra, porque usted, doctor y general, está cada vez más lejos y le ha dado por crecer, por volverse árbol, y caballo a la vez, por volverse todo negro, color de tierra mojada y de pronto ya usted no es nada o lo es todo, repartido por esos mundos de mil novecientas cuarenta y cinco hectáreas con cuatrocientos veintiocho metros cuadrados, que yo hubiera defendido, tanto como usted quería, con todos los plomazos necesarios aunque es probable que no hubiera sabido manejar los fulminantes, de un modo oportuno, porque tampoco supe manejar las leyes y eso que usted mismo me las dio en el Colegio de 1.ª categoría y había dicho que yo sería el letrado porque tenía más seso que puntería, y ya ve, padre, con todos los libros que me hizo tragar tampoco serví mucho, ni de escribano ni en la trinchera, porque quién sabe qué demonios se me metía en las sienes cada vez que iba a emprender algo grande y me ponía a dudar, no era como usted, doctor y general, tan resuelto como siempre, tan dispuesto a no perder una y a sacarle el filo a toda oportunidad, como aquella vez, cuando le echaron encima unas cuantas muertes y otros tantos robos desde unas hojas pegadas en todas las esquinas de la ciudad. Casi no había sitio público donde no estuvieran contadas las tropelías de Epifanio Barazarte, prevalido de su condición de Gobernador, con varios guardaespaldas y asesinos a sueldo, deshonrando hogares, humillando mujeres y vejando a hombres dignos, sin que para nada valieran las canas ni la edad provecta; viejo autoritario y cínico, desalmado como ninguno, despachando maldiciones y recibiendo al mismo Diablo en su casa de la Calle Abajo frente a la que muchos se negaban a pasar por temor a contagiarse de maldad y las viejas rezaban el Magnificat para ponerse a salvo en su paso por la morada maldita, en la cual se planeaban los crímenes denunciados en las hojas anónimas que habían alcanzado a cubrir todas las esquinas importantes. Durante casi todo el día las gentes esperaron que usted tomara la revancha contra aquellos insultos y hasta le hubiera sido fácil agarrar unos cuantos godos conocidos para azotarlos y bañarlos con salmuera y después dejarlos varios meses a pan y agua en los calabozos. Muy agitado andaba León Perfecto que fue el primero en arrancar uno de aquellos papeles y estuvo preparando sus cartucheras porque dijo que él mismo en persona saldría a cobrarles esa vaina a los Méndez y a los Carrillos, a quienes hacía responsables de los pasquines. Yo vi que usted no salió de la casa en todo el día y ni siquiera dijo una palabra, o sí, dijo unas cuantas, pero sólo las necesarias para que León Perfecto se quedara quieto y abandonara sus revólveres en la mesa. Yo sé que ese día la gente estuvo espiando por todas las ventanas y a los muchachos no los dejaron salir a la calle y grupos de curiosos esperaron con ansiedad por los lados de la iglesia y de la plaza, sin que se produjera nada durante ocho horas seguidas. Algunos, a pesar del miedo, hasta se aventuraron por la Calle Abajo, porque ya se los comía la curiosidad, y nada. Fue por la tarde cuando apareció su mula, mejor enjaezada que de costumbre y usted montó y arreó por esas calles, solo, como era ya conocido su paseo. Usted iba sereno, orgulloso, hasta sonriente. Muchos creyeron que no se había enterado aún de los pasquines. Y lo vieron ir así, tan solemne, tan digno, hacia la Calle Arriba, con sus ojos muy fijos en algo lejano. Después vieron que unos agentes de policía en lugar de máuseres y rolos portaban unos paquetes. Y por los zaguanes y las ventanas, por las esquinas y los negocios, iban soltando aquel Boletín Oficial que recogía todos los insultos de

la mañana encabezados por unas palabras grandotas que decía: «Reprodúzcase de orden del señor Gobernador de la Provincia. El Secretario de Gobierno». A quién se le hubiera ocurrido sino a usted, que administraba la sangre y las burlas como quería, a usted que sembraba la confusión entre los enemigos y nos desorientaba a nosotros, los propios hijos, que fuimos desbocados, cargados de dudas o locos y que nos hacían falta sus ojos para ver, sus oídos para oír, sus pies para caminar y de verlo y sentirlo uno pensaba que aún muerto se seguiría desparramando su sombra por la tierra que había aguantado ya tantas sombras nuestras y sólo el mal y el bien Barazarte eran el mal y el bien de la región, formado según sabíamos, a través de años, por malvados y generosos que nos antecedieron y prepararon la tierra para que tuviera calor y vida, porque nada hubieran hecho otros lambucios y sólo los consejos de una ilustrada experiencia alientan de veras por la honra y el bienestar del pueblo trujillano, pues a muchos hay que hacerles saber, hasta con plomo, cuáles son las cosas que los benefician y qué les vale esperar según su condición. Es así, no puede ser de otro modo, un hombre honorable es un hombre honorable haga lo que haga, porque sus acciones, por duras que ellas sean, resultan de pronto el único camino para el orden lógico. Ves, papá, como estoy culto hoy y sé emplear las palabras de los libros y entonces la pierna no me duele tanto y hasta me atrevería a caminar para rastrear por las mil novecientas y pico de hectáreas, que hoy se me ocurre que son más, y está tan claro el campo o debe estar, pues yo desde aquí no veo nada. Pero si me apuro, veo. Espere, porque la mecedora traquea. Ay... Ay... me duele la vejiga... ay... ay... debe ser que estoy mohoso de no llevar sol, pero yo sé que eran más y la cosa empezó a echarse a perder desde el año 12 cuando volvieron los realistas y se presentaron los avaluadores y el Comandante Político y Militar, y no habiéndose encontrado a Miguel Barazarte pasaron acompañados de testigos, a la casa de su Morada y encontraron en ella a su legítima consorte. Da. Petronila González quien le recibieron juramento por Dios nuestro Señor y una Santa Cruz, vajo cuyo reato ofresió poner de manifiesto todos los bienes que ella y su marido poseen y son los siguientes: Primeramente una casa de horcones y bahareques techada de paja (con cuatro puertas) dírese con cinco puertas, y tres bentanas de madera. Item. Seis silletas y un escaño. Item., una mesa con un cajón y serradura, y otra redonda. Item. Un baúl con serradura y el compañero que se dice estar en el pueblo. Item. Una tinaxera de madera y en él un crusifijo de Culto y un cuadro de Ntr. Sra. de Sta. Ana. Item. Un sillón con un Gualdrapón. Item. Una casa de Trapiche de horcones y simiento cubierta de paja, y agregada a ésta, un cuarto de tapias. Item. En dicho cuarto tres fondos de cobre de coser dulse sentados en su correspondiente parrilla con falcas de laxa sin terraplén. Item. Un derecho de tierras de criar en la Poseción nombrada los manzanos, y en ella una casa de horcones techada de paja con una Puerta de Madera. Item. Tantas cosas más que fueron arrancadas y se perdieron, pero con dignidad, porque estábamos con la patria, y además ya usted se encargaría de recobrarlas, si no las mismas, al menos otras que engrosaran el patrimonio a que se tenía derecho por nacimiento y buen uso, porque, qué hace, vamos a ver, cualquier parameño bruto con unos trigales que no sabe aprovechar ni qué iban a hacer ellos tampoco, los que sí entendían de labranza, pero sólo se contentaban con mantener las tierras sin vigilarlas ni meterles cultivo y las revendían y las trataban como a cosa que no sufre ni sobre la cual ha habido esfuerzo y sudor y sangre, sobre todo buena dirección, porque sin ella,

usted sabe, nadie podía hacer nada y aunque los medianeros tuvieran poco, con eso les bastaba y hasta les daban ganas de trabajar más, porque, de qué otra forma sino trabajando podían ellos aumentar sus ganancias. Sí, era mejor que tuvieran poco para que pudieran pensar en tener más y así se aplicaran con cariño a unas sementeras que después de todo no les había costado nada y se les hacía el favor de dejárselas para que las cultivaran a medias. Y es que ni los nuestros, con toda la prudencia y buen tino, estuvieron a salvo del despilfarro, y si eso ocurría a quienes por tradición y buena sangre podían hablar de quien a quien con la fortuna, qué desastre no les ocurriría a los que nunca habían tenido y de pronto llegaban a tener. Dígame usted, por favor. Porque ya sabe usted lo que pasó con motivo de que Aldana Barazarte hiciese vida lujosa usando cama con vestiduras de ruán randado, sayas de seda, sábanas de rejilla azul y vistiese de estameña a los esclavos y sustentara tertulia en la casa mayoral gastando buenos chocolates y suculento pan monjil, amén de que hiciera viaje a Maracaibo acompañada de su hermano el capitán Pedro Barazarte y del Lcdo. Don Joseph de Cobarrubias, su cuñado: la renta anual vino a menos, depreciándose tanto durante la administración del tutor Don Pablo Heredia, concluida hacia el 8 de febrero de 1686; por ello tuvo que venir el licenciado Pedro Barazarte y puso a caminar las cosas, pues ya en junio de 1680 estaba Doña Mariana Cobarrubias para ingresar al monasterio de Rexina angelorum y Don Pedro sustentaba sus derechos con capital propio de mil quinientos petacones, los mil para la renta monástica y los quinientos para los vestidos del acto, pago de sacerdotes, música, fuegos, almuerzo y dádivas, y Don Pedro visitaba sus posesiones en buenos caballos y se le buscaba dama distinguida como lo requiriese la alteza de su naci-

miento y los privilegios que gozaba de abolengo. Pero uno ya ni distingue entre la oscurana y la luz y no hay siquiera dónde escupir el chimó. Que si no me les voy delante, conversando, me friego de una vez por todas. Uno se queda así, hilando palabras, ya que no puede hilar pisadas. ¿Oís ese ruido, arriba, en la troja? ¿Oís, Nicolasito? Qué diantre vas a oír. A vos te taparon los oídos con mercancías, con vales y con facturas. Claro, en que más ibas a trabajar, me decís vos. Pues te hubiera valido mejor morirte de hambre. Ya que no supites reclamar y eras el único hombre que quedaba, porque aunque yo estoy todavía con aliento, soy simplemente un burro con gusanera esperando que vengan los zamuros para que den cuenta de mí. ¿Qué hacés, tuteca? ¿Por qué cantás en el caballete? Traés plata, plata, plata, plata. ¡Qué plata ni qué carajo! Venís únicamente a comerte las arañas y los bachacos. Así como te debés haber comido las garrapatas, aquella vez, cuando todo esto se llenó de bichos patudos y las paredes eran una sola mancha negra, sin que nos diéramos abasto para limpiar con escobas de leño negro y tuvimos que movernos duro porque las bodas de Ernestina se nos venían encima. Ayer cayeron aquí cerca unas cuantas taras negras. Y cualquier día de estos vendrán alacranes, porque así Hortensia diga que la resignación abre el camino del cielo, estos bichos nos llevarán derechito al infierno, porque ya no nos queda más nada. Oíme Hortensia, cuando llegue el correo, cuando el hombre baje las valijas de las mulas y ya vaya a montar las que van de aquí para allá, ponémele una carta al Diablo para que me venga a buscar. No seré el primer Barazarte que entre en su casa caliente ni tampoco el último. Allá debe estar León Perfecto metido en una torre de ladrillos, pero con llamas de nunca acabar. Las que él prendió en Trujillo le deben haber salido gordas, de puras maldiciones que nos echaron

los godos. Hermano, de todos modos allá estarás mejor, en compañía de Víctor Rafael. Porque en el infierno nadie se ríe de uno, ni nadie le tiene lástima, ni lo sacan a uno como me sacarán de esta casa, hirviendo de gusanos, arrastrado en un cuero, ya que no habrá tiempo ni siquiera de meterme en el cajón. Voy a cerrar los ojos porque se me hace lo mismo que sea la noche o que raye el sol. Papá, doctor y general Epifanio Barazarte, espéreme, yo le ayudo a ensillar y allí vamos por las mil novecientas cuarenta y tantas hectáreas, con los bienes embargados a Miguel Barazarte, con las vestiduras de ruán que derrochó Aldana, hasta allá, donde están los árboles pelados y mucho más, toda la tierra trujillana, nuestras sombras y nuestros escupitajos desde 1646, cuando comenzó todo, donde está una era de trigo descubierta junto a unos lamederos, cortando el dicho llano hasta la punta de una loma, que está arrimada de una quebrada, todo el dicho llano arriba hasta dar en un valle hondo.

Comenzaron a llegar de a dos, de a uno, haciéndose los locos, en busca de una dirección, mirando los avisos y deletreando para disimular, a la espera de que el autobús de Bella Vista frenara y dejara de roncar, como quien viene de un paseo, simplemente, con las

manos en los bolsillos y silbandito, en busca de un bar abierto para comprar cigarros y fósforos, así, fueron llegando hasta ubicarse sin más en los alrededores de la plaza y rápidamente reconocerse. Era una simple entrevista para escuchar de labios de Eduardo:

—¡La acción va!

A las seis de la tarde comenzaba el tráfico enloquecedor. La avenida San Martín cubierta de humo de escape, papeles, cartones arrastrados, flejes y ronquidos. El pito de las fábricas tirando a empujones los obreros por el barrio de Artigas. Las pequeñas oficinas, las tiendas, los abastos, con gente entrecruzada y veloz. Los muchachos que voceaban el diario de tarde y no paraban de correr. Veinte uniformes escolares ocupaban por completo la acera de enfrente, se lanzaban a la calle con el semáforo en contra, cortaban el paso de automóviles. Se oían frenazos y mentadas de madre.

El sol estaba muy metido y arriba, en las pobres agujas góticas del templo, era el único lugar con aire limpio. En el parque, fuera de los muchachos, sólo un viejo barbudo y remendado, de espaldas a las escalinatas, que decía ¡no joda! y sacaba una certerita de ron.

Andrés vio a Delia y al Catire que estaban junto al puesto de revistas. Más allá, en la puerta batiente y desconchada, estaba Ramón. Poco a poco, en medio de los transeúntes y los ruidos, en la parada de autobús, bajo la estructura del edificio en construcción, fue descubriendo rostros que ofrecían cierta complicidad. Sin duda, era gente de otras brigadas: gestos preocupados, saco de un color y pantalón de otro, chaquetas de cuero, alguna muchacha de falda, suéter y tacón bajo. Evidentes colores y olores de extremistas, detalles perceptibles para quien estaba en el güiro, afectación de inocencia y cierta ansiedad imposible de frenar. La misma ansiedad que se le había subido a Andrés a la

cabeza, se le metía por los huesos, le hacía sudar. Las manos constantemente restregando la nariz, luego en los bolsillos, buscando unos fósforos inexistentes, tratando de meter la camisa salida. No era tiempo de muchas reflexiones ni de prestar atención al paisaje metálico, a los vidrios chispeantes, al aviso de refrescos que comenzaba a encenderse. Se trataba de avanzar hacia el Palacio de los Deportes, según dijo Pepe, rápidamente, al cruzarlo. Allí estaban más de treinta agrupados cuando el de la camisa a cuadros inició el mitin relámpago. Algunos paseantes hicieron rodeo porque olfateaban el asunto. Otros, curiosos, se apostaron en las puertas de los zaguanes vecinos, se asomaron a las ventanas, detuvieron los autos. Los treinta comenzaron a aplaudir para llamar la atención. Se oyeron frenazos y comenzó el estruendo de las cornetas. El de la camisa a cuadros, parado sobre un muro, dijo:

—¡Pueblo! El imperialismo ha obligado a sus servidores criollos a romper relaciones con Cuba. El actual gobierno de traición nacional pretende hablar en nombre de todos los venezolanos. Pero los secuaces del imperialismo, los nacional-traidores, no representan la voluntad popular. ¡Si el gobierno rompe, el pueblo no rompe!

El de la camisa a cuadros saltó para confundirse entre el grupo, cuando comenzó a vocearse, de un modo martillado y preciso:

—¡Cuba sí..., yankis no!

—¡Cuba sí..., yankis no!

Algunos paseantes se sumaron al coro. Consignas y bocinas se abrían estallantes, ruidosas, sembraban la confusión en la avenida. Una sirena de patrulla sonó por la esquina de la Maternidad. El grupo cruzó la barrera de su automóvil, mientras algunos comercios comenzaron a bajar sus puertas metálicas. Sobre las

capotas, golpeando con la mano, se obtenía buen acompañamiento rítmico:

—¡Cuba sí..., yankis no!

—¡Cuba sí..., yankis no!

En la acera de enfrente se inició la dispersión. Había que ganar rápido las escalinatas, ganarle tiempo a la policía, aprovechar el embotellamiento que retardaba la llegada de las radiopatrullas. Andrés entró, agitado y sudoroso, por el callejón del cerro. Vio cuando tres muchachos del barrio se inclinaban para arrancar las alcantarillas. Un puente levadizo para aislar esos castillos llenos de mugre. La policía no entraba a pie por los callejones porque tenía miedo. Todo el Guarataro era una madriguera de extremistas y de donde menos se esperaba, caían piedras y cabillas. Podían caer balas también. Por la escalinata continuaban subiendo los muchachos y lanzaban al aire los volantes. Algunos repartían la propaganda casa por casa. Era increíble. Cualquiera pensaría que se trataba de anuncios de cine o comerciales. Andrés vio a Delia y trató de acercársele.

—Quiubo —dijo.

—¿Tienes hojas? —preguntó ella.

—No, ya las tiré.

—Toma éstas, entonces. Guárdalas para cuando estemos arriba.

Por la calle que da a la antigua estación de Palo Grande se organizó otro mitin relámpago. El orador fue preciso, voceador, sonoro. Otra vez se abrieron las consignas y la gente de la zona tomó parte en el coro. De pronto, alguien gritó:

—¡La Guardia!

Por entre los eucaliptos de la vieja Estación venían ellos: verdes, amenazantes, con metralletas y fusiles. De nuevo se iniciaron las carreras, los empujones, el retroceso al cerro. Habían fallado los que debían qui-

tar las alcantarillas. La cuestión era correr, salir lo más rápido posible de la vía libre. Por detrás de los rieles, hacia Santa Ana, se llegaba a una explanada en un sitio llamado El Descano. Andrés y Delia vieron la gente de su brigada que se volvía a concentrar. Otro mitin relámpago. Otras consignas. Otro vocerío espectacular. Pero esta vez menos seguros, los agitadores. La Guardia había entrado en el barrio. Algunos muchachos decidieron bajar haciéndose pasar por vecinos. Cayeron. Desde arriba se veía cuando eran introducidos en las jaulas.

—Por bolsas —dijo alguien.

—Es mejor esconderse por aquí.

—¡Corran!

Los guardias comenzaron a disparar ininterrumpidamente. Desde abajo subían los estampidos de F.N.30. Algunos vecinos abrieron sus puertas para que entraran los manifestantes. Andrés y Delia prefirieron seguir, cerro arriba. De la Subida de los Bueyes venían gritos y ladridos. Dos muchachos de la zona llegaron corriendo. Los llamaron.

—¡Epa!... Por allí no. ¡Es peligroso!

Andrés y Delia y los otros que saltaban una cerca, ofrecían un blanco perfecto. Estaban en desventaja. Ninguno de los dos se había dado cuenta. Los compañeros del barrio, conocedores del terreno, fueron oportunos.

—Sígannos por aquí —dijo un morenito dientón.

—Agáchense cuando pasemos cerca de las latas —dijo el otro.

La guardia continuaba disparando. Alguien gritó en el grupo que venía detrás. Cayó al suelo. Sangraba en una pierna. Le habían dado. Tres regresaron para recogerlo. Estaba pálido, con los ojos brillosos y se retorcía de dolor. Andrés sintió que le temblaba el cuerpo. Iba a decir algo y se detuvo cuando advirtió que

Delia lucía serena. Una mujer llamó desde la ventana de su casa y dijo que le llevaran el herido, que había que vendarlo. Se decidió que uno de la brigada se quedara acompañándolo. Los demás deberían seguir, buscar cualquier salida, atravesar el cerro si era posible. Andrés y Delia no sabían dónde estaban los de su grupo. ¿Por qué lado andarían Eduardo, Pepe y El Catire? La guardia continuaba disparando y se oía a lo lejos las sirenas de las radiopatrullas. Por los ranchos, hacia El Observatorio, la gente estaba asomada a la puerta y quería ayudar. La noche se asentaba completa sobre los techos de zinc y maderas podridas. El camino se hacía dificultoso, por aquel laberinto de viviendas miserables, charcos de aguas negras y basura apilonada. Las balas silbaban en el aire oscuro y los guías —dos muchachos de la zona— advirtieron que era mejor tomar por el zanjón. Allí comenzaban las cloacas. Canales destapados sin terminar, hediondos. Dando saltos por entre las inmundicias, extenuados. Andrés y Delia buscaban aferrarse a los tablones y las piedras salientes. Todo el cerro estaba ya rodeado por los agentes y habían subido comisiones que rastreaban y se abrían paso a culatazos. A la salida de las cloacas los compañeros de la zona, fácilmente identificables, fueron reemplazados por mujeres y niños. Un flaquito de doce años se ofreció para conducir a Delia y Andrés. Había que torcer el rumbo y descender. Dejar de lado las vías normales y pasarse de rancho a rancho, por las tablas y los cartones donde las gentes se apiñaban, una larga cadena tendida por patios y basureros, otra vez ranchos y zanjas, olores insoportables, desperdicios, potes abandonados, guardafangos, rines de bicicleta enmohecidos, lonas manchadas por orines, lloriqueos y gritos de niños, pantanos, vidrios, trozos de cabilla y alambre.

Habían hecho como una hora de camino. El fla-

quito dijo que iban hacia el Túnel de la Planicie. Comenzaron a aparecer construcciones de bloques y paredes firmes. Algo que podía llamarse calle daba vueltas y se perdía en una acequia. Andrés y Delia se detuvieron y limpiaron el barro de sus zapatos. Abajo se movían los faros de los carros. Ya estaban orientados. El niño dijo que ya no lo necesitaban, sonrió, les dijo adiós y se perdió por el laberinto de tablas y cartones, cerro arriba.

Estaba el cuadro grande con las parejas en el puente. Estaba así, con los colores muy desteñidos y ensuciados por las arañas y las taras. La muchacha tenía un sombrero alón, con una cinta que colgaba después hacia el cuello. El vestido blanco, con muchos volados, entrevisto por el barandal. A su lado estaba el caballero, con su saco de solapas grandes y su chaleco y su corbata enlazada. Los otros eran como ellos, sólo que dos muchachas tenían las sombrillas abiertas y uno de los acompañantes se había quitado el sombrero. Todos buscaban algo y algunos reían mirando el río, aunque el río no se veía, pero debía estar allí, debajo y más allá, porque todos estaban en el puente.

No es igual a Puente Real, dijo él. Ni es el río Caus, porque no tiene piedras, dijo también. Y dijo otra vez:

además es mucho más grande, uno no se lo puede imaginar. Entonces fue cuando se puso a describirle a Ernestina que más allá de la raya donde terminaba el cuadro estaban las embarcaciones, unas canoas grandes con las puntas que terminaban en un arco, porque en ese río entraban embarcaciones, y cómo, ni pensarlo, que se pudiera parecer al río Caus. Allá pasean los enamorados y unos viejos con chaquetas de pana colorada tocan unos bandolines redondos y cantan cuando le dan a los remos.

Él se puso el cuadro en las rodillas y le enseñó: éste que está aquí se va a casar con ésta que está aquí, y los que están más allá, éstos que se miran, han comenzado a tener amores. Los muchachos que comen dulces deben ser los hermanos y el que le está dando de comer a las palomas se parece a Chico Zambrano. Ella se reía entonces y pensaba que las Méndez podrían estar allí luciendo las sombrillas que les trajeron de Maracaibo, pero aquellos vestidos sí no, porque ellas, ni nadie en el pueblo, los habían visto nunca. Las casas que estaban detrás eran cuadradas y tenían tres y cinco pisos, con unos balcones que apenas se podían ver porque al que lo hizo se le acabó la pintura y sólo echó brochazos para salir del paso. Pero todas las casas eran así, color de almagre, y arriba, en las cornisas, se paraban las palomas.

Que quién lo había traído, no se sabía. Pero debió ser el Padre Quintero cuando volvió de Caracas. A Ernestina le dio mucho gusto aquel regalo y Eudocia dijo que cuando se quedaban solas era ella la que comenzaba a explicarle y a contarle cuentos y a meterle mentiras y a reírse. Se ponían las dos a encontrar parecidos con la gente del pueblo y Ernestina le decía que cuando se fueran, ella y Quintero, se la iban a llevar para que paseara en las canoas. Eudocia dijo que al principio al abuelo le agradó mucho, pero que des-

pués, cuando veía a Ernestina parada frente al cuadro, pensando en el viaje, no le gustó más, y dijo que después de todo, era mejor el río Caus y Puente Real, porque allá, en la ciudad del puente que quedaba a muchas leguas de barco, había guerras y epidemias.

Niña, no mire tanto ese cuadro que se va a enfermar, dijo Eudocia. Quién te lo dijo, preguntó ella. Yo no sé, respondió, pero como su papá dice que allá hay epidemia. No seas tonta, Eudocia, dijo ella, no ves que es pura pintura. Yo no sé, dijo ella, pero a esas cosas hay que tenerles cuidado. Y entonces pensó que el viejo parecido a Chico Zambrano estaba muy pálido y que seguramente le había dado una fiebre mala.

Ernestina miraba el cuadro, todas las tardes, todos los días, cada vez que pasaba por el corredor. Se haría un vestido como ese y otro con flores como el que está más allá, el que lleva la muchacha con el perro. El lazo de la muchacha con la sombrilla verde no le gustaba, pero sería así. La vez que vinieron las Méndez quedaron encantadas y Rosalía, la mayor, sintió un poco de envidia. De todos modos se rieron mucho y estuvieron haciendo proyectos y Ernestina dijo que cuando estuviera allá las iba a invitar. En eso se la pasaba pensando. En cuanto estuviera allá. Él había dicho que el viaje tardaba tres meses cuando vino con una revista y le enseñó un vapor. Toda esa agua que estaba era el mar. ¡Diablos! ¿Es muy, muy, pero muy grande?, preguntó. Muy, muy, pero muy grande, dijo él. ¿Más que como se ve el lago de Maracaibo? Más. ¿Y es siempre azul, como en los mapas? Siempre azul. ¿Cómo cuántas canoas caben? Una porción. ¿Y si nos ahogamos? ¡Qué nos vamos a ahogar!

También las casas y las huertas. Mucho más grandes. Tiendas y más tiendas. Calles larguísimas que no se sabe dónde van a parar. Ernestina pensó en los balcones de la casa de Enrique Abreu, mejor que los bal-

cones de la Casa Cural. Más altos. Para ponerse el vestido de volados y estarse allí, luciendo. Para mirar la gente chiquita cuando pasa por debajo. Para ver todo mejor, porque desde el poyo de la ventana sólo se veía la cerca de cañabrava y el cedro viejo y unos montones de adobes que se los había ido comiendo el aguacero. Las Contreras se iban para Trujillo, la capital. Pero ella se iba para las Europas, que era mucho mejor.

¿Así que se nos va la niña? ¿Así que se nos va a casar? Todo el mundo andaba repitiendo eso, porque, ¿qué era lo que no se sabía en el pueblo? ¿De dónde habrá sacado plata el Quintero para ir a darse ese gusto? Pregúntele por su tío el cura, el finado, para que sepan, si no. Quintero no tenía nada, decían algunos, lo que era era muy echón. Le habían dejado una hacienda y no eran más que tierritas. Se revolcaba un burro y el polvero cubría toda la extensión. Con eso no irá muy lejos. Que se ponga a trabajar.

Ernestina nunca había preguntado con qué se irían y ni siquiera se daba cuenta que eso costaba dinero. Ernestina veía el puente y las parejas y casi quería creer que las palomas volaban. Desde hacía mucho tiempo, desde cuando llegó el cuadro, ella había viajado. Eudocia la vio con una valija y un sombrero puesto mirándose en el espejo y hacía así con el pañuelo. Hasta dizque dijo: cariños para todos, les escribiré en cuanto llegue, si puedo, Romelia, te mandaré unos cortes, no se preocupen, que vamos a volver.

Ella se la pasaba ensayando. Por eso, con su valija se iba por los cuartos de arriba, atravesaba el patio de los guayabos, cruzaba por el corredor de palmas, saltaba por la huerta y volvía por la puerta de atrás del corredor, para entrar en los cuartos de abajo y al salón grande que en otros tiempos fue un almacén, luego el lugar de la costura y después la estafeta de correos. Finalmente estaba en la sala y descansaba en

el sillón mirando el reloj de porcelana que estaba en la mesa y era un carro con flores derramadas hasta en las ruedas.

Eran los años en que se le oía cantar.

Seguro que cuando él venía los miércoles ella no hablaba más que de eso. Sobre todo cuando llegó para despedirse porque iba a Santa Bárbara del Zulia por un asunto de ganado. Él iba a ver el lago y después le contaría cómo era. Ernestina habló esa noche hasta por los codos. Porque en los días siguientes sólo podría bordar y no iría donde las Méndez para el tute ni de visita donde Doña Corina, sólo a misa de seis. No estaba bien que saliera, no estaba bien. Las mujeres van de la casa al altar. Y del altar a la casa. Pero ella iría en mula mansa, bien acolchada la silla, montada de lado, por el camino de El Baño hasta Motatán. Ella iba a ir del altar, pasando por la mula, al ferrocarril. Después, en La Ceiba o en Bobures, la esperaba el lanchón. Y en Maracaibo el vapor, y luego el mar, mucho mar, así de grande, hasta las casas cuadradas y los balcones y el puente de las parejas y las palomas que se echaban a volar.

El sol caía justo en el hueco de la persiana y entraba al apartamento en una raya brillante. Solamente

a esa hora era posible, ya sin ganas ni calentura, sol medio muerto en un gran parcho de nubes coloradas que se perdían a lo lejos. Acá siempre estaba húmedo y olía a ratón. Un vaho picante que subía del pote de la basura o venía del rincón de la ropa sucia, amontonada sin orden, con calzoncillos salpicados y cuellos de camisa empapados de crema dental. De pronto entraban las frituras: el tufo a frituras venía por la ventana desde la cocina de los gallegos vecinos, juntando sus miserables ruedas de cebolla frita en la sartén. Esa era otra, cuando no hedía adentro, hedía afuera. Desde la puerta del edificio, uno comenzaba a sentir el malestar. Hasta en el ascensor. En el ascensor se meaban los muchachos y pintaban con clavos penes montados sobre ruedas. Era gracioso. Siempre al subir, con el olor a meaos, veía las rayas torpes y el bicho ese, hinchado, sin prepucio, que parecía que iba a volar. La italiana del quinto se hacía la loca. Y lo miraba de reojo, moviendo la lengua en su boca cerrada, con regusto. ¿Quién no sabe que las italianas lo hicieron todo cuando la guerra? ¿Quién no sabe? ¡No me van a venir a mí con cuentos, no jo! Se hace la loca, sí. Como si nunca hubiera visto un calzoncillo colgando de un clavito. ¡No jo! Todos los miércoles venía a buscarla un carebolsas a quien llamó Guido una vez. Ella sale con sus tacones grandotes, de puta. Tiene las nalgas bajitas. Pero está buena. Sobre todo cuando se queda mirando el dibujo del ascensor, metida en sus recuerdos. El aparato de los que dicen «prenotado», decía, mejor, pues hace tiempo el vidrio y la lucecita se rompieron, huele también, pero con un olor distinto. Es como si allí se reunieran todos los aires del edificio, como si se congelaran en ese hueco negro de latas y botones, sonando a veces con un ruido de poleas mal engrasadas y la puerta que se cierra de pronto y la gente se queda metida dudando si al subir

no saldrá una pared de ladrillos manchados o si al bajar se llega al sótano con poleas y cadenas y oscuridad.

Todos los días se entra así, con demasiadas precauciones, apretando con duda el indicador del piso, sin que haya ninguna seguridad de que la caja metálica se detendrá donde es debido y podría pararse a mitad de camino y entonces sólo quedaba pulsar donde dice «alarma» y esperar los pasos lentos, llenos de varices de la conserje, cluequeando como una gallina, toda llena de ronchas y de mal humor. Ella diciendo: «Estos malditos vecinos, debería dejarlos hasta que se asfixien» y uno sin saber que todo se hace muy despacio, con premeditación, hasta que no se pueda respirar ya y el dedo se hinche sobre el botón de alarma mientras ella, zorra, hija de puta, despeinada como una loca y con el fondo afuera, continúa midiendo sus pasos, uno a uno, todo muy calculado para que el retardo sea mayor y limpiando las manos grasosas y llenas de ajo en su falda mugre y dispuesta a devolverse, a buscar no sé qué, una especie de llave maestra, la única que cabe en el hueco del ascensor. La vieja va y viene con sus chanclas sonoras, refunfuñando. Dice cosas que nadie entiende, escupe fuerte en un rincón y sus palabras se elevan: «Ya se los he dicho muchas veces... Ya se los he dicho... Pero la gente es muy desconsiderada... Igualmente manchan el piso, sí, ya mancharon otra vez, pero la que limpia es uno». Entonces regresa a su cuartel general y busca el coleto y el haragán y se pone pacientemente a frotar la mancha, hablando, machacando palabras, olvidada de todo, sin que exista para nada la alarma que no para de sonar.

Otros días no ocurre nada pero el olor es el mismo. El saco cuelga en el espaldar de una silla y se abren varios botones de la camisa y se sopla adentro

contra el pecho y la transpiración. Hace calor. La luz es más viva que nunca y se escucha lentamente la gota del water-closed. Las moscas han traspasado la persiana y zumban desesperadas sobre los platos que aún tienen restos de la comida de ayer. Se bosteza, se abre la boca enorme y se va al baño por no dejar. El chorro cae en la poceta y hace burbujas. Meaos de burro, piensa. Cuando jugábamos los muchachos a hacer letras, los meaos eran claritos. Uno apretaba con los dedos para que el chorro fuera a dar lejos y marcara mejor sobre la tierra. Parecíamos un escuadrón. Diez muchachos avanzando con sus palomas afuera, al que llegara más lejos. Se daban codazos, se empujaban y se orinaban los pies. Siempre decía alguien: «El que mea así, mea a la virgen». ¿Por qué sería? Muchos suspendíamos de pronto el chorro, lo cortábamos en seco. Ahora todo es turbio y se está seguro de que la virgen no volverá a aparecer. La poceta manchada, con su costra de mucho tiempo, no sirve para eso, ni deja que las letras o el rostro se marquen. La poceta hace glubgrurbububú y queda con su maldita gota toda la noche, porque el flotante perdió la presión.

Ponerse a contar los periódicos amontonados, algunos ya con esa mancha amarilla que le sale a los papeles viejos, sirve para olvidar el calor. Pero son muchos, y la última fecha trae mala memoria. Ya ni se sabe el día en que el repartidor dejó de venir porque no había siquiera para pagarle los diez últimos bolívares. Hace tres días vino también el último aviso de la agencia inmobiliaria y en la nota se advertía que el asunto pasaba a manos del consultor. El hombre del Almacén Americano lo había interceptado en el pasillo.

—Usted se esconde, ¿verdad? —dijo.

—Yo... ¿por qué?... ¿de quién?

—No se asuste... no soy de la policía.

—Usted se ha confundido, amigo.

—De ningún modo. Mire... son tres recibos.

—Ah... ¡Bueno!

—¿Entonces?

—Puede volver el último de mes. Me es im...

—Sí, hombre... el mismo cuento. Creen que uno no come —dijo y se fue a tocar el timbre del apartamento número dos.

Después, el sol ya no entra más porque está perfectamente acostado bajo el cerro. Sólo aparece su gran hinchazón roja y alguna que otra nube que se mete a destiempo. Así, ya no llega más, y la persiana puede alzarse. Él da un tirón, como siempre, a la cuerda que abre las láminas. Mierda, dice, y va hasta el otro extremo y las hojas se entrechocan con sonido arrastrado. Al fondo, la ciudad. Algunos techos o alambres o anuncios de lata, lo encandilan. Es el brillo de la tarde que se mete por un colador y tiene algo de animal. Salta, grillo, cocuyo, sideración de mosquito, jején. Por entre la neblina —no... se llama calina y viene del mar— por debajo de la calina que viene del mar y se deposita lentamente sobre la ciudad, están las calles, las estructuras, las cabillas, los ladrillos rojos, los lentes del italiano y su *per la madonna*, el árbol verde, la rama verde que colocaron en el último piso, todavía fresco de cemento y pintura, sin frisar las fachadas, como señal de que todo ha terminado. Se acabó. Ahora hay un violeta que sube por las montañas de Los Teques. El violeta es un color maricón, aunque no es tan bajo como el rosado-pantaleta. Vale decir, morado. ¿Y qué? ¡Morado tienes tú el culo, no jo! Todos los colores carnales se pueden dibujar. Estos no. Nadie sabe donde empiezan y donde acaban: una cabeza de caballo, gigantesca, rematando en cuernos de venado y un solo ojo que se cuela por entre la nube animal. El ojo de Dios. Era un triángulo en la Historia

Sagrada y caía de lo alto, con un manojo de rayos, sobre la espalda de Caín. Te irás lejos, a un sitio al Este de la ciudad. ¿Es ésta la ciudad maldita, perseguida por la furia de Dios? A lo mejor resulta cierto y ese tono violeta es el vestido del altar mayor, el traje de los nichos por tiempo pascual, muy solemne y triste, con el reojo divino aposentándose en los rincones y los bancos marcados con iniciales de clavos. Aquí cae sobre el capot de los carros, vuela, ágil bailarina del iris per seculam sobre las antenas de televisión, ajusta la cruz de rayos y de alambres, perfecta unción bañada de aceite en el atardecer. ¿Ciudad mística? Ciudad de mierda, mejor. Se pregunta a cualquiera, al desharrapado, al triste, a quien ha hecho una sola comida hoy, a quien no entiende nada, a quien está parado en la esquina, a quien vive así nomás, y tiene el coraje de decir:

—Aquí, vale, llevandola —sin el acento en la á para que rime con bola.

—¿Pero, qué haces?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Sí... jodido pero en Caracas.

—Pero...

—Nada mi llave, ¡Caracas es la sucursal del cielo!

Después uno la ve así, como ahora, dando vueltas, gran rueda brillante y las hileras de hormigas metálicas avanzando hasta nadie sabe dónde. Las gentes van guarecidas, empotradas, en sus cajas giratorias, libres, presas, en sus vitrinas rodantes. Desde aquí son sólo neumáticos. Gente de cuatro lonas. Hombres machos... hombres corridos... hombres que meten el acelerador y hacen marcar el velocímetro hasta 140. ¡No le dé miedo, compadre! ¡Va un jefe en el volante! Detrás solamente está el polvo, las láminas de zinc, los aceros cruzados. Grandes paneles de vidrio que as-

cienden sostenidos por cabuyas celestes. En avanzada, como un vaho, sube el ruido. Es un solo empuje de río o de cascada. Se asienta grave, con todo su peso, en ola que va y viene. Más lejos quedan algunos cornetazos dispersos, agudos. Por los barrios del sur resultan gemidos.

En la ventana, él cierra los ojos para escuchar y lanza una carraspeada intermitente. Es jodido esperar. Tienen una hora de retraso. Como siempre. Luego van a llegar haciéndose los importantes. Eduardo con su cara de fatigado, los ojos hundidos por las cejas gruesas en una sola raya, el sudor en la frente donde brillan las ideas que él llama geniales. ¡Ah, Eduardo! Hombre de madera. Él mismo ha dicho que se siente agujereado. Le quedó la mancha y el aserrín de sus tíos. Todo marchaba muy bien en ese aserradero de Portuguesa. El rumor del cepillo y el formón, a cambio de la física y las bolserías de la Historia Universal.

—Composición de fuerzas, bachiller.

—No tengo.

—¿No tiene qué?

—Fuerza, profesor.

Toda la clase estalló en una sola carcajada. El viejo Mirco, que había resuelto no sé qué cosas terriblemente diferenciales entre servios y croatas, poniéndose a vivir solo en una ruinosa casa de Araure, infló en el aire su nariz de perro.

—Es la paja, profesor —dijo uno de los de atrás.

—¿La qué?

Otra vez hubo una carcajada general. Eduardo agarró el libro empastado y lo lanzó contra el grupo. Se armó la tángana. El Director tuvo que intervenir y se hizo la calma. Había tres asientos sin brazos y las hojas y las libretas inundaban el piso. Vinieron las sanciones. Cinco expulsados por un mes y Eduardo de-

finitivamente. El viejo Mirco desapareció. Nadie en el Liceo pudo informar de su paradero y nadie sabía tampoco cómo había logrado la cátedra de Física. El dueño de la casa dijo que se fue debiéndole tres meses y que sólo había encontrado un montón de fotografías con muchos musiúes como él y una valija destartalada.

El resoplido de la ciudad vuelve a subir en bocanadas. Algunos avisos han sido encendidos y revientan en puntos luminosos, rojos y verdes. Desde el patio de cemento, donde hay columpios, ascienden los gritos de los muchachos que se destrozan la ropa y juegan a los bandidos. ¡Ah Eduardo! El viejo Mirco cambió el curso de su vida. Así dice él. Al principio se reía, pero luego, cuando avanza el cuento, se pone triste. Y se queda mudo. Uno también se queda mudo.

—A este país de locos, le llegan locos de afuera. Eso era lo que faltaba —decía después.

—Pero... ¿qué pasó?, ¿qué pasó?

Vainas raras, dijo. Al año, yo no sé cómo, cuando ya ni me acordaba del viejo Mirco, llegó a la dirección de mi casa esta hoja multigrafiada. ¡Miren que loquera! Quién sabe cómo diablos se acordó. Y pensar —añadió con ironía, imitando un tono solemne— que esta cabeza donde sólo hay patinadores de hielo, tiene que ver con mi destino que hubiera sido brillante. Pan-pan-pan-pan..., dijo imitando los temas de las comedias radiales. Eduardo puso las hojas sobre la mesa.

DESCRIPCIÓN DE MI PASADO PERSONAL

En el año 1918 terminé sexto grado en la Escuela Primaria de la Nación. Hasta el año 1925 gimnasisté en un colegio religioso de Croacia ocupada por las fuer-

zas militares del ejército servio. Hasta el año de 1929 en pueblo de nacimiento: Bascavoda cerca de la ciudad Macarsca-Dalmacia una provincia croata. Hasta el año 1931 catorce meses de servicio militar en ejército servio de la nación Croacia, hasta el año 1933 oficinista jornalizado en un Tribunal estatal de una ciudad de la Nación Yugoslavizada contra la voluntad del pueblo servio. Hasta el año 1945 oficinista jornalizado de correos en Croacia jugoslavizada contra la voluntad del pueblo croata con las minorías populares servias en Croacia.

Hasta el año 1948, emigrante *en Italia CUEVA de espías del Siempre Acompañar.* Hasta el año 1954, emigrante *en Venezuela, Cueva de espías del Siempre Acompañar.*

Vine a Trieste en junio de 1945 procedente de Zagabria provisto con cinco valijas de tapas dobles y fondos dobles. Hice miles de paseos comerciales: Trieste-Roma-Macerata por compra y venta de cigarrillos a los soldados polacos. Trajes y calzado de socorro mutuo venían de medida. Hasta el año 1947 Italia era país de la libertad. En año 1947 por la voluntad de Espías de Cafés triestinos estuve puesto bajo el control de espías del siempre acompañar.

El socorro pontificio me pagó boleto de ida en Venezuela. Vine en Hotel de Inmigrantes en diciembre 1948. Espías omnipotentes y todopoderosos de cafés triestinos comunicaron a espías de Hotel de Inmigrantes y esos espías al pueblo espía: siempre telefoneas, siempre campanilleas, siempre salir, siempre acompañarme. Es PUEBLO ESPIA por la táctica criminal de los empleados de Hotel de Inmigrantes en mes de Diciembre 1948. En abril de 1951 volví del kilómetro veintisiete carretera de Portuguesa a la ciudad de Caracas. Entregué una solicitud de la libertad al jefe de Oficina, 3er. piso, Dt. Central. Jefe de empleados co-

municó al pueblo espía: Siempre telefoneas, siempre campanillar, siempre seguirme.

En días de fiesta hice paseos hasta la zona céntrica de Caracas, en cafés y bares tenía las conversaciones de distintas doctrinas, capitalismo y democracia son desequilibrio entre precio y salario por culpa de PODERES. Ni pensar que fascismo es cristianismo porque fascismo quería robar dos provincias croatas a los Croatas: Istria y Dalmacia. Ni pensar que Comunismo-nacional socialista y socialismo son doctrinas sociales, porque dioses son: inteligencia-naturaleza-el hombre planta-el hombre animal. Ideales son: vialidad-electrificación-turismo-playas-sierras-deporte nacional-deporte provincial-coincidencia por teléfono.

Primero no sabe de qué se trata-segundo no sabe de qué se trata-tercero no sabe de qué se trata-Experimentos criminales por las venganzas o razones doctrinarías.

En setiembre de 1953 por la orden de espías criminales perdí la presencia de mi mente espíritu y voluntad y en febrero de este año 1953 volvió presencia de mi mente espíritu y voluntad en una sala del Hospital Psiquiátrico, Hospital de experimentos criminales. Entre pacientes estuvieron pacientes víctimas de los criminales porque unos cuantos de los pacientes de rostros parecidos a políticos militares sacerdotes a mi conocido antes.

Durante este experimento criminal estuve siempre acompañado de los empleados invisibles en servicio de espías del siempre acompañar. Es pueblo espía por la táctica criminal de los criminales químicos. Salí en marzo de 1954.

A mis miles solicitudes de la libertad enviadas por correo o personalmente al Palacio de Miraflores, empleados en oficina de Secretaría comunicaron al pue-

blo espía: siempre telefoneas, siempre campanillar, siempre salir, siempre seguirme.

¡MILITARES! DETENGAN A LOS POLITICAMENTE, ECONOMICAMENTE, SOCIALMENTE, JUSTOS, SINVERGÜENZAS, PORQUE NO HAN SABIDO, NO SABIAN Y NO SABEN RESPETAR MI LIBERTAD. ¡MILITARES! DETENGAN: TELEFONEAR POR MI. DETENGAN CAMPANILLA POR MI. DETENGAN ENTRADA DE LOS VECINOS EN CAFES O BARES EN MOMENTO DE MI LLEGADA O DESPUES DE MI LLEGADA A BARES Y CAFES. DETENGAN: CUIDADORES DE LAS PUERTAS POR MI. DETENGAN ENTRADA A CAFES Y BARES DE PARTE DE LOS QUE SON DE ROSTROS PARECIDOS A LOS HOMBRES CONOCIDOS POR MI. DETENGAN DISTRIBUIDORES DE LOS PANCITOS A CAFES Y BARES, QUIENES ENTRAN DESPUES DE MI ENTRADA. DETENGAN DELEGACIONES DEPORTIVAS O PERIODISTICAS A CAFES Y BARES DESPUES DE MI ENTRADA.

¡MILITARES! DETENGAN CAMIONES CON INSCRIPCIONES EN LAS PARTES EXTERIORES: DETENGAN A AUTOMOVILES EN EL MOMENTO DE MI LLEGADA A INTERSECCIONES DE CALLE Y AVENIDAS. DETENGAN ENTRADA A LAS PAREJAS A LA IGLESIA: DETENGAN MIS CUIDADORES. DETENGAN ESCENOGRAFOS CRIMINALES QUIMICOS. DETENGAN JUVENTUD CORREDORA Y MUCHACHITOS CORREDORES. DETENGAN MACHOS Y HEMBRAS CORREDORES: EL NO VUELVE NUNCA MAS POR EL ACOMPAÑAMIENTO. SUSPENDAN TELEFONO A PRIMER PISO APARTAMENTO CUATRO DE SARRIA. ¡MILITARES! CON TODAS FUERZAS MILITARES, DEL MAR, AIRE Y TIERRA, DETENGAN: A LOS QUE

NO SABEN Y NO QUIEREN RESPETAR MI LIBERTAD:

> Stanichich Mirco
> Calle Real de Sarría
> Primer piso — Apto. 4
> Caracas - Venezuela

Él cambia de posición y asienta el codo izquierdo, en lugar del derecho, para seguir descansando su quijada sobre la mano. Los automóviles, ya con sus faros encendidos, se cruzan en las intersecciones de calles y avenidas. Todavía hay un cierto color sobre las nubes en las montañas del oeste y vienen pequeñas radiaciones, a medias luz y a medias calina. Humo, más bien. Uno no sabe por qué la ciudad tiene este aliento extraño. De pronto, la quietud. Un bocinazo largo, tendido hacia los puentes de la autopista. Y ni una sola hoja de árbol, de los pocos y miserables árboles que se le han salido al concreto, ni una sola hoja se mueve. Hombre de madera. Eduardo no pudo seguir en el Liceo y pasó todo el año acompañando a un tío suyo, medio loco y tuberculoso, empeñado a los 60 años en convertirse en el agricultor más importante de la región. «Perdimos el tiempo en tierritas, en conucos. Hay que modernizar esto. La técnica, mijo, la técnica es lo que nos salva». Y porque había visto en «Selecciones» un anuncio, con algunas estadísticas de Oklahoma, se decidió a usar los desinfectantes. Pensó que el DDT daría el mismo resultado y enviaba a Eduardo dos veces a la semana a la Zona 4 para solicitar algunos galones. Después lo hacía ir hasta las parcelas —una tierra infeliz, no mayor de cien metros cuadrados— con

las cuales se le demostraría a la nación y al gobierno cómo se cultivaba el arroz con métodos modernos. Había que empezar así, atacando la plaga con sistemas efectivos. Y la plaga daba cuenta a su debido tiempo, junto con el mal riego y los pájaros que bajaban del norte en bandadas, de aquellas siembras lamentables, cubiertas una que otra vez por los escupitajos sanguinolentos del viejo.

Comienzan las ranitas de Jamaica. Nadie sabe por fin de quién fue la idea. Duran toda la noche con su grito filoso, parecido a un perno, a un émbolo, cualquier cosa metálica que entra y sale sin estar bien aceitada. Es un ruidito brillante, sostenido. Al principio se oía sólo en las urbanizaciones elegantes. Ahora se abrieron, saltando, jodiendito, por todo el este de la ciudad. «Parejerías», dijo, y dejó de mirar por la ventana. Fue hasta la nevera y destapó la botella de agua. «Menos mal», dijo, mientras hacía gluglú y se limpiaba las gotas de la barbilla. Vino a sentarse en la silla de mimbre. ¡Ruacc!, se oyó cuando puso la cabeza hacia atrás y le hizo un sostén con las manos entrecruzadas. Miró el techo liso. Una mariposa de color sucio daba vueltas en la taza de la lámpara. Siempre lo mismo, van a decir. Hubo problemas, no preguntes. Lo más importante es que llegamos. ¿A dónde, Eduardo? Siempre tan seguro. Siempre con tu sonrisita desdeñosa. Con tus buenas palabras para arreglar las cosas. Me gusta esa manera de tu pasar por el mundo. Tan lisa, tan directamente. Hombre liso, de madera...

Los aletazos continúan sonando dentro de la lámpara. Aún adentro se escuchan las ranitas. Le quedó el aserrín del otro tío. Aunque allí todo comenzó a marchar bien. Eduardo entró como un ayudante más de la familia, revisando los papeles, por no dejar. Al mes el tío dijo seriamente que llevara los libros de las cuentas y que podía manejar la camioneta de vez

en cuando, mientras lo aceptaban de nuevo en el Liceo. Todo fue rápido, sonador, preciso, igual que las sierras. Raassss y las tablas iban saliendo estupendas, finas, gruesas, durables, a prueba de comején, la mejor madera del estado, láminas increíbles, que jamás uno hubiera pensado antes que pudieran salir de aquellos troncos inmensos, de más de metro y medio de diámetro, atravesados en los camiones que saqueaban la montaña.

—Son mil doscientos bolívares —dijo Eduardo.

—¿Cuántos? —preguntó el hombre, con voz de asombro.

—Mil doscientos... no se haga el inocente...

—Bueno... pero...

—No hay peros, compadre. Puestos en Barquisimeto y con el descuento... va mejor que nadie —explicó Eduardo, seguro, sin que se le notara ni la menor duda en el tono.

Así era siempre. Sin la menor duda en el tono. Mil, dos mil, cuatro mil. Tres camiones cargados con permiso y todo. Las gestiones son por cuenta de la casa. INDUSTRIAS MADERERAS EL SAMAN. Cinco despachos diarios. Al año había dos camionetas nuevas, con el emblema en la puerta derecha. El samán gordo, famoso, extendiendo su sombra sobre las letras pintadas con pistola. El tío venía sólo por las tardes, con sus dos tragos encima, y pasaba revista a los empleados. Después llegaba hasta la mesa, muy digno, aguajero, se sentaba y revisaba papeles, mirando por encima de sus lentes, que apenas se sostenían en la punta de la nariz.

Eduardo ya tenía aserrín hasta en el hígado. Desde las seis de la mañana hasta muy entrada la noche, estaba allí oliendo las maderas. Dijo que le gustaba aquel vaho seco de los listones apilonados o el picor de la resina que venía de los troncos recién traídos. Después

se iba hasta «La Lagunita». Era el burdel de la carretera. Antes, cuando el Liceo, era difícil parar veinte bolos y unos cuatro o cinco para la cerveza. Había una maracucha que le cogió cariño.

—¿A que no sabés por qué yo voy gratis con vos?

—Porque te gusta tu nene —le decía Eduardo, metiéndole la mano en el seno.

—¡Estais fresco, ve!

—¿Por qué, entonces?

—No lo vais a saber... ¡Porque cuando me muera ya tengo listas las tablas de la urna! — y la maracucha soltaba una carcajada estruendosa.

Ahora deberá llegar, con sus brazos y sus piernas de madera. Nunca he podido imaginármelo de otro modo. Hombre leñoso, le he dicho siempre, y él sonríe porque recuerda la historia. Cuando se fueron a repartir las utilidades, a fin de año, el tío le salió con el cuento.

—Tome para que pase las pascuas —dijo, así, como quien da su regalo de Diciembre al sobrino, sin entender que Eduardo lo estaba mirando con ojos de socio, con los ojos seguros de quien se sabía participante en las ganancias, con las manos temblorosas que de pronto se hubieran agarrado del cuello del tío hasta verle salir la lengua. Eduardo no hizo ningún movimiento, se quedó tieso, seco, de madera, mientras el viejo alargaba los dos billetes de cincuenta. Los lentes se le empañaron y trató de correrlos en su nariz, pero ya apenas alcanzó a ver la chaqueta del sobrino, en un trazo rápido y escuchó el estremecimiento del portazo.

Cuando Eduardo regresó, era ya media noche. Había venido en la camioneta, haciendo zig zag por la carretera. Lo acompañaban Martín y un chofer de plaza a quien llamaban Berrinche. Y se trajeron la maracucha y otras dos putas de La Lagunita. En el aserrade-

ro no había luz y al pasar el encendedor, Eduardo dijo: «¡La cagamos!» La cancioncita esa de «ando volando bajo», que traían las mujeres en trío destemplado, se interrumpió de pronto.

—¿Qué pasa... qué pasa... hip...? —dijo Berrinche, tambaleándose.

—La verga esta que no funciona —respondió Martín.

—Ando volando baaaa... jo... —cantaron.

—Cállense... cállense... —pidió Eduardo, nervioso.

—Ando volando baaaa... ¡jo!

Eduardo pensó en el viejo. Sacaba la cuchilla a las seis de la tarde para ahorrar luz y Don Marcos, el ebanista, tenía que terminar sus trabajos con una lámpara de querosén.

—¡Esperen! —dijo Eduardo, y se fue hasta el fondo alumbrándose con fósforos. Al rato volvió con la lámpara.

Martín raspó en su caja, hizo varios intentos y al fin logró colocar la llama. Una luz blanca dejó ver los montones de madera, los troncos alineados, los crespos sacados por los cepillos. Ando pren... diendo bajo, cantó una de las mujeres y le tiró un manotazo entre las piernas a Berrinche. Todos se rieron.

—¡Deja la vaina! —dijo el chofer—. Voy a buscar las botellas a la camioneta.

Y salió tambaleándose.

Al rato ya estaban todos sentados en las banquetas y pasando el ron de mano en mano. A pico de botella, así es que es bueno, comentó Martín.

—Pero cuidado con la maracucha que está tísica.

—Más tísico seráis vos —ve, respondió la mujer y le tiró un buche encima.

Los ruidos de la ciudad se han calmado. Apenas llega el ronquido de un camión tanque y uno que otro bocinazo disperso. Él se levanta y la silla de mimbre

resbala en el piso. Se para, escucha un rato: alguien detuvo el ascensor. Es en el cuarto piso, piensa. Va hasta el baño para mirar por el respiradero la calle que da al edificio. No se ve un alma. Sólo alguien que trata de estacionarse con dificultad entre un camión y una puerta de garaje. No vienen en carro, dice. En tal caso lo dejan en la otra cuadra. Es más seguro. Cierra el vidrio y saca los cigarrillos. Prende y lanza un chorro de humo que le agua los ojos.

Berrinche se limpió la cara con el pañuelo. Miró a las mujeres, hizo una mueca, le picó el ojo a Eduardo y dijo:

—Vamos a hacer un número... ¡Esto se está poniendo aburrido!

—Déjate de cosas, Berrinche —dijo la gordita.

—¿Qué cosas? ¡Todo el mundo a desnudarse y pa el aserrín!

Se armó el escándalo. Las putas corrieron por los tablones y el chofer y Martín y Eduardo persiguiéndolas. Tropezaban, daban gritos, reían de pronto. Al rato, todo el grupo revuelto entre los desechos de la madera, los vestidos de las mujeres volaban, la botella de ron saltó hecha pedazos. Allí estuvieron, entre risas, aullidos, insolencias. La maracucha se encaramó en la mesa, a bailar. Estaba muy borracha y tumbó la lámpara. Eduardo nunca supo porqué el fuego se avivó de pronto y ya era imposible hacer nada. Se vistieron como pudieron y fueron a buscar la camioneta. Iban por la carretera, cantando, mientras las llamas se alzaban gigantescas, en todo el aserradero.

Hombre de madera, Eduardo. Pero él no se quemó. Cuando golpearon a la puerta, su cara estaba fresca y sonriente.

—No digas nada, hubo problemas. Pero ya todo está listo. ¡La acción va!

—¿Y el compañero?

—Él es quien conoce los detalles. Trajo el Volkswagen y el maletín.

—¿Viene conmigo?

—No. Tú irás solo, mañana. Él te esperará en el sitio de reunión. Tienes todo el día para aprender el funcionamiento. Trata de llegar temprano.

La prima Angélica era una mujer muy fina. Apenas se le oía la voz. Sus pasos, eran pasos de hormiguita cargando hojas. Había sido educada en un colegio de niñas en Caracas y sabía bordar. Cuando regresó, ya señorita, hablaba de tú. Era distinta. Y casi no se le veía, a no ser desde lejos, por la tarde, sentada en el poyo de la ventana con un abanico que parecía un pavo real. Los caballeros le llevaban serenatas pero a ella nunca la dejaron salir a dar las gracias. Decían que pasaba el día entre costuras y mirando los libros ilustrados que trajo de la capital. Tenía gusto y donaire. Había que ver cuando cruzaba la calle, los domingos, para las reuniones de la Sociedad del Santísimo Sacramento. Todos esperaban que ella los mirara pero su cabeza iba erguida, no por orgullo, sino más bien por penosa que debió ser. Entre semana, no salía nunca. Algunos que se acercaban a la ventana, dicen haber escuchado una canción. Mientras cantaba iba hojean-

do los figurines que trajo y hacía moldes de cartón para copiar los vestidos. Todas las muchachas del pueblo querían hacerse la ropa con ella. Pero nunca aceptaban sus moldes como ella les decía, porque parecían muy exagerados y era mejor que el cuello no fuera tan alto ni que los volados llegaran hasta allí. Ella se reía y les hablaba de que así era la moda, pero las muchachas no se atrevían. Un poquito menos o un poquito más, siempre al revés de lo que Angélica proponía, para no exagerar. Angélica se moría de risa porque las muchachas no comprendían y las muchachas se reían también cuando ella les decía: «Este te irá muy bien a ti, que eres morena», en vez de «este te irá bien a vos, que sos morena». Muchas hasta iban a contratarle costura por puro oírla hablar. Por verle mover las manos. Para mirar sus pulseras. Para ver de cerca sus zarcillos que tenían muchos aros y hojitas dobladas de color dorado. Lo que sí no aceptaban eran aquellos enormes peinados que estaban en la revista. ¿Quién se iba a poner eso, así? Angélica insistía que era la moda y que así se llevaban en París. En Caracas ya se usan, para ir al Teatro que acaban de inaugurar. Vean, todas estas señoritas que se ven aquí, sentadas, están en un palco oyendo la ópera.

A las muchachas les era difícil aceptar, aunque admiraban desde lejos aquellos polizones abultados y los relicarios que pendían del cuello y las sombrillas que se usaban, para el paseo de las tardes, por una calle llamada bulevar. Angélica nunca llegó a enfadarse por las tonterías y los remilgos de las muchachas y cuando alguna se ponía muy necia, le decía: «No seas campesina, chica, que no te vas a casar. ¿Y cuándo se casa usted?, le preguntaban. No sé. Y Angélica se quedaba seria, pensando, porque ella esperaba regresar a Caracas, ya casi no era de estas tierras y aunque jamás llegó a decirlo, pues era muy prudente, se

sentía incómoda en aquella casa olorosa a remedios, sin aire y sin luz, con su padre viejo al que no había que contrariar, ni siquiera asomándose a la ventana un poquito más de lo debido. Se movía entre recuerdos y figurines y tristezas disimuladas, disimuladas porque delante de gente extraña jamás llegó a quejarse y era toda sonrisas y toda amabilidad. Seguramente hojeaba sus cartas, sus revistas y sus retratos para que el tiempo pasara y, alguna vez, cuando estaba en la ventana, debe habérsele ocurrido llorar, viendo como la lluvia se metía en ese pueblo solo y después sólo habían charcos y puertas cerradas y vacas solitarias y las campanas que daban las seis.

Habían pasado cuatro años cuando la conoció Víctor Rafael. Llegó a esconderse, porque el padre de Angélica era un viejo liberal, además de pariente, y en esos días en Trujillo andaban mal las cosas. Víctor Rafael estaba descuidado, mal vestido y con las botas embarrialadas. El viejo le dijo que sí, que cómo no, que tenía un cuarto para él y que podría quedarse lo que juzgara necesario. Pero había que tener cuidado con las visitas, porque el pueblo estaba lleno de mucho godo soplón. Víctor Rafael se quedó allí encerrado, tosiendo y escupiendo chimó. Una tarde descubrió a Angélica cuando le trajo café. Y se le quedó mirando. Ella estaba muy pulcra, con su camisón blanco almidonado, con sus prendedores y zarcillos. Apenas levantó los ojos y le tendió la taza. La tuvo que sostener un largo rato porque Víctor Rafael no la agarró y lo que hacía era puro mirarla. Ella no dijo una palabra y mantuvo todo el tiempo el brazo tendido, sin mirarlo. Víctor Rafael debió por fin retirar la taza sin que ella lo hubiera visto. Al otro día él pensó encontrarla en el almuerzo. Y estuvo entonces muy hablador, todo groserote como era, echándoselas de macho, hablando de los godos que había matado y con la boca

llena de papa sancochada. Ella tampoco lo miró ni pareció importarle nada aquellas campañas desaforadas y las pruebas de valentía que tanto celebraba su padre. Víctor Rafael era un caballo cerrero. Y por primera se dio cuenta, porque Angélica sin decir una palabra, se lo hizo notar.

Como caballo se quedó entonces masticando su maíz y su agua de papelón, forreando solo, a esperar que llegara buen tiempo. Mascaba chimó como un caballo. Y cuando ya tuvo más confianza, después, que había pasado varios días con aquellos almuerzos tristes en que ella jamás abrió la boca, se permitía salir por el corredor y mirar hacia la sala y los cuartos, para sorprender a Angélica en uno de sus quehaceres y lograr por fin que lo mirara. No se le había aguado el ojo nunca ni nunca había estado tan bobo, Víctor Rafael. A él las mujeres le caían solas y se le arrejuntaban por miedo, por respeto y hasta por corazón. Por allí estaban varias barrigas dichosas en San Lázaro y Pampan, por los lados de La Culebrina y hasta en Tostos. Venían mansas, como pollinas y se le agachaban en cuartos de bahareque y se le tendían en esteras de plátano. Después él se iba y a los meses sabía lo que había ocurrido, porque le llegaba un mandadero a pedir para la cesta y algunas medicinas. Pero más nada, porque nunca se encariñó mucho y para él era mejor criar mulas o hacer la guerra. Era la única forma de que un hombre se mantuviera completo, porque lo demás resultaban mariqueras indignas de un macho sobre el cual pesaba tanta responsabilidad. Y los Barazarte únicamente estaban comprometidos con su olor de hombres a caballo, así como hedía esta blusa que no se había quitado desde el día en que llegó a buscar posada. Pero esta vez como que se le habían ido las riendas y el freno. Por allí andaba, entonces, por el corredor y los patios, buscándole los ojos a Angélica.

Y Angélica no lo miró. Siguió poniendo la distancia entre sus bordados y las barbas de Víctor Rafael. Sus figurines lujosos, sus pañuelos, sus recuerdos de Caracas, sus paseos, las estampas con caballeros corteses que saludaban desde sus coches por los lados del Capitolio en construcción. Víctor Rafael se levantó una noche y trató de llegar hasta el cuarto. La puerta estaba entreabierta, pero él no se atrevió. Por la rendija se veía la cabecera de la cama y el cabello extendido de Angélica. Se le oía respirar. Víctor Rafael vaciló por primera vez en su vida, por primera vez sintió miedo y pensó que el mundo, como había creído siempre, no era fácil de amansar. Le dio frío y hasta le corrió el sudor. Tuvo que devolverse, ahora cojeando, caballo, sin casquillos, a rumiar su pasto o su chimó. Pasaron dos días y no se presentó para el almuerzo. Cuando se resolvió a salir le dijo al viejo que tenían que hablar a solas porque ya era tiempo de despedirse. Los dos se encerraron y estuvieron conversando como dos horas. En la madrugada siguiente, todavía sin sol, le prepararon la bestia y le abrieron la puerta del fondo. Angélica se había levantado y le llevó café y aunque estuvo largo rato sin agarrar la taza, ella tampoco lo miró.

Angélica era una mujer fina y no tenía nada que ver con los caballos. Cuando su primo hermano vino a anunciarle que dentro de una semana saldría para Caracas, ella comenzó a preparar sus maletas. Llamó a las muchachas vecinas y les regaló sus trajes porque ya estaban pasados de moda. Entregó las últimas costuras que le habían encomendado y se puso con mucho afán sobre el tejido para que la colcha del viejo quedara terminada. Un día antes, cuando ya todo estaba preparado, su padre enfermó. Entonces la llamó a la orilla de la cama y le dijo que no viajara porque él se iba a morir. Y de allí en adelante comenzó la gra-

vedad. Por la noche la mandó llamar y le dijo que había hecho un compromiso, y que él, en la hora de su muerte, le pedía que lo cumpliera. Angélica, apenas tuvo tiempo de decir que sí, porque el viejo se quedó tieso debajo de la colcha que un día antes le había terminado de tejer.

/ No se había ido nada ni buscaba su tesoro. Las sombras fueron las que se la tragaron, así como chupada hacia adentro, suavemente, colada por las rendijas, pensaba yo, porque no sentí abrir la puerta y ni tuve tiempo de oír el revuelo de su largo camisón. Entre ella y yo se había puesto como un hilo: mi manía de seguirla en su viaje por los cuartos. Ella no se daba cuenta o parecía no darse cuenta. Creo que no. Que no se daba. Metida en sus pañuelos y aquellos alfileteros hechos con cartón y retazos, atenta a no sé qué cosa que le bailaba en los ojos lejanos. Tiesita, tan flaca, tan chupada, tan sólo bata y clinejas, tan sólo arrugas y pantuflas de pana, se había vuelto puro silencio.

Esta vez se me perdió de veras. No fue como yo creía, como ocurría a veces, que de tan delgada se enredaba entre las cortinas o de tan quieta no se veía en el rincón. Tampoco lo que pensaba cuando ella de puro suave, de andar por el aire, me sacaba dos cuar-

tos de ventaja. Yo, por supuesto, tampoco andaba apurado, para que no me notara. Así, de pronto, no sabía qué se había hecho. Yo entonces empezaba a empujar mis carretos con la vara y halaba una vaca de patas de palo, hecha con la bola roja que cuelga en los racimos de cambures. Así me iba acercando. De nuevo sentía su olor y su respiración lastimosa y su queja que apenas se atrevía a soltar.

Hasta acá sólo llegaban los ruidos. La máquina Singer con el chirrido del pedal, los trastes y las ollas entrechocadas por Eudocia, la carraspeada del abuelo y el ladrido de Sultán y el hacha que también ladraba en el solar. Todo eso no llegaba de golpe, sino por trechos, de cuando en vez, para que uno supiera que no estaba solo, para que yo supiera al menos, porque ella qué iba a saber, tan distante se había puesto ya, desde hacía tiempo, de las voces de la casa. Y cuando se coló en el cuarto, como halada, algo debió estar ocurriendo en la cocina, una bandeja dando bandazos, un relincho en la caballeriza o el travesaño roto de la mecedora del abuelo, para que se me pasara por alto y ella tuviera tiempo, tan lenta en todo, de cerrar la puerta y echar el picaporte.

Metí el ojo por el hueco de la aldaba vieja. Pero nada. Pura oscuridad adentro. Y entonces me puse a escuchar. Pero nada. Puro silencio adentro. Hasta que pasó largo rato y me senté en el umbral. ¿Qué hacía y por qué había cerrado y por qué no quería que pasara si ella nunca me había notado o al menos nunca le importó que yo estuviera siguiéndola? Fue ya muy tarde cuando pude oír el traqueteo del baúl, el retintín de las hebillas y luego la campana que ya estaba muy ronca. No se oyó más. Yo pensé que estaba leyendo sus cartas porque de repente salió por el hueco de la aldaba un resplandor de vela. Después más nada. Y me aburrí de esperar y se volvió frío el umbral. Entonces fui a

buscar mis otros carretos hasta la pieza de la costura y ella se quedó allí, detrás de la puerta, con sus retratos, seguramente, con sus trapitos, seguramente, con las cucarachas de su baúl.

Cuando volví de la costura, la puerta estaba de par en par. Y ella allí, en todo el centro, justa entre el dintel y el umbral, con un vestido que debió ser azul, con un cuello de hilachitas y sobre él la guirnalda de flores artificiales desteñidas. Esa fue la única vez que sentí un brillo saliendo de sus ojos. Como también fue la única vez que escuché su voz. Y en su mano tenía pétalos de papel.

La voz venía así, muy fina, como si se negara a salir, un chorrito de agua que apenas se oía, luego más alta, pero ronquita, como si se hubiera olvidado de sonar de puro esconderse en la garganta. Salía otra vez menudita y se volvía a alzar, pero la cortaban los gallos, el ahogo, el aire que faltaba. ¡Qué tristeza tan grande se le venía encima, aunque ella se creyera radiante! ¡Qué olor a alcanforina y a humedad, aunque ella de seguro había sacado su frasquito y se había untado el agua perfume en la barbilla! No se movió, sino que hizo como si agarrara una flor para apretársela en el pecho cuando le vino la tos.

Blancas margaritas, que hoy deshojo aquí, fue lo que pude oír antes de que se volviera gangosa. Porque no salía música. Era así como un lloro o un rezo, hasta que se puso mejor y entonó, aunque muy destemplado, para seguir: Díganme si triste, también hoy deshoja la que yo le di. Y le vino el ataque de tos, aunque siguió erguida mirando al fondo, mientras dejaba caer los pétalos marchitos sobre su triste camisón que debió ser azul.

Un día Eudocia dijo lo que era yo y yo entonces recordé. Sí era azul. Con un cuello alto, almidonado, que parecía campana. Con hojas y ramas bordadas en tres

líneas, de arriba abajo. Con anchas mangas que se movían sedosas cuando hacía así los brazos. Con un ruedo brillante de lentejuelas y caireles. Caminó por las tablas muy airosa cuando subieron el telón. Detrás habían puesto materos y helechos y enredaderas, con una reja en algo que parecía un jardín. Había un caminito de piedras y aserrín y una jaula con turpiales. Más atrás, Pedro Colmenares había pintado una ventana. La gente no pudo de tanta emoción, esa noche de las bodas de oro vicariales del Padre Ruiz. De los pueblos vecinos habían venido para la misa, la retreta y el banquete. Hubo mucha función. Se tiraron cohetes desde el altozano y se hicieron detonaciones con trabucos y recámaras.

Después que en la retreta se tocó el vals «Hijo Predilecto», compuesto especialmente por Bibiano Núñez en homenaje al Padre Ruiz, la gente fue para el solar de las Faría. Tres lámparas de querosén estaban colgadas en el portón y habían echado arena para evitar los barriales. Trasladaron pupitres de la escuela y sillas del vecindario. Muy animado, aquello. Todo el mundo lo recordó y muchos guardaron, junto a sus tarjetas de primera comunión, las estampitas de la virgen, los recuerdos de bautizo con su monedita de oro, junto con eso, el programa que yo vi después y que habían mandado imprimir en Valera. Buena representación, nada la igualó, después de eso no hubo más nada, decían. Y era de ver: Velada Lírico Musical que la culta sociedad de este pueblo ofrece al Presbítero Juan de Jesús Ruiz. Ofrecimiento del Acto — palabras del distinguido caballero José Eduardito Simancas — Noctívago — pieza musical ejecutada por la Banda — Me como las aceitunas — juguete cómico español interpretado por los hermanos Francisco y Pepe Juarez — EL TRIUNFO DE MARIA — primer acto del drama — Valencia — pasodoble interpretado por la Banda... y así hasta

completar los dos actos restantes y en medio de ellos, Las Margaritas — canción interpretada por la señorita Ernestina Barazarte...

Ella estaba muy nerviosa y muy emocionada, contó Eudocia. ¡Cómo le temblaban las manos! Y a cada rato corría a mirarse en el espejo por si se le había corrido el carmín. Eudocia había ido para ayudarla a vestir. Nos asomábamos por una cortina y allí estaba el Diablo sentado en una piedra. Cuando el Diablo se fuera y cayera el telón, ahí mismo debería entrar ella, porque lo volvían a subir. Ernestina sudaba y se le saltaban los botones. Tenía la guirnalda y le picaba en el cuello. Sabía que en la segunda fila de sillas estaba él. A lo mejor sin saber que acá tanto se sufría, porque todos estarían atentos a las palabras del Diablo.

«Una dulce mujer turba mi sueño». Y cruzaba sus pantalones rojos y se ponía la cola en la quijada para demostrar que estaba pensando. «Solitario en el bosque me atormento —pues ella sola en su mirar radiante— es capaz de destruir el juramento, que me hizo aquella alma vacilante». En eso apareció un muchacho que hacía que recogía leña, el hijo del señor que había hablado antes con el Diablo. «¿Qué buscas por este bosque, tierno mancebo», dijo el Diablo. «Ramas y flores, que a casa llevo», dijo él. «Si quieres entrar a mi cueva, que yo te habré de ayudar», volvió el Diablo. «Es que mi padre me ha dicho que no me debo tardar», respondió el muchacho. «No temas, tonto, no temas...» Y Ernestina seguía restregándose las manos y acomodándose las flores y acomodándose el cintillo, mientras el Diablo se ponía de pie y agarraba al muchacho por un brazo. «Te heriré con esta imagen, si no me sueltas muy pronto». Y sacó la medalla de la Virgen y el Diablo se echó para atrás dando una pataleta y gritando: «Vete, maldito sicario, vete infeliz, necio, tonto». Y hubo un gran estruendo y un humo

humo de azufre y ante el público se descorrió una imagen de lona de María Santísima. La gente aplaudió mucho después que cayó el telón y mientras se preparaba el Coro en Acción de Gracias como acto final, Ernestina tuvo que salir.

Todas las lámparas estaban encendidas cuando Ernestina comenzó a cantar. Su sola aparición había dejado en silencio a los asistentes, cuando ella caminó hasta la orilla de las tablas y comenzó a tirar las flores que llevaba en una cesta, hacia los que estaban en la primera fila. «Blancas margaritas, que hoy deshojo aquí». Y ponía así las manos, así la cara, como si fuera la misma verdad que estaba triste. «Díganme si triste, también hoy deshoja, la que yo le di». Y se veía que todo era muy sentido. Movía el cuello preguntándose y accionaba de este modo, así, vea, y entonces se le movía el pelo largo y le brillaban los ojos. De pronto casi ni hubo respiración. Ella tomó una margarita de la cesta y dulcemente le fue sacando los pétalos. «Una me responde, que sí, que me quiere, la otra me contesta que ya me olvidó». Hasta el Padre Ruiz, ya tan viejo, estaba emocionado. A los muchachos del lado de la barda casi se les salían los ojos. Y era ya mucha la emoción cuando volvió a repetir, con la voz más dulce envuelta en lágrimas, «Blancas margaritas, que hoy deshojo aquí... digan si de nuevo, si de nuevo un día, volverán por mí».

Inclinó la cabeza y se desparramaron los aplausos. La gente no sabía qué hacer y ella se retiró muy elegante por donde había salido. En el patio seguían aplaudiendo y él subió entonces al escenario, atravesó las cortinas, para irla a buscar. Vino con Ernestina hasta el centro y se volvió a bajar. Ernestina recibió otra tandada de aplausos y cuando se fue, sobre las tablas, quedaron algunas margaritas.

Son esos los pétalos de papel que yo vi derrama-

dos en su camisón, tan triste, sin aplausos, cantando para ella sola o queriendo cantar, en la puerta del cuarto de arriba, sin bordados ni cuello de campana, con las guirnaldas marchitas y con aquella voz tan tangosa que no pudo decir «volverán por mí», porque todo se lo tapó la tos.

Esa noche del 15 de marzo, antes de que usted viniera al mundo, noche de 1929, la desgracia cayó sobre esta casa, sépalo, porque nunca se me ha querido creer. Habló Eudocia y volvio a seguir: desde esa vez, estoy segura, se nos metieron las garrapatas en las paredes, todo era pulga y piojos y se secó la astromelia y el viento se llevó el zinc de la barda. Las malas lenguas y también las buenas creyeron que él había venido para sacarse a la niña Ernestina. Y ojalá hubiera sido así, aunque fuera pecado. Siempre aquí se dijo que nadie se despertó. Pero no fue así. Yo sí me desperté, porque Sultán ladró dos veces y después no ladró más. Y miré la estera donde dormía la Carlina y vi que no estaba. Entonces me fui sin vela para la caballeriza, porque de allá vino el ruido.

Un hueco en la cañabrava, un caminito de monte tumbado, una cabuya para sostener la puerta de tablas cuando quitaran la tranca, hasta llegar al solar y en vez de seguir de largo, meterse a un lado por el

naranjo y allí estaba la caballeriza. Así había hecho él. Alguna gente lo sabía, porque Duilio, el de Clarisa, lo vio como a las tres de la mañana saliendo por la cañabrava. Claro, ¿qué iban a pensar? Tenía que ser por Ernestina, ¿por quién más, si no? Pero sépalo, habló Eudocia, que lo más triste es eso, y Dios me perdone, que no fuera por ella. Me llegué de puntillas y desde el botalón los vi, no muy completos, pero los vi, a los muy zánganos. Estaban revolcándose encima de unos sacos de malojo. Me hice la zoqueta y me vine y no dije nada ni siquiera al otro día en que apareció Sultán con la boca echando babaza y se me puso que fue el Quintero ese el que lo envenenó.

A Eudocia quien le iba a creer nada, aunque dijera, pero tampoco dijo, además no iban a pensar en la Carlina, eso costaba mucho, pues Eudocia misma, si no hubiera visto con sus ojos, tampoco lo creería. Pero desde esa noche la cosa no podía ir bien y las garrapatas se nos prendieron de las paredes, se fueron hasta los aposentos, se colgaban de las cortinas, subían por los candelabros y hasta en las imágenes del altar. Nos echaron daño. No nos dábamos abasto para matar tanto animal. Las quemaban con colombio. Les echaban ceniza. Que no mataran ninguna, sino que las fueran reuniendo en un cuero para enterrarlas vivas en el patio. Y de nada valió.

Ernestina para ese tiempo había empezado a bordar sus sábanas y sus fundas de almohada. Seguían las visitas de los miércoles, el tute donde las Méndez, las charadas en casa de doña Corina de Bastidas. Un día vino Quintero y dijo que ya había hablado con el Padre Ruiz y una semana después se fijaron los carteles en la puerta de la Jefatura con letra engarabatada y pretenciosa de José Eduardito Simancas, el Secretario del Juez. Todo estaba listo para el cuatro de setiembre, la víspera de la fiesta patronal.

Dos días antes, comenzaron a llegar los parientes. Y hubo mucho trajín, sobre todo por las garrapatas y para limpiar los cuartos de los peroles y buscar camas y sillas. Llegaron después de aguacero y mucho barro, con cien leguas de caballo, desde El Burrero y San Lázaro. Vinieron de Betijoque y San Juan. Se esperaba también al Dr. Ignacio que vendría de Caracas. Se compraron treinta almudes de maíz, dos porrones de aceite y muchas libras de sal. Las Méndez venían para ayudar a bordar. El abuelo se puso a desyerbar el frente con un cuchillo tocón. Y ya estaban Eusebio y Mano Gregorio con sus baldes de cal para pintar y con las escaleras limpia-techos para coger las goteras. Dijeron que iban a poner el zócalo de rojo y hasta con clavos calientes se escarbaron las troneras que hacían los cigarrones en los palos del corredor. Los ladrillos de la sala se iban a pintar con almagre y se les iba a echar querosén. Barrieron el patio de las dalias, limpiaron el huerto, hasta barrieron el solar. Baudilio, el que traía las valijas del correo, hizo el favor de comprar en Valera unos manteles como éstos y una tela como la muestra que le dieron. Hasta los santos se debían acomodar y se quitó una Virgen del Perpetuo Socorro que ya estaba muy marcada por el humo de velas. Una nueva lamparita para el Corazón de Jesús. Se arregló la pata coja del aguamanil, y debajo, en el travesaño, pusieron una jarra de porcelana y se dijo que toda la loza guardada había que comenzarla a limpiar. Se llevó el cuadro del puente y las parejas para que Pedro Colmenares le hiciera un marco nuevo. Se hizo de todo. Y Bibiano Núñez dijo que iba a componer un vals.

—Tienen la moral más alta que nunca, te lo juro, Andrés, yo hablé con él.

—¿Te dijo si habían sentido miedo, te dijo eso?

—Bueno... él no me habló de todos, pero sí de su caso: lo que él experimentó.

—Y... ¿le preguntaste cómo era, cómo se sintió, si sudaba, si le temblaban las manos, si tartamudeaba...?

—No... no sé... él sólo me confesó que había sentido miedo. Además no íbamos a pasar los pocos minutos hablando de eso. Me había hecho pasar por un familiar y la visita era riesgosa. Quería que me contara cómo fue.

—Pero entonces sintió miedo... Todos deben haber sentido miedo, ¿verdad?

—¿Y eso qué importa? Allí está justamente lo interesante. Tener miedo y realizar las cosas. Si no hubiera miedo todo fuera muy fácil. Mandrake, Superman...

—Claro... Claro...

La palabra clave era despresurizar. Palabra jodida, no. Parece de código, pero sin embargo es así: cambiar la presión atmosférica dentro del avión. Había que repasar la química. Las vainas que uno nunca supo. Y aún sabiéndolas el problema era la presión verdadera, la del aparato y la del corazón, en pleno vuelo, metido en las nubes sin saber el resultado final. Fue un aprendizaje rápido, pero intenso. Ojos y cerebros y oídos para entender el funcionamiento del radar. Otra palabra de código, lejana. En las historietas y las películas siempre estuvo cerca. Era fácil. Cual-

quiera podía hablar familiarmente de ella porque en fin de cuentas no comprometía, quedaba bailando entre todas las cosas que se manejan, sin que haya necesidad de hacerles frente de verdad. Esa vez el radar tenía que estar próximo, ser pan comido, meterlo en la memoria. Y otras cosas más. Los comandos. Por supuesto, no era un curso de aviación en quince días, como los estúpidos métodos de idiomas. No era necesario saber conducir. Pero sí lo elemental. Evitar que el piloto metiera trampas. Desde luego que ha podido meterlas, pero se contaba con la sorpresa y el miedo y la seguridad y una pistola apuntando en la raíz del cuello. Al frente, el tablero. Aquella maraña de botones, aquel lío de interruptores y de lucecitas. El panel que siempre produjo alarma, porque todos imaginan que un simple olvido... Todo eso... El radio, hacer los cambios, impedir los informes a la Torre de Control, saber cuáles señales podrían poner en guardia a todo el aeropuerto antes de tiempo, saber tantas vainas, los manejos lógicos del piloto que no eran para delatar sino para asegurar el vuelo. Todo eso.

Un aviador asistió a las reuniones. Era hombre hábil, capaz. Iba al grano. Tenía una enorme seguridad y la comunicaba. «Después de todo esto viene lo más difícil», dijo. «Tienen que amarrarse los pantalones, frenar esos nervios, no equivocarse. Es menester abrir la escotilla en pleno vuelo».

El mayor riesgo, pero había que correrlo. Se trataba de conmover la opinión nacional. En la calle, los policías estaban torturando y asesinando. Había un desgaste de las manifestaciones. Todo el mundo pedía garantías. El Comando decidió entrarse con agallas al asunto. Era necesario rebasar las fronteras, provocar el escándalo internacional. Durante tres días hubo reuniones en un apartamento del norte de la ciudad. Horas de discusión, cálculos, análisis de las posibilidades.

Embanderar los edificios más importantes, lanzar globos, desplegar la propaganda desde las terrazas, parecía un juego en aquellos momentos. Un trapo negro en el Ministerio de Comunicaciones, una bandera en la Creole, varios paquetes de la operación «tres minutos» en el Edificio La Francia, en el de la Pan American, en la Torre Sur o en las Residencias Montserrat, resultaba una bolsería. Venían los digepoles o los policías municipales a desmontarlos o a recoger los volantes. Rechazado. Se habló entonces de mitines relámpagos, repartos y «pintas». Todo eso estaba ya realizado, le faltaba empuje. Era bueno, sí, claro, y efectivo, pero se trataba de tener agallas. De empujarse duro. El Comando no estaba reunido para discutir tareas regulares, sino para una emergencia creadora: echarle pichón, ponerle talento y coraje a la cosa. Al tercer día, el Jefe del Comando tomó la palabra para anunciar la decisión final:

—¡Compañeros, se trata entonces de la toma de un avión en vuelo!

Había que estudiar y realizar la acción. Cinco fueron escogidos. Al principio se pensó incluir una muchacha, según se estilaba, pero hubo que desistir porque había un enorme margen de inseguridad. No era que se desestimara a las mujeres. Pero en este caso era una tarea desconocida. Además, hubo que hacer selección. Tomar en cuenta la experiencia y los méritos. Los cinco que fueron finalmente designados trabajaban en distintos frentes. Uno de ellos había sido presidente de un centro de estudiantes liceístas.

En el apartamento se repartió un croquis del aparato. Para aprendérselo de memoria. Para estudiárselo bien. El aviador comenzó a dar explicaciones. Todos estaban atentos. ¡Qué coño! Una vez allí había que soltar el resto. Alguien aumentó el volumen del tocadiscos. De vez en cuando había que echar una ojeada

por la mirilla de la puerta, revisar el pasillo, asomarse hecho el bolsas a la ventana.

El aviador era machete. Daba seguridad, entusiasmaba. Toda la reunión fue una reunión técnica, de aprendizaje. La segunda vez se hizo un repaso. Los cinco estaban bien entrenados y se asignaron los puestos dentro del aparato: uno cerca de la cabina, otro delante de la fila de asientos, otro en el centro y dos en la cola. Se indicó el momento preciso de entrar en acción: después del despegue, una vez hecho el giro, para evitar cualquier intervención extraña. En ese instante todos los pasajeros tendrían puesto todavía el cinturón de seguridad. Y vino la frase final, la que los conmovió a todos:

—¡Sepan que las posibilidades de retorno son inciertas!

Los cinco se miraron. No era juego. Tratándose de un vuelo, había que apretarse el cinturón. Por primera vez midieron todos los alcances de la aventura.

—Pero... ¿Tenían miedo? —volvió a preguntar Andrés.

El Catire lo miró con cierto desprecio, y dijo:

—¡Tenían bolas!

Por donde iban era un camino muy pelado y difícil. No había otro para llegar a Tuñame, después de

diez días de plomo limpio. Estos son los pormenores del combate: el 24, a las 9 a. m. las fuerzas azules, integradas por 300 hombres, ocuparon el cerro de La Bichú. Desde allí se dominaba íntegramente la Mesa Juana, donde se movían los zulianos que habían venido con Venancio Pulgar. Sonó la diana y repicaron los tambores y entre los baraños se movieron unos trapos pintados de azul. Estaban provocando. Se ordenó entonces atacarlos en su misma posición, antes de que abrieran fuego, y diez guerrillas se desplegaron para converger en la altura. Con repetidos disparos de artillería, Venancio Pulgar los enfrentó. Por el flanco derecho iba la división trujillana. Al poco rato el combate fue general y por todas partes tronaba la fusilería. Los godos no sabían qué hacer. Tocaron diana antes con antes, de puro echones, y ahí tenían, pues. Plomo por todos los costados del cerro. Plomo que no los dejaba abrir los ojos. Plomo por donde ellos no esperaban. Víctor Rafael reforzaba con sus hombres los puntos débiles, les abría el camino a los zulianos, les señalaba los mejores atajos, porque no en balde estaban peleando en su terreno. Fue esa vez cuando dijeron que andaba disparando morocotas, porque lo habían comprado para que entregara Trujillo a los extraños. Falso. Víctor Rafael dijo que él peleaba al lado de cualquiera que estuviera contra los ponchos y la causa liberal era una sola en todo el país. Tampoco tanto. Víctor Rafael peleó duro porque una vez que la División Zulia había invadido el Estado, no iba a dejar que los zulianos se atribuyeran ellos solos la victoria y dijeran que habían tenido que venir para hacer correr al General Juan Bautista, porque los lagartijos trujillanos comerían mierda, pero no peleaban.

Y Víctor Rafael llegó hasta la popa de La Bichú y cuando bajó, todo el campo estaba cubierto de cadáveres. Los godos abandonaron sus cajas y sus bande-

ras, dejando 68 prisioneros, muchos heridos, 24 bestias aperadas y 140 armas de fuego. Para Víctor Rafael no quedaba nadie con ganas de combatir del lado del enemigo. Cuando se alejó por el montecito de leño negro, medio loco, con el dolor de la pierna herida, se dio cuenta que se había ido muy lejos y que los árboles le daban vuelta en la cabeza. Allí fue donde lo agarraron los godos y él cayó del caballo cuando trató de evitar un machetazo. Lo querían rematar en el suelo, pero lo reconocieron. Entonces armaron la parihuela para montarlo y se retiraron con él, como prisionero. Habían perdido, pero llevaban preso al General Víctor Rafael Barazarte.

Iban por el camino al lado del barranco. Todo el trecho era muy duro y sería así hasta llegar al páramo. Víctor Rafael, acostado en la parihuela, con el dolor en la pierna y los fusilazos que todavía le daban vueltas en los ojos. Fue al rato cuando se dio cuenta de que estaba herido. Herido y preso. Habían ganado la batalla y, sin embargo, él iba allí como un bulto inservible, entre seis enemigos.

—¿A dónde me llevan? —dijo.

—No se preocupe, General.

—¿Que adónde me llevan?, ¡carajo!

—Usted está prisionero, General.

Y lo llevaban con todas las consideraciones del caso. Lentamente, caminaban los soldados para que la parihuela no se moviera y él no se hiciera daño. Le habían puesto una venda. Con el General Víctor el grupo iba seguro. Los hombres de Venancio no se atreverían a disparar.

—¿Adónde me llevan? —volvió a preguntar.

—Vamos pal páramo, General.

—¿Y por qué no me dejaron morir? Yo sólo les sirvo de estorbo.

—No se preocupe, General.

La pierna le dolía menos. La cabeza le daba vueltas, pero entendió la situación. Los godos le tenían miedo, tendido y todo, con la pierna sangrante, sin armas, él solo para seis y lo trataban con respeto. Abrió bien los ojos y dijo:

—Al menos, quiero saber quiénes me llevan.

—Chanto Méndez, para servirle —dijo uno.

—¿Y el de la izquierda?

—Alfonso Araujo.

—¿Y los dos de alante?

—Amable Colmenares...

—Trino Uzcátegui...

—¿Quiénes más?

—Evencio Linares y Demetrio Leal, para servirle también.

La parihuela apenas se movía. Los cargadores hacían buen paso. Hubo un rato de silencio. Después se oyó:

—¿Y de dónde son?

—De El Alto, General. Somos los músicos de la banda.

—¡Ah! ¿Y entonces por qué no me matan?

—¡Las cosas que se le ocurren, General!

—Sí, mátenme, soy el enemigo, yo perdí.

—Pero, General...

—Aprovechen... aprovechen... ¡tírenme por el barranco!

Los músicos no sabían qué responder. Ya iban entrando al páramo y el aire se había puesto frío.

—Aprovechen... aprovechen... —repitió Víctor Rafael.

—Cálmese General, usted está herido.

—No, señor. Yo perdí. Si no me matan, les va a salir caro. Tírenme por el barranco... tírenme...

Vino el colorado Humberto y dijo que lo había visto a caballo por el camino de Juandiaz. Se supo que estuvo en el patio de atrás de su casa amarrando unos cajones. Se le preguntó a Meche, y no sabía nada. Se visitaron las pulperías de Enrique y Emeterio, donde seguramente andaba echándose tragos para despedirse, ya que esa noche se tiraba al agua, y nada. Fueron hasta La Laguneta, a ver si estaba visitando a Don Pedro y pidiéndole consejos. Tampoco. Miraron aquí y miraron allá y le preguntaron a Eloina Tusa y no sabía nada. Cuando empezó a caer la tarde la cosa comenzó a preocupar y Ernestina preguntó y le dijeron que había ido a arreglar unos papeles que sólo tenían arreglo en cabecera de distrito.

De todos modos fueron llegando los invitados. La casa estaba dispuesta y se sirvieron unos buñuelos y un jugo de moras. El civil estaba fijado para las seis de la tarde. Después irían a la iglesia con los padrinos y las damas de honor. Esperaron. Esperaron más. Y el abuelo se movía de un lugar a otro alisándose los bigotes. Ernestina estaba en el cuarto de arriba, asistida por las Méndez que le habían dado unas gotas de valeriana. Bibiano Núñez hizo seña a los músicos que se prepararan, cuando vio levantarse al Secretario del Juez. Los concurrentes se pusieron de pie porque de un momento a otro iban a aparecer los novios por la puerta del corredor. Bibiano Núñez no pudo contenerse y empezó a tocar el vals. Pero entonces José Eduardito Simancas, muy ceremonioso, anunció que la boda se suspendía por enfermedad de uno de los contrayentes. De todos modos siguió el vals, mientras los invitados comenzaban a abandonar la casa y ya se escuchaban las murmuraciones y Ernestina se llenaba de lágrimas en el cuarto de arriba.

Lo que había dicho el colorado Humberto era verdad. Quintero había tomado por Juandiaz y a Valera no iba a hacer nada, seguramente buscando llegar a Motatán. El abuelo pidió sus polainas y mandó a ensillar. Dijo que Ernestina iría también, para evitar tener que regresarlo a tiros. Que prepararan el macho. De seguro Quintero se quedaría esa noche en Valera y ellos tendrían tiempo, por el camino de Las Cruces, para llegar primero a Motatán. Así fue. Salieron al estar listas las bestias, aunque Ernestina no paraba de llorar. Menos mal que había luna y los charcos se podían ver. Pero era triste el macho de Ernestina resbalándose y el caballo del abuelo que se encabritaba cuando él le metía el freno, para no dejarla atrás. Parecían dos espantos, a aquellas horas, cuando se perdieron ladera abajo, detrás de los guamos y el cafetal.

Dos horas de camino llevaban y Ernestina no podía más. Se pararon en La Laja para ponerse Agua Florida, aunque no hacía calor. El abuelo no hablaba, tosía nada más, y entre las matas de la orilla cantaba el borococó. Mala vaina cuando la luna se fue. Seguían como dos espantos, al trote, cuando se abrieron los refusiles y se les vino encima la tronazón. Aquel aguacero no les dio tiempo a nada, apenas si el viejo le dijo a Ernestina que se tapara con la cobija burrera. En el apuro del viaje ella ni siquiera se había quitado la corona de azahares. Le molestaba la falda almidonada y se le desprendieron los botones y se le ensució el cuello de encaje cuando hizo así. El abuelo pensaba que el vagabundo de Quintero no podía llegarles adelante,

porque era seguro que se había quedado en Valera a dormir. Aunque el aguacero seguía cayendo y a Ernestina le dolían las ijadas, no se detuvieron. Ya se hundían los cascos en el camino hecho de barro y seguían los refusiles y los truenos haciendo un ruido muy feo. Maltrataba la silla por los pasos en falso del macho y Ernestina se había tragado sus lágrimas. El abuelo era puro carraspear. Y así iban, alumbrados de vez en cuando por los chispazos del cielo, parecidos a espantos.

Nunca iba a parar de llover. La luna seguramente estaba ya por medio cielo, aunque las nubes la taparan. En la casa habían quedado muy tristes, pero sobre todo atribulados, decía Eudocia. Se desmontaron las ollas del mute, y se apagaron las brasas del fogón. Las primas y las Méndez ayudaron a quitar las cortinas, porque ya para qué. La comida medio cocida, se la echaron a los puercos. Y Humberto descolgó las lámparas de querosén con un garabato. Había que empacar la loza y recoger los manteles. Bibiano Núñez y los músicos pidieron disculpas por haber tocado el vals. Se quitaron los lazos y se cerraron los postigos y se le echó el pasador a la puerta. La niña Hortensia dijo entonces que se pusieran a rezar.

En la mañana ya se veían las primeras casas de El Baño y no llovía más. El abuelo y Ernestina estaban empapados, pero no se quisieron detener. Ni siquiera café. El agua con papelón para el caballo y el macho. Había que seguir la trocha para llegar temprano a Motatán. Y llegaron. Por las calles se movían los arreos de mula cargados de víveres y café. Se oían ruidos, voces, insolencias. Muchos hombres con fardos al hombro. Varias carretas llenas de plátanos y pescado seco. Una nube de muchachos con azafates de frituras y dulces de plato. Ernestina nunca había visto tanta gente y pensó en el puente y las palomas del cuadro y en el

pueblo que quedaba mucho más allá de donde estaba el mar. Por la barda de zinc, después de los negocios que decían La Gran Parada y La Flor de los Andes, estaba la estación. «Gran Ferrocarril de La Ceiba», decía en lo alto, donde empezaba el techo de zinc.

El abuelo amarró las bestias en el poste y se fue hacia el gran portón. Ernestina iba detrás. Cuando llegó frente a la oficina le dijeron que el tren estaba a punto de salir. Y el hombre se quedó con los boletos en la mano porque él echó a correr hacia el andén donde estaba roncando la locomotora. Ernestina lo siguió, arrastrando su vestido enchumbado. Cuando los vagones se movieron, ellos iban agitados, mirando desde la orilla hacia todas las ventanas. Había muchos pasajeros en los asientos de madera que los miraban y se reían. El viejo siguió para revisar el otro vagón. Pero el tren ya iba saliendo del puente, no se podía seguir más y Ernestina alcanzó a ver los ojos de Quintero, en el tercer asiento, por el lado de allá.

El Aeropuerto de Maiquetía, en la mañana. La cola enorme, las dificultades para estacionar, las oficinas multiplicadas donde nadie sabía nada, familias completas para despedir a alguien que viajaba a Maracaibo, hombres armados, policías, limpiabotas, muchachos corriendo con caramelos de palito, polvos, desperdicios,

olor a húmedo, el depósito de coca-cola dañado, los cargadores de maletas fastidiando. El aparato iba a despegar a las 10 en punto. Los cinco estaban allí mezclados en el público, sin hablarse ninguno, indiferentes, como si jamás se hubiesen visto. Desde lejos se habían hecho las señales convenidas, los gestos de reconocimiento para efectuar el conteo. Faltaba uno. Cada quien por su lado, sin poder comunicar nada, pensaba que la acción iba a fracasar. Algo había pasado. ¿Lo detuvieron en la Autopista? ¿Delataron la acción? ¿Habría que suspenderla a última hora? O quizás habría pasado lo peor: se había «rajado». Y rajarse, para cualquiera de los cinco, según habían acordado, significaba la muerte. Era un compromiso, era la palabra final. Eliminar a quien diera un paso atrás. Al fin, el compañero llegó.

Antes, cada quien había comprado su pasaje con el verdadero nombre. En agencias separadas, por supuesto. La última vez que se vieron fue en la madrugada del día señalado. Se revisó el proceso, se aclararon detalles, se disiparon las últimas dudas. Se insistió sobre todo en la absoluta serenidad durante la espera en el aeropuerto, el mantenerse alejados sin dejar de permanecer atentos a cualquier advertencia de última hora. Un hombre del Comando les entregó los maletines con armas y propaganda. Cuatro pistolas, y una metralleta para el jefe del grupo.

La absoluta serenidad... Sin embargo resultaba casi imposible mantenerse tranquilos frente al mostrador de la línea aérea, entregar los boletos, esperar la confirmación. Aquellos funcionarios... la actitud sobradora de los empleados, un lenguaje que nadie entiende, un creerse dueños del aeropuerto, de las naves, de las compañías aéreas, del cielo. Los otros funcionarios, los de identificación, aquellos rostros cretinos con bigotes, aquel olor a policía, aquel asco. Y habría que

hacer cola y joderse y escuchar de un momento a otro: «Ciudadano, téngase la bondad, usted no puede viajar, acompáñenos».

El avión debía despegar a las 10 a. m. Los altoparlantes dejaron escuchar la última llamada: «Avensa anuncia la salida de su vuelo 507...» Allí entonces empezó el golpeteo del corazón

—El miedo —apuntó Andrés.

—Como te dé la gana de llamarlo —dijo El Catire.

Y el miedo o el golpeteo del corazón se hicieron intensos cuando se pensó que podían registrar los maletines al abordar el aparato. Todo se venía al suelo. Cuando ya no faltaba sino muy poco, aquellas armas y aquel montón de propaganda, quedaban descubiertas. Pero no hubo problemas. Después de la escalerilla había que buscar la posición convenida: uno cerca de la cabina, otro delante de la primera fila, uno en el centro y dos detrás. Luego la espera. Aquel calor enorme durante más de un cuarto de hora sobre la pista, sin levantar. El buscar afanoso las entradas del aire que no funcionan. Las aeromozas cruzando el pasillo, pasadas de solícitas, muy atentas, mecanizadas, artificiosas, limpiecitas. Las frases de rigor. Los pasajeros torpes que no aciertan con sus paquetes y carteras. Las bolsas portadoras de revistas, instrucciones y tarjetas en el respaldo del asiento. Esperar. Una larga espera y de vez en cuando una ojeada por la ventanilla hacia la terraza del aeropuerto, hacia los salones y los vidrios con rostros achatados sobre ellos que esperaban para decir adiós. Al fin el ruido de los motores. Aquel largo proceso de poner a marchar émbolos, engranajes, pistones y válvulas que no se conocían. ¿Cómo es un avión por dentro? ¿Cómo es el corazón de un avión? ¿Cuándo se sabe que hay una falla en el carburador, por ejemplo, como ocurre con los auto-

móviles? ¿Por qué los remaches de las alas crepitan, casi se derriten con el sol? ¿Para qué tantas láminas, superpuestas, láminas en pedazos, sobre el fuselaje y las alas? Los alerones se mueven así, como olfateando, iguales a una nariz. El viento comienza a pasar furioso y pasan las dotaciones del aeropuerto, se pierden, se ven los depósitos, los obreros que arrastran allá lejos los carritos de gasolina, el hombre que hace así con las banderas, el semáforo humano que abre por fin campo libre en la pista y el ruido tremendo para indicar que el aparato va ya lejos por tierra, para ganar potencia y despegar.

Recordaron: al hacer el giro, para evitar cualquier intervención. Aún no se había borrado el anuncio luminoso que ordenaba asegurar los cinturones y no fumar. Él estaba en el centro, con la metralleta. Levantarse era la señal para comenzar la acción. Los cuatro restantes se pusieron de pie mostrando sus pistolas. La aeromoza pensó que se trataba de una pelea y trató de hacer algo. Él quiso gritar para decir de qué se trataba. Imposible, ya había cundido el pánico entre el pasaje y el hombre con cara de funcionario trató de intervenir. Bosque lo paralizó a punta de pistola. El pasajero que dormitaba sobre la ventanilla se incorporó. Frente a sus ojos soñolientos tenía la metralleta. El suizo continuó pacientemente revisando sus papeles, sin demostrar la menor inquietud. Palma estaba ya dentro de la cabina vigilando al piloto. El parlante dejó oír la voz de Bosque que trataba de tranquilizar al pasaje:

—Esta es una acción de protesta contra la prolongada suspensión de garantías. Se pide a los señores pasajeros permanecer tranquilos en sus asientos.

Abajo se perdían las edificaciones del aeropuerto, brillaban con el sol los superbloques, se esparcían las parcelas de tierra colorada y los montes resecos. El

mar se metía en la costa, aceitoso, lejano, como en una película silente. El piloto recibió órdenes de torcer el rumbo hacia Caracas. Al poco rato apareció la ciudad. Enorme, extraordinaria: un valle lleno de concreto y metal. El piloto escuchó:

—¡Baje lo más posible!

—Más no podemos, es peligroso.

—¡Baje!

El avión comenzó a perder altura, hasta alcanzar sólo quinientos metros del suelo. Los edificios parecían próximos, brillaban los autos de la Avenida Sucre, toda la vida bullente y agitada de Catia se ofrecía como un paisaje inesperado. Los pasajeros estaban paralizados, quietos, aterrados en sus asientos. Todos sabían que era preferible esperar, conservar la calma, no provocar el desconcierto. Cualquier movimiento, cualquier forcejeo, un solo disparo bastaba para crear el desastre. Quietos, inutilizados, para salvar el pellejo. Por otra parte, las pistolas estaban allí, firmes, amenazantes. Se hizo el vuelo rasante y las escotillas se abrieron. Miles de volantes inundaron el oeste de la ciudad. En ellos se leía:

«Un año de violación de los derechos humanos, ataques a las libertades públicas y asesinato de estudiantes, es el balance de la nueva dictadura. ¡Honor a los caídos en la lucha por la libertad!»

Después de dos vueltas sobre la ciudad, al piloto se le ordenó que tomara rumbo a Curaçao. Y se le dijo que tranquilizara a los pasajeros. Lo hizo, y en algunos rostros volvió el color. Ya estaban volando sobre el mar. Los cinco sólo pensaban ahora en el descenso en la isla. ¿Qué iba a pasar? ¿Cómo reaccionarían los holandeses? En tierra, seguramente el gobierno ya estaba movilizado. Y tuvieron la certeza cuando apa-

recieron dos cazas del ejército. Aún estaban en aguas territoriales. Se cruzaban delante del avión, hacían piruetas. Invitaron por radio a regresar al aeropuerto. No recibieron respuesta. Los cazas se perdieron. Fracasaron. Querían amendrentarlos. Y el avión continuó en ruta hacia la Antilla Holandesa.

—¿Y después? —dijo Andrés.

—Después fue lo peor ...—respondió El Catire.

El piloto pidió pista. El gobierno de la isla estaba preparado. Los esperaba el ejército. Rodearon el avión. A bordo subieron dos hombres. Uno era civil. Dijeron:

—¡Si ustedes usan sus armas nosotros usamos las nuestras!

Para eso también estaban preparados. Bosque se responsabilizaría de la acción. Los cinco fueron obligados a bajar del aparato con las manos en el cuello. Pensaron en lo que podría esperarles. No había sino una sola y fija razón de temor: las torturas. Bosque llevaba en el bolsillo del pantalón una declaración para la prensa. Trató de sacarla, pero se lo impidieron de un culatazo.

—¿Quién es el jefe? —preguntaron.

—Yo —dijo Bosque, con seguridad.

Los llevaron a una instalación militar. Los separaron. Cuatro días duraron los interrogatorios y hubo gran confusión de nombres y seudónimos. Trataron de comprarlos. Hubo amenazas. Insinuaciones. Promesas. Otra vez amenazas. Lo peor: entregarlos a la policía venezolana. Y eso fue lo que hicieron. Un día sin avisarles, los llevaron al aeropuerto. El destino era Puerto La Cruz.

—¿Y ahora?

—Lo que te dije... tienen la moral muy alta.

—¿Y...?

—¡Están presos. Pero cumplieron la acción!

Quien iba a hablar más nunca, por supuesto, de aquel regreso humillante por el mismo camino de El Baño, y de los ojos de Ernestina que no paraban de llorar. Quedó noticia, sí, de que las bestias se descalaron y el caballo del abuelo llegó cojeando y el vestido de Ernestina ya ni tenía broche, ni tenía prendedor. Desde el aguacero había perdido el cuello y los plisados se le habían hecho bombas, porque el agua se comió el almidón. Al viejo le quedó desde esa vez aquel malestar en el pecho y se le juntó a los otros malestares que yo le conocí. En la casa también se sabía de que esperaron a que se hiciera de noche, bajo la barda de la casa de teja, en la entrada del pueblo, porque quién iba a dejarse ver de ese modo. Además, y creo que esa fue la última vez que Ernestina habló, era mejor decir, dijo el abuelo, que ella se había quedado en Sabana Libre, donde Filomena Bastidas, para pasar unos días.

Desde esa vez se encerró. Apenas pudo Eudocia ponerle unos paños calientes en el pecho y le hicieron beber agua de malva cocida. Pero después no hubo quien pudiera entrar, porque ella pasó el picaporte, ni quien se pudiera asomar, porque ella tapó los postigos y las claraboyas. Eudocia iba y dejaba los platos de comida en el umbral. Y regresaba a buscarlos y los primeros días se los llevaba llenos, con el caldo frío y las albón-

digas sin tocar. Después, algo pudo comer. Pero si uno miraba, decía Eudocia, por el hueco de la aldaba, ya no se le veía de tan flaca. Se le habían chupado los pechos y ya no se peinó más. Le hablaban desde afuera y nunca contestaba. Le decían que se iba a enfermar. Y ella igual.

En el pueblo estaban locos por saber. Mandaban a los muchachos a comprar aguacates y a traer regalos, puro por averiguar. Después se hizo imposible guardar el secreto. Sí, Ernestina había regresado, había regresado la misma noche, nunca estuvo donde Filomena Bastidas, pero ya era otra. ¿Qué se iba a hacer entonces con tanta vergüenza, qué se le iba a decir a la gente? El abuelo y Hortensia mandaron a recoger todas las cosas que se habían comprado para el matrimonio. Las tarjetas, los manteles, los floreros, las cortinas y el nuevo tocador. Fueron arrumbados con otras cosas viejas en el cuarto de los peroles y en la troja. Todo, para que cuando ella saliera, no estuviese por ningún lado nada que recordara al Quintero. Porque algún día, decía el abuelo, ella tendrá que salir. Y ella salió.

Fue Eudocia la que encontró la puerta abierta cuando llevaba los platos de comida. Al rato apareció ella, con su vestido arrugado, que le quedaba ancho, muy ancho, de tanto que se había vuelto flaca. Bajó los escalones del umbral sin mirar, con los ojos huecos, sin lágrimas, sin conocer a Eudocia, sin importarle que Eudocia estuviera allí, y le pasó por un lado y se fue dando pasitos hasta llegar al corredor. Tampoco vio al abuelo, que estaba en su mecedora. Ni a Hortensia, que venía con unas plumas en la mano. Andaba ya por el aire, con sus pantuflas de pana, y se paró frente al cuadro. Hortensia y el viejo se miraron como para acusarse uno a otro del descuido. Habían quitado todo, habían arrumbado muebles y espejos, manteles y tapetes y vestidos y floreros, pero no quitaron el cuadro.

Ella se puso a mirar. Hasta que le deben haber dolido los ojos de tanto ver el puente y las parejas y el vuelo de las palomas. Y se volvió dando pasitos, así, por el aire. Tampoco se fijó en nadie. Ni dijo nada. Se metió, tan delgada, por los otros cuartos y llegó al de arriba, donde se había encerrado. Se escuchó cuando pasó el picaporte Nada más. Y así, hasta que en la casa se fueron acostumbrando a esas salidas repentinas donde ella, ya deshecha, ya sin ojos, ya sin color y sólo huesos, recorría la casa de uno a otro extremo y finalmente se paraba para mirar el cuadro y remirar.

Ya yo estaría en la casa, ya me habrían traído de Valera, aunque todavía no supiera nada de tan chiquito en la cesta. A mi mamá le habían mandado a avisar, dijo Eudocia, cuando se vio que Ernestina no tenía remedio. Y los primos me trajeron junto con la mala noticia, porque mi mamá se había muerto esa noche y no tenían con quién dejarme. Entonces la cosa fue al revés, porque había que avisarle a Ernestina, y para qué, si ya ella no se daba cuenta de nada. Ahora se nos vino la muerte y se nos vino la locura, izque fue el único comentario del abuelo. Luego vino ese doble luto que yo no vi, porque estaba en la cesta con un chupón, pero Eudocia habló de él alguna vez. ¿Quién le iba a decir entonces a Ernestina que aquellos lazos negros en los dinteles eran por su cuñada y que allí estaba yo, que me habían traído, pensando que ella me ayudaría a criar? Para qué, si no entendía nada y en una de sus salidas, cuando dicen que se puso a mirar la cesta, ni siquiera me notó. Todo ese año en que hubo lazos negros y postigos cerrados debió ser muy duro y muy triste. Eudocia no encontró qué contar, ni el abuelo me dijo nada después, cuando me enseñaba a armarle a las lapas de mentira, ni Hortensia, cuando

yo le ayudaba a ensartar la aguja de la máquina para que me diera los carretos sobrantes.

No sé entonces en qué momento la sombra y los huesos de Ernestina comenzaron a metérseme por los ojos. Así atravesaba ella la sala, con pasos muy livianos. Así se le movía el pelo amarillo canoso. Así empezaron sus largos viajes por los cuartos, los patios y el correr y yo no sé cuando fue la primera vez que me puse a seguirla arrastrando mis carretos y mis vacas de palo. ¿Qué pasaba en aquel cuadro con las parejas reclinadas en un puente, qué cosas guardaba en su baúl? Como no hablaba tuvieron que decirme: la tía se había quedado así después de una enfermedad en la garganta, pero de eso ya hacía mucho. Después todo era natural porque se habían acostumbrado a no oírle su voz.

Eso hasta un día de setiembre en que ella se volvió a poner el traje, ya más abombado de como contó Eudocia, ya más viejo y comido por las polillas, ya con todos los botones desprendidos en la espalda y los ojales de gasita vueltos flecos. Le quedaba menos ancho que el vestido de las margaritas, el día que cantó, yo supe que no era muda sino que también las palabras se le habían vuelto puro hueso, de tan delgada. Eso fue después que duró como dos meses sin salir y se escuchó varias veces sonar la campana del baúl y unas cajas que cayeron y algo así como si se estuviera desgarrando papeles. Por el hueco de la aldaba yo vi que se hizo luz. Y al rato sonó el picaporte y ella salió con un candelero de plato y los ojos más huecos que nunca, donde apenas se reflejaba la vela. Esa vez no daba pasitos. Se arrastraba. Y su queja, que según Eudocia la había botado toda, volvió a salir, pero esa vez más larga, hacía ay... ay... ay... y se apretaba el pecho con la mano.

Esa vez sí que el abuelo se movió en su mecedora

para verla pasar, y Hortensia vino desde el cuarto del correo y Eudocia llamó a las muchachas de la cocina. Esta vez sí que se podían sentir sus pisadas y todos nos pusimos a ver cuando se paró frente al cuadro y lo descolgó. Puso el candelero en el suelo y con las dos manos en cada esquina del marco, lo batió contra el orillo del aguamanil hasta que no hubo vidrio y quedó el puro papel. Alzó la vela y la llama se hizo grande cuando empezó a comerse el puente, las sombrillas de las mujeres, las barbas del viejo que daba de comer a las palomas, las narices de los muchachos que comían dulces y las casas cuadradas que estaban detrás. Aguantó en la mano hasta que ardió el último pedazo y las cenizas le quedaron en la palma. Nadie se había movido. Nadie había dicho nada. Todos la vimos regresar, hacia el cuarto de arriba, con los ojos resplandecientes y la queja muy alta, arrastrada sobre sus pantuflas de pana, muy erguida a pesar de su dolor en el pecho, y creo que hasta me pareció que estaba bonita cuando en el cuarto de arriba se borró entre las sombras.

3

Ahora están allí, delante, todas las aglomeraciones del rojo y el violeta. En alguna parte los edificios se han puesto a botar humo, pintura, un almagre débil, trozos de papel para decorar, encajes, fondos transparentes de las mujeres. También en alguna parte se produce esa especie de melaza celeste que cubre la ciudad. De otro modo no se explica. ¿Quién ha estado haciendo esta reverberación por la tarde, el juego escandaloso de los anuncios, si no? De todos modos sigue el misterio. Resulta imposible reconocer este techo aéreo como resultado de máquinas y frituras, de poleas y escupitajos, de camisas sudadas y ropa inmunda tendida en los cordeles, de avisos pobres con eses rotas y haches donde no van, de copas esmirriadas en los pocos árboles, latones, escombros, ladrillos trasladados, agujeros, asfalto. Hay que reivindicarse desde el cielo. Cuando la gente sale a empujarse, a contagiar su mal humor, a joder al vecino, cuando pasa la motoneta estridente y el camión de frenos hidráulicos que hace un ruido infernal, después de estos ojos de avisos que aparecen delante de uno, las caras torpes, los codazos, el murmullo incontenible y las palabras infelices, en lo alto está el resplandor reconfortante, la ilusión de lejanía, el sueño fingido que cubre el concreto y el metal, la posibilidad de respirar limpiamente y dan ganas de cantar o beber cerveza fría en esa terraza de mesas azules, en lugar de ir aquí, sofocado, molido, cagado, tembloroso, con el maletín entre las manos y los pies, las indicaciones pesando en la cabeza alterada:

—Cinco cuadras antes debes bajarte y observar la zona. La casa está entre la charcutería y el terreno baldío, cerca de plaza de Catia.

—¿Cuántos somos?

—Cuatro, con el compañero que maneja la camioneta.

—Claro, cuando llegues al sitio yo estaré esperándote. Ahora voy a buscar el contacto para trasladar las armas.

Eduardo señaló los riesgos posibles. Pero dijo que la acción, como estaba planeada, era perfecta. «Si llegas temprano tendrás oportunidad de aprenderte todos los mecanismos». Los uniformes de guardias, la camioneta con placa de las Fuerzas de Cooperación, facilitan la bajada por la Autopista hasta Maiquetía. Esta vez había la experiencia de cuatro fracasos. La última bomba destrozó una tubería de dieciséis pulgadas, obstruyó mil metros de la carretera entre Carayaca y la playa de Arrecife. Un perro que pasaba fue la única víctima. Pero las instalaciones de Tacoa siguieron funcionando. Tenían un sistema automático que permitió a las máquinas trabajar con petróleo. Esta vez hay que golpear allí, sin olvidar el gasoducto, por supuesto. Todo Caracas puede quedar sin luz eléctrica. Y entonces entrarán en acción las otras brigadas.

La luz eléctrica. Comienzan a encenderse los avisos. La ciudad vieja tiene cornisas tristes, grumosas. De pronto, resulta extraña esta armazón de bloques y ventanas mohosas. La calle de las ferreterías a la izquierda. Los nombres antiguos en las esquinas. El obispo Diez Madroñero que impuso el rezo del rosario durante los tres días de carnaval. Los nichos y las imágenes en las ventanas. El rumor de las salves. La virgen del Rosario en procesión, acompañada de los fieles y los cantores, todos marchando muy lentamente,

mientras los cajeros, los clarineros, los chirimiteros y los violineros dejaban oír sus instrumentos. Calle de la Encarnación del Hijo de Dios. Calle de la Adoración de los Reyes. Calle de la Adoración del Huerto. Calle del Niño Perdido y Hallado en el Templo. Calle de la Agonía. Calle de la Muerte y el Calvario. Calle de la Resurrección. Calle del Juicio Final. Chirimiteros y clarineros en las cien aves marías. Aves marías con toque de claxon, repiqueteando en la puerta de acero y de vidrios corrugados. En la puerta del hotel para viajantes de comercio y putas de ocasión, el obispo llama, desde hace doscientos años «a penitencia, a una devota tristeza y al ejercicio de las virtudes». Los fieles no cambiaron su vanidad y sus galas. A las procesiones concurrían con todas sus prendas y sus numerosos esclavos. Puertas y ventanas lucían con ricos cortinados. Los señores llevaban sus uniformes y cruces, sus espadas y bastones. Los señores llevan sus chaquetas brillantes, sus camisas a rayas, sus lentes ahumados. Pasan los muchachos desmelenados voceando el diario de la tarde. Todo está previsto, se han reducido los riesgos a su mínima expresión. El rumor de las oraciones antiguas apagado por el rumor de los disparos. Las campanas que anunciaban la llegada del ángel. «No tenemos paseos, ni teatros, ni filarmonías, ni distracciones, pero sí sabemos festejar a María y nos gozamos al ver a nuestras familias y esclavitudes, llenas de alegría, entonar himnos y canciones a la Reina de los Cielos». Decía el obispo en venganza porque antes el Gobernador loco inventó las carreras de gatos para festejar el carnaval. Santiago de León de Caracas tuvo una curiosa pista. Los animales eran puestos en la calle con cacerolas amarradas en el rabo. Desde el fondo, al galope, venían el Gobernador y sus hombres. El estruendo de las cabalgaduras provocaba la desbandada de los gatos y el ruido de las cacerolas los hacía

enloquecer. Enloquecidos también, el Gobernador Cañas y sus hombres los perseguían con látigos. En el trayecto habían sido enterrados vivos, hasta la mitad, numerosos pollos. El juego consistía en cortarles la cabeza con el rejo. Después había premios para los que hubiesen matado mayor número de pollos y de gatos. Ruedas, mil ruedas, sopletes oxídricos, acumuladores cargados y arranques con el mayor octanaje para matar pollos y gatos sobre el asfalto. Cuando usted falte ellos dirán ¡papaíto! y sólo habrá una sombra, es decir, nadie, para responderles. Un seguro de vida, en Seguros «La Aseguradora» aminora esa triste pero inevitable situación. Viaje primero y pague después. Un destino cierto le ofrecen las Academias Hispanoamericanas. La Agencia de Lotería El Gordo pone la fortuna a sus pies. La mujer vestida de amarillo, el policía atragantado con el pito, el zuás, el pipippp, carrolandia, automotriz. Sistemas de seguridad, contra robo, atraco e incendio.

—Si las llamas y la explosión funcionan, las cinco unidades de la planta interrumpirán su servicio. Son doscientos sesenta kilovatios.

Beber cerveza en la terraza de mesas azules. No estar aquí entre hipos y frenazos. ¿Por qué él, sin voluntad ni pericia? Andrés Barazarte, hijo de Nicolasito, nieto de Papá Salvador, biznieto de Epifanio. Estuvieron ensangrentando el Estado, pero había que ser hombre. Una cosa es pelear seriamente y otra hacer chistes, discutir, joder la paciencia con las condiciones objetivas y las condiciones subjetivas. Se va. Se va solo. Con el maletín, las indicaciones, el miedo y el sudor.

Al fondo, encima, por los cerros y el metal, los brillos prodigiosos: olor acre de las máquinas reventadas, la gran cinta de una neblina que no entendemos. Se oye asolear la tripa de la motoneta. Giuseppe Lapioli,

venido de un pueblo de la Riviera, oloroso a salami y panetone «Motta», muy orondo con su importancia y sus créditos, alto mago de la pizzería.

Un ruido cortante, mitad sierra y cuchillo, pasa sobre los vidrios del edificio. Fantasma para el atardecer, esta vibración que es el temblor todo de las calles, ahítas, reventadas, sordas, brujas, aceite de motor que hace zig-zag, aceite de motor servido en bandeja de plata porque el buen bocado no se ha hecho para la boca del asno.

La acera es gris mojado, costra de mil meadas de perros. «El más alto grado de recalentamiento puede evitarse, señor, utilizando nuestras pastillas polares, fáciles de llevar, no crean hábitos, los hábitos son cosas de provincianos».

Ahora sí se sabe. La ciudad está asistida por la calina. La calina viene del mar a una cierta hora de la tarde, invade todo, de allí ese color morado, ese color rosa-veneno, las conchas que han soltado los astros, color-color. Y cualquiera creería en un simple efecto del neón. O, con mejor voluntad, que el cohete se detuvo inexplicablemente en esta parte del cielo. Hay quien está siempre dispuesto a vivir hacia atrás y uno explica las cosas con nostalgia rural: escuadras de leñadores al rojo vivo, banderas trasladadas por los vientos para las fiestas patrias, un trueque de contrabandistas que han terminado su negocio a puñaladas, pájaros del más allá, cierre de las puertas y humo en los días piadosos, las flores de palosanto extraviadas por el ventarrón.

Pero hay más aún: el reflector del parque de diversiones, todas las noches, llena las nubes de animales y motores. Bailan caballos de los circos, mil veces chocan, rechocan, vuelven, envuelven, revientan, los carritos en la pista de acero, los pobres tiradores al blanco puestos en ridículo por un pato de cartón, los aros

que dan saltos sobre los cuellos de botella y el hombre gordo que despide cintas por la barriga.

Las cintas de banda a banda, del cerro al sur, para que la ciudad cambie de color a voluntad. Arde, vigila, suena, en la noche: resplandores a lo lejos y en los pies. Hacer de guía. Más fácil. Sin riesgo de ser acribillado. Elegante, con las frases consabidas, para decir:

Ustedes podrán observar de este lado, a la derecha, veintisiete putas con cartera que saltan a los autos desde las matas de acacias. Más adelante, hacia lo alto, este edificio fue construido en puro vidrio para que las mujeres se reflejen en los ventanales. Es importante aclarar que la estatua es objeto de un culto veloz: miles de automóviles le llenan de humo los senos de concreto. La mujer cabalga en una danta, como símbolo de una antigua libertad. Sin embargo, aquí arden flores todavía. Pacientemente, los devotos de María Lionza queman esperma. Algunas almas sencillas, pero jodedorcitas, dicen que en las noches, cuando hay luna llena, por supuesto, ella, la Reina Mora, avanza a pleno galope por la Autopista y concede, lanzando frutas y cordeles, la mejor forma de conseguir una mujer.

¡Ah! Pero hay algo más todavía. No dejen de ver el río. A primera vista puede dudarse, pero no hay que dejarse sorprender. Aquí, apenas mecida por las aguas, toda la porquería de la ciudad. Estas heces fecales fueron antiguas ninfas. Consta en documentos de la época. Nadie tiene la culpa si hoy navegan convertidos en mierda címbalos y cipreses. Es cuestión de canjear el delfín de la reina por un bagre. Este es nuestro río. ¡Qué se le va a hacer! El servicio de Aseo Urbano obtuvo una concesión a largo plazo. Antes de trepar al aviso de la cervecería, el león se paseaba solemnemente en las orillas. Al revés que el diluvio, las aguas no subieron: hoy es el pobre chorrito de las cañerías, pier-

nas del borracho que estaba dormido en Puente Hierro, alguna rueda de coche-lechuza puesta a girar en los cerros y las tablas podridas y la gorra de beisbolero pintadita de azul que ya va lejos, las cajas de leche en polvo, las lonas, el hombre abaleado por la policía a quien los diarios acusan de muerto en extrañas condiciones, y al mal olor. Nadie navega, ni viaja, ni se desplaza, y en la curva, un viejo chasis brilla con agua y sol.

De noche, algunas veces, el viento cae por los alrededores y ustedes pueden construir a medias su paisaje con pinos importados. El asunto es componer con el ala de los puentes: un corte, una moldura, el gran pájaro de neón que arranca barro, piedras, vidrios y tempestades sobre el último piso. Las naranjas que suben y descienden por la panza del hombrecito, pinturas para cubrir la tierra, pintura de un ave con un gran pico idiota. La Insurance Company de Venezuela nos ofrece la salud económica. Pero, según el aviso, es mejor viajar, cortar el corazón de la mujer llamada Color de Oro, empujar con violencia, hasta el fondo del baldío, a la aeromoza radiante: violarla, dura, intensamente, a sacudidas, con su gorrita puesta y un estruendo de motores que indica la hora de abrocharse el pantalón... y fumar.

A la derecha, señoras y señores, ustedes podrán observar esas viviendas como panales de abejas, esos superbloques-panales, el balazo que mejora las policromías, la mugre acumulada sobre las escaleras: sustancia básica de la capacidad de rendimiento de nuestro pueblo. Ayer recogieron justamente al suicida número trescientos veintiuno. Muerte candorosamente arreglada en los periódicos; cuestiones pasionales. Dejó una carta con garabatos ilegibles. Se supo, no obstante, que ayer había empeñado su bicicleta de reparto.

Sin embargo, nada de esto es curioso, señoras y

señores: The typical Venezuelan picture son estas radiopatrullas vistas desde el cerro, como grandes tortugas al sol. ¡Atención! ¡Atención! Escuchen esta risueña música de ametralladoras. Todas las noches, aunque no haya luna, ustedes podrán observar cinco muertos más luminosos que el suicida número trescientos veintiuno. Todo es muy simple. Todo is different! Y sólo deberán pagar un pequeño suplemento de recargo: la muerte no está comprendida en los prospectos. Pero podemos hacer una excepción. Recuerden: Venezuela is rolling. And it's rooling in cars and trucks made in Venezuela. Chrysler is rolling in step with the progress on a great democratic nation.

Sí. Podemos hacer una excepción mientras llega el desfile: espléndidas morenas bien alimentadas que agitan maracas y pañuelos de colores, el arpa y la garza blanca del morichal, las torres de petróleo y el río más salvaje del mundo. Jets to Canaima! «Simpático» all the way! Is different, ¿verdad?

Giremos en redondo. Desde la Cota se ven mejor los ranchos: variedad, novedosa incorporación de materiales, latones que suenan bellamente cuando cae la lluvia, tablas con letras rojas y los baldes y las latas de agua en las cabezas, hacen mover la luz. Las antenas de televisión indican su sensibilidad y su cultura: las gentes de esta ciudad prefieren las imágenes, aunque los aguaceros y el hambre las tiren cerro abajo. Anoten en sus libretas, señoras y señores: aquí nadie quiere vivienda porque un alto sentido de la poesía y la libertad los lleva a preferir la intemperie. Si no, ¿cómo se explican ustedes que esa gente no se mude? De todos modos, esto no resulta muy grato para ustedes. Allá lejos está la wonderfull colina. In Caracas, this is the place. El hotel lleva el nombre de un cacique valeroso que logró vencer las huestes españolas rociándolas de Coca-Cola. For business and pleasure —

a spectacular mountain resort overlooking the heart of the city! —Cierto. Very Good! It's typical! Very Good! It's wonderfull!

(La cuarentona de los lentes al aire sueña: «Fuertes morenos tropicales, brazos poderosos que han seguido el método Atas de la tensión dinámica, aparición para la hora de la siesta en el lobby del hotel. ¡Usted debería violarme, remendar mis huesos tristes, robar mi libreta de Travelers Checks, hacer sangrar mis pobres muslos de maestra de Boston! Yo tomaré una bella fotografía de su miembro y después ganaré el premio de la Anthropological Society of New York. ¡Exótico recuerdo!, ¿no es cierto? ¡Ah! pero dejaré una copia para mostrar a mis amigas jubiladas, también a la hora de la siesta, cuando todas ríen y sueñan con viajar a los trópicos).

—Very Good! It's typical! It's different!

Si ustedes tienden la vista hacia lo lejos, verán El Pulpo y la Araña. No..., señores. ¡No estamos en la selva aún! Se trata de la zoología de la circulación: pasos a nivel, hombrillos... ¡Miren! Ese auto que pasa sobre nuestras cabezas es el paso a nivel, el paso rápido, la ingeniería milagrosa, the growing city's traffic problems required the building of an underpass through the plaza...

(Las avenidas inmensas que cortan y reparten los barrios, el delirio árbol alzado sobre luces de vidrio, las terrazas italianas, el portugués cuenta afanosamente las verduras que lo acercan a Madeira, cuarenta delincuentes internacionales se pasean por el sector de Sabana Grande. Delia está asomada ahora en el pent-house, un andamio le corta las visiones, una polea me borra sus muslos prodigiosos, ella gira con todas las ventanas, el ruido, los autos, la fruta escarlata sobre el anuncio de chocolates, el carro dos, el carro diez mil, este viaje de asfaltos y perfumes cuando llueve un animal

se posa sobre el semáforo si no llueve nunca es para reventar en los bares un grito oscuro el estallido camión de bomberos que pasa las ametralladoras sonando los policías siniestros los policías corriendo como gatos la gran llama que cubre la ciudad...)

Perdón, señoras y señores, donde no hay árboles, a la izquierda, ustedes podrán observar...

Víctor Rafael volvió para cumplir el compromiso. Venía vestido de limpio, con correa nueva y botas lustrosas. Traía un sombrero con barboquejo y se había arreglado la barba. No olía mal. Regresaba triunfante. Había sido nombrado Presidente del Estado el General Santana Saavedra. Treinta hombres en mulas y caballos de buen paso componían la comitiva. Cuando entraron al pueblo, dispararon sus revólveres al aire y luego hubo cohetes y recámaras. Un montón de curiosos se asomó para verlos entrar. Aplaudían las mujeres desde las ventanas y hasta sacaron materos con flores. Una banda desafinada salió a darles la bienvenida y ellos recorrieron las calles al toque de una marcha. Víctor Rafael miró con desgana aquellos músicos desaliñados que hacían esfuerzos por mantener el compás. El paseo terminó frente a la puerta de los Pimentel. Angélica estaba parada en el umbral, toda de negro, todavía tan fina, con su peinado alto y su

cuello de encaje y su prendedor. Víctor Rafael desmontó y le dijo a sus hombres que fueran buscando acomodo en el vecindario. Él mostró una larga sonrisa y ella por primera vez lo miró. Pero sus ojos no eran vivos como él lo esperaba, sino apagados por las lágrimas y una enorme resignación.

Hablaron. Él dijo que venía a casarse y que le diera el sí. Ella dijo que por supuesto, que así lo había prometido cuando su padre murió. Entonces mirémonos de veras porque vamos a ser marido y mujer. Ella levantó la cara y él también. Él sonrió, pero ella no. Entonces le pidió que le mostrara el cuarto donde él había estado posando. Estaba la misma silla y el mismo olor. Víctor Rafael se sentó y le dijo que le trajera café. Angélica fue hasta la cocina, con sus mismos pasos de siempre, tan distinguida, pero un poco más lenta. Volvió con la taza y la ofreció sin levantar los ojos. Víctor Rafael se aguantó y como ella no hacía ningún movimiento le dijo. Ahora tenés que mirarme y decirme de tú, como dicen que aprendites a hablar en Caracas. Ahora ya estamos prometidos. Ella apenas movió los labios y dijo suavecito: General, el café se le va a enfriar. Víctor Rafael bebió dos sorbos y carraspeó. Yo soy un caballo, dijo, pero parece que es a vos a la que hay que amansar.

Él abandonó la casa y dijo que la boda sería el domingo. Que iba a hablar con el juez y con el cura. Que se pusiera de acuerdo con las primas para arreglar la casa y que cinco de sus hombres vendrían a ayudar. No debía olvidar las invitaciones y que enviara mandaderos por esos pueblos para invitar a los parientes y amigos.

El sábado comenzaron a llegar. Cinco casas del pueblo prestaron sus corredores para colgar chinchorros y tender esteras. Las pulperías estuvieron vendiendo aguadiente desde temprano y de la casa de los Pimen-

tel salían y entraban los muchachos con sacos de arroz, petacas de harina, gallos para el mute, hortalizas, pimpinas de guarapo fuerte, ollas de chicha, platos, cestas de flores, cortinas y manteles. Víctor Rafael dio orden en los negocios que lo que se bebiera a partir de la mañana del domingo iba por su cuenta y al que formara escándalo lo metían en un cepo.

A las cuatro de la tarde llegó el civil. Estaban los señores principales que servirían de testigos. Había una mesa con un paño bordado y un florero y allí se colocaron el Secretario y el Juez. Leyeron en un libro y los declararon marido y mujer. Los concurrentes se acercaron para felicitar y Víctor Rafael estaba que no cabía en su chaleco nuevo y su cuello tieso, con la leontina reluciendo en el pecho. Angélica recibió los abrazos sin sonreír, pero sin mostrar enojo, muy delicada, muy distinguida, diciendo gracias, gracias, con un hilo de voz.

Cuando ya iba a salir el cortejo hacia la iglesia se oyeron relinchar los caballos. Por la calle de abajo llegaba la comisión. Delante venían seis hombres amarrados, con unos instrumentos colgando a la espalda. Eran los músicos de la banda de El Alto, que Víctor Rafael había mandado a buscar. Él los esperó en plena calle, y cuando estuvieron cerca, ojerosos, embarrialados, les dijo:

—¿Se acuerdan? ¿Por qué no me tiraron por el barranco aquella vez?

—Pero General... — dijo Chanto Méndez.

—Nada. Suéltenlos y que agarren sus instrumentos para que ahora mismo empiecen a tocar.

El cortejo se organizó de nuevo. Los padrinos tomaron del brazo a los novios y detrás se colocaron las damas y los caballeros de honor. Los músicos rompieron a tocar una marcha destemplada. Calle arriba, hacia el templo. Repicaron las campanas y en el cielo va-

ríos voladores. A las seis y treinta, el cura había dicho que los declaraba en santo matrimonio. Y de nuevo volvieron a sonar los fuegos artificiales y repicaron las campanas y los músicos desesperados casi mordían los instrumentos.

En la casa fue como si se destaparan mil garrafas. Había bebida para todo el pueblo y regiones circunvecinas. Las paredes estaban engalanadas con retratos de las familias Pimentel, por un lado, y Barazarte, por el otro. Una enorme expectación hubo cuando Víctor Rafael anunció que daba comienzo al baile, y que esta vez, en lugar de los padrinos hacer de parejos, y como no existía ni su señor padre ni el señor padre de Angélica, serían los novios los que abrirían el compás. El primer tiempo de un vals se desprendió del clarinete de Demetrio Leal. Y el contrabajo de Chanto Méndez, la corneta de Alfonso Araujo, el trombón de Trino Uzcategui, la bombarda de Evencio y la batería de Amable, lo siguieron con una angustiosa pereza, soltando gallos y desafinos y alguien de la concurrencia largó una carcajada. Víctor Rafael dejó la novia y se paró frente a los músicos:

—¿Qué pasa?... ¿Tocan o no tocan?

—General... estamos cansados...

—Y cuando iban hacia el páramo, ¿no estaban cansados?

—General, usted sabe...

—Cuando estaban echando plomo en La Bichú, ¿no estaban cansados?

—General, vinimos a pie desde El Alto...

—¿Por qué no me tiraron por el barranco aquella vez? Ahora toquen, toquen y no me desafinen!

De nuevo comenzó a sonar el vals. Víctor Rafael y Angélica cubrieron toda la sala con sus brazos extendidos. Al rato, después de una seña, entraron en el baile los caballeros y las damas de honor. Después, los visi-

tantes. Cientos de pies raspaban más tarde los ladrillos que habían sido pintados y regados de esperma para deslizarse mejor. De la cocina y el corredor salían bandejas repletas con dulces y licores. Habían llegado nuevos invitados y se avisó que vendrían más. Víctor Rafael recibía felicitaciones y se le ponían a la orden. Llegaron unos peones que traían ocho novillas, regalo de Pacomio Llavaneras. Para la señorita Angélica, un gran sartal de flores de cera elaboradas por Filomena y Aureliana Carrillo. Anunciaron otros regalos que los fueron pasando para el cuarto. Los invitados seguían bebiendo y comiendo y algunos ya estaban pasados de palos y comentaban lo noble y magnánimo y valiente y arriesgado y caballero y justo que era el General Víctor Rafael Barazarte, terror de cuanto poncho hijueputa hubiera en el Estado.

Eran las seis de la mañana y todavía seguía la fiesta. Víctor Rafael dijo que en honor a los invitados y en vista de que faltaba todavía gente por llegar de los pueblos vecinos, los novios no se iban. Que había trago de sobra y que siguiera el baile. Los músicos de El Alto ya no podían más. Confundían las contradanzas y los pasodobles. Ya ni siquiera tenían saliva y Amable se quedaba dormido sobre la batería, pero alguno de los asistentes lo despertaba golpeándole la tambora con el pie. Debía seguir la música, sin parar. A mediodía del lunes, todavía entraba y salía gente. Algunos se habían ido a descansar para volver en la noche. Otros dormían en los patios del fondo, en el pasto de la caballeriza, en la huerta de las rosas. En la noche, Víctor Rafael continuaba bebiendo y riendo a carcajadas como si nada. Aquello parecía que nunca iba a tener fin. Y otra vez llegaban nuevos invitados y se servía licor y grandes platos con carnes y ensaladas. Los músicos, miserables, desencajados, tristes, seguían tocando sin parar.

En la madrugada, una mazurka muy alegre se suspendió de repente. Los músicos habían caído rendidos sobre el suelo de ladrillos. La gente reía y trajeron dos baldes de agua para reanimarlos. Víctor Rafael se paró en el centro de la sala y dijo que estaba bien, que los novios querían despedirse y que agradecían a toda la concurrencia el cariño demostrado. Cuando se fueron los últimos invitados, Víctor Rafael mandó a llamar a los músicos. No, no los voy a tirar por un barranco, les dijo. Sepan que los lagartijos no son como los ponchos. Cumplen con su palabra y pagan bien. Tomen. Y les dio cincuenta morocotas a cada uno.

Una mujer así, en una mula coja, por entre aquellos barriales, no tenía sentido. Esas vestiduras, ese rumor de los encajes que ocultaba el ruido de los cascos, ese sombrero de alas anchas y la mantilla tejida encima de los hombros, no son para imaginárselos por esos peladeros. Y Angélica no decía ni una palabra, con sus galas capitalinas, sin siquiera saber arrear aquel animal turulato y lleno de gusaneras. Iba detrás, porque Víctor Rafael echaba por delante su zaino y parecía no acordarse que llevaba compañera. De apuesta se hacía el que se perdía y se había ido quién sabe por dónde. Después se quedaba parado en una cuesta

para ver aquellos pasos tan torpes de la mula, la cara sufriente de Angélica, su camisón de lujo que ya habían comenzado a destrozar los barafíos.

—Usted, señorita, puede haber andado en coche, pero aquí hay que cogerle el golpe a las bestias y aprender a ser mujer.

Angélica tampoco dijo una palabra. Sólo ahora se daba cuenta que le habían buscado la peor cabalgadura. Que aquello, después de todo, aunque ella nunca hubiese montado, no tenía por qué ser tan penoso. Ya le estaba doliendo la espalda y debió tener las asentaderas magulladas. Víctor Rafael la miró con burla y dijo:

—Sigamos, no podemos descansar, porque nos falta mucho trecho.

En la Loma de los Conejos ella dijo que tenía sed. El agua venía del cerro y brotaba fresquecita por una canaleja hecha con cepa de cambure. A cualquiera le provocaba beber. Pero al que bebe cabalgando se le hincha la barriga, dijo Víctor Rafael. Después le da un cólico y quién la va a aguantar. Las cosas han cambiado y la mujer de un hombre verdadero debe aprender los rigores. Ya no es como tejer. Eso era cuando estaba en la ventana y se creía muy muy. Arrée que el camino es largo y se nos viene la noche.

Y era duro. Todo un pedregullero para caer en barrancos y chamizales. A veces se ponía estrecho y en los ganchos del monte se le enredaba el vestido. En un espinero quedó colgando la mantilla, porque él dijo que para eso él no se iba a devolver. Después se le deshicieron los volaos y el pelo se le soltó. Vino la tarde y se puso oscuro. Atravesaron unos pájaros negros y le tumbaron el sombrero. Ya casi no podía más y aunque tuviera ganas, no se atrevía a llorar. Víctor Rafael siguió cabalgando delante, haciéndose el tonto, con un silbidito molestoso. De vez en cuando volteaba

para ver la mula que iba ya hecha una miseria, cojitranca y cegata. Cuando entraron por el zanjón, las sombras se encimaron de pronto y ya brillaban y se apagaban los cocuyes, que eran luces de muerto. La mula no quiso andar más y Angélica no sabía qué hacer con el fuete, y la montura comenzó a aflojarse. Golpeó varias veces sobre el anca y el animal corcoveó, dobló las patas y cayó de bruces. Angélica también, y dio un grito. Víctor Rafael vino para recogerla. Con los brazos sangrantes y el camisón hecho una zurra, estaba tendida entre los barafíos.

—Levántese, mija, que no ha sido nada.

Víctor Rafael le dio la mano y ella se puso a limpiarse los arañazos con el pañuelo. Se quedó sola, sobándose la cintura mientras él se inclinaba sobre la mula doblada, inútil, con la pata inservible. Le acarició las orejas y le dijo algo. Le miró el casco roto y le escupió en la herida. Pero la mula no se pudo parar.

—Se le dañó la cabalgadura, mija. ¡Menos mal que ya vamos a llegar!

Ella se quedó mirándolo, adivinándolo entre las sombras y estuvo a punto de echarse a llorar. Pero se contuvo. No le salió ni una gota. No levantó el menor quejido. Víctor Rafael vino y le dijo que agarrara esa cabuya por la punta. El otro extremo lo agarró él y subió al zaino y arreó. Lentamente salieron del zanjón, el jinete, y ella detrás, sin saber que hacer con sus pasos entre las piedras, pues sus pasos eran de hormiga cargando hojas. Arriba el cielo estaba claro y algunos luceros caían y algo se podía ver. Por allí siguieron hasta que en una vuelta apareció una casa. Se supo porque brillaba el techo de zinc.

Una mujer así, tan débil, con los pies rajados, tampoco era para aquella casa. Sin embargo él forzó la cerradura mojosa y cuando estuvo la puerta de par en par, los recibió un vaho tibio y maloliente, un tufo de

arvejas podridas y meaos de ratones. Víctor Rafael prendió la lámpara de colombio y aparecieron las paredes húmedas y rajadas, los pisos de tierra apisonada, los techos de cañabrava cubiertos de telaraña. Apenas había dos banquetas y una mesa pegada al rincón, y más allá un cuartico, el patio lleno de basuras y eso era todo. Víctor Rafael le mostró eso y luego la llevó al dormitorio. Apenas había dos tablas, un candelero con su vela, un cajón manchado y una estera de plátano. Angélica pensó en el largo corredor de su casa lleno de rosas amarillas. En el olor a pan blanco y vainilla de sus sábanas. En aquel coche que parecía una cáscara o una ese doblada, tirado por dos caballos, uno blanco y otro negro, el cochero muy serio en el pescante y el caballero detrás, inclinando cortésmente su sombrero pumpá, el día que ella fue con Eulalia para ver la inauguración de la estatua. Angélica pensó en su viaje de regreso con el primo, cuando ya todo estaba preparado y su padre se echó a morir. La carraspeada violenta de Víctor Rafael la volvió otra vez al aire maloliente y a las paredes rajadas y a la luz de colombio.

—Es aquí dónde vamos a vivir —dijo él con un tono solemne.

Angélica tampoco respondió ni lloró esa vez. Angélica, con los pies ampollados y los huesos molidos, se preparó para pasar su primera noche de bodas.

El restaurant, cerca del cine Hollywood, estaba decorado con berenjenas. Una hilera de materos y de frutos rojos, un curioso escuadrón de latas y paisajes de revistas con cromos dorados. Eduardo había llegado temprano a la cita. Era un buen lugar, discreto, sólo visitado por extranjeros. Se sentían los olores de la cocina y el ruido del aceite en la sartén. Eduardo pidió una cerveza. Miró la lista de platos, la columna de la derecha, los precios. Resultaba barato. Felipe tenía razón; el lugar era inmejorable para una entrevista. Ni un solo venezolano entre los clientes. Hombres y mujeres que hablaban en voz baja, cuchicheaban en su idioma, tenían los rostros maltrechos y unos ojos tristes, negados a todo brillo Eduardo trató de pescar algo. No era italiano ni portugués. Unas palabras gruesas, como disparadas por la garganta.

Estaban en un segundo piso y más allá de la barda de berenjenas se veían los edificios grises, los aleros, las cuelgas de ropa. Subían los ruidos de la calle y un rumor de martillos y sopletes. Buen lugar, en verdad, pensó Eduardo. La mujer rubia y vejucona combatía con su muslo de pollo. El mesonero se inclinaba cortésmente para depositar la bandeja. Gente vieja, con la nariz roja y las mejillas partidas por arrugas. Gente terrosa, expatriada. Alguna tos violenta, de pronto. Eduardo ordenó otra cerveza y mejoró su posición en la silla. Observó. Los dos niños de enfrente se negaban a tomar la sopa de vegetales. No hacían ruido, sin embargo. Sólo con gestos. El padre los miraba severamente. Los niños asintieron y comenzaron a tragar, resignados, con desgana. El anciano de lentes leía una revista de mecánica, con un tractor en la portada. Olía a humedad, a fritura, a trapos viejos. Una atmósfera soñolienta y pesada sobre todas las mesas, un cartel que

mostraba un castillo y una llanura amarilla, unas casas amontonadas sobre un letrero que decía Hertzegovina.

Eduardo consultó el reloj. Una hora de espera y Felipe no aparecía. El mesonero pasó a su lado con una bandeja de ensalada. Apenas lo miró. Eduardo se sentía incómodo, observaba repetidamente el fondo del salón. No sabía si ordenar la comida. Pensó en lo peor: Felipe habría caído, con los planos encima y las indicaciones.

Comenzó el sudor, las molestias y la tos. Los clientes seguían impasibles rumiando, solitarios, con largos ratos de silencio. No había ruidos y las pocas palabras eran incomprensibles. Gargantas que había secado la guerra, de seguro. Gentes duras, impasibles, con las ganas de reconstruirse, de volver a empezar, pero sin el alboroto y el entusiasmo de italianos y portugueses. Las sombras extranjeras de la ciudad que se movían en negocios innominados, talleres, hoteles de provincia y alguna granja de hortalizas por los lados de El Hatillo. Eduardo los asociaba con maquinaria importada, talleres de fundición, fábricas de conservas. Algunos, los mejor vestidos, habrían alcanzado cierta posición en los laboratorios y las droguerías de Los Ruices. Habría espías, sin duda. Agentes internacionales, refugiados, víctimas de los campos de concentración. Cualquier cosa, pensó Eduardo. Como sea, aquel mundo seguía misterioso, impalpable. La ciudad abrigaba todo. Ese probable batallón de indiferentes y extraviados. No tenían carnicerías, ni abastos, ni taxis, ni compañías constructoras. Se movían en un silencio ruinoso, esperando que la gran tromba petrolera les arropara sus temores, sus deudas y sus probables delitos en Europa Central. Se aguantaban allí, mascando tristemente sus legumbres, porque el restaurant balcánico, las berenjenas rojas, el goulach y los paisajes de almanaque, los mantenían de algún modo ligados a una tierra y unos

escombros a los cuales quizás nunca se podría regresar.

Felipe no llegaba y Eduardo decidió ir al baño para ganar tiempo y disimular. No tenía ganas, pero de todos modos era una buena excusa para levantarse y quebrar el nerviosismo de la espera, huir de las miradas del mesonero. El sanitario estaba al fondo, a la derecha. Algunos clientes habían abandonado sus mesas y comenzaban a buscar la escalera de salida. Serían las dos, ya. Eduardo tomó por el pasillo sombrío, con olor a humedad. Había tres puertas. Por una ventanilla se veía el ajetreo de la cocina. Eduardo presionó sobre una manija. Otro pasillo largo, con tabiques de cartón piedra, se le ponía por delante. El olor a ratas, a trapos mojados, se hizo más fuerte. Gruesas manchas cubrían la pared de la izquierda, se confundían con las rajaduras y las chorreras de pintura vieja. Eduardo se olvidó del sanitario. Ya no le importaba y no tenía ganas de orinar. Vio la otra puerta. Sin pensarlo mucho, sin calcular nada, como autómata, decidió echar un vistazo. Abrió. Era una gran sala en penumbras. La ventana que daba a la calle tenía la persiana corrida. Eduardo pensó en el restaurant: había quedado lejos, perdido, como si los pasillos hubiesen puesto entre él, los clientes y los mesoneros, una distancia enorme. Las dos puertas cerradas impedían la llegada de cualquier ruido. Ni siquiera los trastos de la cocina. Nada. Sólo esa música de piano que se levantaba desde el rincón de la sala.

El hombre (entre la media luz Eduardo pudo distinguir su espalda), estaba sentado sobre un cajón y golpeaba las teclas furiosamente, con las manos que parecían dar saltos, con la cabeza metida en el tablero, con todo su cuerpo que se balanceaba como un muñeco de cuerda. Eduardo se quedó paralizado, sorprendido por aquel ramalazo de notas por aquella música ines-

perada y aquella masa confusa de hombre y piano, surgidos así, de buenas a primeras, cuando sólo se buscaba un sitio donde mear. Al restregarse los ojos, Eduardo pudo distinguir. El piano era un armatoste descascarado, invadido por la polilla y con una pata coja calzada con un listón. Al lado había una mesa con ropa sucia apilonada. Cajas y libros revueltos por los rincones. Hojas amarillentas de periódicos y latas de conserva descompuestas. Un salchichón colgaba de un alambre. Una chaqueta y un sweter negro, agujereado, caían de un gancho, en la pared. El hombre no advirtió la presencia de Eduardo y continuó tocando, furiosa, desaforadamente. Las notas salían desafinadas, chirreantes, cobraban un sonido de madera hueca, resoplaban, surgían como de un fuelle, catarrosas, inseguras. Y parecía que al hombre se le iban a quebrar los huesos. Tomó aire, alzó los brazos y descargó con violencia las palmas abiertas sobre el teclado, para el estruendo final.

Eduardo tuvo frente a él aquellos ojos enrojecidos, aquel mentón filoso, aquella mandíbula cuadrada y los labios en mueca que dijeron:

—¿Le gusta Litz, le gusta?

Eduardo no supo qué responder a las palabras duras y mascadas. Primero tendría que explicar su presencia allí, decir perdón, mire, es que yo buscaba, pero el hombre no daba señales de que lo importunara la visita y tenía el aspecto de aceptar su intromisión como si fuera correcta y familiar. Al principio, por la sorpresa, no pudo precisar muy bien. Pero luego, con el hombre de pie frente a él, examinándolo, tirándole sus ojos encima, buscándolo como desde una niebla lejana, con el hombre allí, desgarbado, después de unos segundos, Eduardo revolvió sus recuerdos, juntó rostros, buscó detalles, se entretuvo en olores y papeles, partió maderas en el aserradero, llegó hasta el aula del

liceo. Era él. No había duda. Stanichich Mirco, arrugado y tambaleante, flotando entre los últimos ecos del irreconocible concierto de Lizt, que antes silbaba por las tardes en el laboratorio de Física.

—Usted no es un espía del siempre acompañar... pase... a usted le gusta Litz —dijo Stanichich Mirco y avanzó hacia Eduardo.

Evidentemente no lo recordaba. Hacía ya muchos años de aquella estruendosa clase sobre la composición de fuerzas. Stanichich Mirco ya no era ni la sombra de aquel profesor autoritario y voraz, que reclamaba siempre la atención golpeando con violencia la pizarra. Eduardo lo miraba sin acertar a responder nada, lo miraba alarmado, temiendo que el viejo se diera cuenta. ¿Qué había pasado con Mirco durante todo ese tiempo? ¿Qué jugada turbia de la ciudad le había ensuciado los sesos, desde su salida apresurada de Araure? ¿Por qué barrios solitarios, por qué inmundas pensiones de inmigrantes había paseado sus huesos, donde había escuchado las campanillas que siempre le sonaban, que le habían hecho los empleados y los repartidores de pan, por qué había que detener a los muchachitos corredores en los cafés? Ellos le recordaban los cafés clandestinos, las parejas que no debían entrar a la iglesia, los empleados invisibles, los que no sabían respetar su libertad. Todo eso estaba en el documento. Eduardo recordó. Mirco parecía tener tapiada la memoria y dijo:

—Entre, para que sea testigo, para que diga la verdad. Ellos —y señaló hacia el rincón donde lloraban dos niños, varón y hembra, que no habían sido advertidos por Eduardo— deben tener siempre en cuenta que sólo su padre es política, económica, socialmente justo. Les enseño a oír todos los días a Lizt para que sepan que no deben nombrar a su madre. Yo soy padre y madre a la vez para ellos. La otra, espía del

siempre acompañar, siempre campanillar, está perdida. Por Trieste y Roma y Macerata me siguió y denunció a las autoridades que yo hacía tráfico de cigarrillos: ¿Cómo iba yo a pensar que era ella, mi compañera, la que informa de todo a la policía? Por supuesto que era la única que sabía de las valijas de tapas dobles y fondos dobles, lo sabía todo, la habían puesto para seguirme, yo lo supe después, cuando recobré la presencia de mi espíritu y voluntad y entonces ella confesó todo, cuando la comencé a estrangular.

Eduardo vio crisparse las manos largas de Mirco, apretar un cuello invisible, torcer los ojos, pujar. El viejo se volvió hacia el rincón y dijo:

—Ya verá usted, ya verá.

Tomó a la niña de la mano, que lloriqueaba todavía y la llevó hasta el piano. Se sentó en el cajón y antes de comenzar la ejecución preguntó:

—¿Quién es el autor de este concierto?

—No sé —dijo la niña.

—¿Quién es el autor? —repitió casi gritando.

—No sé —volvió a decir la niña.

Desde el rincón, el hermano miraba asustado y había comenzado a llorar.

—Ven acá —lo llamó Mirco—. ¡Siéntate al piano y toca!

El niño ya estaba completamente entregado a las lágrimas y la niña repetía «no sé», «no sé», desesperadamente. Mirco miró a Eduardo, inclinando la cabeza, sentencioso.

—Ya verá usted, ya verá...

Las manos del muchacho apenas llegaban al teclado. Bajo sus golpes, desalentados, tristes, el concierto de Litz era menos reconocible que cuando Mirco hacía su ejecución. La música comenzó a extenderse y el viejo volvió a preguntar:

—¿Quién es el autor de este concierto?

La niña otra vez se negó a responder. Lloró, dio alaridos, quiso desprenderse de la mano que la sujetaba. Mirco entonces comenzó a darle nalgadas. Gritaba, enfurecido, con los ojos rojos.

—Sigue, sigue tocando —le decía al niño que también lloraba sobre las teclas.

—¿De quién es el concierto? —volvió a preguntar, mientras continuaba azotando a la niña.

—De Litz —dijo al fin, con vocecita muy ahogada.

—¿Y qué pasó una vez cuando yo ejecutaba el concierto de Litz?

—Mi mamá... —La niña no quiso continuar.

—Tu mamá me denunció a la policía —concluyó Mirco—. Repítelo..., repítelo...

—Lo denunció a la policía...

—Y es por eso que no debemos recordarla —concluyó Mirco.

La niña, ya libre de la mano de Mirco, corrió hacia el rincón y continuó llorando. Su hermanito dejó el piano y fue a acompañarla. Lloraron los dos larga, dolorosamente, casi ahogándose.

Eduardo estaba paralizado. No acertaba a hacer nada. Por otra parte, resultaba peligroso complicarse con aquel viejo loco, buscarse líos con la policía y que después revisaran sus fichas. Eduardo hubiera querido estrangular a Mirco. Hubiera querido empujarlo, gritarle, arrancarle los niños. Imposible. Atrás, más allá de los pasillos, seguramente el restaurant había quedado completamente abandonado.

—Así es —dijo Mirco—. Hay que estar alerta contra los espías del siempre acompañar, siempre campanillar.

Dio la espalda a Eduardo y volvió a sentarse frente al piano. Los niños lloraban más pausadamente, sin gritos. Eduardo buscó la puerta del pasillo y abandonó

la habitación. Detrás sonaron las notas destempladas del concierto de Lizt.

Había que atravesar un bosque de cedros. Luego un largo plantío de rosas, crisantemos, geranios y jazmines. Al fondo estaba la casa y se veían sus portones de piedra pulida y los ventanales labrados. Se llamaba El Olimpo. Y cuando entraron se sintió el olor recio del cuero y la madera, les salieron al encuentro los altos sillones con clavos dorados, los espesos cortinajes que disimulaban las puertas, el aire de tomillo que venía del patio interior. Víctor Rafael la miró para buscarle la sorpresa, porque no le había dicho nada aunque la trocha fue larga, él en su zaino y ella en un castaño, sobre buena silla preparada para evitar las mataduras, y dos ayudantes, de a pie, para vigilar la bestia y evitar los malos pasos. Angélica no mostró nada en sus ojos, que ya se le habían ido apagando, ni movió los labios, ni suspiró. Ahora ya estaba marcada, desfigurada, hecha un hilo, por la resignación y el abandono. Víctor Rafael se le acercó y la tomó por los brazos y le dijo:

—Esta sí es nuestra casa, su casa. Yo lo que quería era probarla. ¡Usted es un palo de mujer digna de un hombre como yo!

¿Qué iba a hacer, la prima Angélica, qué iba a pensar? Pues nada. Tomarlo todo igual, del mismo modo que aquel viaje pavoroso en la mula coja y los tres días miserables en la estera de plátano. Su padre había dicho antes de morir cuál era su voluntad, y entonces que se cumpliera. Y a Víctor Rafael ya le había comenzado a conocer la voluntad, y que se cumpliera también. Habría que empezar por disponerlo todo y prepararse a vivir. Vinieron las muchachas del servicio y desempacaron los huacales de loza, las cajas de vinos, los fardos con lencería, los cubiertos de plata, los cajones de la cristalería y las lámparas con varios depósitos para poner el aceite. Se distribuyeron los gruesos manojos de llaves y se ordenó el agua para las bestias y se colgaron los cuadros y los espejos. Por entre aquellas cosas y los largos corredores comenzó a andar sola, como lo haría mucho tiempo, porque a los pocos días Víctor Rafael dijo que León Perfecto lo había mandado a llamar.

—En este pueblo no hay nadie que valga la pena y mientras que yo esté ausente no se le ocurra salir.

Fueron largos los días y las noches en El Olimpo. Y llovió, hubo sequía, volvieron los aguaceros y de nuevo hizo sol. Angélica se vestía con aquellos trajes finos que encontró en el ropero. Tenía polizones, encajes y corsé, parecidos a sus moldes cuando preparaba la costura, como había aprendido en Caracas. Tenía libros rugosos, con el lomo plateado, y grabados. Tenía una mandolina para sentarse a tocar junto al jardín. Pero no había nadie para poder hablar. Escribía cartas que nunca envió por temor a que Víctor Rafael se enterara que de aun por papel se dirigía a alguien. Víctor Rafael tampoco le mandó ni una letra, y eso que por tales días el servicio comentaba sobre invasiones al Estado. Días y días y noches largas hasta que le vinieron los primeros mareos. Entonces la cosa se puso peor. Angélica estaba muy débil. Angélica siempre ha-

bía sido de salud delicada. Angélica no tenía a quién llamar. Se preparó sola los bebedizos y sola se aguantó aquella ardezón que a veces le subía hasta el pecho. Después renunció a comer para evitar los vómitos, perdió el sueño, se fue demacrando y por muchos días la sorprendió la madrugada, en la ventana del patio, con la mandolina en la mano.

Flaca y agobiada de pesadumbre, sin poder salir nunca al pueblo, sin ver a nadie, inventó llevarse unas sillas para el patio de ladrillo y formar allí una tertulia. Ordenó traer cacao en tazas grandes y bizcochos para los invitados. Las mujeres de la cocina se sorprendieron cuando ella les pidió cinco tazas. Y eran cinco los invitados. Angélica descolgó su mejor vestido del armario y lo limpió con cepillo y agua de olor. A las cinco de la tarde salió hasta el patio a recibirlos, los convidó a sentarse y hubo una charla muy larga. Angélica estaba animada y respondía a los cinco por igual. Había tres mujeres y dos caballeros, a juzgar por el tono usado en la conversación y las cosas que Angélica decía de una a otra silla Después se levantaba y acompañaba a sus amigos hasta el portón y les decía, encantada, vuelvan pronto, muy contenta de haberlos tenido por acá.

Las reuniones se repetían tres veces a la semana. Las muchachas de la cocina venían siempre a retirar el cacao que se había enfriado en las tazas. Pero un día, quién sabe si asustado, todo el servicio decidió abandonar la casa. Y Angélica se quedó sola con sus visitantes que desde esa vez aumentaron y ocuparon sitio en los cuartos, la sala y el corredor. Angélica hablaba y hablaba, se ponía como un hueso, no había quien le hiciera de comer. Y bajo la mata de cayena sintió el dolor. Le vino la hemorragia y cayó al suelo. Gritaba, pero no había vecinos que oyeran, porque nunca tuvo tratos con ellos, como había pedido Víctor

Rafael. Inmóvil, sin fuerza, se fue desangrando. Angélica era una mujer fina y debajo de las cayenas se murió.

Ahí está Delia y viene con su carpeta de apuntes, ríe, llega, por un hueco de la reja que da al parque, mira, no tiene ganas, sus ojos bobos por el alambre, resbala lentamente las manos para cortar la enredadera, suspira y vuelve la cabeza varias veces, es su costumbre, siempre piensa que la están siguiendo, siempre, porque antes, aunque no fueran policías, la seguían, desde niña, por las aceras despedazadas de Pro Patria con un lazo, se viene sin importarle mucho su blusa manchada de chocolate savoy y agita las manos como antes, pero mucho antes de que la viera por primera vez, aquella vez de la primera reunión y te dijeron que me llamaba Luis y yo estaba pálido y con muy pocas palabras, por eso sé que es antes, según ella contaba, toda azul cerca de la parada del autobús, con lápices y cartulinas y una liga para sostener los cuadernos, un día en que iba a llover y como iba a llover hacía primero un viento fuerte que doblaba las acacias y arrastraba polvo y colillas por la acera y Delia hacía esfuerzos para que la falda no se le subiera, aunque era difícil agarrar con los dientes la cartulina, sujetarse el

lazo, desenredar los cabellos y alisarse los pliegues como quien no quiere la cosa y sólo se logra sostener de un lado y los volados verdes hacen como un embudo y se ve todo de atrás y cuando se pone el brazo en la espalda se ve todo delante, sin saber qué hacer, confundida, con los muslos ya a merced del aire y el polvo y el viento metiéndose por entre sus trapos interiores y los muchachos en la esquina del abasto se reían y silbaban. Fue. Le daba pena, dijo, bonita, porque después había que pasar al otro día delante de ellos y las tías hablaban de que nadie debía enseñar sus desnudeces, aunque el viento le llenara de tierra los ojos, sus ojos, así, tan firmes, el día de mi primera reunión y le dijeron que me llamaba Luis, para que venciera su desconfianza porque ese mundo sólo pertenecía a Delia y al comité, con sus exigencias y sus verdades blindadas, las palabras llavecita y compañerito que molestaban al dudoso, al recién llegado que era yo, con algunos años más que los otros y por ello quizás como más torpe y más necesitado de pruebas, aunque Eduardo tuviera suficiente autoridad para presentarme y decir que se podía confiar. Mientras tanto se miraba. Los afiches del Teatro Universitario, la mesa con engrudo derramado, los marcadores sin tapa, las rumas de periódicos viejos, las cuerdas de la persiana con un nudo grumoso, las láminas desprendidas y la alfombra de fibra comida en las puntas. La miraba. Vino con el café derramado en los platillos, salió del fondo, primero un collar de maderas y esmalte, luego un sweter, sus dos senos delante, relampagueando, por encima de las tazas, la voz que había dicho. ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? Y un sabor a mandarinas con pastillas italianas y algún perfume de hojas, tirado de pronto sobre el apartamento, mejorando con olor y sabor aquellas piernas cruzadas, de los muchachos, las chaquetas llenas de sudor, el aire de militantes de Pepe

y El Catire, toda esencias, Delia, ligera, liebre o coneja a pesar de uno ponerse a inventar, sin saber nada, que era pedantica y hablaría de Garaudy y las condiciones objetivas y el resplandor de la tumba de Lenin visto en algún viaje después de un festival de la juventud, con acróbatas chinos y un cámara francés muy simpático y los venezolanos dedicados a beber cerveza, tan indisciplinados como los africanos, a la caza de muchachas, pero en el mundo socialista había que andar con pies seguros, sin desviaciones, los pies de Delia tan menudos y tan sin hacer ruido en la alfombra y más arriba sus piernas increíbles, los muslos adivinados si la falda falsamente prendida con alfiler de gancho se abriera para que estuvieras así, toda alegre de repente, a la intemperie, enmandarinada, olorosa, y rozar con lentitud la piel para que las condiciones objetivas y las condiciones subjetivas se fueran haciendo tan tenues como un gato y sentir el calor y el olor y la voz que había cubierto toda la reunión, tan seria y formal, tan sin salida, con Delia parada de repente en el pasillo y sólo ella, sin Eduardo ni Pepe ni El Catire ni Ramón ni el orden del día ni el minucioso balance de lo ocurrido en la zona. Primera visión. Relamida, vidriosa. Con el deseo arañando, porque muchachas así no había, porque muchachas así sólo se imaginaban, porque uno no sabía qué decir, no sabía, se cortaba todo cuando de pronto parecía verdad que la imagen tantas veces reflejada en la pared del cuarto de pensión se volvía real, cuando se transformaban en carne y falda y collar y olor de mandarina aquellos simples reflejos inventados por una masturbación a medias, cuando se estuvo siempre solo, siempre en pensión, a la espera del llamado de la gallega para quebrar las visiones con el olor a caldo y los gorgoritos que hacía el vecino de cuarto y esa vez el problema era cómo aproximarse, cómo hacerse notar, si uno lo que quería

era que no lo notaran, tan desarmado y seco había andado esa tarde buscando la maldita dirección y el lugar donde debería esperarlo El Catire. Se heredó el miedo, la inutilidad, la pobreza de Nicolasito Barazarte dando tumbos con mercancías a pleno sol por los caminos de la zona petrolera y no había quedado nada del rejo de Epifanio ni los revólveres siempre hediondos a pólvora de León Perfecto y Víctor Rafael ni la guitarra destemplada por el sereno que José Eladio batía para que las mujeres se le fueran detrás. ¿Detrás? Sí, detrás. Un biombo con olor a alcanfor. Unas cotizas llenas de almagre. Unos remedios. Unos burros. La imagen del Corazón de Jesús manchada por el humo de la lámpara. Viaje. Miserable. Años de bachillerato gris en la provincia y después. Viaje. Una recomendación para las primas solteronas en el barrio de San José y el olor a gasolina con frutas reventadas y bolsas de almendras garrapiñadas en los pasillos de El Silencio, sin poderlas comprar, cuando se hacía cola para tomar el autobús y daba cierta cosa hablar como andino y uno les sacaba la madre por dentro a todos los que decían ¡ay, vale! cuando sonaban las eses. Montañés pulido, más tarde. Se leía, allá también se leía y había modales y vida muy firme y cojones, pero la rudeza se salía por la piel y la cabeza aplanada y Caracas era la sucursal del cielo, decían. Quedó todo eso encima para molestar aún, años después, ya corrido, ya con la ciudad grande metida a plomo y neón, olisqueada mejor que cualquier perro, sabida y relamida en todas sus vitrinas esplendentes y sus baldíos miserables, capa de concreto, capa de metal, sucio de todos los provincianos del mundo, provincianos del sur de Italia y campesinos de la Gomera, portugueses que jamás habían visto un motor, franceses aislados que depositaban mugre y aventura en los restaurantes llamados coc dor y el trianón, centroeuropeos con la locura aposentada en las canas, grotescos de Oriente, maracuchos comidos de nostalgia, andinos como yo, andinos de más allá de la sierra todavía más duros y con amigos militares, llaneros pintorescos para ser más venezolanos que nadie con su cuatro y sus morichales, gente rural, desconfiada, dando codazos, apretujada en las colas de la administración, con recibos, dispuesta a parar su dinerito de la noche a la mañana en los trabajos rápidos que se lleva el viento, que no compromete, coloreada tarea de globos, carritos, muñecos y condones en los bares y el parque Los Caobos. Por allí venía Delia, o por cualquier parque, da lo mismo, no era ella, pero se parecía a quien uno toda la vida está esperando que venga por un parque y se sacuda las hojas, el rocío, la humedad caída desde las ramas, olida, imaginada, en calles vibradoras de calor, puertas batientes, entradas de ascensores grumosos donde uno siente que va a encontrar su muerte por aire negado, sin timbre ni botones que hagan caso el rechinar de los vidrios y las láminas de acero porque el trópico es así, con palmas y hamacas que ponen los pintores y los redactores de agencias turísticas, con células fotoeléctricas y escaleras mecánicas en las que siempre tropieza la punta del pie, porque uno no sabe, porque todavía, andino bruto, no está plegado al confort y todo lo que ellos traen, vehículos de importación, papeles higienizados, toallitas sanforizadas para el culo del bebé, todo mezclado, con copleros, aguinalderos, parranda de La Pastora y carato de acupe porque ¡Esta es Venezuela compadre! dicen, me tomo un whisky campaneado y después una arepita, sustancias del llanerazo, hombre cuatriboliao, más criollo que el pan de hallaquita y el valor y el sudor y el patrimonio y el olor y la herencia y la dignidad y el fruto esparcido de los libertadores por los anchos caminos de la patria toda horizontes como la esperanza toda caminos como

la libertad, llanura venezolana, donde una raza buena se jode hasta decir ya pero no importa porque la gran nación del caribe, la más septentrional de la América del Sur, lo único que le hace falta es aprender a aprovechar sus riquezas naturales y dejar la pereza, llamada manguareo, y entonces seremos la gran patria soñada por Bolívar, porque la verdadera gloria consiste en ser buenos y ser útiles. Bolívar. Carta a su candorosa Manuelita, tan pura ella, tan libertadora, cuya verdadera gracia según Beausingault —y no le han hecho caso— fue mearse de pronto, solícita y displicentemente en los grandes salones de Lima, Perú. Fue así, bacinillas gloriosas de Manuelita, no usadas, pero llenas hasta el borde por la malicia, y el Hasta Cuando Joden del viejo Simón Rodríguez, cuando escandalizó a los señoritos de Valparaíso y tampoco le hicieron caso y trajeron unos huesos de llama o de carnero hasta el Panteón cuando ya él no necesitaba que lo apoteoisaran porque se murió en San Nicolás de Amotape, cubierto de piojos, vendiendo velas, y con la barriga inflada hablando mescolanzas de quechua y de francés, y según él mismo decía, estaba «como las putas en cuaresma, con capital y sin réditos» y «cuando nada se espera de la vida algo debe esperarse de la muerte». Te esperaba, Delia, yo, ni maestro ni prócer, pero con la vista puesta en el viejo Simón Rodríguez, que apostrofaba y mentaba madre, como debió decir insolencias Coto Paul y las dijo Zamora y por ello ninguno de los tres ha gustado a quienes hacen historia edificante, me cago en todas las edificaciones, Delia, ahora lleno de tembladera y todavía no seguro de salir bien en esta vaina en la que estoy metido, un poco por ti, un poco por el viejo Simón, un poco por uno mismo, dejémonos de tonterías, estamos, qué coño, ahí vamos, después de todo cualquier cosa debe explotar y que explote Tacoa y todo el litoral para que uno se quede a solas con el

chasquido en las orejas y el temor y los digepoles haciendo redadas por todas partes y vendrán después las felicitaciones y el orgullo y las palabritas pingas «buen trabajo, camarada», sin saber. sin saber ellos, qué todo el sudor y la porquería se aglomeraron a las puertas del intestino, en los dedos temblorosos, en esta huella honda que casi taladra el maletín y antes de que se piense, se suda. Plannnn... Disciplina desde el comienzo, costumbre, militancia, freno a los apetitos pequeñoburgueses, dijeron. Uno entró así, por la boca del pozo, muy apretado, con ganas de devolverse, pero era como quedarse otra vez oliendo el caldo gallego y la tinta carter de la oficina y las bandas plásticas de empaquetar correctamente en el almacén y esperar los sábados, una fiestecita por allá por Los Castaños, tan triste, tan sin saber entrarle a las muchachas y soportar que alguna dijera, como respuesta a un piropo, «usted es medio psicológico» y entonces se enfriaba todo y daban ganas de vomitar y no había que hacer sino tomar la Circunvalación Tres y volver a la pensión, dormir, mal oler, pelear con los zancudos y esperar a que la gota del water, siempre dañado, acabara de caer. Plannnn... ¡Qué razones, decía después Delia, para entrar en la acción! Ella sí se metió lentamente, recién caída la dictadura, en aquel tercer año de Liceo, cuando leyó los discursos de Fidel y andaba por los pasillos pegoteando propaganda para las elecciones del Centro Estudiantil, con nuevas hojas multigrafiadas, las rayas rojas del periódico Joven Guardia, cartelones y pancartas que habían sido agujereadas, en las manos, sobre los hombros, de Catia hasta el Panteón, para decir ¡Nixon NO! y le escupieron el carro al yanki hijueputa, te gustaba, era emocionante, riesgoso, Delia, en tu casa decían que no te metieras en zaperocos pero era bonito ir y venir cargada de folletos, aunque no se leyeran servían para hacerte la importante, además eras bella:

caminar por la acera con tu uniforme descuidado y los tirantes caídos, quedando retrasada un poco, de todos modos, tus medias blancas todavía muy firmes y cierto sudor y cierto mover los cabellos largos, debías oler a talco y desodorante, liga demasiado ajustada de la pantaleta que se arregla con descuido en el extremo de un zaguán, después seguir, llamar los compañeros para que esperaran y las consignas derramadas a coro, tanto como tus ojos o tus cabellos, en plena calle, con mirones temerosos, asomados a las puertas vidrieras, con la reja lista para ser bajada en caso necesario y dejar la cuadra libre a las bombas lacrimógenas, la arremetida de la policía, las sirenas abriendo hueco en cada cornisa, todo mejor, todo menos vacío, todo menos inútil que mis comienzos y más divertido, al menos, porque también en otro tiempo, me dieron folletos, me dieron a leer La Madre de Gorki, unos documentos enormemente fastidiosos del Cominform y un periódico pesado, largo, casi sábana, que venía de Bucarest con un nombre kilométrico Por una Paz duradera por una Democracia Popular, que joda, mucho mejor leer El Castillo, cosas fulminantes y no muy claras, porque no fue con emociones y carreras, sino las dudas y la inacción que estallaban o corrían gelatinosamente por el techo asqueroso del cuarto de pensión, en medio del fracaso universitario, mientras llegaba la hora de humillarse como agente en los Almacenes Miranda, el viaje demasiado remoto hacia el París de que hablan el poeta Juan y el Chino Lira, las enormes borracheras para recitar aquello de Piedra Negra sobre Piedra Blanca, las ganas de tener un automóvil y vivir en el Este, bailar, buscar muchachas, ir a una fiestecita los sábados, dejar para siempre aquellos malolientos rincones de Santa Rosalía y no tener que permanecer hasta las tres de la mañana en el bar de los gallegos, rodeado de hombres, pensando mientras se iba al baño, en carajitas prodigiosas que se parecían a la Jenny de la película, lejos de las putas de gruesos tacones en el Tibiritábara, más lejos aún de tanto macho, porque, como decía Segundo, corríamos el riesgo de volvernos paulatinamente maricos. Ahora está aquí Delia y se pone a reír. Con chocolate en los labios sin decir una palabra, sólo mirándome, sólo riéndose, sólo ella y el cartón enorme con el pájaro pintado que vuela a estas horas por la calle. ¿Quién pasa en otras horas? ¿Dónde pasas, realmente, por qué calle? ¡Ah, cualquiera se hubiera creído ese relámpago en tus ojos, a cualquiera hubieras engañado con tu tempestad! Bruja en tu escoba montada, en tu mimbre, en tu techo de dos aguas o en la varilla de neón, montada en el pingüino Cool, corsaria, galopante en el caballito de la Mobil, tú sola, robándote como ahora la ciudad, desde las alturas, pasas por aquí, entre los vidrios. Delia, con libros robados al español que hablaba mucho en su librería: resistió hasta el final, había que ver sus cojones, y partió en el último tren de Barcelona. Delia, para andar así, tan ligera, envitrinada arrastrando papelillos y tu blusa de Liceo y tus medias blancas como yo nunca las vi, pero las pienso, en esa época lejana que contaste, antes, mucho antes de que te viera con miedo y deseo y un ligero dolor en el vientre, deseo y dolor en mi vientre, aclaro, tú ligas todo así, era imposible precisar, yo no miraba, tú muy dura, no miraba, tú muy dulce, no miraba tan fina, pero bovina, yo jodido: me doblé, me entrampaste comprensiva, sobrándome, cuando esperabas que yo fingiera pucheros y pidiera caramelos con lloriqueos falsos para tú echarte a reír, yo no miraba. ¿Quién iba a pensar que no eras así, que te salías del molde? Camaradita con palabras, ojos de desafío, pasos retadores, labios mordidos cálculos dialécticos, necesidad de una transformación, pero la moral la familia y el virgo pesando tanto como en cualquier niña lagañosa del opus

dei. Así se me ocurrió y sin embargo estabas bella y peinada, con un sweter agresivo, toda enmandarinada, sin confundir la falta de higiene con la revolución, y todo lo que algunos llamaban limitaciones, desviaciones, inclinaciones, recuerdos, frenos pequeñoburgueses y otras cosas, te importaban un pito, pero yo no sabía, esa primera vez, sin pensar, sin calcular que más tarde, varios meses, estaríamos cortando la media luz de aquella boite llena de imbéciles sin que eso nos contagiara de ponzoña maligna, como tampoco los libros ni la pintura ni la música rara y nos reíamos del realismo socialista y nos burlábamos de los tractoristas stalinianos que aparentaban una enorme felicidad, en cuadros detestables, aunque estuviesen realizando un trabajo fatigante. Pero antes, al principio, fue otra cosa. La desconfianza, sí. Y Delia estaba segura. El miedo, sí. Y Delia estaba firme. La confusión, sí. Y Delia estaba clara. Aquella larga caminata por el barrio de El Observatorio, su mano que se apoyaba en mi hombro cuando ella saltaba los barriales, con valor, porque nunca se cansó ni dijo que tenía hambre ni frío ni miedo, sino que iba así, resuelta, garza, alambre, junco, precisa por entre cloacas y acequias, rotunda y casi impenetrable en el cerco de malos olores, trasponiendo ese cerco a golpe de cabellos desbandados, entradora con la gente del barrio, saludaba, agradecía, se volvía familiar, trepaba. Por las escalinatas labradas, por los caminitos abiertos a puro pie, con los tablones y el ruido de latas y las planchas de cartón piedra y las láminas agujereadas de propagandas robadas y una mujer en traje de baño, dibujada, partida por la mitad con un faro de automóvil arriba, un cartel de la Esso, alambres enrollados, tapas de leche en polvo, almohadillas, asientos de automóviles, planchas de asbesto carcomidas, zanjas, pudrideros, agua piche, tufo de sapos y querosén, y ella, Delia, ya ajada y agitada, por

entre los ranchos miserables con su mano descuidadamente en mi hombro como si quisiera comunicar ánimo y conmiseración para mi primera tarea y me jodía de paso, me irritaba que se colara segura, portentosa, dominadora, ante mi impotencia, porque yo tenía que caminar, saltar, retroceder, hacer rodeos, siempre guiado por su brazo porque ella conocía la zona, sabía cuál era el camino y el modo de portarse frente aquellas gentes que se jugaban su sucio y sus temores al lado nuestro, mientras seguían sonando los disparos, el aire yo lo sentía lleno de pólvora y barro, y sólo sus ojos, de pronto, eran la única luz que repicaba entre los charcos y las aguas negras del cerro. Toda la travesía del Guarataro nos hundió en algo más que el trabajo político. Sacarle el cuerpo a las balas y los policías nos reunía en un sudor cómplice, un lazo grasiento establecido a través de la miseria y los malos olores, el fervor compartido entre los pantanos y los zanjones que debimos cruzar, un mundo oscuro, terrible, con fogonazos repentinos, que nos puso frente a frente, y yo vi que tenía los zapatos sucios de barro y ella vio mi mano rota por un alambre de púas y yo vi su blusa rasgada del lado izquierdo y ella vio la mancha aceitosa en mi pierna izquierda y nos vimos los ojos vidriosos, luego las gotas que se descolgaban en la frente y los dos nos pusimos, por turno, a limpiarnos uno al otro hasta quedar presentables frente al túnel de La Planicie y el muchachito hizo así con la mano y cada quien tomó su camino y ella sonrió y también hizo así con la mano. Bueno, sí, allí está ahora, viene con su carpeta de apuntes, serpentea por entre los pasajeros, busca asiento, podría llegar hasta acá y tomarme la fiebre, decir que nadie me está siguiendo, no tengas miedo, ponte duro, no es como las reuniones del comité a las que iba solamente porque la vería después, para que los complejos porque se llegó tarde a la lucha y

se tenían más años que Pepe y El Catire y Ramón y casi todos, no estés desconectado, empieza por la base, acepta contactos en barrios lejanos, traslada propaganda, participa en *pintas*, y tú venías con los lápices de color y los tubitos marker y decías Estos son de fácil manejo para consignas en pasillos y ascensores, pero los spray sirven mejor para los muros de calle. Frases inútiles: ¡Nuevo Gobierno Ya! o ¡Garantías! Decía yo. Y tú volvías: que de ningún modo, porque las *pintas* tienen ventaja de ser permanentes y producen gran impacto. Luego la retahíla, el discurso, las frases de folleto: la propaganda agitativa es una demostración de fuerza, la abundancia de ella da confianza a las masas y desmoraliza al enemigo. Solemne. Te dabas cuenta. Había que volver a la normalidad: Bueno... Bueno... comienzo a repartir, ya todos saben la frase. Entonces no era ni dependencia babeante ni actos mecánicos sino que también habías metido en la empresa una hambrienta soledad, un deseo de reconciliación, unas ganas de precipitarte en los demás y de mi lado había lo mismo y por ello hubo siempre una cierta lejanía con los otros. Pero nadie podría explicar muy bien la razón última, y lo que contaba en realidad eran los resultados eficaces: desde una tachuela hasta una metralleta, todo es importante. Sin embargo había quien se estaba despellejando el alma, uno, uno, huyendo de la sequía a través de causas grandes, solidario por horror al vacío, solidario por simple salida personal. Ahora puedes reírte, perdonavidas, por encima, dadora de confianza, cuando te veo y ya no te veo, porque la gente me rompe las imágenes y eres tú con el lazo y la boca manchada de chocolate llevada por el viento de Pro Patria, no sé, o eres tú con la transpiración del Liceo, no sé, podrías ser con mandarinas y café durante la primera reunión, quién sabe, o mucho después, como sea, te advierto que sigo teniendo miedo, siempre lo sentí y es probable que me maten. Están ya muy distantes los mitines relámpago, las manifestaciones y las pintas. Se han colado tres años, ya ahora estamos dispersos, bajo tierra, podridos en las cárceles los amigos de aquel comité donde te dijeron que me llamaba Luis, hundidos, repartidos, perdidos o ansiosos, como yo. en este autobús de mierda, sin comparación con lo que hacíamos antes, porque los carteles, los ojos fluorescentes, automóviles, automóviles, automóviles y cornisas, vidrios y reflejos, las patrullas que nos siguen, el cielo cruzado por los disparos, escúchalos, la sirena maldita, óyela, mi miedo, Delia, perdónalo, porque toda la ciudad va a reventar.

Su enorme anillo hundiéndose en el portón para golpear con ruido seco en vez de empujar las aldabas... su enorme anillo... Era de ver la madera crujiendo, los estremecimientos y el gran resplandor de su cara mientras esperaba impaciente que le vinieran a abrir. Su sombra toda gorda contra las maderas, su sombra que se agachaba larga y babosa por los ladrillos de la acera y quería subir, pared arriba. Su sombra ahondada en el frente, cubriendo todo, con humedad, hiposa, sombra que quería tapar toda la casa.

Él golpea otra vez con el anillo y las maderas se encogen, traquean, se estremecen con ruido de mil demonios que saltan en torno de su sombra hinchada y grandota que ahora casi llega hasta el techo. Él, parado abajo, solo, frente a la puerta, y uno junto a la plaza, sabiendo que su sombra o su cuerpo se pueden venir calle arriba o están parados en todas las puertas de las casas. Y todo el mundo averigua por las ventanas como si hubiera llegado a su propia puerta. Y todos están listos para decir: «Pase adelante, General, tanto tiempo... justamente tengo muy buen café, recién colado, para usted, General, perdone lo malo, General, pero es que últimamente hemos tenido tanto trabajo... y desde que llegó esa orden de Trujillo, usted sabe, General, ya le voy a servir el café, siéntese, General...

Y el General creciendo en su propia puerta, golpeando de nuevo con su anillo enorme y todo el pueblo escuchando sus ruidos. Todos quieren sentir en su propia puerta aquellos golpes secos y de pronto su gran carraspeada, su tos violenta, su maldición a medias y otra vez el golpe y su sombra y sus ojos brillantes cercados por una aureola de lata como la de San Rafael Arcángel, igual, y unos decían que la habían visto resplandecer aquella vez en la procesión en que no sabían a quién cargar porque había una misma luz en la imagen de bulto y el General. Él iba vestido de azul, con un paño muy viejo, pero todavía bueno y oloroso a alcanforina. Se llenaba de incienso por los lados, porque él iba delante, en la primera fila, acompañando al cura, o el cura acompañando al General, y parecía que el incienso lo rodeaba y su olor llegaba hasta la fila de atrás, hasta las mujeres que iban detrás. Llegaba el olor del General, no el olor del incienso, aunque también eran los dos olores y las mujeres que venían detrás con sus camándulas reventadas y su olor a meaos pensaban que llevaban al General y se había olvidado

de San Rafael Arcángel. El General subía entre rayos de luz y cohetes por la calle de arriba, dispuesto a marcharse al cielo. El General se montaba en un gran ramo de nubes y paseaba por los mil colores y desde allá podía mandarnos nuestro ramito de olivo o su carcajada tremenda, su voz de cajón o baúl, su voz que lo mandaba a uno muy largo al carajo o le decía que trabajara, que trabajara día y noche, porque sólo el trabajo podría darnos dicha y bienestar, como el bienestar que él tenía, porque se había fajado desde muy temprano y era hombre que no lo cogían las cuatro de la mañana en la casa... A esa hora ya estaba ensillando para dar un paseo, aunque por las noches trasnochara y estuviera pendiente de que las casas se quedaran en silencio para entonces golpear el portón o meterse por la cerca, así, ya viejo como era, y estar más tarde en el catre con cualquier mujercita porque últimamente no escogía muy bien y no le importaba con quién iba a dormir... También olía a incienso y para ella era como si San Rafael Arcángel se le metiera en la cama. Hasta su hombrecito lo sentía así cuando llegaba tarde y oía adentro la carraspera del general, volvía a cerrar con tranquilidad, lentamente, para no molestar al General, sin el ruido del candado porque eso podía turbar al General, sin la luz prendida porque eso hacía perderse el incienso del General y era bueno que en la casa quedara intraminado su olor porque hasta la yegua podía parir, decían, y no hay mejor mata, ni puerco, ni gallina, ni cualquier bicho, que los bichos tocados por el General.

Él está ahora allí golpeando con su anillo que hace temblar las maderas. Él entra como si fuera su casa.

Está allí afuera con su larga sombra que ampara los horcones y las tejas, no tiene por qué romper la cerca, pues la mujercita está sola y su hombre se ha ido para la cordillera a arreglar no sé qué negocio. Siempre es bueno irse los viernes para dejar solo al General, que le gusta hacer chocar su anillo los viernes contra la puerta, contra la casa, le gusta cubrir la casa con su sombra hasta que la mujercita aparece y asoma una llama de vela por la rendija y el portón comienza a crujir mientras se abre lo justo para que pase el General.

Mija, se ha tardado mucho esta noche, y usted sabe que no estoy para resfriados ni para que me esté viendo la gente ahí parado en el sereno. Me hace daño, mija, me hace daño. Ya nadie quiere cuidarlo a uno... Devuélvase, devuélvase y venga como a mí me gusta. Y la mujer regresa hasta perderse en los cuartos del fondo para aparecer luego con las dos velas metidas en los candeleros de plato. Una gran sábana la cubre de la cabeza a los pies y viene caminando lentamente, marcando con cuidado su pie derecho y su pie izquierdo, sin que ningún paso sea más grande que otro. Los ojos los tiene volteados hacia arriba y el General se pone firme como si estuviera en formación. Ella se acerca cada vez más, agrandando su cuerpo de sábana con el resplandor de las velas. El cuerpo del General agrandado hasta las vigas del techo por el resplandor de las velas. Su cabeza hinchada, sus gruesos bigotes que se han estirado parecidos a cabuyas pintadas de negro, mientras la mujer es ahora todo un va y viene... los candeleros los tiene en las palmas de las manos, no para alumbrar, sino para ofrecerlos como dos platos de dulce. Cuando ya está cerca comienza a rodear al General y éste dice *de frente, march!* y él se pone delante y ella lo sigue marcando los pasos por el corredor. El General ya está afuera, en el patio, y marcha

hasta el solar donde ni siquiera las gallinas se espantan. Hace conversión a la derecha y ya está de frente, con su mano en el pecho. Ella lo sigue con la esperma a medio acabarse otra vez hacia la sala donde el General se sienta en la mecedora. Ella delante, con los brazos alzados y las velas arriba derritiendo su luz de muerte. Él, quieto, sin decir palabra, tira su espalda hacia atrás para mecerse un poco, con la luz meciéndose también porque la mujer está sudando con gotas gruesas parecidas a las gotas de la esperma.

Alza sus candeleros de plato y hace ruedas delante de la cabeza del General, a los lados del General, por encima de sus bigotes resplandecientes. Viene entonces su gran tos, su gran estruendo que casi apaga las llamas. La mujer continúa dando vueltas a las velas y el General comienza a moverse como si algo le hubiera picado, con chillidos, con ay, con juijío y chasquidos de la esterilla. Las patas de la mecedora casi se doblan cuando él tira hacia atrás su cabeza y hace que se queda dormido. La mujer deja las velas a los lados de la mecedora y se pone en el rincón. Allí se agacha y hace como gallina, cluac, cluac, picoteando el piso de ladrillos. La sábana la cubre como un gran montón de ropa sucia.

El General parece dormir el sueño de los justos, el General es transportado por los aires con su olor a incienso y su saco perfumado y se mece en carrera por las nubes, con dos luceros de esperma a cada lado, por lo más alto del cielo y desde allí ha de venir con todas las bendiciones para los vivos y los muertos, para que la tierra siga dando mazorcas, llueva por varias noches seguidas y las quincenas sean pagadas muy rápido, sin llenar planillas, ni a los sacos de café les puedan meter esa lengüeta de cobre para ver si los granos buenos están mezclados con pasilla. El General mezclado con los santos en medio de nubes rojas, donde está la sal-

vación de todos, porque tampoco hay pecados ya que él trae la orden divina, él viene desnudo de las ropas de los hombres y no puede cometer pecado aunque su cosa se vuelva tan grande como la del burro. Viene como rejo divino y ella sabe que ha comenzado a crecer. La ve. Ve el gran bulto cerca de la juntura de las piernas a medida que la esperma se gasta y él ya no anda por las nubes sino que está aquí en su mecedora que se mueve poco a poco, que casi no se mueve, y él parece que despierta cuando ella ya ha dejado de hacer como gallina para ponerse de pie y quedarse desnuda, con la sábana caída a los pies, mientras su cuerpo crece también hasta el techo con el último resplandor de las velas que el General acaba de apagar.

Van luego hacia la cama de madera, con patas de león. Una pata comida por las polillas. Pero la cabecera tiene varias rueditas y un paisaje pintado con gaviotas y ramas de mar. Ella se tiende y el General mueve sus brazos, sus bisagras, para desabrocharse el saco, la camisa, el pantalón, quitarse la correa llena de balas, el Smith-Wesson de cañón largo y un puñal escondido entre sus calzoncillos de franela con su lazo que él no puede desatar y suelta una maldición porque un hombre que viene de las nubes, enviado por los santos, no puede tener problemas con sus calzoncillos de franela, y además ya está allí su cosa levantada como la del animal y él revienta la cinta y se tira encima de la mujer.

Sus botas gruesas resuenan en la estera porque él siempre olvida quitarse las botas. Se vuelve atarantado, corcovea, dando coces, con sus botas pesadas, llenas de sudor, calientes por el almagre y los pasos que ha dado, aunque más tarde se olvida y vuelve a parecer un burro hipando en el centro de la cama, con largos quejidos que casi quieren volar el techo, que se vuelan por las agujadas de la pared. Los quejidos van de viga en viga, saltan hasta el solar, se pierden lejos por entre cercas y matorrales, se meten en otras casas porque el General quiere que las otras mujeres que han sentido su olor a burro sientan ahora sus quejidos y sus patadas. Sus botas hediondas contra las sábanas manchadas de hollín y telaraña mientras dice: *Mija... Mija..., no se me suba mucho... no se me suba..., a mí me gustan las cosas despacio..., vaya despacio..., mija..., no se alebreste...* Pero la mujer está abajo, seca, sin mover la boca ni hacer movimiento, está más muerta que viva, se está muriendo de miedo porque no sabe si lo que siente es la parte del General o la parte del burro, el burro que ella vio en el potrero con su cosa negra tendida al sol con algunos zamuros girando alrededor. Ella piensa en esa cosa negra picoteada por zamuros, llevada en banda, ya podrida, por los aires, de pico en pico sobre los caballetes, la cosa podrida del General que ahora la sentía con gran dolor y las botas negras dando aletazos abajo, cerca de sus pies, las botas que quieren picotearle los pies para después llevarlos por el aire, de techo en techo, y dejarlos caer donde quién sabe quién que después dirá:

—A Domitila se la comió el General a picotazos... Domitila está vuelta una mortecina.

Ella se siente con el cuerpo comido por dentro. Se le sube la comezón hasta la coronilla, pero no puede gritar ni decir ñau. Cierra los ojos para que los zamuros no se los saquen y quiere tener tapada la nariz para no oler al General que está sudando como si tuviera la enjalma puesta. Ella también cubierta por la enjalma, tapada, cinchada, con la cintura cosida por cabuyas hasta decir ya no más, pero el relincho del General sigue alzándose y es de nunca acabar. De pronto él la muerde en el hombro derecho, le clava su quijada, sus grandes dientes amarillos y ella siente que ahora la fiebre le baja de la coronilla hasta los pies, se le

enrolla, le da vueltas, la hace brincar, se desvanece, pero vuelve a sentir que le están poniendo la enjalma mientras los zamuros la esperan para llevarla por el cielo. Un gran pozo de sudor se le forma en el pecho al momento en que le parece escuchar al General diciéndole *mija..., mija..., ahora sí..., no se me suelte, mija...* Y cierra sus brazos sobre la espalda del General, que corcovea furioso, relincha más bien, grita, casi se cae al sentir ella que algo la está mojando, y las botas del General dan dos golpes secos contra la madera de atrás, se quedan quietas, y él no vuelve a gritar.

Su sombra grande, que se hace más grande los viernes frente al portón, con el sereno metiéndosele por detrás de las orejas y su gran blusa abombada por el viento, hinchada por la neblina que a estas horas baja más pastosa que a otras horas. Parece un tronco en plena soledad de la calle. Ni siquiera los perros quieren ladrarle a ese bulto inmóvil, entrevisto apenas en la media luz de la esquina, con olor a humedad, bajo el estallido de los gallos lejanos, sólo el hacha silbando sobre los palos del monte y los perros que encogen sus patas cojas o ruedan latas en el solar de la iglesia. Aunque sienta ruido, la gente tiene miedo de asomarse para evitar ese bulto blanco que de tiempo en tiempo vuelve a lanzar un brazo contra los nudos del portón. Puede venírseles encima, según dijeron una vez. Su brazo o su revólver se vinieron y le rajaron el postigo a Pedro Linares cuando había medio entreabierto la hoja para mirar otra vez. No se supo cuándo le quedó la frente toda quemada, con hueco de calibre grande, ni hubo quien dijera de dónde había salido el disparo

y sus hijos se contentaron con llevarlo al otro día para que el cura le rociara agua bendita. Le dijeron mentiras. Le dijeron que lo habían traído de La Loma donde estaba ya muerto, sobre un palo, con tiempo solamente para que lo rociaran antes de meterlo en el hueco. Sus hijos solamente, porque en el pueblo nadie quiso acompañar al difunto y todos sabían que no había muerto en ninguna loma, sabían que su frente había sido taladrada en la noche, justo cuando abría el ala del postigo pues en los pedazos de madera estaba todavía la huella de la quemazón. Le hicieron el mismo caso que a los perros de Damián Balza, todos agujereados por balas iguales, en la quebrada de atrás, uno de los viernes en que el General no le dio la gana de meter su anillo contra el portón y se había ido para la otra casa, alumbrando con una linterna la cerca de cañabravas, haciendo señas, hasta que se metió por entre las matas de plátano.

Ella vino con su bata y sus clinejas deshechas, con la peineta que se había metido por no dejar, ya que no había tiempo de peinarse sin hacer bulla, pues las viejas deberían estar en su último sueño. Quedaba lo justo para atravesar el corredor de ladrillos hasta el patio del fondo donde esperaba el General. El General oliendo a pantano o chinche de monte cuando la agarró por un brazo y le dijo: *Mija... esta vez vino ligero... Así me gusta, que no le dé miedo... sus tías estarán a estas horas con los ojos llenos de esperma de puro rezar...* Así era, pues ellas estaban pensando en la flagelación y las espinas. Habían dicho sus cientocincuenta avemarías con gloria patris, esa noche que se contemplaban los misterios dolorosos. Así era. Todos los viernes, noche de los misterios dolorosos. A las gentes se les suponía metida en sus franelas y sus trapos de casa, rumiando en sueño sus dolores.

Durante las primeras horas, después que caía el

sol, habían estado celebrando con luces en el altar de santos viejos y papel descascarado. Había algún manto de la Virgen del Perpetuo Socorro comido por la candela. Los gatos tumbaban las velas y las flores de papel comenzaban a arder. Era el dolor de los santos, de las ánimas del purgatorio que también se estaban quemando de mentira en el cuadro, con su pelo largo que ella les veía nacer de la cintura para arriba. El pelo se les confundía con las llamas subiendo hasta alumbrarles, un lado de la cabeza. Las llamas pintadas y las otras llamas verdaderas que los gatos habían hecho salir con sus rabos. Las tías no se atrevían a tirarles agua porque los santos no podían ser ofendidos con aquella agua de la tina expuesta al sereno. Entonces se les ocurría apagar el fuego con las sábanas, dando golpes como si espantaran zancudos y los frascos de remedios saltaban de la mesa y se derramaba el aceite de coco y la tacamahaca y la nuez moscada se volvían una brasa en el platillo quebrado. Las llamas se apagaban después aunque media pared quedara con el manchón de las ánimas, con la marca de los misterios dolorosos contemplados la noche del viernes. Pero esa noche no hubo llamas y las tías dormían pensando que los santos y las ánimas del purgatorio también dormían sus sueños, en medio de la neblina y la humedad.

La humedad la venía arrastrando el General después de haber saltado la quebrada, al momento de agarrarla por las clinejas para llevarla hasta la paja de la caballeriza. Sólo había el ruido del caballo masticando en la canoa unas ramas de malojo. Se oía solamente el chasquido. Como el chasquido de las llamas aquel viernes. Pero fue igual a la esperma caliente, cuando ella estuvo tendida. Él se aflojó la gran hebilla de la correa, puesta fuera de las presillas del pantalón, para que la barriga no se le fuera a caer. El peso del re-

volver halaba hacia abajo y por ello era fácil quedarse con sus largos calzoncillos apenas, en medio del frío y el mordisqueo del animal, hasta que todo iba a parar sobre un montón de paja y porquería ya seca y parecía que el General se hubiera acurrucado entre los cajones pues allí estaba su ropa y su leontina y un gran anillo brillando. Ella esperaba tendida en la paja y él se le tiró encima con su olor a chinche de monte sin casi dejarla respirar. Comenzaba a apretarla y ella era muy débil y muy flaca debajo de la barriga del General, que decía: *Mija, le tienen seca... no la alimentan... sus tías no gastan un centavo en usted... pero yo la voy a llevar para otro lado ...un día de estos nos vamos... usted va a ver...* y soltó una carcajada que sacudió los horcones de la caballeriza y ella tuvo miedo porque podían despertarse las ánimas. Entonces no habría tiempo para ir lejos. Ellas se encargarían de pasarle las llamas, como le había dicho en una ocasión. Por culpa de sus pecados se le prenderían las clinejas. Pero ella pensaba que ni sus tías ni nadie en el pueblo sabía nada hasta que le creciera la barriga un día de estos y el General dijera que ese muchacho podría ser hijo del caballo pero que de él no, porque hacía muchos viernes, muchas noches de misterios dolorosos, que él no saltaba la cerca.

En los últimos tiempos sólo andaba por el lado de arriba o se había sentido mal. Por ello se quedaba mascando su chimó sin que se viera su bulto blanco por todo eso ni que su anillo brillante estremeciera ningún portón, ni los perros salieran a ladrarle como esa vez en que Duilia creyó que se quemaba con las ánimas del purgatorio y el caballo se soltó y vino a lamerle las nalgas. Fue cuando Duilia pensó que era el fin de sus pecados, pues el diablo tenía mil formas y una de las formas era esa, de caballo, para llevársela en cuerpo y alma más lejos del purgatorio, donde las llamas no po-

drían nunca acabarse. Hasta siempre, como ese quejido del General que se le prendió encima, las uñas del General clavadas en la espalda, el General que quiere llevársela lejos y ella que no quiere seguir porque el caballo está allí, el diablo está allí, con su lengua encima de las nalgas, hasta que el General alza su bota contra la trompa y el animal vuelve a su ruido de malojo.

El General pareció cansado y ella misma quiso quedarse dormida para que los santos o las ánimas benditas se llevaran su alma olorosa a pasto y barro de la caballeriza. Después se podría regresar por el corredor, con el puro cuerpo, sin hacer bulla, como las ánimas porque las tías estarían por despertar del último sueño. Ella comenzó a andar atontada, más seca que antes, con trozos de paja en las clinejas deshechas, el fustán desprendido, manchado de zumo verde, a punto de caérsele pero ella lo sostuvo con la mano derecha mientras se apoyaba con la otra en la barda de piedra y logró meterse en su cuarto y caer tendida en el momento justo en que tres disparos se oyeron por el lado de la quebrada, los tres tiros que atravesaron los perros de Damiancito Balza porque quisieron ladrarle al General Epifanio Barazarte.

¿Qué te hicites, León Perfecto? ¿Dónde estás vos? Acercáte, acercáte, vos siempre metido entre oscuranas, siempre anduvites en sombras, con tu sombrero negro y tus bigotes de bagre. Eras muy turbio, en eso tenían razón los enemigos, quién no lo va a saber, como no lo voy a saber yo, que te tuve tan cerca y apoyé. Ahora no me vengás conque yo soy el culpable, no me vengás a pedir cuentas ni me digás palabras tan duras. No te aprovechés de que estoy hecho una ruina, con la pierna muerta y hasta flaco, porque esta sobrina tuya, la Hortensia, me quiere hacer comer porquerías y ya me tienen el guargüero hediondo de tanto huevo tibio. No peliemos. ¿Qué venís a buscar con este hilacho de hombre, un tullido que se mea los calzones y se traga sus gargajos porque ya en esta casa ni le traen la escupidera a uno, la voz de uno no se oye ni vale de nada? ¿Para qué tanto rigor conmigo? Si ya no vale de nada y sin embargo ustedes parece que se pusieran de acuerdo para venirme a joder por el simple delito de quedar vivo. A veces vienen en grupo y a veces vienen de uno por uno, y se van, como te has ido vos ahora, en el mejor momento en que se pueden aclarar las cosas. No, no, acercáte, eso tampoco, en lo de Ernestina hice lo que pude. Claro que me faltaron las balas y los cojones que tenían vos y Víctor Rafael, pero yo estaba aburrido de tanta muerte que se nos ha echado encima y además, te digo de verdad, yo no estaba dispuesto a podrirme con mi pierna en el Castillo de Puerto Cabello, porque eso no lo conocés vos, para tu tiempo los hombres arreglaban las cosas en plena calle y quedaba el más macho o al que ayudaba la suerte, pero después las cosas cambiaron, León Perfecto, a uno lo llevaban amarrado hasta un calabozo hediondo y lo ponían a cagar en una tina donde cagaban todos y le daban de comer basura y le remachaban grillos de 60 libras en los pies y de allí solamente

salía uno en un cuero cuando lo tiraban al mar. Por eso yo llevé a Ernestina, para no tener que regresarlo a tiros y ver si las cosas se arreglaban por las buenas pero el hombre parece que no iba ese día en el vagón. ¿Para qué me salís con eso si ya fue suficiente tener que venirme de Motatán con la cara roja de vergüenza y lleno de barro y de tristeza?

Pero vos sabés, acercáte León Perfecto, acercáte, vos sabés que yo no soy hombre de miedo ni lo conocí nunca, porque muy buenos cartuchos quemé al lado tuyo en las montañas de Cabrita. Claro que vos habías hecho más campaña en el Estado y venías de muchos encuentros, pero que iba a hacer yo León Perfecto, si donde únicamente pude reunirme fue en el camino hacia Valera. Pero hubo dos horas de fuego y hubiera durado más, porque los oligarcas eran muchos, aunque no habían podido robarse el parque en la Estación de Motatán y ya estaban que rechinaban de rabia porque revisaron todos los vagones y no encontraron ni una pistola. Les dimos duro, León Perfecto, pero nos estaban tapando la retaguardia las fuerzas del General Blas. Había que retirarse, vos mismo lo aconsejates y lo aconsejaron los coroneles Vázquez y José María Rivas. Y de todos modos era mejor reorganizarse y marchar a Boconó y no me vas a decir que no estuve duro contra los godos de Leopoldo y de Bazó, vites como me movía con mi columna, que buenas operaciones ejecuté sobre Árbol Redondo, con cuánta bravura se esparramaron mis hombres, a machete limpio, por el Páramo de la Cristalina y la Loma del Toro. Y ganamos otra vez. Y anduvimos luego hacia la frontera de Mérida, con mucho frío y muchos enfermos y algunos atacados de calenturas. Yo no recuerdo bien si fue el General Morales el que encontramos y nos dio refuerzo de parque y tropas y volvimos entonces a meternos en los páramos nuestros hasta

desbarrancar al enemigo. Eran más de dos mil hombres atrincherados por la Mesa de Esnujaque, Tuñame y Durí. La situación bastante jodida y no sabíamos si presentar pelea o seguir de largo, pero llegó entonces el papel con las instrucciones del superior. Yo te confieso que no quería el combate, que me anudaba así como una corazonada, pero vos eras muy cabal y estabas resuelto y además había que cumplir órdenes del Jefe de las Fuerzas Nacionales. Estaba tan desanimado y ya tan dispuesto a convencerte, que sufrí un vuelco cuando el papel se me metió por los ojos y ya nunca me olvidé. A las ocho de la mañana, más o menos, debe ocupar con trecientos hombres (300) la altura que domina el pueblo de «La Mesa», dejando el resto de las fuerzas con el parque y la impedimenta en vía del camino de «Durí». Ocupado el pueblo de La Mesa por las fuerzas de este campamento de Timotes, el mencionado batallón que ocupa la altura, regresará inmediatamente, al no haber habido novedad, a incorporarse a sus fuerzas y el General León Perfecto seguirá marcha con sus mencionadas Fuerzas a ocupar el Alto de Durí o donde lo crea más conveniente. Al día siguiente, lo más temprano posible, seguirá con su fuerza a ocupar las cabeceras de Tuñame, teniendo en cuenta que yo voy detrás con el resto de las fuerzas, a menos que lo impida grave inconveniente. Cuatro de junio de 1898.

El grave inconveniente lo sufrí yo, León Perfecto. Y no es que yo esté cobrando gravámenes de guerra, sino que te lo recuerdo porque allí puede estar todo el secreto que me inutilizó. Acordáte vos. Cumplimos como leones y desbaratamos al enemigo en todas sus madrigueras y en una de esas me vino el plomazo en la pierna. No fue nada, dijites vos y sé que lo seguís diciendo ahora, pero algo debió pasar en el hueso porque el reumatismo encontró después muy fácil el te-

rreno. Con la pierna vendada, rengueando, con los últimos disparos que se oían por esos cerros, hicimos el camino de Jajó y luego otra vez el de Valera y yo cojeaba y me moría de dolor, pero reía, porque ya aquello no era una marcha militar, sino un paseo cívico, en medio de los himnos y las aclamaciones.

Oíme, León Perfecto, acercáte, yo ahora pienso que esos fueron los años de la calamidad. Los zamuros estuvieron engordando con tanto trujillano vuelto mortecina por páramos y sabanas. Yo no quiero justificar a Eladio, pero de pronto, a distancia, uno no sabe quien era el más loco, si él o nosotros. Claro, León Perfecto, que yo no quiero desmerecerme ni desmerecerte a vos. Además sé que se portó como un muérgano. Pero quién puede decir si él no estaba también en su ley cuando se dispuso a bailar el muñeco, enamorar mujeres y tocar guitarra por esos mundos. No, no me mirés así, León Perfecto, no me digás traidor. Es que de pronto uno se pone a pensar. Decíme: ¿Para onde tiraba el partido liberal, para qué lado y por qué a veces estábamos alzados y otras teníamos que ser continuistas? No, no me digás que me estoy poniendo chocho y que son manotazos de vencido. No. Yo sé que ya me falla el cerebro y muchas cosas se me ponen turbias. Pero sí veo ahora claro a qué llamaba Eladio ensangrentarse por el orgullo. Bueno, y quién no lo iba a tener, si los godos eran unos echones y unos habladores de pendejadas. No, no. Eladio no tenía razón. Había que ver la bravura y la sabiduría del General Pedro Linares y el General Rafael Montilla, Víctor y José Rafael González, los Paredes Pimentel y los Vásquez, Pedro José Maya y los Saavedra. Los godos decidieron no apoyar a Andueza. Y nosotros entonces decidimos apoyarlo desde la Sección Trujillo. Ellos empezaron a roncar en los páramos y ya hasta se adelantaban por muchos pueblos con la coplita de mierda:

El que fuere lagartijo
busque su cueva temprano
porque ahí viene Juan Araujo
con el machete en la mano.

Y, claro, vos y yo, y todos los demás, teníamos orgullo. Ahí sí es verdad que no se equivocaba Eladio. A la coplita le respondimos con plomo. Ellos cantaban mientras nosotros nos le metíamos en la propia cuesta de la Mocotí. ¡Cómo corría aquella indiada! Jamás habían escuchado un cañón. Aunque sus jefes, muy valientes, eso sí hay que reconocerlo, les ordenaban fuego a pie firme, ellos se desbandaron como alma que lleva el diablo. Dejaron todo. Máuseres y pertrechos, cacerolas y caballos. Se hicieron humo porque creían que el cielo se les había venido encima. Pensaban que todo un batallón de diablos se había escurrido en el páramo. Corrían y no paraba la tronazón. No había frente de batalla, ni los nuestros se ocupaban de perseguirlos. Se reían, nomás, viendo al General Francisco Paredes prender otra vez la mecha del cañón para dispararlo al aire. ¡Y fueron ellos los que buscaron su cueva temprano!

Porai han venido unos duendes a molestarme y a cobrarse una deuda que yo no he contraído, si no vos,

León Perfecto. Cuando me traen la taza de guarapo y me la voy a beber cae tierra de arriba. Cuando estoy por quedarme dormido me tiran terrones. Y a veces empiezan con una musiquita como de serrucho o de alambre frotado y creo que alguno debe cargar un tambor. Por las agujadas les vi las barbas. Uno se paró en la viga, así de chiquito, pero con un sombrero de alas muy grandes. Antes yo creía que venían por Ernestina y Hortensia, pero después me di cuenta que a los mamoyes les gustan son las muchachas, y con ellas quién va a cargar. Son de brazos muy largos, aunque tengan las piernas chiquiticas. Por ahí salen, mirá, por esa viga de pardillo y se ponen a reírse de mí. Me hacen morisquetas y hasta deben tirarme porquería pues de pronto hay mal olor. Mirá, León Perfecto, yo te digo una cosa, eso no es por mí. Y sé que no es por mí porque el otro día estuvo el mismo diablo y comenzó a jeder a azufre y las llamas salían de las tapias. Conmigo el diablo no tiene cuentas tampoco, porque yo no estuve allá aquella vez. No sé si estuvo bien hecho, León Perfecto, pero mirá que se nos han echado mojanazos y maldiciones y sermones por enemigos de Dios. Vos dirás que la guerra es la guerra y que el problema no era con Dios sino con los que buscaron su casa como garita para hacer aguaitaje y disparar. Y tenés razón.

Yo sé que a ustedes la rabia les venía de muy lejos y que se habían mamado toda la Cordillera para detener al General Castro. Cuando estuvieron listecitos, y los tales sesenta, que yo sé que eran más, se hubieran vuelto zanguaza, cuando les comenzaron a plomear y ya les habían ganado terreno, cuando se le habían metido al enemigo en las propias barbas y se necesitó parque, los máuseres se quedaron catarrosos porque los pertrechos estaban malos y la pólvora mojada. Ahí comprendites que los habían mandado para que reventaran y no para detener la invasión. Les jugaron feo, muy feo, y eso no se hacía con hombres como ustedes. Como pudieron abandonaron Tovar para que no los terminaran de volver pedazos y se vinieron para Trujillo a rehacer fuerzas. ¡Quién los mandó a confiarse en godos! Ya el problema no era Castro, que podía pasar de largo cuantas veces quisiera. El problema quedaba acá, en nuestra tierra, donde a los hombres no se les podía engañar como a gallinas y donde se había sido gallardo desde hacía mucho tiempo y toda esa gallardía nos bastaba dentro de nuestras fronteras, así reventara el resto del país. Y aquella mala pasada, tenés razón, León Perfecto, no era digna de trujillanos. Y era bueno entonces cobrársela, cobrársela hasta lo último, probar que los hombres correctos pelean hasta el final y no exponen a nadie al ridículo. Y así se vinieron, ojerosos, mal heridos, agotados, pero con una enorme gana de hacer pagar muy caro aquella hijueputez. Y así llegaron a Trujillo el 20 de setiembre y durante todo el día estuvieron disparándole a esos carajos parapeteados en la ciudad, con pertrechos de los buenos que ya se habían podido conseguir.

Yo no quiero recordarte lo que pasó aquella vez. Vos lo sabés mejor que yo, León Perfecto, porque nadie estaba más feroz en el combate, según dijeron, y siempre te vieron en primera fila, a pecho desnudo, por la calle, a pesar de que disparaban desde todas las ventanas. Y allí ibas, soltando babaza y dando gritos, hasta que ellos se quebraron y fue cuando buscaron la torre. Desde allá los tenían a mejor vista y ustedes perdieron mucha gente tratando de llegar a la plaza. Pero ustedes cargaron. Ellos arriba y ustedes perdiendo mucha munición, porque era difícil hacer blanco. Entonces se te ocurrió la idea, esa terrible idea por la que ahora me acosan los duendes y el mismo diablo, sin que yo tenga que ver. La maldita idea que ha perse-

guido a los que quedamos, como un gavilán picudo. Trajeron trapos y combustibles y mechas y pólvora y el fuego se esparramó veloz sobre la torre y arriba dejaron de disparar buscando salir por el techo de la iglesia. El humo ya los estaba ahogando y el General Manuel decidió tirarse a la calle por la cabuya de la campana. Iba en pleno revuelo cuando una bala le cortó la cuerda y el General cayó al suelo, justo con el último doble que él mismo se había tocado. Ya estaba empezando a oler mal la carne chamuscada, la hoguera había crecido y los que disparaban desde el Cuartel no veían de la humareda. Allí fue cuando ellos comprendieron que no podían seguir más. Y entre el humo y las candelas se vio una sábana blanca que ofrecía la rendición.

Por las vigas cargan ahora los duendes aquellas llamas, León Perfecto. En otro tiempo las cargaban los curas, agitándolas en cuanto púlpito había, diciendo que la condenación eterna agarraría hasta el último de los Barazarte. Y el padre Benigno, a quien se le quemó un hermano, se tomó atribuciones que no tenía y en la iglesia de su pueblo aterrorizó a los fieles con palabras de excomunión. Apenas el sacristán lo acompañó hasta el final, coreándole las maldiciones. Dicen que aún en la calle se escuchaba su voz turbia.

—Huérfanos se vean y sus mujeres viudas.

—Amén.

—El sol se les oscurezca de día y la luna de noche.

—Amén.

—Mendigando anden de puerta en puerta y no hallen quien bien les haga.

—Amén.

—Mueran las ánimas de dichos excomulgados y desciendan al infierno.

—Amén.

Yo no sé por qué la cogieron con nosotros, si en aquella acción había más de seis generales. Pero fue que te vieron delante, León Perfecto, te vieron muy cerca volteando latas y preparando los trapos. Además, era fácil adivinar que podías ser vos el de la idea. Decíme si estás en el infierno, porque si estás, no sé para qué vienen estos duendes a envainarlo a uno, pues es ya suficiente que te quemés vos. Séme franco, León Perfecto, respondéme qué arte ni parte tengo yo en todo eso para que ahora no me dejen en paz. Hablá con ese carajitos, vos que estás en el otro mundo, y decíles que no me tiren tierra ni me sequen la lengua. Sí, sí, ayer nomás vinieron y hace un rato se estaban asomando por los rincones con sus instrumentos de cuerda. Se burlan de mí, León Perfecto, me molestan la paciencia y yo sé que es por lo de la torre. Decíles que fuites vos, León Perfecto. Andá, decíles, decíles ya, antes de que vuelvan a tirarme terrones y empiecen a tocar.

Desde lejos, cubierta por uno de los álamos importados, yo la veía avanzar, como ahora, por los lados de la Plaza Venezuela y la Zona Rental, radiosa, con varios brillos de la calle que se le pegaban al vestido, es claro, parece que estás allí, parabrisa contra cabellos,

espejos retrovisores contra los ojos, guardafangos lacrados, tus piernas en alto sorteando parachoques, luego sola, despejada, se te podían descubrir los brazos desnudos, la piel toda llena de sol, la blusa con un botón desprendido, el color marrón verde sobre la calle, diluida en un estremecimiento de arranques y cornetas, Delia por fin cruzaba, cruza, después de hacer piruetas, con sus cuadernos de apuntes y su bolso, retrocediendo para ganar luego el asfalto brillante y después la acera de la Estación de Servicio. Yo estaba frente al King. Habías venido caminando desde la Plaza del Rectorado, se veía, cuando nos dimos las manos respirabas precipitadamente, entonces era preciso descansar, meterse por entre aquella hilera de mesitas rojas de la pastelería, por el olor a dulce de pasta y esencias, un olor extranjero, licores y confituras y la vieja de la caja que nos miró con cierto desagrado. Elegimos una mesa del fondo. Esperé: cayó Eduardo, allanaron el apartamento de Felipe, uno de los del asalto al Automercado cantó, andan buscando a Ramón, hay que mudarse... No. No había nada. Los dos sabíamos de los últimos acontecimientos, sin novedad, y estamos allí, uno frente al otro, sin nada concreto, por estar, nada más, esa tarde en que había pocos clientes, y una vieja, suiza seguramente, se atragantaba con una torta de manzana, dos hombres con cara de negociantes en la construcción sacaban cuentas y hablaban en voz baja y era imposible alcanzar la conversación de las dos mujeres, infatigables y con pinta de lesbianas, sentadas al lado del espejo. La pastelería estaba quieta, recorrida por una suerte de cansancio y luz brillante, el sopor aposentado en los tapetes y hablaste de tus clases en la Escuela de Sociología, del tráfico imposible, del calor. Había que presentar los parciales, la próxima semana, no sabías nada, te faltaban apuntes, te llevaste el collar a los labios, lo mor-

diste, y de paso, así, los ojos, buscadores depositados sobre mi chaqueta, caídos sobre los míos, licuados, disueltos que sé yo, tan sin decirnos, tan nerviosos los dedos golpeando cerca del cenicero y tus manos inquietas que iban de la silla al borde del tapete, al collar, al vaso de té frío que habías pedido y tomabas con sorbos desganados y lentos. Todas las palabras acorraladas porque nos habíamos encontrado por encontrarnos, sin más, y el estar entre vahos de fresa y mantecado, aroma de vainilla y crema derramada por la muchacha del delantal blanco, me vengaba de lamentables citas políticas, rutina miserable en bares de portugueses, en la placita Henry Clay, en la redoma de Petare o en las paradas de Chacaito rodeado de frituras, vendedores de lotería, limpiabotas y autobuseros agresivos. ¿Por qué lado, por dónde andaba, hacia qué sitios se movía Delia? Buenos lugares, recuerdo: la entrada de los Supermercados, el café de las Mercedes, frente al teatro La Castellana, en la placita Pérez Bonalde, la explanada de los Museos, buenos lugares, fáciles, insospechables, para el contacto rápido, el paquete de volantes, las hojas clandestinas, el plano y el dibujo de una fábrica de mecates, los horarios de salida y entrada en la Sears, con el ritmo preciso y los pasos contados de los vigilantes en la hora en que descuidaban el flanco derecho para que entonces se entrara y se pudieron colocar, justas, las bombas incendiarias, era así, con tu mano Delia, tu vocación entera, pensaba, tu fortuna, tu gracia única, tú vida martillada lamida, redondeada por la militancia, y ese solo juego, pensaba, estaba en ronda, te disponía, te alejaba, empaquetada también con lazos y exhibida en la vitrina, para lujo de la tienda o lujo de la organización, qué más da, resultaba lo mismo, había pensado, no tiene calor ni dudas ni veneno ni ganas de llorar por sentirse sola alguna vez, te habían angostado por dentro, te habían

llenado de piedras a pesar del trazo relampagueante en tus ojos y la voz que delataba distancia, tristeza por lugares nunca vistos queja por el empapelado de los cuartos, tocador de madera barata, cojines con gatos, ruido asqueante de música barata y la comedia radial inmancable con las tías acomodadas en el diván a cierta hora del atardecer. Todo eso debía molestarte a solas y a solas deberías resolverlo, sin comité, sin tareas de propaganda, sin reuniones y reuniones, sin que te dijeran que la lucha por ahora era lo más importante, y qué diablos, había todo un asco a vencer, perentoriamente, porque el tiempo pasaba y debería haber en toda la fiebre colectiva un instrumento para romperse hacia adentro y ver por qué algunas lágrimas se derraman por cosas íntimamente descompuestas. Así era, sin que en ese tiempo pudiera advertir nada. Delia segura, al margen de cualquier complicación, y yo accidente, orden, contacto, tareas a realizar, disciplina, cuando más yo era un aire simpático una tolerancia remota, pieza, serie, engranaje, pedazo entre todos los compañeros de acción y por eso resultaba absurdo que estuviéramos allí, de pronto, silenciosos, alegres, mudos, habladores y otra vez callados, sin avisos concretos, sin contacto previsto, porque te había dado la gana y porque era bueno que nos viéramos y estuviéramos así, con mi taza de café vacía y el té a medio tomar, sin planear ni definir nada, esa tarde que ya comenzaba a hundirse en el cielo de afuera. Salimos. Pegaba el viento y se habían encendido algunos anuncios, todavía andaban nubes violetas, incendiado a lo lejos, blanco-triste a causa de la calina por los cerros del oeste, crujido de las puertas de hierro que comenzaban a bajar en algunos almacenes y las cortinas de la exposición donde bailaban unas mariposas pintadas y unos rombos azules, miraste un poco, con un dedo en los labios, lo mordiste, y estuvimos de acuerdo en

que las porcelanas eran menos atrayentes, un mundo seco o tostado, de crespones y viejas catarrosas, con sirvientes numerosos y platos y dinteles horribles en casas de La California y Altamira. Pasamos la librería, la farmacia y aquella agresiva venta de lámparas, una proliferación punzante de aros y pantallas, alambres retorcidos, tubos de plástico, mimbre, botellas y papel parafinado, caían del techo, sostenidas por cadenas, cabezas de ahorcado, se mezclaban, tropezaban, unas sobre otras, telaraña de bombillos y lonas coloreadas con ramilletes y plumas de faisán. Diez mil voltios de horror, la silla eléctrica, dije y dijiste. Las cosas comenzaban a acercarnos: nos hicimos solidarios cuando se nos vino encima, con sus luces, el aviso de la cervecería, con osos que bailaban y más allá una marca de aceite y aquellos foquitos mínimos que hacían correr la luz y toda la Calle Real danzando en torno nuestro, con los italianos, los cubanos batisteros y los chulos, ocupando desde temprano las sillas de las terrazas, transeúntes retrasados y ocultos por los paquetes, los autos buscando, desesperadamente, donde estacionar, los pitazos del agente, ese olor a sandwich, manzanas, chocolates, acetileno y yardley por los pasillos y nosotros esquivando los choques, riéndonos y mirándonos, tratando de juntarnos otra vez y yo sentía tu hombro y tu pelo contagioso cuando llegamos a la esquina de la bombonería. Por entre los paseantes agitados, las colas de auto, los reflejos, los ruidos de las puertas automáticas y el acoso de los vendedores ambulantes, nos abrimos paso. Nos perdimos, mejor. Como entrar en la selva metálica: olvidarse, saber que aquel despliegue nos ponía solitarios, con nuestros horrores y nuestras ganas reprimidas, pensar que allí éramos uno, tú o yo, sin esquemas, sin justificaciones ni citas brillantes, sin la precaria importancia que ofrecía el tener por delante algo que hacer, allí íbamos, nos des-

lizábamos, nos resbalábamos, simples, individuales, sabiendo que cada quien tenía un hueco por llenar y para lo cual no bastaba el *dopping* de las reuniones clandestinas, la emoción de la tarea peligrosa, la esperanza de que una gran llamarada cubriría todo para ver qué pasaba después. Nada ordenado ni previsto. Teníamos rajaduras por cerrar: un mundo íntimo, sin posibles transferencias, sin arreglos exteriores, sin mecanismos que funcionaran con la sola presión de una orden. Estábamos vivos, Delia, y por ello éramos turbios, indecisos, milagrosos, cobardes o decididos. Se nos pinchaba el alma. Aunque no dijera nada, sí, recuerdo, aunque Delia se desdoblara en Delia y volvía a ser Delia por tercera vez, por quinta Delia, yo iba midiendo sus reacciones mientras la Calle Real se ponía fea, venían las tristes exhibiciones en serie, los fondos y sostenes a precios de ocasión, los trajes con dos pantalones como oferta, los cartones de precios de ocasión, los trajes con dos pantalones como oferta, los cartones de precios aglomerados junto a los objetos y las cajas, unos sucios cafés de españoles y las ventas de lotería desparramando su gran premio para el sábado, Caracas para hoy, suma trece, los gritos, el humo asqueroso de la moto y sólo había las pompas de jabón, en la esquina del Banco Mercantil, sopladas por el hombre con el aro de alambre, para reconciliarnos con el viento y la luz. A esas horas por su acera no iba ya nadie y él era como un mago tirando sus bombas de colores desleídos, salpicando suavemente las paredes rugosas y Delia habló de pájaros, frutas y planetas. Nos rozábamos, la llevaba del brazo para ayudarle a cruzar, cedía, se entremezclaba, había algún hilo para atarnos y yo juntaba los detalles, sin precipitarme, con la retaguardia cubierta, varios puntos de aviso, contactos previos, estudio de la zona, momentos oportunos, sin descartar la sorpresa y aguardar la señal. ¿Ves, Delia, có-

mo servían para acercarnos la táctica y la estrategia de las acciones aprendidas en el comité? Tomar algo en la Cervecería Alemana, otro día, después de repicar el teléfono, disolverse en una penumbra de cueros y maderas, con olor a salchichas y mostaza, estar por estar con sus piernas cruzadas, adivinar la línea sedosa de sus muslos, roce de manos accidental y decir las cosas más simples, que era increíble, por ejemplo, que había algo en la voz, en el tono, porque movía los ojos de este modo, porque estaba allí, en el asiento de alto espaldar, gatuna, con sabor a frutas, el color de la falda, final de liguero, panteletas rosa, adivinarte, desabrocharte, no aguantar más, sin frenos, porque era solamente una mezcla de rayas y tela porosa, si pudiera tocarse, no sabía, esperaba, las manos de uno vueltas melaza, retenidas, sin atreverse y otra vez las palabras, las historias inútiles, para dar tregua, color y sabor disueltos por el cigarrillo que acababas de encender y todo se iba a la mierda otra vez con los cálculos, las reservas prudentes, la izquierda y la política insurreccional, la dialéctica vencedora del semen retenido, de la hincada en los testículos, desenfundarse, olvidar, respirar hondo como los actores y los atletas para ganar serenidad y ya estaba otra vez la nostalgia, el aire lejano, un poco de frío por las tardes cuando patinaba en la placita de Propatria y las tías y la iglesia y las campanas que sonaban de un modo especial, canciones y paseos con las muchachas de la cuadra, los abastos La Golondrina donde compraban pastillas, excusa para mirar los muchachos parados en el cruce con la sexta, los árboles de memoria, los corazones a navaja atravesados por flechas y más tarde ir al centro, tomar el autobús rojo, dando tumbos, en los asientos gastados, mirando todo, hacia la Silsa y la Avenida El Atlántico, el cóndor misterioso del anuncio de sal, la placita Pérez Bonalde con sus ramas llenas de or-.

quídeas, camiones y bicicletas, changadores, carroce-
rías, fábricas, postigos miserables y alcantarillas rotas
y después las compras en El Silencio, helados y cara-
melos de licor, olor a cotufas y aceite derretido, copos
de algodón de azúcar en una esquina y los billeteros
dando alaridos para hoy, y en la tarde, con luces y so-
nidos, de nuevo la Avenida Sucre con el bailoteo de los
semáforos, llegar, atravesar el jardincito, encender el
farol, la comedia radial rebotando, las preguntas, los
paquetes tirados, la noche, la verja, los muchachos que
pasaban dándole vueltas a sus llaveros, muñecos, his-
torietas, fotos de artistas y banderines. En el tercer
año de Liceo la placita dejó de tener gracia, algunas
noches la neblina era espesa, te atragantabas de tele-
visión, la otra ciudad se movía en el Este y ya te ha-
bían dado folletos y bonos cuando decidiste hacer los
dos últimos años en el Andrés Bello y la nube explotó,
había que mojar los pañuelos, tenderse en el suelo para
evitar los disparos, esconderse en las tiendas, atrave-
sar pasillos, esperar largamente a que el viento del
Parque Carabobo se llevara el humo de las bombas la-
crimógenas. Después se puede hacer memoria con los
dedos: hay la mudanza a la casa de tu prima, por San
Bernardino, hay los nuevos rostros, hay la fiesta de
cumpleaños en La Florida, donde apareció él, su ca-
rro largo, las salidas, el vermouth preparado cuando
terminaban las clases de la tarde, hay el marido de
tu prima con su retahíla: *el mejor país del mundo, to-
do está en regla, perfecto, si los americanos no sacan el
petróleo quién lo va a sacar, ustedes quieren salir de
los yankis para entregarnos a los rusos, por qué si es
tan bueno el socialismo no se van a pasar hambre a
Cuba. Ah, ah, no quieren, no se atreven, pero sí quie-
ren que el gobierno se deje tumbar, por otra parte,
dónde está la carestía en este país, vamos a ver, ah,
dónde está, no se fijan en los supermercados repletos,*

*en los automóviles que andan por las calles, en las ur-
banizaciones bien construidas, todos los días hacen un
edificio nuevo, ah, lo hacen o no lo hacen, ah, aquí no
hay necesidades, vale, el que quiere encontrar la mo-
neda la encuentra, lo que pasa es que hay mucho sin-
vergüenza, no ven la gente de los cerros, no la ven,
bueno, no tienen que comer pero tienen televisor y sin
embargo protestan, lo que puede pasar es que venga
otra dictadura militar y entonces sí vamos a ver quién
chista, sí señor...* Tenía el carnet. Sapo. Hijueputa. Ju-
gador de dominó, decías, Delia, te andaba rondando y
se quejaba de que llegaras tarde al apartamento. Y
el otro hablaba de playas y países, te invitaba, ver-
mouth, gin-tonic, escapadas de clase, paseos por las
colinas de Macaracuay la ciudad distante: anuncios
intermitentes, hileras de bombillos que se perdían en
el Ávila, el cielo cubierto por una niebla fosforescente.
Recostada del guardafango Delia veía las autopistas, las
cáscaras de metal. Un abrazo fuerte, los labios mor-
dedores, los senos descubiertos, el roce de tejidos, die-
ron vueltas, sin saberlo cayeron sobre el asiento de
atrás, sus manos comenzaron a ascender, el elástico
roto, te quejaste, era incómodo, chirriaba. Al fin, diste
un grito, te abandonaste, el uniforme blanquirrojo arru-
gado, algo húmedo cuando te quisiste levantar, y los
ojos ocultos, durante un largo tiempo de sombras y de
luces. Comienzo y fin, infierno y paraíso, gotas de san-
gre derramada y esperma de la consolación última,
primer acto de amor chirreante, húmedo y esponjoso,
amor pakard, amor cuero y plástico, más nada, porque
él estuvo perdido por muchos días y cuando regresó se
había fundido el entusiasmo. Delia ojerosa, que no ha-
blaba en los recesos, consumía solitaria, muy lentamen-
te, con la vista tendida hacia la cancha de bolibol, sus
refrescos del ventorrillo y después caminó hacia el
Parque Carabobo, pisaba lentamente las hojas caídas,

quietos en los bancos los viejos achacosos y los muchachos correteando en la grama, Delia con la vista hacia el suelo: en el cemento estaban las marcas de tiza, teoremas, flechas y rombos, restos de álgebra. Los de Física y Matemáticas estudiaban allí hasta muy tarde y después dejaban sus desperdicios de ciencias exactas. Delia giró en la fuente y miró, una a una, inquiriendo detalles, las esculturas. Hueca, insuficiente, sin ganas, podría haberse confundido, disuelto, en el agua estancada, las marcas de tiza, los reflejos del sol muriente, Delia iba y venía de un lado a otro, cruzaba el parque en direcciones contrarias, recomenzaba, otra vez detenida en la fuente y luego rápida, decidida, hacia la esquina de La Misericordia, tropezando de vez en cuando con gallegos y canarios, partida por los gritos que iban de puerta a puerta, salpicada por el aserrín que descargaban, agriada, molesta por el tufo a caldo que salía de las pensiones de inmigrantes y sobresaltada, al rato, por los gritos enormes del muchacho que vendía el periódico *Marca* y el olor a frito de las tascas en la Plaza Candelaria. Gambas, aceite, churros, fútbol y toros. El vendedor de muñecos que sacaban la lengua y los esqueletos que danzaban, los carritos telecomandados, los grandes árboles, la explanada de cemento, la estatua grotesca y otra vez los cálculos de soledad descompuesta, otra vez él y su automóvil, ya no más él, los recuerdos sumidos en la clase de historia: no había rastros posibles, la ciudad, como tú, se había ocupado de ocultar cuidadosamente sus acciones y los isleños de ahora invadían la plaza, ociosos, despreocupados, con sus paquetes de maní, no eran como aquella vez, pensaste, cuando llegaron en número de ochocientos y pidieron que se fuera la Compañía. Juan Francisco era el jefe, indeciso, lo vendieron, lo traicionaron. Trataste de imaginar el sitio de la casa. Difícil. Elegiste una cualquiera y de nuevo

surgió el poste con la inscripción infamante: «Esta es la justicia del Rey nuestro Señor mandada hacer por el Exelentísimo señor Don Felipe Ricardos, Teniente General de esta Provincia de Caracas, con Juan Francisco de León, amo de esta casa, por pertinaz, rebelde y traidor a la Real Corona, y por ello reo. Que se derribe y siembre de sal para perpetua memoria de su infamia». No quedaba nada, ni siquiera la sal era perpetua. Los canarios pedían sus cañas de lomo y sus cervezas, se llenaban de grasa con los churros y los paseantes cruzaban la plaza, en familias completas, tomados del brazo, olorosos a tortillas y aceitunas de barril. Estabas del otro lado de la Avenida Urdaneta, la iglesia y los árboles quedaban a tu espalda, repasaste el caletre: «Don Rodulfo Vasallo, diputado, pidió en setiembre de 1811 facultad para demoler con toda solemnidad el poste de ignominia que desde mediados del siglo pasado hizo levantar el sistema de opresión y tiranía en un solar que está frente al Templo de Nuestra Señora de Candelaria, y en donde tenía su casa de habitación el magnánimo Juan Francisco de León, para manchar inicuamente la memoria de éste, como caudillo de los valerosos varones que en aquel entonces pretendieron sacudir el duro yugo mercantil con que la avaricia y el despotismo de los reyes de España estancaron el comercio de estas provincias por medio de la estafadora Compañía Guipuzcoana...» Te embriagabas de historia y regresabas a los días recientes, reconfortada, cuando se hizo el boicot a una exposición de fotos de la Creole: la Compañía mostraba estupendas reproducciones de taladros, cabrias, oleoductos y viviendas resplandecientes, estadísticas donde zigzagueaba la gran marcha del país y las formas de contribución a industrias subsidiarias que propiciaban el adelanto de la nación; la vida alegre y sana de los trabajadores petroleros, mierda, el alto grado de con-

fort para los empleados descollantes, mierda otra vez, comisarios y asistencia social, hospitales, vías de comunicación, transporte gratis y subsidio para las escuelas de la zona, mierda de nuevo, y así... Llegaron con pintura de spray. Una brigada de cinco, navajas para rajar los cartelones y tú misma pusiste el letrero rojo sobre el panel: Yankis, go home. Soberbia y recorrida por dentro, ibas. Amasabas odios individuales y odios políticos, dijiste. Jugabas a las compensaciones en medio del humo de escape y el olor a gasolina. Fue en el asiento trasero del carro y no quedaba nada en común: Delia sola, nada más, sorteando los automóviles, sacudida por los ramalazos de luz y los aullidos, una vaga memoria de la entrega, precaria y violenta, con olor a cuero y gasolina, pero ya recobrada, válida, sin trabas, sin cucarachas ni basuras porque te habían dicho una muchacha debe ser pura y limpia, la castidad es grata a Dios y a los hombres, dijeron, el que da la mano da el brazo, repitieron, es feo y asqueroso, vas a sufrir mucho, te abrirán un hueco enorme, se te llenará de pus, podrías quedar estéril, duele, duele, duele mucho, no lo hagas, se burlarán de ti, te echarán, te abandonarán, pedirás limosna, vagarás por los burdeles, no verás más nunca a tus amigas, te saldrá el diablo. Después las compañeras: besos sí, pero no dejes que toquen los senos, se hinchan, se ponen feos y sin embargo iban a las fiestecitas a refregarse, a esperar el calor que les hacía doler la cabeza y sentirse húmedas, sin que pasara nada, inútiles, no había riesgos de embarazo y hablaban de diafragmas, preservativos y coitos interrumpidos por hablar, porque no había nada y sólo continuaban yendo al cine de cinco para dejarse manosear en la oscuridad y después el regreso y un final de helados y refrescos, nada más. Delia soberbia, única, tensa, surcada de bocinazos, golpes de anuncios repetidos de uno a otro cristal. Los pregoneros de la

tarde tumbando los paquetes del diario sobre las carrocerías, la avenida reverberando contra las tinieblas domésticas, todo vencido, tu enorme aburrimiento de Propatria, las clases mañana y tarde, las pequeñas emociones reunidas, desgranadas, a la espera del hecho que pudiera cambiar la vida, para ser más, llenarte, reventar, seguir buscando y no terminar nunca el rastreo, con uñas, pies y manos, ser solidaria, darse, participar, apostar en la transformación de los otros la propia transformación, vengar soledades y rutinas, Delia depositada ante la voracidad del mundo, mientras la noche se descolgaba sobre los edificios de San Bernardino y todas las ventanas estaban encendidas.

Por allí vamos, papá, doctor y General Epifanio Barazarte, con toda solemnidad a cuestas. No es como antes, cuando yo no entendía nada, sino ahora que he podido ver el papelero, y eso que no nos sirvió de nada, porque era un fajo de 670 folios, la mitad la andaba buscando Eladio y no llegó a tiempo, la otra mitad ni se entendía porque le faltaba hilación. Y aunque las cosas se hubieran entendido, ya para el momento en que yo pude hacer algo, estábamos jodidos, y las tierras regadas en cuarenta manos, la iglesia había construido y traspasado, se habían hecho caminos de re-

cuas, pretiles y tomas de agua. Yo salvé la casa, su casa, papá, doctor y General, ésta que usted ve aquí ya tan reducida y sin los solares que le conoció, pero con esta pierna no podía hacer nada y la responsabilidad le toca a Nicolasito, que hizo, según él dice, varios viajes a Trujillo y Valera. Pero cada vez que él decía que las cosas iban bien, nos quitaban un pedazo de solar: cuando hicieron la calle, cuando abrieron la acequia y cuando Clarisa Balza corrió la cerca. Más atrás, en los años, en la tierra, era todo. A mí se me hace como si fuera el mundo y por el mundo no nos queda otra cosa que ir a trote, usted con las riendas y yo en la grupa. Déjeme afincarme en la mecedora porque me puede corcovear. No la fuetée, papá, no haga que relinche, déjeme buscarle el paso y vámonos muy poco a poco sin hacer ruido, hasta allá.

primeramente por las casas de nuestra morada que tenemos y poseemos en esta otra ciudad con sus corrales que corren hasta el cerro que por la delantera tienen por lindero la calle real que baxa de la plaza a dar a la barranca del Río y convento de santo domingo y por la vanda de arriba a la calle traviesa que va a dar al dho cerro que colinda esquina con esquina de las dhas casas y solar de mi hija doña mariana Briceño y un pedazo del dho corral dobla y alinda con casa y solar de Miguel Marino de que dho solar de mi hija no alcanza al cerro y ansí queda a lo largo del dho solar el dho pedazo de corral todo incorporado en el dho mío solar según y de la manera que hoy día treinta de junio de mil seix cientos diez años esta señalado y tapiado

Figuran también unos Saavedra. Con ganchos, caudales, enfermedades y muertes. ¿Qué tienen que ver ellos con mi madre, Adelaida Saavedra, de oficios propios del hogar, a quien usted llamaba La Duquesa y tenía unos cabellos tan largos cuando se fue a vivir

sola en la casa del molino? Se había puesto tan flaca, tan demacrada, que era sólo dientes y sólo pellejo, ya de Duquesa no tenía nada, dicen los que la vieron, porque a nosotros, que estábamos muchachos, no nos la dejaron ver y ella dizque se había puesto brava porque usted se arrejuntaba con una tal Duilia, lo cual me parece raro, porque yo no le veo la distinción, ya que usted se alebrestaba con tantas. Pero quién sabe qué tenía de preciso la Duilia para que mamá se convocara don Damián Balza y éste se le puso a la orden para llevar sus tres perros y ponerle cacería a usted, de modo que no se pudiera negar que andaba brincando cercas.

vn molino que tenemos de dos moliendas de la otra banda del Rio con más trescientas caras de tierra de largo y ciento de ancho para el servicio de dicho molino y acequias en frente de esta ciudad por encima de vnos hornos de cal desde una cerca que solía ser por donde vierte cuando llueve vna quebradilla seca desde, allí para arriva la tierra que ay de llano y monte de vn cabo y de otro sesenta y vna cabuyas de medida de a cien varas cada cabuya que es donde tenemos vn horno de texa y otro de cal

No quiso comer nada. La gente le llevaba los platos de lata y se los dejaba en el portón y ella no los retiraba. A veces se daban cuenta que sólo se había guardado las frutas, pero por muchos días, en el empedrado del zaguán, se iban aglomerando los platos y las moscas y hasta los lagartijos venían a pasearse por encima de las comidas. Cuando eso ya dizque tenía el camisón todo destrozado y mugre y cantaba una canción cuando no maldecía. Usted fue a verla una vez y ella le dijo:

—¡Andáte, toro padrote, a que te aguanten las putas!

Y usted le dijo:

—Vengo a buscarte y a traerte de comer.

Ella respondió:

—¡Yo no como comida maldita, a esa le deben haber echado daño las mujeres que te calientan los sesos!

—Adelaida, déjate de eso, oíme...

—El que se debe dejar de eso sos vos y conmigo no te volvés a juntar porque me manchás.

—¡Te vas a morir de frío, Adelaida!

—¡Lo prefiero a tus cobijas llenas de pulgas!

—¡Te vas a morir de hambre!

—¡Mejor, con eso no le debo nada a tus tierras!

—¡Te vas a quedar muy sola!

—¡Vos creés que el mundo es únicamente tuyo, Epifanio, y algún día la vas a pagar!

—Me voy, entonces.

—¡Andáte y dejáme en paz!

Dicen que mamá rezaba treinta rosarios diarios y se preparaba ella misma su buena muerte. «Brille para mí la luz perpetua, dame señor el descanso eterno», se le oía, y luego venían los kyries y las salves. Muchas mujeres se acercaban algunos días a los balaustres para ayudarla a rezar. Estaban vestidas de negro y arrodilladas en plena calle, cerca de la ventana. Ella, adentro, hacía de cabecera. El coro respondía:

—Líbera me, Domine, de morte aeterna, in die illa tremenda. Quando coeli movendi sunt et terra: Dum veneris judicare saeculum per ignem.

Ella adentro, decía su oración:

—Cuando la enfermedad me aflija o me oprima la tristeza, o la espina de la tribulación llague mi alma, ¡Oh dulce Corazón de María, sed la salvación mía!

Las mujeres esperaban un rato, pegaban la oreja a la ventana para saber cuando ella había terminado y entonces entonaban:

—Dies illa, dies irae, calamitatis et miseriae, dies

magna et amara valde. Concédele, señor, el descanso eterno y brille para ella la luz perpetua.

Después que se oía el Descanse en paz, Amén, Adelaida abría uno de los postigos ruinosos y asomaba su cara vuelta una porquería y sus ojos que en vez de llorar estaban furiosos y su boca reducida por la falta de dientes, decía:

—Esposos, amad a vuestras esposas como Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a la muerte por ella, para santificarla, crucificándola con el bautismo de agua y con la palabra de vida, a fin de hacer aparecer en su presencia una Iglesia gloriosa, que no tuviese mancha, ni arruga, ni cosa semejante. De igual manera los esposos deben amar a sus esposas, como a sus propios cuerpos. El que ama a su esposa se ama a sí mismo. Puesto que nadie jamás ha tenido odio a su carne, sino que la nutre y la cuida. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa; y serán los dos una sola carne.

Cerraba con fuerza el postigo y las mujeres quedaban en la calle diciendo:

—¡Señor, misericordia!

—¡Señor, misericordia!

—¡Cristo, misericordia!

—¡Hágase tu voluntad, así en la tierra!...

toda la tierra que corre desde donde dicen los tiros de bronce por la misma loma abaxo hasta dar a las cabezadas de la quebrada que se dice mi cura y luego la quebrada abaxo hasta en derecho de la cantera de piedra donde se ha hecho cal que de la otra vanda de le dha quebrada es encomienda de gaspar portero

Uno no le tiene odio a su carne, lo que pasa es que se ha ido despellejando con el tiempo y la carne y la tierra son una sola, hasta volverse casi nada, muy poco, esta casa con horcones podridos y ratas y comején, este cuerpo al que ya deben estar haciéndole ronda los

gusanos, muy miserable, metido en la mecedora como si fuera la urna y viendo sin poder hacer nada que la gloria y el cielo de Ernestina es un puro arrastrarse por los cuartos y Hortensia no vive sino para despachar cartas sin recibir ninguna que le esté dirigida y quién sabe dónde anda el Nicolás que ni siquiera sirve para atender a su hijo, por allí quietecito y en silencio y no sé qué me verá, me mira y me remira porque su padre anda humillado cargando mercancías a comisión y eso es como quedarse sin pellejo ni orgullo ni razón, por-que no tiene autoridad como la tenía Juan Antonio Barazarte, Teniente de Justicia Mayor, para poner orden y meter en cintura a tanto zángano pues él dijo: que nadie ande dentro del pueblo, ni fuera de él, ni de día ni de noche, en cuadrilla, ni con espadas desnudas, ni sin conteras, lanzas, puñales, sables, machetes, ni otro instrumento ofensivo, ni defensivo de fierro, pues sólo se les permite los que son menesterosos estando en el campo, para sus labores y a los arrieros el cuchillo por los caminos y a cada clase de personas las armas que a cada una le pertenecen, bajo la multa de cuatro pesos y bajo la misma multa ordeno que de las nueve de la noche en adelante, no salgan de su casa, sino es que sea por urgente necesidad, y con luz en linterna y siendo Indios saldrán apareados y la ronda pasará prontamente al reconocimiento de urgencia. Cómo hubieras hecho, papá, doctor y General, para enfrentarte con el pariente y decíme si no has visto su sombra echándote el Bando de buen gobierno en cara: que prontamente se me dé razón de cualesquiera persona que estuviese amancebada, sea casada o soltera, con público escándalo, o disimuladamente, para poner el debido remedio y evitar ofensa de la Majestad Divina. Esa misma pregunta se la quisiera hacer a Víctor Rafael, que Dios lo tendrá en su santo infierno y en vida hubiera sido multado por el

pariente que ordenaba: que ni en el Pueblo ni en su valle se hagan valles con ningún instrumento, ni motívo ninguno, pues lo proivo, y encomiendo su impedimento al Pd. cura a quien se le dará el auxilio siempre que sea preciso. Y también para Eladio, desajustado y vividor, hay aquí parte: que por ningún motivo persona alguna juegue ni consienta jugar en su casa, ni hagan en otra parte, dados, naypes, perinola, tres en raya, patuca, ni crus i cellos ni otro que pueda inventar los que prohivo so pena de cinco pesos y sólo permito por aora el de los gallos, con tal condición y orden que en él no permitan jugar hijos de familia.

Ayer vinieron a decir que el café de La Horquilla se perdió. A mí no me avisaron nada porque ya no me toman en cuenta, pero yo oigo los comentarios de la india Eudocia que se mete en todo y es hasta mejor que se meta, porque si no quién cuida de nosotros. Hortensia se desentiende y la pobre Ernestína anda ya muy mal. Sí. Eudocia sabe dónde está el chimó y me abre la cajeta y me lleva la pajuela a la boca hasta que yo masco mi pella. Eudocia se mueve con manares y petacas, yo la siento desde aquí. Guarda lo poco que se puede guardar y sabe cuando ya no queda ni una ñinguita de sal. Ayudó a cuidarle el gorro a Ernestina cuando venía los miércoles el miserable del Quintero y me traerá la vela del alma cuando ya sienta que me voy quedando sin parpadear. Así es. Eudocia camina toda clueca como una gallina, tiene unos jilachos de cotizas, el camisón le yede a brusca y onoto, no se quita los fustanes desde que yo me malogré. Pero qué va uno a decir si uno tiene las bragas meadas y la blusa sin botones y manchas por todo esto y también yede a unto y a remedios. No jo. Don Cristóbal Barazarte de Espina allá lejos, con sus molinos de trigo en Boconó, su azúcar y sus mieles en Panpan, muy bien vestido con sus calzones de preste, su botonadura de oro y su

capa de escarlata. Yo aquí con mis pantalones chorreados y él con sus medias de seda torzal, sus guantes bordados de oro de hilo y plata, sus mangas de olan con puntas de flandes, sus calzones de camino, de estameña, sus camisas de bretaña y su sombrero de castor, para asistir a las ferias en Gibraltar del Lago. Sus escopetas, espadas y dagas plateadas; sus picas y soportes; sosn dos rodelas de madera; su daga negra con puño de oro, su sello de marfil y su túnica y muzeta de tafetán; sus anillos de piedra besar blanca y sus cajas de carey para polveras de rapé y tabaco. Yo aquí con mi caja de chimó, Eudocia cluequeando, Ernestina por los cuartos, Hortensia toda reseca y los muertos y los duendes que me sacan la lengua.

El orden de sus pasos, por segura, la manera de cortar las servilletas de papel, por pícara, las flechas y animales pintados en la mesa del bar, por aburrida, la canción tarareada a medias, por lejana, el labio mordido hacia adentro, por desafío, la luz en las caderas, por felina, las cuentas de vidrio, el collar roto, la rama recogida una vez, los marcadores de libro, los calendarios de farmacia, las tizas de color, el muro blanco agrietado por la lluvia que cayó de repente y estábamos escampando en el portal mientras los carros res-

balaban, las bocas de agua crecían y los relámpagos de vez en cuando se cruzaban con las antenas de televisión y los faros intermitentes en las azoteas, porque todo el cielo se descolgaba en truenos y Delia no podía con su pañuelo y su frío, ojerosa y cansada, debería mudarse, traslados desagradables, intempestivos, casa de una modista, en una pensión de Bello Monte, por los lados del Cementerio, por no sé dónde, hasta llegar al apartamento de Graciela que vivía sola y ayudaba a copiar los stencils. Una oficina de arquitectos en el pent-house de la Avenida Miranda, y no hacía nada, telefonista, mirando los reflejos de la ciudad, inventando juegos con las hileras de automóviles-hormigas, olisqueando intimidades en los edificios vecinos, y hasta allá arriba, arribota, llegaban los golpes de los perforadores, el chirrido de las grúas en las construcciones cercanas, ruidos, aunque apagados, y leía, estaba sola la mayor parte del tiempo, aprovechaba para copiar manifiestos y reproducir volantes y la ciudad brillando desesperadamente por las tardes. Las calles comenzaban a llenarse, te esperaba, ardiendo, porque había registros y allanamientos y cuando avanzábamos, con la noche ya metida del todo, sentíamos el faro relampagueante de las radio-patrullas, se escucharon disparos lejanos, se instaló el miedo, redondo y voluminoso. El comité se había disuelto, Pepe y El Catire cayeron, Eduardo tuvo que viajar al interior. Estábamos en guerra, Delia. Se habían organizado las Unidades Tácticas de Combate, cada quien se ubicó como pudo, pasaste a trabajar en el frente universitario, muchos amigos se habían ido a la montaña, la cuestión era elegir: ya no se hablaba de las condiciones objetivas y las condiciones subjetivas, el aprendizaje era en bombas molotov, primeros auxilios, defensa personal, memorizar, acerarse, logística, redes de mantenimiento, puestos de sostén y ya teníamos noticia de los prime-

ros muertos: a José le llenaron el cuerpo de balas en Humocaro, a Ríos lo dejaron irreconocible, a Gregorio Rodríguez, torturado, lo lanzaron desde un piso de la Digepol. Los otros muertos, los que no conocíamos, los siete cuerpos policiales enloquecidos y por ello en los barrios comenzaban a tomar revancha. La cuestión era elegir, sí. ¿Pero cómo servir de algo cuando jamás se había disparado un rifle de balines? ¿Cómo entender que ya la lucha no era ese largo despliegue de esquemas en las mesas de café, ni las enormes discusiones sobre el arte para las masas? Tampoco las pulidas conferencias sobre dialéctica, ni el conocimiento sin fallas de la primera, la segunda, ni la tercera ni la cuarta internacional, ni el presumir con petulancia sobre las quisicosas de la izquierda francesa, las tardías especulaciones sobre el caso húngaro, la praxis y la teoría, los juegos de palabras, los crucigramas brillantemente resueltos sobre la burguesía importadora, el subdesarrollo, la revista «The Economist», las proposiciones de «Monthly Review», la conciencia de clase, las frasecitas: Venezuela, el país donde los imperialistas tienen el 60 por ciento del total de sus inversiones en América Latina, la llave del Caribe, el petróleo no es azúcar, las maneras de repeler un desembarco de los infantes de marina. ¡Coño! Ahora teníamos las cosas enfrente, se nos morían amigos, le reventaban a uno hasta el alma, habría forzosamente que disparar y matar. Y fue terrible, muchos hasta lloraron, se creyeron impotentes, traidores, otros dudamos y nos mortificamos y nos salió lepra por dentro y escupimos y nos volvimos a enfermar. Por un tiempo me perdí porque me sentí inútil. Eduardo estaba rebosante, inoxidable, claro, decidido, hombre de madera, me liberó de obligaciones, me dijo, con su frase hecha, que no se necesitaban héroes sino hombres y que no todo tenía que ser directo y a la ofensiva. Se me hizo la luz, mejor des-

pués, más luz aún, en aquel café de italianos de la Avenida Victoria, Delia. Manejabas tus tareas con soltura, experta en propaganda, no te inquietabas, hay que seguir haciendo la vida normal, dijiste, lo demás es complicar las cosas, inutilizarse, estorbar. Flotante, olorosa, enmandarinada, increíble, hacías chistes, habías visitado los presos, recitaste un método de trasladar mensajes a las cárceles: en el ruedo de los vestidos, en el pelo, en los zapatos, puede ir el papel, si no en los libros dentro de dos hojas pegadas o abriendo cuidadosamente la carátula, en los rellenos de las tortas y pescados, bajo el forro de carteras y maletines, en las tapas de las cajas de chiclets, en el seno cuando la vigilancia no es fuerte, en los tubos de tampax, en la boca para ser entregado cuando se besa. La vida normal, sí. Hablamos por teléfono, conocí a Graciela, nos vimos una vez en el cafetín de Economía porque se preparaban las elecciones y habías trabajado mucho en afiches y pancartas. Una noche hubo paréntesis, cerveza en el Paprika, bailar en El Bosque, la canción de Los Platers que había quedado sonando cuando salíamos a la Avenida Miranda y se tapó con una explosión lejana, luego dos ráfagas de ametralladora y todas las luces de colores cayendo sobre Delia, extraordinaria bajo el semáforo rojo. Ciudad vitrina, jaula, con frutos y aves eléctricas, todo el tiempo aleteando en amenaza de caer, se cae, se disuelve y se reintegra después que ha bailado varios pasos de neón y ahora dicen, usan, la luz amarillenta porque puede disfrazar la neblina o la luz de mercurio porque no daña los ojos pero impone esa palidez mortuoria a la piel de los transeúntes, aburridos, trasnochados, lámpara pobre del café Madeira, puerta trancada para disimular en los botiquines de criollos, rezagados en el nuevo orden urbano, corregida la basura por las policromías, murales para tapar la mugre y sólo el aire batiéndose contra las

persianas o los postigos abandonados. Delia libre, con sus tizas de color marcando las paredes, dejando huellas, su olor incluso metido en cada hierro y cada verja y cada reja y cada cartel que anuncia medias nylon, un trazo de muchacha o toda ella, basta, sirve, para alegrar, enriquecer este hollín de industrias menores, las cervecerías repletas de insolencias y hombres solos, las bocanadas de hombres, las manadas de hombres, la tristeza no confesada pero macha, ser macho, cosa de hombres, mi llave, me ahorcó la doblecena, y luego toda la pobreza, la miseria interior, la procacidad abundosa porque así se es más hombre y tantos hombres regresando más tarde, a los traspiés, borrachos o maldicientes, en tumbos solitarios por la calle, bajo una luz que sin mercurio pone señal de muerte en la piel, muerte por abundancia masculina y sólo queda dormir la borrachera o la masturbación mental. Grita, Delia, de nuevo rie, agita un manojo, revive la gracia, sopla largo, para toda la ciudad. Ya estabas acostumbrada a remediar la pobreza plástica de las reuniones clandestinas, la rigidez de los balanceos y los análisis, quedando sólo así, con tus ojos, repartidos, las rodillas juntas, el estampado de dos tonos, azul y blanco, a veces floreada de varios colores, Delia muselina, a veces sastre, con el saco abrochado a la altura del cuello, abierto en triángulo al llegar a la cadera, y otras lino verde olivo porque era el color de la montaña. De allá llegaban los informes, malos, contradictorios. Acá era un tiempo mejor, vivaz, se ganaron las elecciones, la izquierda barrió en todas las Facultades: estuviste estupenda y efectiva, moviéndote por los pasillos, un bosque de papel, colocabas grandes UNOS que caían del techo, te perdías en aquellos túneles de afiches, informes y fotografías sobre la represión, con engrudo y cartón ayudaste a formar el gran sapo que representaba al Gobierno y había muñecos, caricaturas,

conjuntos que recorrían los salones cantando parodias y llamando a votar por el FRENTE PATRIOTICO. Se les madrugó a los contrarios para quitarles los sitios visibles las escaleras, las entradas, los patios interiores, carecían de imaginación. ellos, flotaban en una retórica pobre y apenas las muchachas vestidas de verde creaban un clima fresco en los cafetines. Por la noche asistimos a un mitin con proyecciones y disfraces en la Plaza del Rectorado. Anduvimos después solos, por los campos de grama, detenidos, reclinados en la escultura de Arp y luego hacia el café de Las Tres Gracias en busca de sandwichs y café. La mancha triangular del reloj volvió a reunirnos, el patio de palmeras, los murales manchados, gozosa y animada, eras tú quien tomaba las iniciativas. Si no, intervenía el azar. Aquella vez no tenía por qué ser yo el que te acompañara a trasladar el material, desde el apartamento de Las Colinas al que llegamos temprano, pues sólo a las diez de la noche pasaría el contacto por la esquina de la farmacia. Al abrir la puerta saltó un olor agrio, a comida abandonada, a trastos mal lavados, a tinta y metal. No había casi muebles, apenas dos sillas y un cajón, trapos amontonados en los rincones, resmas de papel en desorden, una alfombra manchada, pintura endurecida en los potes. Corrimos la persiana y entró un poco de aire fresco, las luces distantes, el cielo limpio y la línea del cerro precisa. La cocina estaba en desorden: el lavadero repleto, latas de jugo abandonadas y cartones de leche vacíos. Yo debía lavar las tazas mientras hacías el café. La llama azul apareció menuda sobre la hornilla y fui a revisar un poco los paquetes de propaganda, las hojas impresas, los libros descuadernados. Escuché el ruidito de la greca y luego, cuando viniste con las dos tazas, se nos ocurrió sentarnos en la alfombra y hablamos de viajes, Graciela pensaba irse a Praga a estudiar cine, te dije que me aburría el tra-

bajo de la Publicidad, faltaba mucho y cualquier día me botaban, resultaba imposible irse a cualquier parte, desde aquel apartamento mugre y silencioso ya éramos partícipes del enorme hervidero, con amigos comunes pudriéndose bajo tierra, torturados, condenados a diez años de cárcel, tenaces por la sierra de San Luis y los montes de Portuguesa y Trujillo, y había ese tiempo neutro, ese receso, para nosotros nada más, y yo no podía dejar de mirar tus piernas ligeramente descubiertas, arañar un poco tu espalda y tú misma me estabas sacudiendo el pelo y sin saberlo estuvimos rodando sobre la alfombra, revolviendo los periódicos clandestinos con nuestros cuerpos, atragantados de polvo y besos, sin aliento, con una tregua en la que logramos levantarnos, dando traspiés, abrazados, hacia la puerta del cuarto, empujamos y la cama estaba revuelta y allí caímos diciéndonos palabras que no entendíamos, quejándote tú en mi oído, quejándome yo en tu hombro, con balbuceos, con invenciones, nos sentimos más cómodos, era blando y ya empezábamos a cubrirnos de sudor cuando abrí el cierre de tu vestido, se hizo una V en tu espalda y tú misma terminaste la tarea, largaste tus medias, tus ligueros, aleteó mi camisa, tus pantaletas que en verdad eran rosa, apenas pude verlas en la media luz que entraba de la sala y luego posadas en la caja de pistolas Luger que estaba al lado de la cama, sacudimos el polvo de la sábana, se veían los cinco fusiles recostados en el rincón, te quedaste tendida y yo comencé por tus pies, de reojo podía ver las caserinas y los peines Curvo sobre la mesita de noche. Tú buscaste morder la almohada, gemías, todo tu cuerpo temblaba y pasó largo rato, y mientras estuve hundido acariciabas mi cabeza, te comunicabas, y por instantes removiste la sábana, nos hicimos laberinto, nos doblamos, los pies golpearon la caja, cayeron los potes de lubricantes, los cargadores y soportes de Mad-

sen saltaron, rodaron balas, yo las sentí frías bajo mi estómago, hicimos un esfuerzo, nos doblamos, me encontré con tu cara y hubo entonces el choque de dientes y tú tratando de ayudar hasta que te sentiste plena, decías cosas, te decía cosas, nos habíamos habituado a la media luz, se oía la cama herrumbrosa, estuvimos un rato de lado, nos aquietamos, imposible esperar mucho, otra vez los estremecimientos, las bocas buscándose y tu olor y mi sudor y mi olor y tu sudor, la respiración cortada, el vuelo de sombras, el goce pleno que nos hizo llegar juntos al final, en medio de las metralletas, las correas de transporte y las balas desprendidas. Con rapidez, vestirse, se había ido el tiempo, me ocupé del paquete mientras te arreglabas un poco en el espejo del baño, había que ganar el ascensor, el contacto pasaba a las diez en punto. Te dejé en la esquina de la farmacia. Por la Avenida Caurimare se colaba un viento frío y hacia los lados de la Autopista se escucharon algunos disparos. Ahora voy, paralizado y frío, con el mismo miedo a cuestas, Delia, por la ciudad que rondamos y olfateamos, por las calles en que hicimos de perros y reventamos de calor, mirando estas cornisas pobres, la decoración barata y en serie, los ventanales de cristal y tú apareces, entre el humo de escape y la campanilla del heladero, en el resoplido de las motos y esa tienda de artículos fotográficos en que posaste una vez, apareces y ríes y hasta cantas tu canción, te sientas aquí a mi lado, me das ánimo, te burlas de mi prudencia, haces muecas, me haces mofa, compites con la luz y los anuncios, eres la muchacha del cartel que ofrece los refrescos, bailoteas en los toldos, te estás mirando en todos los espejos y todas las vitrinas reproducen tu cuerpo al pasar, te multiplicas, cien Delias para cien semáforos, Delia en los parques de árboles caídos, Delia pastelería, Delia avión de la Boac que se sale del cartel, Delia asfalto reverberante,

Delia estatua abandonada y matero que cae, Delia humo y pasos y luz del ascensor y célula fotoeléctrica para abrir, Delia rolineras y guardafangos oxidados en el cementerio de autos, Delia frutas, mandarina y muchachos que corren y fuego en las ametralladoras de los policías. Te empeñaste tú, estabas fuera de tarea, no era tu oficio, no tenías por qué ir a esa reunión, qué buscabas, si ya todos los hilos estaban seguros, tres médicos esperaban cualquier emergencia, la red podría funcionar perfecta, preparados los sistemas de traslado; prevista la ruta, los disfraces, el abastecimiento, y sin embargo te presentaste cuando ya todos iban a salir a la acción, debías regresar inmediatamente a tu puesto y esperar, pero se oyeron los ruidos desde el balcón. Felipe vio las patrullas de la Digepol rondando el edificio y el Negro Gómez subió las cinco escaleras para decir que había que salir de cualquier modo, saltar por la ventana, buscar la platabanda del lado y ganar el estacionamiento trasero, uno a uno saltaron, y el Negro Gómez decidió salir por la escalera, se abriría paso, tú seguirías después como una vecina más, pero los digepoles ya habían copado el ascensor, las sirenas de las patrullas crecían en la calle, retumbaba todo el tercer piso, el Negro Gómez disparaba su metralleta en el pasillo, tú regresaste al apartamento, te quedaste sola en el centro de la sala, y ellos, desde afuera, apuntaron sobre la puerta, la llenaron de plomo, entraron después y estabas tú sangrante, con balas en el pecho y la cabeza, cálida, con tus grandes ojos inertes, sin la voz, todavía con tu olor, enmandarinada, el labio mordido, por desafío, los colores perdidos, Delia, muerta de resplandores y de balas.

Decían que para Hortensia no hubo sol, ni luna, ni nunca tuvo quince años. No quedaba un solo retrato en que ella estuviera sonriendo ni se conocen los juegos que hacía. Parece que nunca pudo sentarse en la ventana ni vestirse de color. Los vestidos negros para ella, más que la manera de mostrar duelo, fueron como una expiación. Hortensia se propuso aplacar en ella todos los diablos que habían estado rondando la familia, y mortificar, a fuerza de luto, todas las explosiones vanidosas que habían conducido a la ruina y la humillación. Hortensia decía, cuando soltaba sus breves frases, que llevaba luto por los vivos. Mucha gente exige nuestra misericordia aquí en la tierra y es en los pantanos de este mundo donde se atascan las bestias y los hombres. Las oraciones no son eficaces más allá de la frontera: cuando se muere, son los partidarios del Diablo o los partidarios de Dios, sean godos o liberales, los que se encargan de escoltarlo a uno para la eternidad. Debería llorarse por lo que ocurre todos los días y por lo que ocurrirá mañana.

A pesar de eso, Hortensia nunca mostró sus ojos húmedos, ni tampoco su enorme desacuerdo con el mundo se asomaba de un modo vibrante. Para Hortensia había una especie de desconsuelo indiferente, una resignación sin tragedia, un fuego que no consumía. Andaba así, solícita, como dispuesta a seguir viviendo aunque no tuviera ganas, activa y fundamentosa, porque aunque el pecado y los errores estaban en la pro-

pia casa, al traspasar las puertas, al asomarse a la calle o más atrás, en el tiempo, cuando todos ellos creyeron que la tierra les había sido dada para hacer desplantes, mentir, azotar indefensos, poner los hombres a podrirse en las sementeras, leer libros, presumir de cultos y sin más miramientos salir a matar, a pesar de todo eso, en ella no estaba dado otorgar la condena, sino asumir los dolores y la lenta pero definitiva postración de la familia.

Las mujeres de la casa tenían la peor parte y en su recuerdo había como una permanente enfermedad. ¿Qué fue la tía Georgiana, sino un caso obstinado, casi fatal, de la vanidad? La única que pudo haber cortado los hilos, fugarse, rellenar y tapiar todos los agujeros que la conducían al desenlace inevitable, elegir la otra vida, hacerse modista en Madrid con todo lo amable que fue su marido al llevarla a conocer mundo. Quedarse, si no, en Caracas, que después de todo era como ganar muchas leguas de distancia. Pero no. Había el miedo de quedarse sola, por un lado, y las ganas de ser una viuda respetable, volver con sus modas y sus libros; las esencias de Oriente, los retratos y los muchos carrieles de hebilla para guardar perlas, botones y monedas. Aquellos baúles con sedas y los manuales para enseñar las buenas maneras, todo un tropel de cosas coloreadas y distintas que vinieron a hacerse polvo y moho en los cuartos, junto a las cajas de pertrechos de El Higuerón. Su gracia delicada y sus cortesías aprendidas fueron cediendo ante las acometidas violentas y los hombres de la casa impusieron su sello y tapiaron todo lo que podía haber de luz nueva en las historias de sus viajes y las ciudades que visitó. La imagen más lejana que Hortensia tiene de ella, es un rostro todavía radiante a pesar de la sequedad, un talle ligero y un suave inclinarse para enseñar la lección. Con Ernestina y Nicolás se metió entre los alfabetos

de la tía Georgina y vio estatuas, pirámides, canales, templos y palacios para guardar tesoros, las islas donde nació la civilización, las reglas de la aritmética, el uso de la brújula, los grupos y sub-grupos de insectos, los ricos comerciantes de Génova, los archipiélagos, el oso polar, la llegada de Colón, las encomiendas, el 19 de abril que era Jueves Santo, el día de la independencia, la batalla de Niquitao, el héroe Antonio Nicolás Briceño, el padre Rosario, la Guerra a Muerte, el armisticio y el Himno del Estado que se acaba de componer y decía que de Trujillo eran altos la gloria y el honor.

La gloria y el honor de la familia que eran una pura respuesta insolente y una arbitrariedad. Fundos de godos donde se azotaba y humillaba a los medianeros. Fundos de liberales donde los cosecheros y parceleros eran apenas algo más que los burros. La tía Georgina no impuso nada, ni siquiera mejoró los modales, no dijo todo lo que sabía sobre derechos, se guardó muchas cosas y al poco tiempo ella era una mujer como las otras ayudando la salida a campaña de los hermanos y asomándose a los postigos para verlos llegar, con la esperanza de que no trajeran encima unas cuantas libras de plomo. Un día se atrevió a pedir armas y que le aperaran la bestia porque ella también quería participar. No le valió de nada, porque poco a poco ella misma asumió los oficios domésticos y sus conocimientos y su fuerza no le valieron para ayudar a salvar tierras cuando el gobierno hizo la donación a la Iglesia y aconsejar a su hermano Salvador. Las mujeres debían meterse en sus asuntos y no en cosas de hombres. Pero las mujeres como ella sí podían imponer su criterio sobre las otras, como lo impuso sobre mi mamá Josefa, que fue una santa mujer y se murió muy pronto sin que Hortensia, Ernestina y Nicolás recibieran de ella otra cosa que bendiciones y lágrimas.

Un día Georgiana se mató. Ya cuando eso se había efectuado la mudanza desde la casa de El Higuerón y a Eladio se le daba por perdido con el muñeco, la guitarra y las escrituras. Hortensia asumió entonces el luto, no por los que se habían ido sino por los que habían quedado. Recogió los retratos, puso crespones, tapó los espejos, condenó los baúles. El Papá Salva andaba con su pierna de mal en peor y la casa que fundó Epifanio Barazarte en 1860 había perdido varias varas de solar y no se sabía qué se habían hecho las puertas de caoba y las barandas de hierro que daban al jardín. También se perdieron, en mal negocio, las tierras del páramo. «No hay quien las asista», dijo el Papá Salvador. Pero no había tampoco quien asistiera el café de La Horquilla, ni tampoco quien aceptara trabajar por cuatro reales. Hortensia había continuado de negro, sin hablar mucho, rígida y segura, hacendosa. Para el compromiso de Ernestina y Quintero suspendió la clausura de puertas y ventanas. Comenzó los tratos con las cogedoras, buscó peones para desyerbar, le dio el café a medias a Ernestico Zambrano y fue escogida por alguien que tenía viejas deudas de gratitud y estaba bien con el gobierno, para dirigir la Estafeta de Correos que por entonces se abrió.

Las cartas emocionaron a Hortensia. Llevar las entradas y salidas, ordenar los valores declarados, poner el lacre sobre las valijas, aquellas valijas de lona fuerte que tenían pintada, en franjas, la bandera nacional. Baudilio venía una vez por semana con las mulas embarrialadas. Llegaban revistas y almanaques, como obsequio a la oficina. Hubo plantillas y tintas de color. Un matasellos morado. Y también, cuando comenzó la campaña antipalúdica, un zancudo enorme servía para inutilizar las estampillas, y llegó un libro, impreso por el Gobierno, que se llamaba Breve Historia Postal. Nicolás vio una oferta, en un ejemplar de «La Voz de

Valera» y dijo que se iba a probar suerte. El Papá Salvador se puso furioso y estuvo hablando medio día y por la noche tuvo calenturas y trascordaba los pensamientos. Pasó revista a las mil novecientas y tantas hectáreas, recordó las campañas, repitió que la dignidad de los Barazarte no se podía arrastrar por el suelo y que en ese momento iba a una reunión con León Perfecto y Víctor Rafael, porque aún se podía alegar algo y lograr que se les hiciera justicia, pero él no tenía apoyo, los hijos lo iban a dejar morir como un perro, y el menor, el Nicolás, ni consideración tenía para asistirlo en sus últimos años y representar a sus hermanas.

Ernestina no necesitaba representación, porque ya andaba turbada, con sus lágrimas y su tambor de bordar. Hortensia estaba dispuesta a llevar hasta lo último, con el trabajo y las atenciones, lo que quedaba de vida. Preparar la correspondencia, clasificar los envíos, despachar los informes y esperar el sueldo miserable que a veces se retrasaba y cuando al fin llegaban las planillas había que cobrar en el Banco de Trujillo y poner todo en manos de Custodio, que ganaba un porcentaje por el viaje y las gestiones. Tampoco Hortensia necesitaba representación y Nicolás, según ella, debía irse, qué estaba haciendo allí, cuando Briceño Hermanos daba una oportunidad de colocarse con sueldo, además de la comisión. Hortensia sabía asumir su duelo y su verdad. Los últimos rumores que se corrieron en el pueblo alejaron más los recolectores y los que podrían trabajar a medias en el café. La gente hablaba del «chorro», para decir que en el Zulia se ganaba dinero a montones y que además de eso, las Compañías Petroleras daban casa, luz y gas. Nicolás se fue porque su trabajo consistía en llevar productos del Estado hacia Cabimas, Lagunillas y La Rita. Ernestina se movía, silenciosa, por los cuartos de arriba.

Hortensia se sentaba por las mañanas en su escritorio para recibir cartas y encomiendas. El Papá Salvador volvió a enfermarse y estuvo delirando, llamó repetidas veces a Epifanio Barazarte y convino con León Perfecto y Víctor Rafael que eso del petróleo era otra mentira de los godos.

4

El taxista da vueltas al botón del volumen. La música sale disparada, tronante. Bajó la temperatura, ahora se fuma frescura, dice la voz, imitando a un pregonero. Curioso. Atrás parece un horno. Todo está candente, gomoso, espeso. Sin embargo, se respira mejor. El asiento para él solo y la posibilidad de ganar tiempo. El chofer es serio. Casi no habla. Sin volver la cabeza una sola vez. El arreglo fue rápido, en la esquina de Carmelitas: cinco, menos no, hasta la plaza de Catia. Viva fresco, cómodo, con aire acondicionado, vuelve a decir la voz, pero ya no es de pregonero. Los mejores descubrimientos de la vida moderna están a su alcance. Después, no se entiende, hay un pitido, un bip, pequeños ruidos como si se rajaran telas. Luego, ya está, se acomodó, otra vez el pregón, el aceite de motor que da potencia, la musiquita, las palabras cortadas, la hora que no se puede escuchar, el noticiero, la pachanga, el mugido de una vaca, x-100, el rugido del tigre, el surf y la mano del taxista, desesperada, persiguiendo otra estación.

En la avenida están ya las luces en hilera. El brillo es triste, enturbiado, con humo alrededor. Se perdieron el rojo y el violeta. La calina que venía del mar. Sombras completas, achatadas, gruesas, sobre los carros del Oeste. Los superbloques tampoco tienen color. Allá están las cornisas mugres agujereadas por los disparos. Plomo toda la noche. Plomo hasta el amanecer. Jodida esa gente. La policía nunca pudo entrar. Se es-

tiran, dan saltos, canguros de concreto, mierda inflada, escaleras hediondas y la gente apiñada sobre sus tragos miserables, sin levantar la cabeza, para evadir las balas perdidas. Tienen riñones. «Hay que tener riñones», dijeron. Él sólo tiene un riñón niquelado-azul-cupé. Miedo. No sólo miedo, sino ahora la sensación de haber perdido tiempo, de llegar retrasado, de enmierdarse.

—Tienes toda la tarde para repasar el funcionamiento y aprenderte el plano de memoria —dijo Eduardo.

—¿Entro yo solo?

—Tú solo. Después que los muchachos hayan amarrado a los dos guardias.

—¿Crees que habrá problemas?

—Hay un buen margen de seguridad. Traten de no usar las armas sino en último caso.

No había tenido la tarde. No había tenido un coño. El tiempo tembloroso y oscuro, el oído alerta a cuanto ruido inútil, los ojos puestos hasta en las migajas goteadas por techos y vitrinas, los dedos apretando, acariciando, ensalmando el maletín, los pies sin tocar nada firme, dudosos, vueltos hebras, cuando se apretaba el acelerador del Volkswagen y no daba, deshilachados en plena avenida para buscar taxi y no buscar, el salto después al autobús y moverse muy torpes por entre las hileras de asientos, antes de elegir sitio libre, y también la boca, apretada para fingir seriedad, y también la barriga donde suenan de vez en cuando las tripas y muerde la acidez, ese gancho, nudo, alambre, en la garganta, con garrapatas y espinas, basteada con alfileres, sin dejar salir ni grito, ni quejido, ni aliento, ni palabra siquiera, todo muy apretado, tieso, camino rugoso de barro seco donde se hunde la saliva y todo queda igual, inútil después mover la lengua, apretar los carrillos, buscarle estímulo a las glándulas, por-

que no sale nada y entonces la sequedad es mayor, insoportable, casi se parece a la muerte y empieza el golpeteo en el corazón, la dificultad respiratoria, la piquiña en la nariz y el último estampido de la tos que hace saltar al taxista y al mono de goma que cuelga del espejo retrovisor. Sobre el panal, entre el volante y el vidrio delantero, están dispuestos los santos y los animales de cristal. El beato José Gregorio y la Virgen del Valle instalada en su concha marina. Caracoles, lentejuelas y flores de papel. Una imagen de San Cristóbal en metal. Las mariposas de alambres y papel aletean tanto que no dejan ver. Un muñeco de goma, un carro de plástico, dos elefantes verdes y un gallo de lata con cuentas de vidrio entre los ojos. Santos, monos y gallos en el altar del parabrisas. Unción santificada con lubricante y super-shell. Aceites para la buena muerte: «cuando mis labios trémulos quieran pronunciar la última palabra de despedida, señor misericordioso, tened piedad de mí». Lo habían trasladado, lo habían hecho salir de la mecedora y lo llevaron al catre de viento. Estaba maldiciendo como siempre y ya no se le entendían muchas cosas. Quejas por la pierna adolorida. Quejas por no sé qué. Me mandaron a buscar las medicinas y que fuera primero a la Jefatura para que hicieran el favor de llamar por teléfono a Nicolás, mi papá. Le mandaron a decir. Después lo que supe fue por boca de otros: que el viejo anduvo haciendo una hilera de nombres y volvió con aquello de las mil y tantas hectáreas y le sacó a bailar la madre al cura Faustino y dijo lo ingrato que había sido José Eladio y llamó a León Perfecto y a Ernestina. A Hortensia, que la tenía delante no la nombró. y por último dicen que me estuvo llamando. Insolente como nadie, en sus últimos momentos, me dijeron también. Cuando vino Eudocia con la vela del alma, ya no había nada que hacer y Hortensia se puso a decir en su nombre:

Oh Dios mío y Salvador mío Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, yo os adoro con el profundo respeto que la fe me inspira... ¡no envaine!, murmuraba el viejo, y Hortensia no se daba por entendida y seguía: os amo con todo mi corazón en este Santísimo Sacramento del altar... vayan todos muy largo, resoplaba muy débil papá Salvador, y Hortensia sin poder hacer nada para callar aquella boca sucia, continuaba en desagravio de todas irreverencias, profanaciones y sacrificios que por desgracia mía hubiera cometido como así mismo por los otros que se cometerán en lo venidero... santo, santo, santo, que vaina, y envainan Víctor Rafael y León Perfecto y envaina también Andrés, el chiquito, ¿dónde está? ¡Andrés, Andrés!... renueve las promesas que hice en el bautismo renunciando a Satanás, sus pompas y sus obras y prometo vivir como buen cristiano... morir como un pobre bolsas, no me venga a mí con vainas, sin sementeras, ni monturas, ni gualdrapas, la mecedora como única heredad... Hortensia no rezó más y comenzó a hacer aspersiones con agua bendita y Eudocia se acercó con el cirio y los vecinos arrodillados rogaron por él: Dadle, Señor, el descanso eterno, brille para él la luz perpetua y la luz se pone verde, redonda y misericordiosa, en el cruce, para que el taxi pueda arrancar, seguir disparado, por la línea de tránsito rápido, con el volumen del radio abierto a la pachanga... qué buena es la pachanga... me voy pa la pachanga...

Traaaaaánn... el sonido cortante en la palanca de cambios, la mano en los cabellos, el cuerpo tirado hacia delante para mirar la vía, como ayudando a que el carro se acomode, serpentee, gane tres metros a la camioneta que quiere pasar, frene, muerda el hombrillo, en zig-zag, en ondas, otra vez por la línea del centro, las rayas de luz, piernas del peatón que da un salto y escapa, los muchachos que quieren lanzarse sin

esperar, maní tostado, reverbero en el anuncio del cine, un boquete en el edificio y grandes equis blancas para que se sepa que hay vidrios, sin llegar todavía, a una distancia imposible de sobrepasar a tiempo, ahora el miedo, el dolor, los complejos, la dejadez culpable ,la irresponsabilidad, el culillo:

—Ahora quedamos muy pocos —dijo Eduardo—. Desde las elecciones la gente se ha ido rajando. Después de esto me voy, porque acá no hay nada que hacer, se pierde gente y recursos... Es una pendejada...

—Pero... ¿Y la acción? ¿Todo lo que se prepara?

—Sirve... claro... es la última prueba. Lo que te dije no es para que te desanimes.

Ánimo. Una ventana a la ciudad. La vista tendida hacia las azoteas y las antenas y los anuncios de neón. Cuando se quedó solo y Eduardo y el otro vinieron al apartamento y dejaron el maletín. Todo está perfectamente planeado y hay un buen margen de seguridad. La ciudad planeada. El país planificado. El gran brillo. La nacionalidad fue construida con muchos desvelos de la generación independentista. La gruesa lanza de Páez atravesando la sabana, clavada en el anuncio de refrescos. El caballo de Bolívar pastando sobre las terrazas, con montones de paja en el hocico. ¿De qué color es el caballo blanco de Bolívar? ¿Quiere que le cuente el cuento del gallo pelón? Se vive pero se goza, mi hermanazo. Toda la paja hablada y masticada por maestros de escuelas federales y académicos rabiosos. Uno de ellos escribió al margen de un libro que contradecía su tesis: «Bolívar no estaba allí porque seguramente se andaba acostando con la madre del que escribió esto» ¿Después que ocurrió, qué ocurrió después? ¿Qué ocurrió en la punta de los fusiles, quemándose de bando a bando, y la dignidad del país y el sagrado derecho del sufragio y la respetabilidad ciudadana? «Decidle a Guzmán que proceda, pero que yo

no me prostituyo». ¿Dónde? ¿En el senado? En las casas de juego donde se prendía alcohol y billetes para quitar el frío. Los próceres, los héroes, los ilustres, las leyendas sacrosantas: «El Popule Meus, de nuestro venerado compositor José Ángel Lamas, se toca en el Vaticano». «Miranda hizo llorar a Catalina de Rusia». Al final, lo mismo: el bravo pueblo ha rescatado en dura lucha sus derechos pero debemos permanecer alertas ante las amenazas de los que quieren retrotraer el país a etapas ya superadas. Ahí venía entonces lo demás: las propias contradicciones de la burguesía importadora los hace jugar una partida doble de nacionalismo y entrega sin escapar por ello a los lazos del imperialismo por cuanto somos un país monoproductor y la correlación de fuerzas arroja un balance desfavorable en el sentido de que las masas hambreadas no han efectuado aún una toma de conciencia lo que impone una situación especial en las condiciones subjetivas en abierta disidencia cuando el imperialismo y sus servidores criollos propician la represión lo que sí hace prever a corto plazo un auge de masas y entonces el objetivo cobra fuerza a la par que la conciencia estimulada por la vanguardia organizada e indestructible heredera de las luchas independentistas y las arriesgadas tropas conducidas por Zamora, en el relámpago rojo de la guerra larga... federal... mierda... ¿Te das cuenta, Andrés, te das cuenta? Hemos sido los primeros en declarar la insurrección. Lo demás siempre fue resistencia pasiva. ¿Hasta cuándo llevamos muertos al cementerio con grandes concentraciones que atraviesan la Calle Real de San Agustín y cantan himnos revolucionarios por los lados del Helicoide? Pequeño burgués, de estirpe feudal, andino, tú no entiendes. Si los infantes de marina invaden, todo el país, toda la América Latina, se levantará como un solo hombre... mierda otra vez...

—Toma la llave para que no tengas que tocar —dijo Eduardo.

Otra vez la cola maldita Los faros traseros de los carros parpadeando. El guiño que indica cruce hacia la izquierda. La voz del locutor más clara, sin pachanga, y por fin el taxista deja de manipular el botón: «La Dirección General de Policía allanó hoy un reducto extremista, en un edificio del Este de la ciudad, donde fueron decomisados explosivos, material de propaganda y armas cortas. Se practicaron varias detenciones. No se dieron nombres, pero se espera un comunicado oficial».

—¡Está jodida la vaina! —dice el hombre.

—Parece —responde Andrés, medio ahogado.

El temblor, de nuevo. El corazón golpeando. La cola se desplaza y el taxista cambia la velocidad. La Escuela Miguel Antonio Caro con alguna luz en el piso de arriba. Te estás mareando. Te estás meando. Se apagó la luz del alma y el viejo boqueó. Por la noche llegó Nicolás, otros parientes, las viejas para rezar el rosario. Entonces Hortensia dijo, a su pesar, oraciones por los muertos. Ella, que andaba alentando a los vivos, tan necesitados de misericordia, mucho más que los otros, con varios almudes de tierra encima o tostados por las llamas o comidos por los zamuros de esos montes o ánima en pena tocando guitarra para la eternidad.

Ahí va el ruido de la sirena, agresivo, ruido hijueputa. Se abren las líneas de automóviles, salta el ciclista y derrama los paquetes, cuatro pies se entiesan junto al hombrillo y les pasa rozando la radio-patrulla y Andrés mira la placa, el color, el faro del capot que hace señales intermitentes perdiéndose en el hormiguero del cruce, la boca calle llena de barriales y las casas apilonadas, unas sobre otras, trepando por el cerrito de aguas sucias, latones y chatarra. La patrulla

de la Digepol se parece a la patrulla de la Policía Judicial. A veces usan autos particulares o le quitan el faro, para disimular. Se ve la antenita, sin embargo. Por el olor los saca uno. Por el color los saca uno. Dos delante y uno detrás, descamisados, sucios, sin afeitarse, con chaqueta marrón. Fragancia de policía, inigualable: tufo de ratas y muela picada, albañal, calzoncillos viejos, aceite de aguacate y lustrol. El olor a gasolina y a cuero cubre el olor de los esbirros. Por fin. Los carros están de nuevo en sus canales y el taxista mueve el botón del dial y el locutor vuelve a decir que ahora se siente frescura.

—La plaza a Catia —dice el hombre.

—¡Tome!

Andrés y el maletín sobre la acera. Cruzar. Seguir la hilera de casas hacia allá, en dirección a Los Magallanes. Cornisas tristes, en serie, muros pintarrajeados, ventanas rotas, verjas de hierro y paredes de bloques sin blanquear. Todavía el temblor. La respiración contenida, la hincadita en el pecho. La charcutería y el terreno baldío. La mano temblequeante introduce la llave y se oye el ruido mohoso de la cerradura. La casa está sin luz. Huele a encierro. Nadie.

Siente por primera vez la sensación del fracaso. Piensa, repiensa, sueña, revienta: el retardo ha sido enorme. Se frota los ojos para buscar el interruptor. Tantea en la sombra. Repasa con la mano la pared. Allí está. La luz. Libros, papeles, cajones, ropa, en desorden. Una ojeada por los cuartos y el mismo abandono. Sábanas arrugadas en la cama, cajas de cartón, balas dispersas, tres fusiles recostados al escaparate, granadas de mano en la mesita de noche y la Madsen de ráfaga colgando sobre la silla. Pasos lentos para regresar a la sala. Enorme desgana, desolación, frío al derecho y al revés. Sobre la mesa de tablas, pisado con dos cartuchos, está el papel:

«Te esperamos hasta lo último. No pudimos aguantar más. Hicieron cuatro allanamientos esta mañana y se echó a perder todo. Si hubieras llegado se habría podido salvar la acción nuestra. Ojalá tengas tiempo de leer esta nota. Es probable que la Digepol caiga aquí por la noche. Salte rápido y si puedes trata de salvar algunas cosas. Yo me voy en la madrugada para la montaña. Si te decides, ya sabes con quién hacer contacto. Ánimo, buena suerte y no olvides el maletín».

EDUARDO

Se suda, se mea, se salta el pecho, los riñones y el corazón. ¡Ah, rigor! Quedó un polvito. Quedaron cuatro estacas. Un solar. Los fusiles recostados para servir de tranca. La metralleta tendida. Está incurso Andrés Barazarte, mal nieto, mal biznieto, cobarde, botarate e irresponsable según aparece en todas sus actuaciones respectivas. ¿Qué hacer? Imposible salvar nada. No hay tiempo, no hay calle, no hay camino, no hay un carajo. Echarse a llorar. Ernestina se deslagrimó. Aprendé, aprendé a ser hombre. Hombre de madera, Eduardo. Hay que salir. Hay que salir. Salte rápido. Pero afuera se oye el ruido del motor y el frenazo. Corre hacia la ventana. Son ellos, allí están, los tres, igualitos, las chaquetas marrones, los ojos de perro, las armas en la mano, el brillo, el olor a policía. Se están bajando. Se están acomodando. Me voy a joder. Me van a agarrar. Me darán golpes por el camino y a la entrada de la Digepol comenzarán a golpearme, no hay pele, siempre hacen eso, siempre se ha sabido, comenzarán a golpearme en el Departamento de Captura, me desnudarán, me esposarán y me darán culatazos y dirán que habrá que tener cuidado no me vayan a matar y si pierdo el conocimiento me reaniman en el lavamanos y después vienen las patadas en las bolas y las que-

maduras con cigarros y los alambres y los disparos de fogueo, luego las mangueras azotando, mangueras para no dejar huella y los riñones por reventar y la clavícula salida y los gritos: ¡Canta, coño e tu madre, extremista de mierda!, y Vegas con sus golpes de cárate y los escupitajos y las patadas otra vez, un chorro de agua para reanimarme y un oficialito que aparece y dice que no me harán más nada, que diga todo lo que sepa, es mejor, no te mataremos, te damos una beca para el exterior... sí... sí... es mejor decir todo pero que no sigan golpeando, no sigan, no sigan, no sigan, voy a decir todo, esperen...

Y uno de los tres está ya sobre la verja, los otros dos parapeteados, avanzan luego, ya vienen, ya van a entrar, en la calle meábamos el polvo, Jaramillo tendido, los muchachos que gritaban en el cerro del Guarataro, Pepe y El Catire sangrantes, torturados, las sombras y los escupitajos en la tierra larga, toda la tierra que se ha ido cayendo desde donde está una era de trigo descubierta junto a unos lamederos, cortando el dicho llano hasta la punta de una loma para dar en un valle hondo. Que entren, y va rápido hasta el cuarto vuelve, se pega a la ventana, observa, lleva el selector hacia la posición «TA», Delia tendida con resplandores y balas. Andrés afinca en su hombro la metralleta, quita el seguro, presiona el disparador.

INDICE